

VIDA DE BLANCO WHITE

ANTONIO RAFAEL RÍOS SANTOS, Pbro.

DOCTOR EN FILOLOGÍA, EN TEOLOGÍA Y EN HISTORIA

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA R. A. DE DOCTORES

VIDA DE BLANCO WHITE

(SEVILLA, 1775 – LIVERPOOL, 1841)

LOS PAPELES DEL SITIO

SEVILLA

2009

© Antonio Rafael Ríos Santos

ISBN: 978-84-935892-8-8

DL: SE-xxxx-2009 (U. E.)

Venta: 955 720 070 / editorial@lospapelesdelsitio.com

Maquetación: Los Papeles del Sitio

Impresión: Publidisa

(Impreso en España)

NOTA ÚNICA

VENGO dedicando muchos años de estudio, en especial cerca de diez como jubilado voluntariamente de mi cátedra, a investigar sobre esta figura apasionante; en general, mal entendida, cuando no ignorada, pero esencial para entender los graves problemas de la España contemporánea.

La divulgo aquí, sin bibliografía, notas, índices detallados, conclusiones, apéndices, etc. (remito en eso a mis respectivos libros); y sin el minucioso enfoque de mi tetralogía *Vida de Blanco White*: 2001, 2004, 2005 y 2006.

Véase mi página *web*: www.blancowhite-rios.com

- 1: *Inicios teológicos e intelectuales de Blanco White*, Tesis Doctoral en Teología. Univ. P. Comillas de Madrid. 2001. ISBN: 84-8434-119-4; 454 pp., Padilla Libros (50 ejemplares).
- 2: *Blanco White a inicios del siglo XIX, hasta exiliarse (23 - Feb. 1810)*, Tesis Doctoral en Historia. Univ. de Sevilla. 2004. ISBN: 84-688-6253-3; 714 pp. (12 ejemplares).
- 3: *Vida de Blanco White, III: Del exilio, a volver, diplomado a Oxford*. Monografía tipo Tesis Doctoral, tras estancia en Inglaterra. 2005. ISBN: 84-689-5206-0, 390 pp. (8 ejemplares).
- 4: *Vida de Blanco White, IV: Del «amado Oriel» al ansiado sepulcro*. Monografía tipo Tesis Doctoral, tras estancia en Inglaterra. 2006. ISBN: 84-689-8541-4, 464 pp. (8 ejemplares).

Si fue difícil unificar los cuatro volúmenes (más de 2.000 páginas y 5.000 citas), más lo ha sido esta radical simplificación. Las nuevas aportaciones se señalan sólo con asterisco. En las citas literales, las frecuentes omisiones del texto original quedan señaladas con una barra [/], excepto los cortes al inicio o al final.

Lo relativo a Fernando, el hermano, lo desarrollará en un trabajo académico la profesora D^a Carmen Castro Rodríguez, que ha colaborado amablemente en las pruebas de la drástica reducción antes indicada. Pido disculpas por lo que no se haya podido corregir, como las *invisibles* erratas.

arios@blancowhite-rios.com

ÍNDICE

<i>NOTA ÚNICA</i>	7
-----------------------------	---

INTRODUCCIÓN: PREÁMBULO, Y ETAPA PREVIA AL INFLUJO DE ARJONA

0.1. Circunstancias de Blanco al nacer, y en su formación	15
0.2. Los primeros recuerdos de su educación	21
0.3. Fallos de base; tonsura (1790); ruptura en el Colegio tomista	30
0.4. Adolescente en mundo inmovilista ante cambios profundos	39
0.5. Otras actividades de Blanco en esta etapa de introducción	46

PRIMERA PARTE: FORMACIÓN SUPERIOR, A FINALES DEL XVIII

1.1. 1791: Bachiller en Artes. A Teología. Arjona	51
1.2. 1792: Lecturas. Temas canónicos. Grupo de amigos	56
1.3. 1793: Licenciado y Maestro en Artes. El mar. Primer amor	57
1.4. 1794: Segundo amor. Academia de Reinoso. Órdenes menores	62
1.5. 1795: Actividad académica. Polémica teatral	67
1.6. 1796: Colacionero; Presidente y Subdiácono	73
1.7. 1797: Diputado en Artes. En Osuna, Licenciado en Teología	78
1.8. 1798: Colegio. Otro amor. Cádiz. Diácono	80
1.9. 1799: Olvera. Vida social. Cambio. Sacerdote	85
1.10. 1800: Rector. Confiesa monjas. Fiebres. Alcalá...	91

SEGUNDA PARTE: EL GRAN CAMBIO, A INICIOS DEL XIX

2.1. 1801: Del cese como rector, al ocaso de su academia	107
2.2. 1802: Crece el debate interno de Blanco ante su fe	121
2.3. 1803: Blanco sigue sufriendo su gran crisis religiosa	136
2.4. 1804: Cambios de Blanco en un año crucial en su vida	146
2.5. 1805: Periodo de ocultamiento en busca de salida	154
2.6. 1806: <i>Esperanzas cortesanas</i> y realidad matritense	158
2.7. 1807: Godoy, clave de un débil anclaje en la corte	163
2.8. 1808: La historia vincula a Blanco. Vuelve a Sevilla	167
2.9. 1809: De su aislamiento, a un vivo periodismo político	176
2.10. 1810: Hasta el 23-feb.: Preámbulos de su exilio	192

*TERCERA PARTE: EL EXILIO, HASTA VOLVER DIPLOMADO
A OXFORD*

3.1. (23 Feb. 1810 - Dic. 1811): Inicios en Inglaterra y en <i>El Español</i> . . .	199
3.2. (1812 - Jun. 1814): Cambio religioso. Final de su periódico . . .	212
3.3. (Jul. 1814 - Ago. 1815): Sigue en Londres. 1ª etapa en Oxford . . .	226
3.4. (Sep. 1815 - Jun. 1817): Blanco, preceptor en Holland House . . .	231
3.5. (Jul. 1817 - Mar. 1819): Sin tutoría. Piedad, y dudas de fe . . .	241
3.6. (Abr. 1819 - Feb. 1822): Entre campiña, ciudades y mar . . .	255
3.7. (Mar. 1822 - Dic. 1823): Vuelta a Londres: <i>Variedades</i> , etc. . . .	266
3.8. (Ene. 1824 - Oct. 1825): De 1824 al nº 9, final, de <i>Variedades</i> . . .	276
3.9. (Nov. 1825 - Sep. 1826): Versos en inglés; lo honra Oxford . . .	293

CUARTA PARTE: DEL «AMADO ORIEL» AL ANSIADO SEPULCRO

4.1. (Oct. 1826 - Dic. 1828): Primera fase del regreso a Oxford . . .	307
4.2. (Ene. 1829 - Dic. 1829): Rupturas con el ala conservadora . . .	316
4.3. (Ene. 1830 - May. 1832): Penosa etapa final en Oxford . . .	322
4.4. (Jun. 1832 - días de 1835): En Dublín, con un amigo arzobispo . . .	332
4.5. (1835 y 1836): Duro cambio. <i>Feliz</i> . Otro Blanco . . .	355
4.6. (1837 y 1838): Grave parálisis. Vuelve, aunque poco, el hijo... . . .	383
4.7. (1839 - Feb. 1840): Visitas de Sevilla y versos en español . . .	395
4.8. (Mar. 1840 - May. 1841): Última etapa y muerte . . .	409

<i>EPÍLOGO: FUNERALES, JUICIOS Y... CENIZAS</i> . . .	425
---	-----

INTRODUCCIÓN

PREÁMBULO, Y ETAPA PREVIA AL
INFLUJO DE ARJONA

0.1. CIRCUNSTANCIAS DE BLANCO AL NACER, Y EN SU FORMACIÓN

BLANCO nace en una Sevilla decadente, hacia finales del Antiguo Régimen. Su generación será sacudida por profundas convulsiones, pero aún más hondas son las raíces que dieron lugar a éstas. Hasta en sus primeros años hay precocidad, rebelde frente a un ambiente, en general, inmovilizador. Al documentar su formación se ven, como trasfondo histórico, detalles de la Sevilla de la época. La ciudad había perdido mucho respecto a aquella «gran Sevilla,/ Roma triunfante en ánimo y nobleza», según dijo Cervantes cuando la ciudad era el puerto para América. A finales del XVIII, su dominio naval había pasado a Cádiz, y ésta, aun sin la exclusiva del comercio americano, era más cosmopolita; y abierta.

Sevilla, según el plano de 1771, que mandó alzar Olavide, su célebre Asistente, era una ciudad amurallada; lo será casi un siglo más; aún conserva amplios lienzos de aquella muralla, y vías urbanas que recuerdan tales límites. Su población, en un informe de Olavide de 1768, era de 84.268 habitantes: ni un 1% de la española en la época: en España predominaba la población rural. El Asistente veía excesivos los 3.497 religiosos de ambos sexos. Junto a los clérigos seculares, calculables en casi 1.500, y sus ayudantes*; más de 5.000 personas al servicio de la Iglesia: un 6 % de la pobla-

ción de aquella Sevilla. En su catedral, aún hoy la de mayor área del mundo, prestaban servicio 239, escribirá el viajero inglés Townsend en 1787; algún dato suyo, como que en la Catedral sevillana se decían cada día «500 misas» parece exagerado; no era así el de 82 altares en ella: un manuscrito de hacia 1792 indica 69; conté más de 60 el año 2000, en una ojeada no exhaustiva, y ya aplicadas reformas del Vaticano II.

Más curiosidades del mundo infantil de Blanco: ese manuscrito reseña en Sevilla más de 1.300 altares, 300 campanas y 950 lámparas. Otro, pone 292 servidores para los oficios catedralicios de Semana Santa; contando los que montaban el gigantesco Monumento del Jueves Santo. Anota el peso del cirio pascual. 80 arrobas (algo más de 920 kilos): es creíble para quienes los hemos visto enormes allí; o que hacían falta 1.360 varas de lienzo de dos varas de ancho (casi 200 m²) para cubrir, en Tiempo de Pasión, por la liturgia de entonces, el retablo central; el mayor del mundo: cito eso pues la Catedral es escena clave para aquel Blanco.

Los clérigos influían mucho en aquella Sevilla. Expulsados los jesuitas, su prestigio en las clases superiores se cubrió, en lo espiritual, por los filipenses, y en lo docente, por discípulos de la Compañía. Sólo cuatro años antes de nacer Blanco, Olavide usó la ex Casa Profesa de ésta para separar la Universidad de su cuna, el Colegio Mayor de Santa María de Jesús; mas el proceso inquisitorial de ese personaje (1776-78) arruinó su reforma ilustrada.

Dominaban el 'alto clero', con pingües ingresos; y una clase 'noble' que sólo veía decoroso vivir de rentas o de cargo oficial: hasta simples hidalgos (salvo los de origen extranjero, como los Blanco), despreciaban el comercio y la industria. En el clero había enorme contraste entre los recursos de una mitra aún rica, o las 68 principales prebendas*, y los míseros recursos de cientos de sacerdotes. Entre éstos, los más de los, en rigor, 'curas' (los de *cura animarum*), solían vivir en estrechez frente a los de un buen beneficio simple ('sinecura'). Las grandes rentas arzobispales crearon anomalías no lejanas como la de un Infante Cardenal Arzobispo niño,

acumulando la mitra toledana; y frecuente ausencia de prelados, más tiempo en la Corte que en su sede. Aquellas diferencias dejaban la catequesis a cargo de los menos preparados.

Ante clero y nobleza, bloques dominantes, la burguesía lucha por privilegios que en Sevilla seguirán lejanos, pese a lo que se va respirando en Europa. Y un pueblo pobre e inculto, con miles de mendigos, sufría mucho con frecuentes sequías e inundaciones, y levass y tributos de guerras. Abellán dice de aquella España: «la fuerza de la Iglesia era apabullante».

La sociedad sevillana era clasista y cerrada. Estadísticas a mediados del periodo dan casi 4.000 mendigos, más de 1.500 presos y 7.600 criados. La Universidad sigue en bajo nivel, pese a la reforma de Olavide. La Sociedad Económica, fundada el año en que nace Blanco, luchó por reanimar la ciudad; él y su grupo se esforzaron en eso; pero la epidemia de 1800 estragará intentos de recuperación. El entorno no facilitó ésta: tiempos cruciales, en una Sevilla reacia.

Menéndez Pelayo reconoce la «pesada atmósfera moral» en que surgió Blanco, «genialidad contradictoria y atormentadora de sí misma»; aunque a veces no entendió a éste. Blanco, primogénito de padres demasiado religiosos para los prejuicios del escritor ya adulto, escribió:

Sería difícil escoger dos personas mejores para observar los efectos de la religión en España: En los dos los resultados fueron lamentables.

Sus padres, Don Guillermo Blanco y Morrogh y Doña María Gertrudis Crespo y Neve, se casaron en la Parroquia del Sagrario en 1771. Contra lo que se suele afirmar, sobre todo del padre, ambos nacieron en Sevilla; hasta era sevillana la madre de Don Guillermo; aunque las raíces paternas estaban en Irlanda; los padres de Doña María eran de Elda (Alicante) y Casares (Málaga). Los White, desde su venida a España, hacia 1711, alternaron su

apellido inglés con su traducción al español; tenían cédula de hidalguía, dada por Felipe V en 1732; y, como los Morrogh, nobles antepasados en Irlanda. Los Crespo tenían blasón y capilla de entierro; un primo de su abuelo materno fue abad mitrado de la colegiata de Olivares (Sevilla); de los Neve destacan el canónigo Don Justino, que fundó el Hospital de los Venerables, y fue pintado por su amigo Murillo; y un tío-abuelo de Blanco, Gobernador de las Californias, que fundó Los Ángeles. Hay una veta de poesía en el tío Antonio; y otra, de aventuras: su abuelo materno pasó largos años por América, abandonada su familia. Ésta sufrió penuria, lo que aclara que Doña María se casara con un comerciante, aunque también hidalgo, arruinado tras quebrar en 1769 por la impropia preparación de Don Guillermo para su negocio. Su primer hogar estuvo en la feligresía de la anterior Santa Cruz. Más de cuatro años tras la boda (aún así tendrán 6 hijos), nace el primero, José María, el 11 de julio de 1775. Se bautiza, por tradición, al día siguiente.

En 1776 figuran con el matrimonio la abuela materna y su aventurero esposo, recibido en casa del yerno: una nota más acerca de la bondad de éste. En 1777 consta que la familia vivía en la feligresía de El Sagrario. En un libro de bautismo aparece la primera hermana de Blanco, Ana María, nacida ese año. La madrina, como en el caso de Blanco y de casi todos sus hermanos, es la querida tía Anica, que «vive en esta collación». La familia habitará ya en la calle Ancha de la Laguna, hoy, Gamazo. De esa primera hermana (resalto, como constante, la triste soledad del Blanco niño), Méndez Bejarano sólo añade que murió niña. He repasado muchos libros de entierro, pero los datos sobre la muerte de infantes no solían constar.

La segunda hermana, Teresa María nació en 1778; desde muy niña estuvo al cuidado de una tía monja, «de pupila / en las Dueñas» (monasterio en la calle de ese nombre, la del Palacio de los Alba, cuna de Antonio Machado). Profesó allí ¡a los quince años! y murió pocos después.

En ese 1778 fue, en Madrid, el famoso autillo de fe contra Olavide, el reformador de la Universidad: nadie hubiera dicho entonces que la segunda de Sevilla llevaría su nombre.

En 1779, el aislamiento de un Blanco sin hermanos con los que jugar, acrecentado por su hidalguía sin suficientes recursos, aumenta si cabe con la guerra contra el Reino Unido, del que el padre era vicedónsul; y en 1780 pierde una diversión de las pocas que pueden imaginársele cuando aún no había cumplido cinco años: prohíben la Tarasca en el Corpus, con otros actos populares que perduran en Granada. En 1781 nace su tercera hermana, Ma de la Salud Fernanda, que seguirá destino similar al de Teresa María, con intervalo en casa que hará más dolorosa su ausencia. Fue bautizada de urgencia en casa; suplió ritos el futuro Beato Fr. Diego José de Cádiz, amigo de la familia. Ese año tuvo lugar en Sevilla su último auto de fe, con público juicio y ejecución capital: el de la infeliz beata ciega. Tras más de tres años de cárcel, el 24 de agosto fue llevada temprano, con deshonor, al entonces convento dominico de San Pablo, hoy sede de la antigua parroquia de la Magdalena. Allí se leyó su larga causa, que Blanco, cronista en su *Carta sobre la Inquisición*, llama «tejido de obscenidades expresadas en los términos más groseros». La «infracción de buenas costumbres / no tiene pena señalada»; «una casa de corrección hubiese sido más que bastante», pero «se la acusó de herejía, que se castiga con la hoguera». A ella fue condenada, con entrega al juez secular para su ejecución. Al oír su horrible destino se echó a llorar. Eso se juzgó arrepentimiento. Blanco ironiza:

Convirtiése a satisfacción de los doctores asistentes, pero el suplicio no podía ya ni aún retardarse. Sólo se le concedió la gracia de ser quemada después de muerta y fue engarrotada / entre las lágrimas de ternura de todas las almas devotas, que admiraron el piadoso artificio con que se aprovechaba aquella ocasión de mandarla al cielo quitándola del peligro de volver a caer otra vez en su herejía.

«Apenas hubo un habitante en Sevilla que no acudiese a ver el solemne acto». La novelera ciudad iría en masa al quemadero, extramuros: para mejor asustar, era de mampostería: no montable en cada caso y de madera, como los patíbulos para otras muertes. Los padres solían llevar a los hijos para escarmiento. Dice Blanco: «Yo, aunque pequeño, vi la hoguera».

En lugar paralelo aclara que sólo vio los elementos para hacerla; es probable que el padre lo llevara. Lo terrible es que acababa de cumplir seis años, no los ocho que dijo. La condena se comentaría más que la de Olavide, lejos, leve y en secreto; marca la vida de Blanco con rechazo a la Inquisición, y, en general, a la intolerancia: a Sevilla habrían llegado los crueles detalles de la ejecución, en Perú, de Tupac Amaru II y familia. Y en la plaza de San Francisco no era rara la horca, caso del célebre Diego Corrientes, de 1781.

En **1782** muere la abuela paterna, Doña Ana Andrea Morrogh, cuya partida de defunción consta en la Parroquia de El Sagrario. Y también siete ahorcados, ese lustro, en la vecina plaza de San Francisco; en sus partidas se dibuja en cada ocasión la horca; se suelen añadir detalles macabros, como que se les cortó, a casi todos, al menos una mano, para su exposición en público, como escarmiento. Cerca consta el funeral del cardenal Venegas, muerto en la Corte. Aporto esto del humus ambiental infantil de ese Blanco, que en la citada muerte de su abuela Ana iba a cumplir siete años. Fue niño en un mundo de adultos, cerrado en demasiados aspectos; sin hermanos con edad para jugar con ellos; no pudo contactar con vecinos hasta adolescente.

En **1783** nace su hermano Guillermo María; morirá a los 5 años, cuando el primogénito tenía doce. Dos años antes de eso nació el último, Fernando María, único que le sobrevivirá*; llegó con retraso de casi once años para los juegos infantiles del mayor, que escribió:

Me convirtieron en un muchacho solitario: bien que me acuerdo de cómo se me iban los ojos detrás de los niños

pobres que jugaban por las calles / . Si mis dos hermanas / hubieran vivido en casa cuando tenían edad suficiente para ser mis compañeras de juego, mi suerte no hubiera sido tan dura, pero bien pronto las enviaron al convento.

El envío de esas niñas a Las Dueñas, con una hermana de la madre, fue por la mala salud de ésta, que le impedía educarlas bien. Pero la soledad marcó a Blanco. Y más aún, la austeridad del hogar. Cuadro costumbrista: el padre lleva al niño, con siete años, a obras caritativas.

Durante treinta años /, mi padre no se permitió otro descanso / que el de ir / al hospital general / donde cuatrocientos o quinientos mendigos yacen juntos, y mueren agotados / y humillarse a los servicios que repugnaban a los mismos servidores.

0.2. LOS PRIMEROS RECUERDOS DE SU EDUCACIÓN

Si, como es creíble, vio algún detalle de aquel auto de fe, éste sería su primer recuerdo nítido. Pero, al decir que sus padres le dieron enseñanza religiosa «con los primeros rudimentos del habla», imputa el cimiento de su fe católica a «la música y las solemnes ceremonias de la catedral». Otro recuerdo, que agudiza su ironía, es su traumático paso a la confesión.

Los teólogos han declarado que la responsabilidad moral del niño empieza a los siete años, y por tanto, a los niños de viva inteligencia no se les permite seguir mucho tiempo más sin las ventajas de la confesión.

Su antífrasis clara en «ventajas» indica la idea del Blanco anglicano (cuando escribió eso), sobre la confesión: algo más que «un tema de controversia teológica». Su crisis posterior la amplía a sus primeras experiencias en eso, con párrafos así:

Los efectos de la confesión sobre las almas infantiles suelen ser perjudiciales / . A la práctica de la confesión debo yo mis primeros remordimientos cuando todavía mi alma se encontraba en un estado de pureza infantil.

No ve que la causa era una deficiente catequesis; en parte por poca cultura y excesivo celo de la madre. Al narrar que su primera confesión «tuvo lugar al cumplir los siete años», no añade que ocultó una falta «hasta los catorce», como dice en otro texto. Pero, de cada vez que recibió tal sacramento «con la conciencia de cumplir un deber religioso», comenta: «Siempre lo hice teniendo que vencer una enorme dificultad». Aun marginada su anécdota de una *terrible* falta infantil no confesada en siete años, tan increíble como el que ese *crimen* fuese *quizás* «el robo de un pajarillo», su deformada idea de pecado grave concuerda con su aserto posterior: no entender «ni una palabra» del Catecismo, del P. Ripalda. Exagera: era listo, y podía consultar.

El padre fue preparado mal para el negocio: se le hizo viajar por el extranjero y adquirió la cultura europea, salvo las ideas anticristianas en boga; pero sin formación comercial, quebró en 1769. Sólo le quedó ser socio; y, al morir su madre, parte de la hacienda de Punta, tras Tablada. En el intervalo de apuro económico es la boda y nace el primogénito. Éste confesará:

Fui educado sin percatarme de si éramos ricos o pobres, aunque me hicieron adquirir las virtudes de la hidalguía española.

La experiencia de Don Guillermo fue nefasta para Blanco: en cuanto el niño cumplió los ocho años (1783), pasó con él al extremo contrario:

Tenía que acudir diariamente al escritorio. / Mi aprendizaje fue severo y tan pronto como supe escribir con soltura me hicieron copiar la correspondencia.

Aborrece esa tarea. Lo dice muchas veces: sólo halla un aspecto interesante:

después de las interminables y aburridísimas horas que pasaba en el escritorio, la única recompensa que recibía era una / lección de violín.

Otro texto añade cómo le afectó un hábito piadoso de su padre:

Me acuerdo [de] que al volver a casa con él / después de trabajar todo el día en su escritorio, donde, de manera / impropia para mi edad, aprendía inglés, contabilidad y correspondencia comercial, mi padre no dejaba de entrar en la catedral para rezar delante de la tumba del Venerable Contreras. En un ataque de rabia, del que sin embargo no di ninguna señal externa, maldije al pobre venerable. Sin embargo, al darme cuenta de que sus oraciones no duraban más de unos escasos minutos, me arrepentí de mi rabia.

De entonces, hasta los quince, en que pasará a la Universidad lo hace algo menos dependiente, recuerda la tortura a la que el padre lo sometía sin querer al hacer que lo acompañara a sus prácticas religiosas los días de precepto: más de 80 al año, con los de obligación de misa pero con permiso para trabajar. En el *Almanaque (...) del Arzobispado de Sevilla para (...) 1790* quedan aún 35 días de precepto más los domingos. Por paradoja, los peo-

res días, pese al duro escritorio, eran para él los totalmente festivos. Cito su testimonio con sus prejuicios del XIX:

Temía con toda mi alma la llegada del domingo. En las primeras horas de aquel tremendo día tenía que acompañar a mi padre al [Real] convento de San Pablo, de los dominicos, donde residía su confesor. Dos veces al mes estaba obligado a someterme a la práctica de la confesión, que mi padre, por su parte, cumplía / todos los domingos. Dos horas enteras permanecía en la iglesia antes de desayunar.

Añade que, tras el desayuno en casa, pasaban otro par de horas en la catedral, «de pie o de rodillas, ya que el templo carecía de asientos»; más de una vez se desmayó «por agotamiento». Padecería algún defecto que justificara esas quejas: no aparecen sólo ahí. Tras comer, otras dos horas de iglesia; y otras a un hospital, para lo ya descrito. Había quince hospitales en Sevilla*.

Los libros de la infancia en el hogar eran pocos y aburridos. Leyó tanto el *Telémaco*, su preferido, que casi se lo aprendió de memoria. Por temor a los sermones sobre malas lecturas, apenas había seis libros en casa. Con frecuencia, eran incluidas en el *Índice* obras hoy día insospechables: de los pocos libros que leyó de niño, cuatro están en la edición de 1790 de dicho *Índice*. A los siete años, le imponen obras como el *Catecismo* del Padre Ripalda, del XVI. Unos 36 años tras esos hechos, denuncia pretender infundir a esa edad una sinopsis de la doctrina de Trento; y hacer memorizar un lenguaje ya arcaico, lleno de términos abstractos.

No extrañe que el *Telémaco*, inspirado en la *Odisea*, despertara gran interés en él. Dirá:

Con gran alegría me enteré de que al aprender latín tendría que leer historias muy parecidas a las de mi favorito el príncipe de Ítaca.

Dos sorpresas sobre esta inocente obra: también con una edición en el *Índice*; aunque por dos notas de otro autor; y leerla le causó «la primera duda / sobre la verdad del Cristianismo»: «poco antes de cumplir los 8 años».

Me sentía identificado con los protagonistas / y / mi admiración por su sabiduría y valor me hizo pensar sobre cómo podíamos estar / seguros de cómo una religión tan digna como la de aquellos hombres era falsa, y no la nuestra.

Podría pensarse que su tardío recuerdo es confuso, pero ahí testimonia:

Me acuerdo perfectamente de todos los pormenores de aquella duda pasajera.

Y añade: «Me parece estar viendo / las mismas facciones de aquel orondo dominico». Esos recuerdos son de cuando –subrayo que con siete años– expone aquella duda y la benévola reacción del Padre Barea, su confesor entonces. Glosa como adulto:

Creo que con gusto me hubiera retorcido el cuello si hubiera tenido el suficiente espíritu profético como para adivinar que llegaría un tiempo en el cual los mismos herejes, que él hubiera quemado entre transportes de júbilo, me llegarían a encontrar demasiado hereje.

El voraz lector logra, pese al cerco familiar, otras obras literarias en sus años de infancia. Debió de ser hacia sus 9 años (1784) cuando la madre, que lo vio «incapaz de soportar la fatiga de tanto copiar y copiar cartas de negocios», temió que eso lo enfermara. Y hería su orgullo materno que él no destacara «de cualquier ganapán mercantil» al menos por saber latín: logró que un profesor de gramática latina viniese por la tarde a casa. Blanco comenta que la

hartura de sus papeles contables le hizo «de la gramática latina una delicia», aun sin tiempo para preparar las lecciones. Ese profesor trajo nueva savia de lecturas. Se añade otro, de música: ésta tuvo gran valor en su vida. Además, éstos osaron dejarle, a ocultas, más lecturas.

El comienzo de estos préstamos parece fechable en **1785**. Uno se debió, según él, al segundo de esos profesores.

Me prestó un ejemplar del *Quijote* /. No recuerdo satisfacción y placer más grandes que el que experimentaba cuando / lo devoraba a escondidas. / Estaba considerado por mi padre como un libro peligroso.

Hasta el *Quijote* fue incluido en el *Índice*, por una frase de un personaje secundario, la Duquesa, que la dice de paso: «Las obras de caridad que se hacen flojamente, no tienen mérito, ni valen nada». La prohibición era antigua, y ese *Índice* tranquilizaba con un paréntesis final: «(Las ediciones modernas están corregidas)»: el edicto ordenaba «bórrese». Suprimida la Inquisición al final del Absolutismo, la frase está ya reincorporada.

Los pasos en su educación fueron sutiles en su familia; sintetiza con maestría:

Las dos ramas de mi familia, la irlandesa y la española, / no se ponían de acuerdo en cuanto a / mis estudios. / Yo / aunque sólo tenía doce años y sabía menos del mundo que un niño inglés de ocho años, encontré instintivamente lo único que podía librarme de la esclavitud del comercio: declaré / fuerte inclinación por el sacerdocio.

El partido mercantilista insistió en que, ante la eventualidad de que yo cambiara de idea / siguiera yendo al escritorio por la mañana y dedicara la tarde a / la escuela [de latinidad] que regentaba el mismo maestro que me había estado dando lecciones.

Ese *dómine* sería un clérigo de los muchos que, para subsistir, recurrían a la enseñanza privada. Blanco llegará con el tiempo a dominar el latín, aunque sólo cita como autores que estudió entonces a Cicerón y a Virgilio; tras dos años en esa su primera escuela, confiesa que apenas era capaz de leerlos. Los asesores de sus padres le harán comenzar la Filosofía alegando que para ésta no hacía falta saber mucho latín. Pero textos, clases y exámenes eran en esa lengua; y para las abstracciones de la Filosofía, no basta tener 14 años, aunque el estudiante fuese él, y, con la suerte de descubrir a Feijoo: otros adolescentes sevillanos no tenían una tía Anica que, según Blanco, era quizás la única mujer de Sevilla con una pequeña biblioteca.

La mayor de las hermanas de mi padre / me dejó leer las obras de Feijoo, que / se atrevió a escribir contra el sistema escolástico y a recomendar / los principios de Bacon.

Feijoo nació un siglo antes que Blanco, lo que confirma que no hay novelorías en las lecturas iniciales de éste. Ya en la edición del *Teatro Crítico* de 1739 la Inquisición decretó «bórrense» para dos temas, y, pese a la protección de Fernando VI, el *Índice* de 1790 decía de éstos: «Están omitidos en la ediciones siguientes»; se supone que en la que leyó Blanco.

Con el impacto que le produjo Feijoo, un fresco viento intelectual entra en su vida.

Llegué a imbuirme plenamente del espíritu crítico de la obra y / creo que llegué a entender los principios de la Filosofía de Bacon. Todo esto tuvo la consecuencia de hacerme insoportable y odioso el simple hecho de contemplar al fraile que me enseñaba Lógica.

1786, cuando Blanco tenía 11 años, habría sido la fecha de la gran decisión. Habla de ello con vagos recuerdos lejanos: «un niño

de diez o doce años». El padre quería para el primogénito el porvenir del comercio; las mujeres preferían una carrera literaria. Ante estos planes, decidió:

Había tomado una inclinación decisiva: odiaba el escritorio y amaba los libros. Como la cultura y la Iglesia eran entonces para mí dos ideas inseparables, muy pronto le declaré a mi madre que no quería ser otra cosa que sacerdote.

Indica que ella deseaba eso, aunque callaba, por prudencia.

Tener un hijo que toque / el cuerpo real de Cristo / levanta a una mujer española a un alto estado de dignidad y felicidad.

Estas líneas del Blanco adulto reflejan lo que intuyó entonces su madre:

A la piedad más sincera unía la esperanza de ver a su querido hijo disfrutar de las dignidades y riquezas de una Iglesia poderosa. Además, la Iglesia, por / la ley del celibato, aleja de la madre el / temor / de la esposa que / se llevará al hijo.

La madre consulta a «graves teólogos» que «opinaron que se trataba de una verdadera vocación». Y el padre, que había pensado casar a José María con la hija de su socio capitalista, para que el control del negocio volviese a los Blanco, sólo puede decir que, por un posible cambio de idea, «de momento siguiera yendo al escritorio por la mañana y dedicara la tarde a asistir a la escuela». Blanco habla de su alegría por convivir con muchachos de su edad, aunque tenía prohibido tratar con ellos fuera de las clases; ida y vuelta, lo acompañaba un criado.

Este importante cambio se fecha en **1787**, tras la muerte del aventurero abuelo materno.

Esos estudios fueron los cursos 1787-88 y siguiente. En 1787 hubo en Sevilla una gran subida de precios, pero en **1788** el padre tuvo un premio de lotería de «unos 24.000 reales»: eso influirá en que la Curia acepte renta congrua en la próxima tonsura de Blanco.

En el curso 1789-90, el aspirante a clérigo debe cursar Filosofía. Otro problema conyugal: la madre, partidaria de los jesuitas, extinguidos por el Papa anterior (1773) pero continuados en Sevilla por los filipenses, quiere que su hijo vaya a la Universidad. Ésta, con la reforma de Olavide, suplantó en la concesión de grados a su cuna, el Colegio Mayor de Santa María de Jesús (1505), y ocupó la antigua Casa Profesa de la Compañía. Aunque decadente, guardaba tendencias teológicas de los extintos jesuitas, según se asesoró Doña María; y, como dice Blanco, discípulos de éstos seguían en las principales cátedras. Pero Don Guillermo, que tenía de director espiritual a un dominico, prefería el Colegio Mayor de éste, Santo Tomás, también ya sin su privilegio de dar grados. Hizo de la elección un caso de conciencia, al acusar a la Universidad de enseñar «tendencias heréticas», como... la existencia del vacío. No hubo remedio: Blanco, con 14 años, comienza en ese Colegio según comentó:

Sin / preparación para asimilar las secas especulaciones del voluminoso texto de Lógica que me pusieron en las manos, lo abandoné desesperado tras algunos esfuerzos.

En cambio, y la posible fecha de partida para ese cambio puede señalarse en **1789**, se vuelca en el entonces revolucionario, mas ortodoxo, Feijoo: los 8 tomos del *Teatro Crítico Universal* y los 5 de *Cartas eruditas y curiosas*.

Me convertí en un escéptico que sin poner en duda las verdades de la religión, no dejaba pasar / sus otras creencias [las de sus familiares] con el valor que ellos les daban.

El año antes indicado es crucial para estar ideas: comienza la Revolución Francesa, y Floridablanca, que sigue de ministro con Carlos IV, crea un cordón antifrancés. Pero Blanco sigue pensando inspirado por sus propias fuentes. Da clases ese curso 1789-90 en el Santo Tomás: el método escolástico estaba lejos de la mentalidad y las lecturas de Blanco; mas su vida mejora con esos estudios: va ya sin el acompañante de la escuela; y tiene nuevas lecturas.

0.3. FALLOS DE BASE; TONSURA (1790); RUPTURA EN EL COLEGIO TOMISTA

Antes de verlo clérigo a los 14, conviene repasar las raíces erróneas de su formación, con padres cuya bondad, dijo, «es imposible alabar debidamente»:

Al mantenerme alejado de la compañía de los muchachos de mi edad se imaginaban que estaban preservándome de toda contaminación.

Está resentido contra la religiosidad que les movía; aunque la siguiente frase del Blanco adulto no alude a la religión en sí, sino a la forma en que se le inculcó.

Su desgracia, y también la mía en cuanto que mi felicidad estaba en sus manos, era la consecuencia / de haber aceptado ciegamente / los modelos propuestos por / Roma.

Su visión adulta sobre ellos parecería irrespetuosa de no saberse cómo los amó:

Sería difícil escoger dos personas mejores para observar los efectos de la religión en España. En los dos, los resultados fueron lamentables. / En uno podemos ver una serena inteligencia y un sentido común / convertidos en timidez e indecisión. / En la otra / unos talentos de superior calidad convertidos en atormentadores de un corazón, cuya principal fuente de dolor era / un insaciable deseo de andar por el tortuoso y espinoso sendero que iba a ser tomado por 'el camino que lleva a la vida'.

Blanco, al escribir eso casi a los 50, achaca los problemas que señala en sus padres a que abdicaron de su razón al delegar en su respectivo confesor. Pero hace una distinción:

El único objetivo de aquél hombre bueno era mi educación religiosa, según entendía él esta palabra /. Mi madre también pensaba así, pero, como estaba dotada de grandes talentos naturales, no podía menos de desear / algo menos sombrío y cerrado que la religión que imponían los teólogos.

Blanco dice eso por la tendencia de su madre a facilitarle el mundo de la cultura; pero luego la señalará como autora de la trama (en una ocasión la juzga como «trampa para su querido hijo») que le impide salir de su errado camino; el padre le ofrecerá una salida, aunque tardía.

De la comunión y *su* oír misa *privada*, remito a lo que dirá de la época en San Felipe. Tras desayunar, iba a la solemne Misa Capitular de la espléndida catedral; con largo sermón. Llama 'interminable' a ese acto, e «insoportable, con excepción de su parte musical»: suele juzgar la música, con elogio en casos como ése. Y eso que la catedral no tenía la trompetería del lado de la epístola; ni el pavimento de mármol: se terminan en 1793. La falta de asientos era para el pueblo: aún se usan magníficos sitiales de

entonces para el Cabildo, cuando asiste fuera del coro, y las autoridades. Blanco narra más de aquellos días «festivos»:

Nos íbamos a otra iglesia en la que volvíamos a pasar dos horas más. / Y si el tiempo lo permitía íbamos a dar un paseo que / terminaba con la visita a las salas de un abarrotado y pestilente hospital en el que mi padre durante muchos años pasó dos o tres horas todas las tardes prestando a los enfermos toda clase de servicios.

Aquellas «dos horas» serían de adoración eucarística. La Real Congregación de Alumbrado y Vela al Santísimo Sacramento, con su «jubileo circular de las cuarenta horas», no se fundó en Sevilla hasta 1791; pero esta ciudad abunda en cultos predicados, con su hora de «meditación», y música; en esos casos la calificó como «mala». Añade: «Mi ingreso en / Filosofía a los catorce años me libró un tanto de esa cruel disciplina».

Mezcla recuerdos: entra en la Universidad a los quince; quizás confunda el salir ya solo a la calle, con catorce, para clases en el Santo Tomás, con tener cierta autonomía religiosa externa: la posibilidad de otra iglesia y otro confesor no se le da al ser clérigo, sino al pasar a la Universidad de Sevilla, y, en cuanto a las prácticas religiosas, al citado templo de San Felipe.

Desde los siete hasta entonces, Blanco vivió esclavo de la «dura disciplina» para lo que se llamaba 'día festivo'. La raíz del problema es que no se le educó en el amor sino en el temor, como en el sacramento de la penitencia y en los Ejercicios. De la eucaristía, se le inculcó su exigencia, no su necesidad: mal del que quedan resabios. Cuando Blanco escribe su *Vida* dice:

No es extraño, pues, que este impreciso nombre de religión me resulte absolutamente odioso y prefiera utilizar el de cristianismo auténtico.

Y aplica su caso a muchos, en frase que tomé como lema para estudiarlo, ante la situación de tantos sufrientes, como él, por motivos similares: «La mía es la suerte de otros miles».

Generaliza su experiencia: su mala formación interviene mucho en ese caso, no tan general como afirma, aunque sí frecuente. Lo son sus traumas; y aún, ya en el siglo XXI, no es común una catequesis que salve tales baches. No entra en ese tipo de angustias duraderas su problema «de fe» por el *Telémaco*, la anécdota que hizo sonreír a su confesor. El problema vendrá por su lectura de Muratori contra el «voto de sangre» para defender la Inmaculada Concepción de la Virgen María, doctrina muy sevillana, pero entonces aún no ‘definida’ como dogma.

Historié la declaración de Blanco, decisiva en su vida, de que «sentía una fuerte inclinación por el sacerdocio»: dijo que, con doce años, «sabía menos del mundo que un niño inglés de ocho». Su inclinación era fomentada por visitas de selectos sacerdotes; respeto hacia éstos y su brillante posición social. La madre le diría que podía tenerla con la canónjía vinculada a los Crespo en la colegiata de Olivares, y, mientras estudiaba, con dos capellanías que le lograría en Las Dueñas, por la tía monja. Él rechaza por instinto lo impuesto; pero sintetizó: «Odiaba el escritorio y amaba los libros». Además había un motivo que intuí; está en uno de sus escritos:

Como / detestaba el escritorio comercial y / había oído a mi madre decir lo feliz que sería [ella] si yo entraba al servicio de la Iglesia, me entró / gran deseo de ser sacerdote.

Error comprensible en su origen. Las circunstancias se encarnizarán contra rectificarlo.

Hallé, tras larga búsqueda entre 73 gruesos legajos, desde 1790, los 5 expedientes hasta ser sacerdote: tonsura, que lo hizo clérigo a los 14 años, cuatro órdenes menores el mismo día, subdiaconado, diaconado y presbiterado. Cada uno de esos expedientes tiene esta estructura:

Instancia autógrafa del aspirante, resuelta al margen izquierdo. La de tonsura de Blanco se envía al Arzobispado en abril de 1790.

Un edicto, de dos páginas impresas, del Ordinario, pide al Párroco del solicitante informes sobre éste: legitimidad, si es «cristiano viejo»: se investiga si hay antecedentes de moros, judíos, mulatos, condenados por la Inquisición, etc.; moral del aspirante, frecuencia de sacramentos, o impedimento canónico; se lee el edicto en tres misas 'de guardar': quien supiese algo en contra debía decirlo «dentro de tres días so pena de excomuniación mayor», etc. El Cura envía las respuestas del aspirante y de tres testigos: cada uno firma las suyas con Cura y Notario.

Se exigía garantía escrita de solvencia económica para que el clérigo viviera con el decoro debido al grado solicitado. Para Blanco, certificada por el Cura la hidalguía de la familia, y por la pasable economía familiar, el Secretario anota, en el expediente, que se le admita.

Otros documentos del expediente de órdenes de un secular diocesano son dos oficios; envían, uno, a examen (se califica al pie de ese oficio); y otro, a Ejercicios Espirituales, en la Casa de San Felipe «por diez días continuos sin salir de la clausura ni de día ni de noche».

Aunque incluían el de entrada y el de salida, Blanco los hizo con 14 años; y al menos 5 veces más en ese decenio; con tremendos impactos, según expondré. En este caso de Blanco, el canónigo Salcedo signa la papeleta del examen, tras poner «Aprobado»; y el Director de la casa citada, el ya célebre Padre [Teodomiro Ignacio Díaz de la] Vega, firma que se cumplió.

Se anexan partida bautismal y certificado de amonestaciones. En cada caso, firman D. Juan Bautista Fasón, cura de Santa Cruz, y un sacristán de El Sagrario:

Se [ha] amonestado en tres días festivos en el Ofertorio de la Misa Mayor.

Aprobado el expediente, Blanco recibe la tonsura clerical, de D. Agustín de Ayeararán, Obispo Auxiliar de Sevilla. Es la tarde del viernes 28 de mayo de 1790, en la Iglesia del Colegio franciscano de S. Pedro de Alcántara, en la hoy calle Cervantes. Blanco, con 14 años, es clérigo: niego que con capellanía, y que quedara obligado a rezar el breviario, aunque él diga que «desde los catorce a los veintisiete años» no lo omitió «a no ser que estuviera gravemente enfermo»: hay más de 4 años hasta sus Órdenes Menores y esa carga como capellán.

Ahora hablaré del escándalo en el Santo Tomás, que lo enorgullecía:

Por el tiempo de mi incidente con los dominicos, vine a desarrollar / un profundo deseo de saber y una no menor aversión hacia los errores establecidos. Han pasado ya casi cincuenta años y / me alegro de mi identificación intelectual con aquel muchacho.

La *Física* del P. Goudin, y el profesor, dominico, negaban que el vacío fuera posible: Méndez Bejarano lo entiende al revés; y no ve que el tema era de Física y no de Lógica; error de Blanco al contarle. Tras la *Lógica*, comenzaba la Física de 2º, mayor. Ese biógrafo resume:

Un día se levantó resuelto y afirmó ante la estupefacción del profesor y de sus condiscípulos, que aquella Lógica no merecía su atención /, acompañando su tesis con todos los argumentos que su precocidad y la lectura de Feijoo le suministraron.

Sorprende eso en el carácter tímido de Blanco, pero éste narra su enfado al ver negada en «el segundo volumen de sus *Elementos de Filosofía* / la existencia del vacío»:

Una reprimenda hizo saltar / la mina que, cargada con las primeras migajas de mis conocimientos y rebosante de presunción juvenil, estaba hacía tiempo lista para estallar.

Si el fraile me hubiera reprendido en privado [por la completa falta de atención], mi habitual timidez hubiera sellado mis labios, pero me riñó delante de toda la clase. / Me levanté de mi asiento y declaré atrevidamente que no estaba dispuesto a seguir pervirtiendo mi inteligencia con las absurdas doctrinas que se enseñaban en sus escuelas.

Añade que el profesor dijo que por respeto a la familia no le expulsaba, pero daría cuenta a su padre. Blanco, aunque en ese contexto lo juzga moderado, comenta en texto paralelo nueve años posterior: «El fraile se enfureció, y no sé cómo pude escaparme de un manteamiento».

Quedaría indemne no sólo por lo respetable de la familia. El padre, además, era vicecónsul de Inglaterra, y tenía un pariente dominico. Blanco era ya clérigo, con los privilegios del XVIII para el fuero clerical, hoy extinguido en lo civil. Pero se ve aún niño en sus recuerdos: dice que, asustado de su osadía, se refugió en su madre y le contó lo sucedido. Doña María, que como dije, prefería la Universidad, aprovechó el incidente para que su hijo pasara a ésta.

Blanco accede entonces a un clima cultural menos cerrado, aunque con rígido control de Iglesia y Estado, mediocre en cátedras, mal dotadas y, por ello, con frecuentes cambios; también es pobre el ambiente, en festejos de ‘coplerismo’, con detestables ejemplos en un manuscrito de la Universidad de Sevilla, guardado por Reinoso junto, y en contraste, con los de su Academia.

Deja el ambiente dominico, y pasa, con gran alegría de la madre, al oratoriano de San Felipe Neri. Allí elige un confesor, que, por tradición de la juventud culta de la época, será también su director espiritual; habla también de la faceta musical:

La iglesia de San Felipe Neri tenía para mí otra gran atracción: en ella se escuchaba música con tanta frecuencia que / podía ser considerada como la Ópera religiosa de Sevilla. Los buenos padres del Oratorio / cultivaban la amistad de los mejores músicos profesionales de la ciudad y recompensaban sus servicios dándoles, por un lado, ayuda espiritual y, por otro, prestigio mundano. / También había en nuestra ciudad buen número de aficionados. / Como yo había conseguido tocar el violín aceptablemente, los padres filipenses consideraban mis servicios muy valiosos[,] y a mí por mi parte me llenaba de satisfacción la oportunidad de unirme a una gran orquesta.

Esta faceta cambia su vida. Las prácticas de violín eran de una hora cada domingo, y de muchas en las fiestas principales: conllevan *dulcificación* de los temidos días de precepto, aunque, a las siete de la mañana en invierno, y a las seis en verano, iba al Oratorio, en ayunas hasta de agua desde las doce de la noche según la estricta norma de ayuno eucarístico, vigente aún no hace muchos años. Recuerda la iglesia, renovada cuando los devotos iban terminando sus prácticas; calcula éstas en «hora y media aproximadamente», incluida la espera para la confesión, ésta, y la comunión; después, «oía una de las misas que allí se decían».

El sacramento se distribuía cada cinco minutos. Después de comulgar oía una de las misas rezadas; es decir, estaba presente mirando mientras el sacerdote decía la misa, que es todo lo que la Iglesia de Roma requiere de los católicos, bajo pena de pecado mortal, todos los domingos y fiestas.

En altares laterales, y, a veces, solapándose en el tiempo, se iban diciendo misas, en latín, con el canon en secreto, y de espaldas a los fieles... Las teorías contra todo esto, que influyeron en las sinodales de Pistoya, y dieron fruto en el Concilio Vaticano II, cae-

rían como en terreno abonado en el alma de Blanco. Éste sitúa aquel cambio «antes de las vacaciones» [de 1790]; luego cuenta cómo continúa sus estudios filosóficos:

El catedrático [de Lógica de la Universidad] aprovechaba unas cuantas semanas de las vacaciones para dar clases especiales de recuperación /. Yo asistí a esas clases y al final el profesor me felicitó públicamente por mi aplicación y los resultados / , por lo que al comienzo del nuevo curso / me colocaron entre los primeros de la clase.

Hubo un examen para convalidar el curso tomista de Lógica, de escolaridad sin valor universitario. Se requería dispensa regia; en el Archivo Histórico Universitario de Sevilla, una Real Orden autoriza la petición de Blanco de que, tras examen, admitan su matrícula en *Física*.

Blanco expone ante el Rey, según la tradición, en tercera persona:

Sus deseos fueron siempre estudiar en la Universidad, tanto por su mayor concurso, régimen moderno y conforme a las órdenes de V. A., como por poderle aquí ser útiles los años en la carrera escolástica.

Tenía el solicitante 15; no es el primer escrito que hay de él: con 14 firmó la instancia para clérigo. En ese segundo documento hay influjo jurista en la forma. El Rector, Don Antonio Vargas, en su informe favorable, no sabría del choque alumno-profesor, y sí de la posición social de los Blanco. Muestra al Consejo la inquina de su Universidad a las Órdenes Religiosas:

Este joven no tuvo / elección para haber principado sus estudios en la Universidad a causa de los Regulares, que como enemigos declarados de la Universidad / persuadieron a los

padres / [para] que de ningún modo lo enviaran a la Universidad, en donde, no obstante, el dicho D. Joseph / ha dado muestras de su aprovechamiento, como lo manifestará el examen a que ofrece sujetarse; de suerte que / circunstancias especiales que permiten que / se confiera la gracia.

Inicia la Universidad en el último trimestre de 1790.

0.4. ADOLESCENTE EN MUNDO INMOVILISTA ANTE CAMBIOS PROFUNDOS

El periodo revolucionario francés es muy complejo. Aun lo previo provocó en España alerta religiosa y política, y control de libros franceses: la Inquisición acumuló decretos al *Índice de los libros prohibidos*, cuya edición de 1790 regirá mucho tiempo. Pero lo prohibido estimula intereses, y ganar más, por el riesgo, anima a algún librero a burlar la aduana, como dejando libros en el fondo del puerto mientras pasa la inspección. En paradoja, Blanco vivió un 'periodo de apertura': iba al Santo Tomás sin el criado que le acompañaba a la escuela de latinidad.

Con la Revolución, se acentúa un «cordón sanitario» contra Francia. La Universidad, el clero, etc., siguen contra lo francés, hasta la Paz de Basilea (1795). Lo que frenó en España la idea de la libertad no fue esa Revolución, sino reacciones contra algunos de sus excesos.

Los Ejercicios Espirituales no eran formación específica, pero sí obligatoria, para todo aspirante a Órdenes en Sevilla. Los hizo muchas veces, con los filipenses; en especial, con el Padre Vega: *ese* enfoque fue traumático para Blanco. Los expone en una sola visión, basada sobre todo en su primera experiencia, con 14 años. Expongo esa visión, y la que da del citado Padre. Matizaré distor-

siones por resentimiento u olvido; en su teoría sobre *entonces*, es duro:

Los Ejercicios de San Ignacio están formados por una serie de meditaciones sobre distintos puntos religiosos, tan convenientemente dispuestos que al principio el espíritu se ve envuelto en el más profundo temor, para después irse elevando gradualmente a la esperanza, hasta que por fin es aliviado, si no por la certeza del perdón divino, al menos por una tímida seguridad del perdón.

Hay que ir al autógrafo de San Ignacio: divide sus ejercicios en cuatro partes; sólo la primera es «contemplación de los pecados»: el resto trata de la vida de Cristo; no debe llevar al temor sino al amor. De la objetable meditación del infierno, el '2º preámbulo' aclara: «Si del amor del Señor eterno me olvidare / el temor de las penas me ayude para no venir en pecado».

Blanco no habla de Ejercicios ignacianos sino de los que hizo a fines del XVIII con la teatralidad de entonces. Dice:

Se pasan diez días / en completa abstracción de cualquier preocupación mundana.

San Ignacio los concibió como de un mes, de 4 semanas no de por sí iguales en amplitud. La práctica filipense se reducía, según expedientes de órdenes, a la noche de ingreso en la Real Casa de Ejercicios, 8 días de internado, y la misa de clausura, la mañana del 10º. La clave de su impacto en Blanco está en la personalidad del que los dirigió la primera vez, el popular Padre Vega. Nacido en Sevilla en 1736; consta que ingresó en el Oratorio diez años antes de la expulsión de los jesuitas, aunque formado en su Colegio de San Hermenegildo; de ahí el error de Blanco al creerle ex novicio. Acompañó como sacerdote hasta la hoguera a la infeliz Beata Ciega, predicó en las solemnes honras fúnebres de Sevilla por Luis

XVI, y su oratoria antifrancesa provocó una queja del embajador francés. Dejó aún más fama como Director de Ejercicios para miles de sevillanos: a muchos, con reiteración, como a Blanco. Éste admira su influjo social, conocimiento del hombre, agilidad de estilo...; pero él se ve como su víctima:

No puedo menos de estremecerme al recordar que mi alma tuvo que pasar por esa prueba cuando sólo tenía quince años.

Matizaré: cuando Blanco inicia sus primeros Ejercicios Espirituales le faltan más de 2 meses para cumplir *esos* 15 años; y los realizó al menos seis veces de 1790 a 1799; hubo de haber alguna más; como entre la primera, donde aún no conocía a Mármol, y la de las órdenes menores, tardía en el caso del libro prohibido de Muratori que le dejó ese amigo: un mal trago, pero Blanco no se dejó manipular: en sus crisis, lo que le hizo cerrarlas, aunque en falso, fue, como dice, el llanto de su madre. Aún así, véase esta cita; en ella leo ‘impresión’ como ‘cúmulo de impresiones de su múltiple experiencia en Ejercicios’:

La impresión que recibí me hubiera debilitado para toda la vida / si la naturaleza no me hubiera dado una inteligencia rebelde /, tal vez como compensación a un corazón demasiado blando y débil.

No insisto en textos paralelos, sobre la elocuencia del Padre Vega, el anonadamiento ante él hasta de quienes venían forzados por la Curia, etc. Blanco, en su breve *Autobiografía*, dedica 14 páginas a los Ejercicios: muestran la importancia que les da y acentúa aspectos terroríficos. Hallé una pista sobre la confesión general, «de todas las faltas cometidas en la vida»: ediciones del examen usado en aquella Casa para prepararlas. No profundizo aquí en eso ni en el valor descriptivo de Blanco: no en los ejercicios ignacianos, sino

en los del Padre Vega. Los juzga, con prejuicios, «obra maestra de la máquina eclesiástica» para engañar; si bien cree «dominados por el mismo engaño» a la mayoría de sus directores. Excluye que el Padre Vega fuese sólo «un magnífico actor»; aunque reconoce hábil escenografía, como al describir la capilla: «solamente una linterna / iluminaba débilmente una imagen de Cristo agonizante».

Admite que el Director no apuraba sus recursos desde el principio:

Como los ejercitantes iban a estar / diez días, podía actuar sin prisas.

Cita un rígido internado, levantarse «a las cinco de la mañana», y «estricta e ininterrumpida disciplina». Añade: «También se usaba toda una amplia escala de terrores espirituales».

Ejemplo: cómo acababa el Padre Vega la meditación sobre el infierno:

Al darse cuenta de que se había llegado al paroxismo del terror, cambiaba súbitamente el tono de voz y / aseguraba a sus oyentes que / agobiado por la idea del pecado y de su justo castigo, le era imposible decir palabras de perdón /. Por tanto no tenía más remedio que / dejarlos entregados a sus propios pensamientos. / Cualquiera que viera a los ejercitantes / hubiera podido pensar que estaba contemplando a un grupo de / prisioneros que acababan de ser condenados a la pena capital.

Aunque luego hablaba «de esperanza y de misericordia» y la capilla «ya no aparecía como una lúgubre bóveda». Blanco, que describe con maestría costumbrista la reacción de «lágrimas de gratitud», teme «que pueda resultar sospechoso de exageración». Asegura:

No hago más que dar fe de un hecho real al decirles que los convulsos gemidos de los ejercitantes eran tales que lograban apagar el sonido de la música.

Como es lógico, «era el momento designado para / *confesión general*». De ésta dice:

A las personas sinceras y sensibles les produce un gravísimo estado de ansiedad del que sólo pueden hacerse una idea / aquellos que lo han experimentado.

Blanco, de hipersensibilidad digna de estudio por especialista, yerra al ampliar así su problema; pero su caso es más usual de lo que cree un inexperto. Pone dos ejemplos de su angustia: la coacción para acusar al que le dejó el libro de Muratori, y el librito citado:

el interrogatorio impreso [para el examen] en el que se indicaban todas las especies y formas de pecado que había sido capaz de catalogar la casuística de los moralistas.

No recuerda *aquí* el dudoso caso del ave robada que, según dijo, no confesó hasta esta ocasión. Luego ironiza sobre la parte ‘consoladora’:

De la misma manera que durante la primera parte se movían todos los resortes para atemorizar el espíritu, en la segunda se pretendía conseguir esa / blandura espiritual que inutiliza las facultades mentales e infantiliza el carácter moral de los individuos.

Duro es su juicio: no de los Ejercicios ignacianos, sino de los que podría llamar ‘veguianos’.

El efecto de esta mística disciplina en mi espíritu y en mis sentimientos fue muy poderoso, pero afortunadamente también había en mi interior una secreta fuente de resistencia que se rebelaba contra este aspecto de mi educación.

Pero él salía de esos Ejercicios renovado, en ‘huidas hacia adelante’.

La tonsura, hoy suprimida por la Iglesia, significaba, con corte que hacía el Obispo en el cabello del aspirante, que éste quedaba *separado* del resto de los fieles para el culto divino. Es difícil calcular el número de clérigos no sacerdotes que había *entonces* en Sevilla capital, pero eran centenares; aún sin contar los del clero regular, mucho más numeroso. Puede dar una idea el que, para España, el censo de Floridablanca sobre el clero secular dé una cifra de 70.168 clérigos seculares: 22.460 sacerdotes con cura de almas, un número, por paradoja algo mayor, de beneficiados *sine cura* (es decir, sin esa carga), y otro, superior a éste en más de mil, de clérigos no sacerdotes: un colectivo de unos 24.000, al entrar Blanco en él, cuatro años tras dicho censo. Y las cifras habían bajado, respecto a la población absoluta, en relación al periodo áureo de nuestra Historia. Hoy, al no sabedor de las circunstancias de antaño, extraña, más aún que esa estadística, el que Blanco pudiese entrar en el clero antes de los 15 años. Pero, aunque hasta en eso fue precoz, hubo bastantes con no mucha más edad al recibir la tonsura; como sus amigos Mármol, Arjona, Reinoso, etc. En la ‘teoría de los números grandes’ un clérigo adolescente es inmaduro; será «libre» hasta su subdiaconado; cada vez tendrá más conciencia de seguir un camino sin retorno: recuerda en el XIX condicionantes socio-religiosos del XVIII:

Es absurdo y cruel pretender que un joven que ha gastado los diez o doce años mejores de su vida preparándose para las órdenes tiene plena libertad para apartarse. / Tiene que olvidarse de que la mayor parte de su patrimonio se ha gas-

tado ya en su educación, que es demasiado mayor para ingresar en el ejército como cadete, demasiado pobre para dedicarse al comercio y demasiado orgulloso para / tendero. Tiene, además, que soportar inmovible las lágrimas de sus padres, y mientras busca un medio de vida en una nación en que la industria no ofrece ninguna oportunidad, el amor, la principal causa de esta lucha, ha de contenerse en la más absoluta legalidad.

Su caso con el profesor dio pie para pasar al Oratorio, donde halla música y clima menos cerrado. El nivel universitario tras fallar la reforma de Olavide, era bajo, pero encontró amigos con su misma ansia de nuevo rumbo. La precocidad de Blanco, en lo intelectual, será una constante en él; no sólo en cuanto a la clerecía. Para ser Maestro en Artes ha de esperar, pues la edad legal para ese título, hoy Doctorado en Filosofía, era de 21 años. Lo recibirá, con dispensa regia, antes de los 18. Como efecto de su adelanto en los estudios (que no en lo afectivo, según confesó), sus amigos suelen ser mayores: Mármol, el primero conocido, le lleva seis años; Arjona (aunque Méndez Bejarano lo cree de 1761), y Roldán, cuatro; Reinoso, tres, etc. Sólo Lista es de su edad; eso, entre otras cosas, explica la predilección que le mostró Blanco, salvo para el trabajo, para el que prefirió a Arjona y a Reinoso. En las academias arjonianas le separan más diferencias de edad: la más destacada, la de Forner, que le llevaba 19 años: al conocer a Blanco le doblaba la edad con creces: uno terminaba su evolución en ideas y otro la comenzaba. Los efectos de esos desfases son obvios: Blanco intuye un retraso afectivo; aunque su mente destaque; y, en lo religioso, no podrá asimilar lo demasiado humano en la Iglesia.

Otra peculiaridad de Blanco es su situación económica. Se sentirá demasiado pobre para los ricos, demasiado rico para los pobres y con demasiado orgullo de hidalgo para admitir ser en eso una medianía. Pocos podían pagar los derechos del Doctorado. Blanco no lo hará porque la familia debía aparentar más de lo que

tenía: el padre, «representante en Sevilla del Reino Unido», tras una quiebra, estaba asociado, con sólo su trabajo, a un cuñado, que aporta el capital; la madre se casó arruinada por las aventuras paternas. Ambos eran sencillos, pero con la altivez del hidalgo pobre: ‘tenían’ que tener signos externos de riqueza, como el acompañante de Blanco a clase de latinidad. El problema irá a más.

0.5. OTRAS ACTIVIDADES DE BLANCO EN ESTA ETAPA DE INTRODUCCIÓN

Un nuevo Arzobispo, esta vez, dedicado a su diócesis, lleva un lustro siguiendo en ella su experiencia episcopal de Segovia. Proyecta el Seminario que estableció allí; pero la muerte frustrará esa tarea. En tanto, funciona, como anticipo, el Colegio de San Isidoro, para ‘seises mudados’ [de voz] y adolescentes que creen tener vocación sacerdotal. Blanco vivirá en soledad sus ideas sobre eso, sin cauce eclesial adecuado. En cultura entra en un clima intelectual nuevo, de más mérito al nacer en una Sevilla hostil a novedades. Hay datos de dos academias fundadas por Manuel M^a de Arjona antes de intimar con Blanco. Hasta los fracasos en éstas dieron a Arjona experiencia en eso; sin duda saldrá ésta en las tertulias con Blanco y sus amigos; en especial cuando Reinoso, en 1793, cofunda su Academia, en la que Blanco brillará con luz propia. Por eso conviene decir algo sobre las precedentes: de la Horaciana hay un manuscrito con Estatutos (1788); disertaciones, y cinco actas, hasta diciembre de 1791, cuando preside Forner. La segunda academia de Arjona previa a conocerle Blanco, la de Silé, en Osuna; sólo influye en Blanco por ese mentor. Se alude a otra academia, sobre el *Quijote*. La Academia de Cánones, en la que se formará Blanco, era regalista, pero juzgo que su episcopalismo no es teórico sino de praxis canónica: así será su influjo sobre Blanco.

La relación familiar de Carlos IV con el rey francés que será víctima de la guillotina, aboca a guerra con Francia. Eso paró años la enemistad de España con Inglaterra: a Blanco le alivia su crónico 'ser hijo del representante de un enemigo'.

Negarse muchos sacerdotes franceses a jurar la Constitución Civil del Clero los lleva al exilio: afecta a Sevilla, con pistas en la vida de Blanco. Éste inicia actividades en el ambiente musical del Oratorio; además de tocar la flauta travesera y el piano, dominaba el violín, y era apreciada por los filipenses su participación en la orquesta los domingos y festivos. Completo una cita que hice sobre la colaboración del Blanco violinista, en la iglesia de San Felipe.

Como también había en nuestra ciudad buen número de aficionados, cuya cooperación gratuita pudiera dar más fuerza a la orquesta, los Padres habían preparado un lugar en la iglesia, oculto por una celosía, donde los caballeros aficionados podían unirse a la orquesta sin ser vistos del público. La buena sociedad sevillana, en vez de considerar degradante este servicio, lo consideraba / como un excelente acto de devoción.

El violín venía desde sus ocho años: Tomás Cahill, su tío político, y socio del padre, lo inició en eso, que le permitirá tocar en esa orquesta del Oratorio; y luego, más opciones que veremos.

PRIMERA PARTE

FORMACIÓN SUPERIOR,
A FINALES DEL XVIII

1.1. 1791: BACHILLER EN ARTES. A TEOLOGÍA. ARJONA

EN el curso universitario* de Física hallaría, como su Telémaco, un Mentor que lo orientase en Filosofía: Manuel María del Mármol, luego compañero en la Academia de Letras Humanas, en la de Buenas Letras; y en la Capilla Real; poeta, científico, catedrático y Rector interino de la Universidad. Blanco dice que tuvo «la suerte de trabar amistad con él en 1790», pero eso debió de ser tras convalidar y adaptarse, quizás ya en 1791. Añade que «era un joven sobrio y trabajador, cuatro o cinco años mayor». En realidad, casi seis, los mismos que los cursos de diferencia: Mármol estaba ya en 4º de Teología (también sería orientador y amigo del hermano, Fernando; los Blanco lo tenían en gran estima)*. Es verosímil que Mármol le enseñara Geografía, Astronomía, y «algunos de los antiguos poetas españoles», y que le prestara entonces el *Organum* de Bacon; veo exagerado el aserto que sigue: «libro que sólo él conocía en toda Sevilla». Blanco bebió, ávido, de esas fuentes, ahíto de la aburrida escolástica que, pese a la reforma de Olavide, persistía en la Universidad sevillana. Ésta guarda la colación a Blanco del Bachillerato en Artes (1791) tras bienio filosófico: aprueba, por unanimidad. En noviembre, Arjona, con el que ya tendría contacto, abre su Academia de Cánones. Blanco no figura, pero sabría de los seis temas de ese

año. En éste hay un estreno, el Corpus: una custodia de oro de 100 kilos; no gustó; la fundirán en 1798 ante crecientes impuestos. Demolido el Corral de los Olmos, se abrió un balcón en la Giralda: Juan Pablo II rezará en él el Ángelus.

Había un tercer curso optativo en Artes, pero el padre de Blanco decidió su pase a Teología: faltaban casi cinco años para poder ser Maestro. El libro de Cano *De locis theologicis*, que Blanco alabó, daba nombre al curso inicial.

Obra de gran mérito y escrita en buen latín / en tiempo de la Reforma. El autor, aunque enemigo / de los reformadores, no por eso era amigo de los escolásticos. / Método excelente para mejorar el dominio del latín /. Comencé, pues, la Teología con gran entusiasmo, y / pronto me convertí en uno de los estudiantes más destacados.

Iniciaron con él ese curso (el 91-92) «unos 40 estudiantes, casi todos los cuales eran tres o cuatro años mayores». Sus amistades serán así. Destaca la de Arjona:

un colegial del Mayor de esta ciudad [el de Santa María de Jesús], autodidacta cuyos extraordinarios talentos le habían capacitado a la edad de diecinueve años para impartir / buen gusto en su Universidad de Osuna, y que después lo hicieron en Sevilla el organizador de un pequeño club de estudiantes.

Blanco reconoce a Arjona talento y capacidad organizativa. Éste lo escoge, con otros dos.

Su actitud amistosa ganó mi corazón desde el primer momento. / Convinimos en reunirnos en sus habitaciones del Colegio Mayor tres días a la semana para estudiar Retórica. / Me puse a trabajar con empeño pero mis dos

compañeros se aburrieron. / Me había hecho tan amigo de Arjona / que pasaba en el Colegio todos mis ratos libres.

Con poco interés en las que llama «las pesadas lecciones de los profesores de Teología», dice que dedicaba a estudios literarios «la mayor parte del tiempo», salva la asistencia a aquellas clases. Juzgo que ya en 1791, o, al menos, al iniciar el curso siguiente, amistó con otros dos compañeros en esos estudios, Reinoso y Lista. La intimidad de los tres y su constancia con Arjona serán modélicas. Los presenta a éste como con «talento y gusto natural para la poesía».

Las frecuentes reuniones de recreo literario que teníamos / nos sugirieron la idea de organizar una Academia Privada.

Ahí ensarta errores como que Arjona la presidió. Blanco aportó mucho a ese grupo, que a su vez influyó no poco en su formación; hace sus estudios universitarios, que no le agradan, viniendo de un mundo aparte, el aislado de su hogar, y creando un clima cultural frente a las aburridas clases, en simbiosis con su grupo. Mármol le deja dos libros prohibidos: el *Organon* de Bacon le influye como método que relega al escolástico; el *De superstitione vitanda*, de Muratori, le hace ver el abuso en defender con ‘voto de sangre’ una doctrina aún no dogma de fe: la immaculista, muy popular, hacía tiempo, en Sevilla. Del de Bacon no consta que conociese su prohibición; el otro motivó una crisis en *unos* Ejercicios: aunque (se verá luego) sólo tras leerlo supo que estaba en el *Índice*, y la norma le exigía denunciar al dueño. La primera vez que leyó un libro prohibido sabiendo que lo estaba lo incitó a eso su estima a Arjona, hasta en criterios religiosos. Antes de ser éste sacerdote, y su director espiritual, lo era en lo intelectual. Este texto, referible a 1791, pues el contexto dice que Forner le dejaba libros, aclara:

No me había atrevido nunca a tomar en mis manos un libro prohibido. La excomuni3n que amenazaba con las palabras ‘ipso facto’ era algo demasiado terrorífico para un alma inexperta como la mía. / Pero el que entonces era / mi guía era / experto en Derecho Can3nico. La Historia Eclesiástica, en la que estaba / versado, / lo había hecho discípulo de aquella escuela / que / negaba que la Iglesia tuviera poder para fulminar la excomuni3n sin / sentencia dada después del juicio del acusado. Apoyándose en la fuerza de esta opini3n me hizo leer los *Discursos de Historia Eclesiástica* de / Fleury.

Blanco dice que tuvo «vagos temores y dudas» pero Arjona lo serenó:

Sus cualidades / le daban un dominio total sobre mi espíritu y no pasó mucho tiempo sin que le igualara en / atrevimiento / en puntos no relacionados con / la fe.

En ese contexto, dice que Arjona era ya sacerdote: otra confusi3n cronológica más de Blanco. Lo citado fue antes: cuando, pese a la «diaria asistencia a las pesadas lecciones de los Profesores de Teología», leía mucho: «Éste fue en verdad el periodo más feliz de mi vida». Añade, sobre el contraste con su ruptura de principios del siglo XIX:

Mientras yo estaba / con esta actividad de mi entendimiento, sin tratar de darle la firme base que se apoya en el conocimiento de los hechos, el catolicismo, por medio de sus diez mil reglas /, mantenía en mí la mal urdida estructura de la devoci3n.

Otra vez asoma la amargura del Blanco adulto: imputa a la Iglesia manejos del entorno; hasta de su querida madre. Pero quede

claro el impacto de Arjona, aun antes influir como sacerdote sobre él. A confesión de parte no suelen hacer falta pruebas: Arjona se basaba en autores franceses antirromanistas; los defendía como canonista, sin ver la base teológica. Blanco dice:

Como mi nuevo amigo tenía fama de hombre piadoso, mis padres aprobaron sin reserva nuestra creciente amistad. / Era / un joven ejemplar, pero había conocido unos libros que / abogan por la limitación del poder pontificio aunque sin cuestionar el derecho del Papa a ser el centro de la unidad cristiana.

El «desacuerdo de Arjona» era 'con el modo de vivir la religión'; más que 'limitar el poder pontificio', pedía para los obispos sus primitivos poderes. Eso tuvo frutos en el Vaticano II. Arjona y Blanco iban al retorno posibilista a los orígenes. En tema similar concluye Caso:

El catolicismo ilustrado de Jovellanos y de los que pensaban igual que él fue una noble empresa, / que / está dando hoy sus mejores frutos.

Valga aquí, salva la diferencia con Francia, esta cita de Sauginieux:

Se ha presentado el / XVIII como / de impiedad o de incredulidad, apoyándose en una concepción muy particular de la piedad y de la fe. / Rechazo[s] de ciertas formas de lo sagrado no son necesariamente contrarias al espíritu del cristianismo.

Blanco se forma en esa línea. No consta en la Academia Horaciana, pero contactó con Forner por Arjona; parece que irá a la de Historia Eclesiástica; y participó en la de Cánones.

Sigue impactando lo de Francia. Pese al «cordón de seguridad», sigue la evolución. Pío VI condenó la Constitución Civil del Clero, pero Luis XVI, detenido al huir, hubo de jurar la Constitución revolucionaria. A Urquijo, futuro ministro, el del «cisma» que hará recordar su nombre, lo salva Aranda de un problema con la Inquisición por traducir *La muerte de César*, de Voltaire, prohibido; aunque aparecerá una obra de éste, dos veces, en la juventud de Blanco.

Las Actas del Cabildo Catedral son curiosa fuente de noticias sobre el clima de aquellos estudios. Aparte luchar con el Arzobispo para mantener el control de cinco parroquias en la ciudad, y otras rurales, se ve aún esplendor, aunque no gusto, como en la aludida custodia con cien kilos de oro. El dato del peso está tan documentado como el de 128.219 intenciones de misas dadas a trinitarios, cuya celebración no estaba justificada, etc.

1.2. 1792: LECTURAS. TEMAS CANÓNICOS. GRUPO DE AMIGOS

Blanco, como buen lector, usaría la Biblioteca que el Arzobispo abre al público. Comentaría el cambio de Floridablanca por Aranda, con el control de Godoy; y, tras avance de los revolucionarios, el de Aranda por éste. Quizás oyera comentar el manuscrito latino del Magistral Prieto, uno de sus catedráticos, para la *Visita ad limina* del Arzobispo Llanes, con detallada –y optimista– visión de *aquella* diócesis: la actual, más las de Huelva y de Jerez; con trozos de otras. Leería el efímero *Diario Histórico y Político de Sevilla*; con noticias de 43 barcos de paso, 46 tartanas para Cádiz, 13 falúas para Triana; y una décima-enigma a la que responden sus amigos Reinoso, Lista, Roldán, Mármol y Matute; pero no él. Su grupo empieza por la retórica de Quintiliano y

sigue con teorías galicanas de Arjona; quien ayuda al gusto de Blanco y a que aprenda idiomas, en lecturas, y le presenta a Forner, que abre a Blanco su biblioteca. Arjona, y, luego, otros del grupo, ingresan en la Academia de Buenas Letras. Sigue la Academia de Cánones y la ascensión de Godoy. En Francia se inician las matanzas.

1.3. 1793: LICENCIADO Y MAESTRO EN ARTES. EL MAR. PRIMER AMOR

Tras la ejecución de Luis XVI, Francia, por paradoja, nos declara la guerra. Ésta favorece la posición del padre de Blanco, que representa a Inglaterra, pronto aliada. El exilio *voluntario* de miles de sacerdotes franceses influirá en Blanco: éste no participó de modo oficial en la Academia de Historia Eclesiástica, pero conoció a sus miembros. Entre ellos aparece un presbítero francés, Mr. Pinel, «Cura Prior de Truillas»: uno de dichos emigrados.

Cuando Reinoso funda con Roldán y otros la Academia de Letras Humanas, Blanco, pese a su gran amistad con aquél, no ingresa hasta muy avanzado 1794; esperó hasta ver la evolución, tras los problemas de las fundadas por Arjona. Blanco prosigue bajo la guía de éste.

Con larga busca en el Archivo Universitario de Sevilla hallé cómo, tras haber pasado dos cursos en Teología, obtiene los dos grados mayores en Artes, previos los expedientes de limpieza de sangre, cada uno, más amplio que los de sus ordenaciones.

En enero de 1793 obtuvo la Licenciatura en Artes (Filosofía), ante el Rector, doce Doctores y trece Maestros de la Facultad. El acta indica: «Approbatus per omnia suffragia»; y «El Sr. Maestro Blanco no votó por ser pariente». Era su primo segundo Francisco Javier, de Huelva.

Méndez Bejarano, que dice haberlo visto en los Libros de Grados, afirma, con error: «al día siguiente tomó la borla de Maestro». Lo que aduce para eso consta en el acta citada: no sabe que los puntos que se tomaban para licenciarse había que desarrollarlos «al día siguiente». Fue sólo casi cuatro meses después cuando Blanco solicitó del Rector, Don Antonio Vargas, ante los Doctores y Maestros de la Universidad con sus insignias, el grado de Maestro. Se le concedió, previas las normas de Estatuto, como el juramento de defender la Inmaculada Concepción; y el Rector le otorgó las insignias del grado. Ambas graduaciones son en domingo, lo que subraya el carácter festivo y solemne de esos actos. Hubo de mediar dispensa, de más de tres años: el Consejo de Castilla volvió a ocuparse de él. En la Universidad sevillana consta copia del expediente: Blanco, en escrito al Rey, argumentó haber recibido el Grado de Licenciado en Artes, y que le faltaban tres años y medio para poder ser Maestro en Artes, por lo que dice: «suplica a V. A. se sirva acceder a dispensarle». La ley pedía tener 21 años para tal grado, precedente del de Doctor en Filosofía y Letras o en una de sus ramas. Consultada la Universidad, se le dispensa. Es, por ese grado, claustral, aunque le faltan más de dos meses para los 18 años. Hasta pasar a la Universidad de Osuna, consta que solía ir a los Claustros.

Es situable en verano de 1793, tras tal grado y su segundo año teológico, que una viuda venida del Perú, con cuatro hijos, para educarlos en la Universidad, pidió a los padres de Blanco llevarse a éste un mes junto al mar. Acceden tras «dificultades» y condiciones: misa diaria, confesión semanal y no ir a Cádiz. Allí, ir al teatro, «horrible abominación» para el partido «*piadoso*» de Sevilla, era «diversión normal entre las clases mejores». Dice él:

Con mi corazón latiendo con no menos fuerza que el de Colón al salir a descubrir el nuevo mundo / me entregué junto con mis amigos a la mansa corriente del Guadalquivir, cerca de cuya desembocadura se encuentra la aburrida

ciudad de Sanlúcar. En aquel lugar el río se convierte en ancho estuario que se pierde en el océano. Jamás había disfrutado de tan maravilloso espectáculo.

De la problemática de esas vacaciones destaco el primer amor, en su importancia biográfica:

Mi profesor de música vivía entonces en Sanlúcar y me presentó a una distinguida familia. / La menor / era una joven muy bonita de carácter vivo y alegre y me enamoré de ella. / Creo que mi ignorancia de las cosas del mundo, mi excesiva timidez y mi torpeza en las relaciones sociales me harían hacer un papel muy ridículo /, a no ser que mi juventud fuera capaz de superar aquellas desventajas.

Dice que empezó a verse «menos inclinado hacia el estado eclesiástico», pero que prosiguió el rumbo anterior con «el oportuno remedio de los llamados *Ejercicios espirituales*». El epíteto ‘oportuno’ deja entrever el juicio favorable a ellos de sus padres, etc.: quizás, *entonces*, de Arjona y de él mismo. Puede estar también ahí la ironía en antífrasis del Blanco adulto. No será la única vez que los teólogos consultados dirán que si dejaba el estado clerical era segura su condenación eterna: «La estricta y celosa vigilancia» de la madre inquiriría a quienes solían alegar eso. En esos Ejercicios, Blanco buscaría cómo seguir huyendo hacia adelante.

Aludí a una queja: el rezo diario del llamado Oficio Divino. La lejanía en el tiempo lo engaña, en eso, como suele, pero no se puede negar el problema:

Desde los catorce años estuve obligado a un ejercicio piadoso que me resultaba extraordinariamente pesado: el rezo en voz audible del oficio [litúrgico] del día, contenido en el Breviario [Romano]. Aunque lo leía con la mayor rapidez posible no podía menos de emplear hora y cuarto en la dura tarea.

En el contexto que sigue comenta lo absurdo de «cargar con ese peso» a un muchacho de esa edad, con un temperamento como el suyo; y confirma lo de los 14 años al aludir a su «Primera Tonsura Clerical». Pero esa entrada, hoy abolida, en la clerecía, nunca obligó de por sí al citado rezo. La legislación de entonces, parca en eso, en su caso sólo le urgiría por dos vías: u orden sacro, que entonces era desde el subdiaconado, hoy suprimido, o *beneficio*, en el sentido canónico. Pero él mismo considera su tonsura como anterior a cualquiera de los que tuvo.

Pronto me consiguieron un título o capellanía y recibí lo que la Iglesia Católica llama las cuatro órdenes menores. Todas esas circunstancias me sometieron a la ley que impone el rezo cotidiano del Breviario.

El valor de ese ‘pronto’ no indica casi simultaneidad que justifique lo de los 14 años: las Órdenes Menores las recibió más de cuatro años y medio después; y no hay otro rastro de ese aludido título de beneficio por Capellanía que las Dueñas en las que es titular en su expediente de esas órdenes. En los miles de documentos que vi no hay pista de algo anterior. En la Colegiata de Olivares, los Crespo tenían derechos a una capellanía ‘de sangre’. Pero ésta, por Estatutos, era de presbítero, lo que suponía 24 años o dispensa corta. Y a Blanco, en su tonsura, le faltaban más de nueve. Otro argumento de silencio contra tal obligación «desde los 14» es que en esas vacaciones de 1793, con 18 años, no la menciona entre sus «cargas». Acorto cuatro años tal rezo al que, en sólo una página considera ‘extraordinariamente pesado’, ‘dura tarea’, ‘peso’, y ‘pesada práctica’, cuyo origen no vio en la Revelación sino en textos de moral.

Se me había hecho creer que no podía omitir esta obligación bajo pena de pecado mortal.

No hay que dejar en casuística de época el drama humano que indican sus palabras y se ve aún mejor en el próximo apartado. Aflora un hombre sin vocación sacerdotal, abrumado por cargas impuestas sin libertad: no ve forma de recuperar ésta, enredado en las circunstancias. No extrañe que el breviario le quede sólo como coartada: El patético final de su *Carta 3^a* dice cómo acabó eso; con el especial dramatismo de concluirla con este final sin comentario:

Con el pretexto de / estudiar me he preparado un pequeño cuarto, en el que sólo admito a mis amigos confidenciales. Allí están mis libros prohibidos, / en un buen escondrijo. / Sobre la mesa sólo tengo el Breviario, con su encuadernación negra, sus broches y sus hojas de canto dorado, para burlar las sospechas de cualquier intruso.

Vuelvo a lo académico: 1793 comenzó festivo. La Universidad obsequió al Arzobispo con cuatro doctorados *honoris causa*; y, en Carnaval, los estudiantes representan ante él la *Zayra*, de Voltaire, pese a estar prohibidas todas las obras de éste. Blanco y su grupo serían, al menos, espectadores. Él estaba ocupado en presentarse a los grados mayores de Artes: a los dos días de iniciarse la Academia de Reinoso recibe el de Maestro, con aún 17 años. Además, aprueba el segundo de Teología. Las capellanías que le confieren por las Órdenes Menores al final del año, se beneficiarán del Plan Arzobispal de Conmutaciones: puesta al día de las rentas.

La ejecución de Luis XVI conmovió a Sevilla. El Cabildo ofreció 3.000.000 de reales para la guerra; y el Arzobispo, pese a que colaboró mucho en los 450.000 que costó enlosar la catedral, 750.000; y 300.000 anuales mientras durase la contienda. El Gobierno pedirá luego otros 3.000.000 sobre las rentas eclesiásticas sevillanas: todo ello da idea de lo cuantioso de éstas, frente a las míseras de muchos párrocos y las escasas de Blanco por sus capellanías. España no saca fruto de lo predicado como cruzada; hasta es invadida. Godoy, ya Duque de Alcudía, presiona más con temas

pecuniarios por la guerra, que paralizan obras en la Catedral, acabado ya el órgano del lado de la Antigua. Se usa a los párrocos para lograr soldados voluntarios, que pronto crean un problema: ‘viudas militares’. Otro es el de sacerdotes franceses exiliados: ya hay en España 1.215: en la miseria. De 1793 hay 30 actas de la Academia de Cánones; a la de Historia Eclesiástica se enfrenta la Universidad.

1.4. 1794: SEGUNDO AMOR; ACADEMIA DE REINOSO; ÓRDENES MENORES

Libre aún de las tareas académicas de Letras Humanas, sigue leyendo obras francesas e italianas: aprende así ambas lenguas, sacando tiempo de sus estudios de Teología. De sus lecturas pueden indicarse en este año las que Arjona recomienda al inicio de sus academias vividas por Blanco. Pasar, en octubre, a la academia reinosiana le hará participar más de lecturas claves de ésta: poetas hispalenses del periodo áureo: Herrera, Jáuregui, Rioja, etc.

Dos episodios aclaran este periodo oscuro de Blanco:

En abril, su padre escribe al Arzobispo pidiendo «permiso para los votos» de su hija Teresa María, que tiene sólo quince años y está desde muy niña de pupila en el Monasterio de las Dueñas, con una tía monja allí. La instancia, no rara en la época, y que ni firma la niña, se acepta sin más informe que el de que es «inclinada al estado religioso» y hay solvencia económica: hoy resulta inconcebible; y como tal lo sufrió Blanco.

El segundo suceso es un hecho que, por varias pistas, sitúo en verano de 1794. Blanco dice tras contar su primer viaje a Sanlúcar de Barrameda:

El verano siguiente volví a Sanlúcar y de allí a Cádiz, pero esta vez con / la aquiescencia de mi padre. / No pude resis-

tir la tentación y fui al teatro. No puedo encontrar palabras para expresar la alegría desbordante que me causó aquel espectáculo.

La *Zaira* en la Universidad fue excepción. El teatro estaba prohibido en Sevilla; de ahí su defensa, por Blanco y su grupo, al reabrirse (1795). De ese viaje que fecho en 1794, dice:

En Cádiz visité también a una joven, que, a pesar de ser familiar mío no había conocido hasta entonces, por la que me sentí atraído / pero era / tan excesivamente tímido que volví a Sevilla sin haberme atrevido a declararle mis sentimientos. Sin embargo tomé la decisión de dejar el estado clerical.

Indica que su madre ve el cambio y se apoya en sacerdotes que «aseguran» la condenación eterna del joven «si deja el estado clerical». Aunque eso no presionara a quien dijo que «más bien quería ir al infierno que traicionar a un amigo», le afecta el llanto continuo de ella. Él quería ingresar en la Armada, pero le dan como única salida el escritorio, «ocupación que ellos sabían bien cuánto detestaba». Añade algo que confirma falta de libertad en la ordenación:

Si sólo hubieran empleado la persecución / creo que hubiese resistido, pero no podía soportar la vista de mi madre siempre llorando. / La idea de devolver / la alegría a mis seres queridos me llevó a creer[me] / engañado por una tentación / [y] me decidí / al camino del deber reafirmando mi determinación de recibir las sagradas órdenes.

Pero insisto en aspectos de su confesión sobre amor a una pariente; como los adverbios:

me sentí atraído inmediatamente. Alimenté voluntariamente esta pasión con una estúpida asiduidad.

El Blanco adulto rechaza tal 'asiduidad': la omite en su *Vida*. Sentiría lo que dijo de su timidez la otra vez. Pero, con diecinueve años, era lógico que decidiera una ruptura en su vida:

Dejar el estado clerical y escoger una profesión que me permitiera casarme.

Mas al regresar, la *maquinaria* materna se puso pronto en marcha contra eso. Ya expliqué cómo no pudo superar eso. Así que solicitó Órdenes Menores, tras los nuevos Ejercicios.

Según mi hipótesis, ingresa *así* en la Academia de Letras Humanas, como en un trabajo que le aparte de peligros. A poco, solicita Órdenes Menores. Para decidirse hace los Ejercicios. Que diga que el tiempo hasta el subdiaconado, dos años después, no fue demasiado largo, no parece seria objeción a lo que expongo: dice allí que conoció a Arjona y que su amistad influyó mucho para mantener lo decidido: pero esa amistad y ese influjo datan de 1791. Otra vez se desordenan los recuerdos de Blanco. Arjona le animaría a ingresar en esa Academia, que había probado su validez en casi año y medio de rodaje. Se admitió a Blanco «por su bello carácter, conocido de todos los presentes, y su estudio y buen gusto de las Humanidades». Destaca. En los setenta días restantes de 1794, llega a Censor y lee su primera oda. Mientras, tramita la ordenación y anticipa Ejercicios por cerrar, en falso, la nueva crisis.

La fecha de la instancia de Órdenes, 50 días antes de éstas, no parece error de Blanco: se adelanta, como en los Ejercicios. Al margen de ese autógrafo suyo, las notas usuales del Arzobispado son un mes posteriores. Como comenté para la tonsura, se envía edicto al Cura más antiguo de su Parroquia, El Sagrario, quien tramita las

respuestas. Como Blanco es clérigo, ese Cura informa también de que «asiste a las Conferencias Morales, usa Abito [sic] talar y no pelo largo, rizado, redecilla ni sombrero gacho». Lo de las conferencias se exigía entonces; pero equivalía el certificado adjunto de Prieto, el Magistral, su Catedrático de Prima en Teología: «Asiste con puntualidad, aplicación y aprovechamiento».

En la papeleta de envío a examen, firma el aprobado Don Juan Salcedo; pero en la de remisión a la Casa de Ejercicios, su director entonces, Padre Lucas de Tomás, responde que el aspirante los hizo en noviembre. Los anticipó, según mi tesis, como *panacea* contra su crisis.

Con el rigor para la llamada 'congrua clerical' del *Plan de Curatos*, que exige al ordenando probar renta suficiente para su digno sustento, se adjuntan cuatro páginas sobre su renta [anual] de capellán: cuentas anexas no cuadran, al descontar obligaciones o tributos, o por aplicar el *Decreto de Conmutación de Memorias* que firmó el arzobispo en 1793; la Curia juzgó solvente la situación de Blanco que fue admitido a las órdenes menores (Ostionario, Lector, Exorcista y Acólito). Las confiere el 20 de diciembre de 1794 el Obispo Auxiliar que lo tonsuró en 1790; y en la misma iglesia que reseñé. Tras esas órdenes, hoy suprimidas, iba el subdiaconado, que ataba con el celibato: es esperable otra crisis.

Blanco comienza su obra literaria en esa Academia Particular de Letras Humanas de Sevilla. De él en ésta, su Universidad conserva 21 autógrafos (dos en prosa, inéditos, el resto, en verso); y hay una traducción teatral impresa, una oda a Lista, una elegía a Forner en la edición de Vacquèr, y un poema que publicó Méndez Bejarano.

Omito lo perdido, lo que creo mero proyecto, y lo sólo atribuido. Su primer poema conocido, «Oda a la Concepción de Nuestra Señora», en estancias, muestra a un Blanco lejos del frescor de su futura prosa. Opone luz a tiniebla; y libertad, a opresión.

Alzad, hijos de Adán el angustiado
 rostro, y mirad la reluciente Aurora
 que sobre el mundo nace, conduciendo
 el Sol de eterna luz; y cuál colora (...)
 sus nubes, esparciendo
 va luces y esplendores.

Sigue asistiendo a los Claustros de la Universidad. El Rector, Vargas, veta que los universitarios asistan a la Academia de Historia Eclesiástica de Arjona. Eso implica a Blanco.

El Papa, tras ocho años, condena el Sínodo de Pistoya, pero, en España, el *placet* regio para publicar la bula no se dará hasta 1800, por política. El grupo de Blanco tiene libertad para debatir, en academias de Arjona, lo coincidente con lo condenado; de autores en esa línea.

El padre de Blanco solicita que profese en Las Dueñas su hija Teresa María, adolescente: allí desde muy niña. La crisis que fermenta en Blanco cuando muere esa hermana se agravará al entrar en clausura la última que le queda, y estallará al profesar ésta (1804).

Va mal la guerra con Francia, donde impera el Gran Terror; Sevilla reacciona contra franceses vecindados en la ciudad, y el gobierno recela hasta de casi 300 sacerdotes franceses antirrevolucionarios recibidos en la diócesis; al final del año hay 132 alejados a pueblos. La desconfianza oficialista contra *esos* sacerdotes crea en Valencia una maquinación contra su Arzobispo, quien los protegía contra autoritarias presiones del Capitán General, Duque de la Roca. El Prelado tuvo que huir, y Roca lo sustituye, de manera oscura, con el nada claro Despuig, próximo Arzobispo de Sevilla. La guerra crea problemas económicos, con presiones del todopoderoso Godoy, a Arzobispo y Cabildo. Se vive de espaldas a los problemas reales. El de las 'viudas de guerra' no se soluciona.

En la Academia de Cánones, las ponencias acentúan el tono regalista reformador. Remito en eso a mi Tesis de Teología, así

como para la Academia de Historia Eclesiástica y su estudio de los Santos Padres, pese al veto del Rector, por el que Blanco no puede figurar en ella.

1.5. 1795: ACTIVIDAD ACADÉMICA. POLÉMICA TEATRAL

De la labor académica de 1795 no hay dato hasta tras las exequias del Arzobispo Llanes. Blanco asistiría a éstas. Resumo tres obras y destaco su gestión para que Forner fuera juez de premios, muestra de su relación con el escritor en polémica por su reciente *Loa* sobre el teatro.

Muchos vínculos hay entre el Blanco del XVIII y las representaciones teatrales: choca contra una fobia contra el teatro, azuzada por lo que él llamó «el partido *piadoso*». Contrapone ese clima al de Cádiz. Conté experiencias teatrales de Blanco; en la que organizó su Universidad, sorprende que el autor elegido fuese Voltaire, cuyas obras estaban *todas* en el *Índice*, «aun para los que tienen licencia de leer Libros prohibidos»; y que esa obra fuera una de las dos de teatro leídas en la academia reinosiana; un indicio más de la relación del grupo de Blanco con tal acto teatral. Además, ese grupo, y en especial Blanco, tomó abierto partido por la escena, en la gran polémica que sobre el tema se reaviva en la Sevilla de 1795, con la citada *Loa*.

Insistiré en la relación de Blanco con Forner. Blanco, hablando de Arjona hacia 1792, dice:

Conocía a uno de los jueces /, hombre de gran celebridad literaria, que tenía una magnífica biblioteca, de la que me permitió sacar libros franceses e italianos.

Si la alusión pareciera poco explícita sobre Forner, recuérdese que Blanco lo propuso para Juez de premios en la Academia de Letras Humanas y logró que aceptase enseguida. No lo habría propuesto sin contar con él. De la citada polémica dice Matute, del partido de Blanco:

La diversión del teatro en España ha sufrido / contradicciones, y en Sevilla se ha mantenido constantemente un partido opuesto / . Se estableció el teatro / esquina de la calle de San Acasio a la de la Muela, / con la comedia del [sic] Maestro de Alejandro. Antecedió a la función una loa / que compuso D. Juan Pablo Forner, / contra la que se levantaron mil calumnias / respondidas con doctrinas y elocuencia.

Ante el escándalo que el partido «piadoso» levantó contra la *Loa*, Forner la imprime con carta aclaratoria y seudónimo. En el ejemplar de la Colección Documental del Fraile se anotó:

El autor de esa Loa y Carta es D. [Juan] Pablo Forner.

Es un romance, en el que un personaje fue tomado por los enemigos del teatro como clérigo que ridiculiza al clero: Forner insistirá en que era un estudiante. Una letrilla de irónica utopía, *ensalzaba* la moral de las poblaciones sin teatro: sin «borrachos / adúlteros, usureros / calumniadores, malvados, / envidiosos, jugadores, / ociosos, tramposos, vagos». El estribillo era: «Pecado grande, el teatro». Al final salía «el Genio a la griega» y, en endecasílabos blancos, pedía a los sevillanos consolidar tal teatro: «Restauradle su asilo a la belleza».

Pero el esfuerzo de Forner (insisto sobre eso porque juzgo que en ello le ayudaban Blanco y sus amigos), no apagó las críticas, como el ataque, firmado ADERGAAEVOGLP, anagrama que se lee al revés como 'P[adre] L[ector] GOVEA A[']GREDA', agustino del convento de San Acasio, junto al teatro de la polémica, y

Académico de Buenas Letras; como Forner. Éste replica con larga defensa de su postura. Otro ataque es directo contra el grupo de Blanco: también es con siglas del XVIII: L. J. A. C. es el Licenciado José Álvarez Caballero. Martín Villa insinúa: Vargas, Rector de la Universidad, estaba tras eso; la respuesta es obra juvenil, y su estilo no es el de Forner, aunque se le haya atribuido. De la carta con seudónimo 'Rosauero de Safo', escribí hace treinta años: «La agresividad con la que se contraataca parece / juvenil».

Toca temas claves de la Academia en la que más trabajan Reinoso y Blanco. La «Epístola de Leandro Misono», que sigue a esa carta, alude a El Copero, junto a la finca de Blanco tras Tablada; éste, en varias obras es denominado como 'Leandro', uno de sus seudónimos. Y de esa epístola, que falta tras la *Carta* en la Colección Documental del Fraile, sólo halle un ejemplar en la Biblioteca Menéndez Pelayo, que guarda papeles de Reinoso*. Creo probada la autoría de éste en la primera, en colaboración de Blanco; y a la inversa para la citada epístola.

Su *Alexis, drama pastoral a lo divino*, es lo mejor en la polémica por aquella *Loa* de Forner. Aguilar Piñal opone a éste el clero: matizo que no el grupo de Blanco. Ese crítico dice:

Lo que más hirió la sensibilidad del clero hispalense —que se vio retratado en la sátira de la *Loa*— fue el ver denunciada /la predicación sagrada, que presentaba como dogmas / opiniones particulares en materia tan opinable como la licitud de las comedias.

Blanco traduce y publica una obra de teatro que muestra bondades religiosas de éste. Ejemplo, del XVIII, con autos sacramentales en crisis, era del Padre Friz, jesuita, que publicó en Viena obrillas así. En un trimestre, Blanco hace una buena traducción en verso, con pie de imprenta de 1795, aunque consta que aparece a fines del siguiente enero.

La introducción que Blanco traduce en prosa, plantea una alegoría:

El autor se ha propuesto manifestar bajo esta alusión, aquel amor que movió al Eterno Padre a entregar a la muerte a su Hijo Unigénito por la salud de los hombres. La Arcadia, célebre por sus pastores, dio ocasión para fingir en ella un reino, compuesto por ellos.

La expresión de Friz que corresponde a ese duro «entregar a la muerte» es menos objetable en Teología: «*dedit victimam*». El Padre Friz escenifica el diálogo en unas 320 líneas de prosa algo dura, con tendencia a la elipsis y al hipérbaton. Blanco lo vierte en silva garcilasiana de 576 versos, blancos, con excepción como el pareado final de endecasílabos, dístico en el original. La única reedición, en *Obra poética completa*, enumera dos versos más, con otras erratas, veinte graves, frente a las muy escasas de la edición que cuidó Blanco. Los personajes son cinco: Agatocles, príncipe de los pastores, Alexis, su hijo; Licias y Menalcas, pastores, y Heracles, sacerdote del dios Pan. Apenas hay acotaciones. Por poco conocida, la resumo:

Agatocles dice a Heracles que abdicará, pues el dios Pan pide ser aplacado con sangre humana. El sacerdote le suplica que no deje su prudente gobierno, y el rey lamenta la epidemia que asola el país. Heracles confirma que ésta cesará con un sacrificio humano. El rey se ofrece como víctima, pero el oráculo exige que ésta sea quien primero llegue al país. Agatocles, angustiado, pide a Menalcas poner guardias en la frontera que impidan volver a Alexis, el hijo perdido, ya hallado, al que esperaba. Viene Licias a decir que ya ha preparado recibir a Alexis; no entiende cómo ahora el padre no quiere que vuelva aquel hijo, ayer tan deseado. Agatocles sufre con el relato de cómo Alexis anhelaba llegar pronto, insta a impedir su entrada y va a vigilar eso. Llega Alexis que, para evitar peligros, entró por otro sitio, y se muestra ávido de ver

al padre. Licias lo incita a callar quién es, pero Alexis no puede imaginar la causa del brusco cambio. Pese a eso, obedece el consejo de ocultarse porque viene Agatocles. Éste vuelve contento: han visto llegar a uno por sitio distinto de por donde temía que llegara Alexis. Explica a Licias su pasado temor. El pastor, horrorizado, pregunta al rey qué hubiera hecho si el llegado hubiera sido Alexis. El buen rey le confiesa que habría cumplido su horrible deber para con la patria. Alexis, que nada ha oído, y no puede esperar callado ante su padre, sale de incógnito; el padre, sin saber que es su hijo, siente gran afecto por él. Cuando sabe cómo llegó el joven, lamenta que ése haya de ser la víctima; sólo le consuela creer que su hijo se ha salvado. Llega Heracles, con todo dispuesto en el ara del sacrificio, y prepara a la víctima coronándola de flores, sin que Alexis sepa qué significa. Aunque Licias quiere evitarlo, Alexis se revela como hijo. El padre desfallece de pena, y Heracles, aparte, explica todo a Alexis, que se muestra presto a morir por su pueblo; pide al padre, y logra de su amor, perdón a los que originan su muerte; e insta al pueblo a recordarla como salvación de la patria.

La obra, buen logro para ser primeriza, en unos tres meses, y con otras actividades, aporta mucho al último debate sevillano sobre licitud del teatro; tiene valor catequético; y surge cuando seguía la prohibición de los autos sacramentales, empañados por abusos escénicos.

Sobre la *Censura de la Oración de la Inmaculada que leyó Reinoso*, haré una tercera excepción, en ese caso por ser inédita: Al inicio, expresa un reparo:

Desgracia es /, Señores, que la primera vez que tengo el honor de hablar por encargo de esta Academia, sienta en ello harto disgusto /, obligado a dar mi censura sobre una composición de un sujeto a quien venero como instruido y estimo como amigo.

Tras eso critica según sus ya demostrados conocimientos del género.

Uno de los requisitos / en la Oratoria es la exactitud, y contra esto peca / la oración de que hablo / introduciendo a Dios que convoca a sus ángeles /. Manifiesta su voluntad de redimir al hombre y de formar madre para su Hijo. / El Dragón infernal / acometiendo a la mujer / muere / quedando por peana de la vencedora.

La oración toda, si se transformara en canción, podría tener mérito: las ficciones de esta clase son buenas para un poeta, no para un orador.

Acaba mostrando aciertos: «se encuentran versos muy claros»: con la teoría de su grupo, los admite en la prosa: algo «agradable al oído». Juzga la forma, sin rozar la doctrina, aún no dogma. Cite más ese escrito por inédito y para mostrar la soltura de su prosa a sus aún 19 años.

Con el final de 1795 acabó el plazo de exámenes de la Universidad. Pero Blanco no figura ese año en los Libros de Pruebas de Teología. Eso confirma mi hipótesis de nueva crisis vocacional. En tanto, el poderoso canónigo Pérez Tafalla es vicario capitular *sede vacante*, sobre el obispo auxiliar y el deán. Es periodo de dura disciplina. Blanco se libra, por estudiante, del control que eran las conferencias para el clero.

La puesta en marcha del plan de Curatos, tras oposiciones, empieza a causar bajas en las academias de Blanco. El grupo parece ajeno a proyectos de estudiantes para la tradicional feria de Santiponce (que adulan a la *Asistentita*, hermana de Godoy); y al mundo de las Cofradías, entonces decadente; el pleito entre Gran Poder y Carretería: casi lleva a la supresión de ambas.

Francia impone la paz a Prusia, y, pese a morir en prisión el delfín (Luis XVII), también a España. Ésta queda humillada y con graves pérdidas, pero Godoy suma a sus incontables títulos el de

Príncipe de la Paz. Luego, el Directorio le hará seguir cada vez más en la órbita francesa. El favorito puso como Asistente de Sevilla a un inepto cuñado, e impondrá en la diócesis al nuevo prelado, el ambicioso Despuig, casi «arzobispo a palos». Éste, incómodo en su anómala sede valenciana, en la que, nombrado tarde y por presión de Godoy, se veía usurpador, le pidió cinco embajadas, pero hubo de aceptar la mitra hispalense. Blanco debe de conocer esas anomalías por Arjona. Éste le dedica al Prelado una oda muy áulica y será de su séquito. Los sacerdotes franceses emigrados, ya sin ayuda, son internados por orden del valido. La venida de los reyes provoca la del nuevo Arzobispo, aún sin las bulas: hay problemas de protocolo.

1.6. 1796: COLACIONERO, PRESIDENTE Y SUBDIÁCONO

En el ejemplar del *Alexis* de la Biblioteca Menéndez Pelayo escribió Reinoso que

se entregó a la Academia por D. José María Blanco y Crespo, traductor del presente drama [,] en la junta de treinta y uno de enero de mil setecientos noventa y seis.

Las Actas de esa Academia se reanudan en febrero. Se reúnen «en las casas del Sr. D. José María Blanco». Arjona le premia su «Oda a Apolo». Blanco es reelegido Presidente, y nombrado Juez de premios: Arjona, sacerdote desde febrero, apenas irá luego. En el tercer aniversario de la Academia, Blanco tiene uno de los premios de Forner por su *Disertación sobre la diferencia entre el estilo poético y el oratorio*, hoy perdida. En mayo se aplazan premios: sin candidatos. En verano, Blanco, Lista y Reinoso, solos, dejan todo

para octubre. Al seguir, se encarga la reforma de Estatutos a Blanco, que sigue de Presidente, y a Reinoso. Blanco explica los Principios Generales de las Artes de Imitación. Los nuevos Estatutos se aceptan «con algunas variaciones», y Blanco pasa a Revisor. En la Inmaculada, Vacquèr, nuevo Presidente, expone el ataque a la Academia en la polémica de la *Loa* y ofrece prologar y costear una edición de poesías de la Academia. Blanco, Lista y Reinoso harán la selección. Constan tres trabajos más de Blanco, que aprueba en Teología lo pendiente, y el Bachillerato

después de que llevase hasta el fin según el nivel requerido cuatro cursos /, se sometiera a un duro y temible juicio de su ciencia, y expusiera una lección, trabajada durante veinticuatro horas, media hora íntegra ante tres Catedráticos de su Facultad y fuera interrogado y argüido / en tres cuartos de hora.

Las lágrimas de la madre y la guía de Arjona empujan a Blanco hacia el Subdiaconado, vinculador a la ley del celibato. Luego atacará con dureza la presión materna:

ella había sabido ganar a su favor a todos los que, jóvenes o mayores, tenían alguna influencia sobre mí. Arjona fue su más poderoso auxiliar.

Ese mentor era su confesor y director espiritual desde ser sacerdote. Blanco dijo:

Había algo en la religiosidad de Arjona que me atraía particularmente, y era que nunca estaba triste. Éramos amigos íntimos, sin que por ello disminuyera la autoridad que tenía sobre mí como director espiritual. El estudio de Arjona, donde Lista y Reinoso pasaban casi tanto tiempo como yo, era un refugio seguro contra las atracciones del mundo.

Cita 'acrónica' sólo en cuanto que vale para una época muy amplia. El final del proceso fue:

Los consejos de mi confesor, y sobre todo la felicidad que experimenté al devolver la alegría a mi familia, me engañaron con la esperanza de perseverar.

El prelado al que solicita el subdiaconado, con paso al celibato, es Despuig, que tomó posesión por poderes a inicios de 1796. De su ambición baste decir: en sólo los cuatro años precedentes «se despacharon 39 bulas para él».

El trámite es el usual. Dice Blanco que, la víspera de ordenarse, su padre lo llevó aparte para decirle que podía escoger otro camino si no le gustaba aquél «para el que había sido educado». Blanco anota: «Entonces era ya demasiado tarde». Otro texto refleja euforia de Ejercicios:

Lleno de alegría / al ver la felicidad que irradiaba mi padre, le contesté con un chiste que él aplaudió /. Así que fui ordenado de subdiácono al día siguiente.

Fue en la iglesia de los Clérigos Menores, hoy parroquia de Santa Cruz. Ofició Despuig, en uno de sus raros actos de obispo en Sevilla. Blanco dice que, desde entonces, tuvo más libertad por parte de sus padres. Vuelve a sus dudas de antes, y se alivia trabajando en sus academias y en una Universidad con visita de los reyes. Antes de exponer los duros ataques de Blanco contra la regla del celibato (con el amargo tono panfletario de su obra anticatólica), conviene aclarar la normativa del XVIII. Van Espen, tan seguido por Arjona y Blanco, glosa las Decretales sin casi rozar el tema. El Padre Regatillo, en sus *Institutiones*, resume éste:

Por costumbre que tenía fuerza de ley, en la Iglesia Occidental, en el siglo IV, los clérigos de órdenes mayores

casados eran apartados de usar del matrimonio, y éste se les prohibía a los no casados. / La nulidad del matrimonio atentado por clérigos *in sacris* está establecida / por el concilio Lateranense II (a. 1139).

Se ve cómo Blanco sufre ese problema; aunque a veces es imposible deslindar su estado anímico de juventud y el reflejado como adulto; fluctúa por pudor a revelar algo íntimo: pero, incluso por lo poco que dice, en un tribunal eclesiástico se probaría nulidad de vínculo.

No voy a describir las tristezas que amargaron mi juventud.
/ Todo esto está / fundido con mi persona / para dejarlo
expuesto para siempre a la fría indiferencia de la gente. /
Varias veces retrocedí al aproximarse el momento en que
iba a atarme para siempre /, y otras tantas el corazón me
traicionó a la vista de mi madre deshecha en lágrimas.

La presión materna destaca en otros textos; como tras el amor previo a las órdenes menores, que le resolvió a dejar la clerecía, idea en la que, pese a presiones, estuvo «cerca de un mes»:

Estaba / sometido y conquistado por el amor de mi madre
y convencido de que hacerla feliz a ella era la única manera
de asegurar mi propia felicidad. Además, ella había sabido
ganar a su favor a todos los que / tenían alguna influencia
sobre mí.

El intervalo entre el sacerdocio de Arjona y el subdiaconado de Blanco fue de poco más de siete meses, que Arjona pasó en oposiciones a la Capilla Real. Es creíble, al ver cómo lo atacó después Blanco, que éste no le perdonó el «poderoso» auxilio a la madre.

De su obra literaria de 1796 haré dos únicas advertencias aquí. Sus evasiones al mundo pastoril no reflejan sus crisis: el

recurso al tema amoroso, tan del XVIII, era sólo un subgénero, al que Blanco no era afín. Y su «Epístola a Don Juan Pablo Forner» ha sido mal entendida: Forner, hacía años protector de Blanco y del grupo de éste, había sido elevado a Fiscal del Consejo de Castilla. Eso debe de ser la ocasión de este poema que exalta la ciencia en la acepción de 'sabiduría'. No es lo que comenta Iris Zavala: es ilógico que Blanco intentara atacar al protector al ser ascendido éste, y apoyada la academia en la polémica en la que lo secundó. Es un homenaje en contexto de despedida. No opone conceptos de ciencia en Forner y en Blanco sino la pseudociencia contra la *Loa*, a la sabiduría del autor de ésta; y la situación del Forner atacado frente a la del ascendido. No se mire al Blanco joven según lo que dirá *luego*.

Todavía con 20 años, Blanco es Colacionero de Artes, uno de los trece cargos de gobierno en su Universidad; quizás su primer paso es firmar con otros claustrales un escrito a la Corte contra que el Rector Vargas siga. Va a seis claustros para preparar la visita regia: dan cuatro doctorados *honoris causa* al Infante Don Antonio.

1796 acaba en riada, algo crónico; la canta un mal poema, frente al nuevo nivel. Dice Matute: «Más es una lección de lo que debió hacer el Asistente que relación de lo que hizo».

Francia ha ocupado Milán y choca con el Papa como rey. Éste ha de aceptar un armisticio. El Tratado de San Ildefonso nos alía a esa rival del Papa, y lleva a un conflicto más con Inglaterra: para Blanco, dos anomalías: como clérigo, con el Papa, cuyos poderes discute su Academia de Cánones; y como hijo, con la nación rival, a la que representa el padre.

El nuevo Arzobispo, que vino sin las bulas, siguió hasta Badajoz a recibir a los Reyes; en tanto, llegaron aquéllas, y tomó posesión su apoderado, el canónigo Tafalla. Despuig va con los reyes hasta que dejan su diócesis: estará en ella menos de un año, por su ambición. El Cabildo vive otros problemas y gana a la mitra el pleito de las *capillas*. Sevilla festejó la beatificación de su hijo Juan de Ribera, Arzobispo, Patriarca, Virrey, etc.

Arjona, ya Doctoral de la Capilla Real sevillana, reanuda su Academia de Cánones. En las actas que guarda la Universidad de Sevilla consta la participación activa de Blanco.

1.7. 1797: DIPUTADO EN ARTES. EN OSUNA, LICENCIADO EN TEOLOGÍA

Ser subdiácono no cerró su problema; en paradoja, Blanco se vio libre para agravarlo:

Una vez sometido a la ley inflexible que invalida el matrimonio a quien ha recibido el / subdiaconado dejaron de vigilar mis relaciones con el mundo. / Mi madre / suavizó / las precauciones que / había tomado para asegurar mi unión con la Iglesia.

El cambio de sujetos, de 'dejaron' a suavizó' marca en ella la iniciativa. Él quiso mucho al padre pero la amaré en especial; sólo una vez, aun con cariño, la asocia con «fanatismo ciego».

En la academia reinosiana, poco más que su renuncia a Revisor dicen de él las *Actas*: se cortan el 12 de febrero. La *Historia* de Reinoso señala el aumento de trabajos en ese 1797: contrasta así más el aparente bache de Blanco, en otras tareas, como la antología poética con versos de él, de Lista y de Reinoso, los tres grandes amigos entre los estudiantes del grupo.

El día 5 de noviembre / se presentó / impresa /. Los hombres de letras / se interesaron vivamente por un establecimiento / que tanto podía contribuir a la instrucción y buen nombre de Sevilla.

Al padre de Blanco le propusieron para éste una plaza en el Colegio que fue antigua Universidad de Sevilla. Desde que, por Olavide, le expropiaron sus privilegios, en favor de la que él reformó en la ex Casa Profesa de los expulsados jesuitas, el Colegio mantenía pleitos con los nuevos monopolizadores de grados en Sevilla. Por ello, Blanco pasa a la cercana Universidad de Osuna y termina allí su Licenciatura en Teología.

Ser de ese Colegio era un prestigio social, incluso tras la antedicha expropiación. Aseguraba un buen puesto en el futuro: aún los antiguos colegiales tenían influjo, y protegían en oposiciones a los suyos, ante los *manteístas*, vistos de clase inferior. Para su ingreso el Colegio instruyó un largo Expediente de Limpieza de Sangre, hoy en la Universidad de Sevilla.

El único poema conservado de Blanco en ese año es su elegía a Forner: «De Albino a Fileno. En la muerte de Norferio. Oda». Con sobrenombres poéticos del grupo: la base solía ser una paronomasia (Lista era Licio, Arjona, Arjonio); a veces con intercambio de iniciales de sílabas (aquí, Forner es llamado Norferio); o la etimología del apellido (Albino, luego Blanco White y Leucadio Doblado); o una broma académica: así las odas a Filis, de Reinoso, dan a éste el apelativo 'Fileno': así lo llama Blanco en esta oda clasicista. Se corresponde con otra obra que Reinoso le dedica. Forner había muerto con 43 años, pocos meses tras ascender. La Academia le guarda gratitud. Y Blanco leyó libros de su biblioteca, y defendió con él el teatro. Aun con hinchado estilo, siente esa muerte; usa un tópico estoico: es inútil llorarla.

1797 empezó en Sevilla con la dimisión del Rector Vargas: sabía que, opuestos muchos claustrales, como Blanco, no prosperaría su deseo de seguir. Blanco es elegido Diputado de Artes. Con 21 años, primer representante de su Facultad para gobernar la Universidad. Diserta por primera vez en la Academia de Cánones; y va a claustros hasta ser propuesto para Colegial.

Francia vence en Rívoli a Austria y amenaza Roma. El Cabildo, con el Papa en peligro, decide rogativas públicas por él,

pero Godoy prohíbe eso para quien, en política, es enemigo de nuestra aliada. Y, envía «para consolar al Papa», pero con otras intenciones ocultas, la «embajada de los tres Arzobispos»: el de Toledo, el de Sevilla, y el titular de Seleucia, confesor de la Reina. Blanco, perdido el apoyo de Forner, queda también sin el de Arjona, quien se va con el Arzobispo. Pío VI ha de aceptar el Tratado de Tolentino, pero perder Roma será cosa de tiempo. Godoy entra en la familia real, por boda. La prepara la reina, dicen que, celosa, para alejarlo de la amante, Pepita Tudó. La esposa es hija del que fue, de niño, cardenal arzobispo de Toledo y Sevilla. Godoy lo cuenta a su amigo Despuig, que intriga en Roma sin ver que tal boda le costará la mitra de Sevilla y perder puesto en su ansia del capelo. Arjona volverá con una distinción papal, pero desengañado de Despuig, y más anticurial.

En la Academia de Cánones, en 1797 sólo consta una ponencia; de Blanco, y una nota suya, sobre ‘incidentes’ (falta de Arjona, en Roma, y presión universitaria). La de Historia, inactiva.

1.8. 1798: COLEGIAL. OTRO AMOR. CÁDIZ. DIÁCONO

Aceptado en el Colegio, Blanco ha de superar los paseos burlescos llamados *caravanas*: lo que son, aún, las ‘novatadas’; duran hasta la solemne recepción. Tras ser presentado a las autoridades y a muchas familias, con el complejo vestido de colegial, ya era ‘alguien’ en aquella Sevilla. Eso explica su ingreso en la Real Sociedad Económica. Pero aquella vida social le dañó:

En vez de aumentar mis conocimientos por medio del estudio, abandoné mucho mis lecturas durante los tres o cuatro años que pasé en el Colegio.

Contra lo que dice Menéndez Pelayo, Blanco no estudió *allí* Teología. Añado: ni *durante su estancia allí*, salvo lo mínimo para su labor sacerdotal y un repaso para oposiciones a inicios del XIX. El descuido dañó su vida religiosa. Alega que se recuperó para «recibir el Diaconado en un estado espiritual adecuado». Hay algo previo de lo que dejó tardía constancia y como de paso, sin que se publicara durante su vida:

Lo otros colegiales me introdujeron en los círculos elegantes de la ciudad y así de repente pasé de adolescente a hombre. / En una de las primeras casas / me presentaron a una joven viuda cuya femineidad y delicadeza me cautivaron.

Con ‘adolescente’ indica inmadurez (y tenía 22 años): El control materno descubre el caso.

Amigos míos / actuaban / como sus espías. Uno / tenía que volver a Cádiz. / Decidieron convencerme para que lo acompañara por distraerme de mi enamoramiento.

Queda ambiguo quién buscó esa finalidad. Blanco dice de su amorío:

Relaciones como éstas / deben romperse cuando no producen más que sufrimientos. / Alegando / cosas que hacer / emprendí viaje; / pronto olvidé la pena de la separación.

El énfasis no está en *ese* tercer amor, sino en que esos amoríos, por la ley impuesta, «no producen más que sufrimiento».

Esa etapa en Cádiz la pasó de la forma más opuesta a sus deberes, escribió sin publicarlo. Vivió seis meses con un pariente «en la pereza y el lujo». Aunque fijo en 1797 un velado consejo de Reinoso, en la anterior estancia en allí, se repetirá en 1798 al leer en su Academia su «Epístola a Albino, exhortándole a que vuelva

de Cádiz». Su tardío odio a Vacquèr, probable acompañante a Cádiz, hará que Blanco juzgue ese viaje como trampa de «espías»:

Se puede entender la absoluta dependencia en que estaba respecto a mi familia.

Al final deseaba volver a Sevilla; pero «tenía que dar palabra de honor de no volver a visitar a la joven viuda». Le repelía aceptar algo como grave. Al fin la dio, aunque «con dolor». Al volver rechazó dos intentos de ella para contactar, y siguió lo que llama «el camino del deber».

Parecerá extraño / un lazo afectivo entre una señora y un joven que, de acuerdo con las leyes del país, no puede hacerle una proposición honorable. Pero en España esto es lo más natural. [??] No soy capaz de describir los sentimientos que experimenté la primera vez que / pude dar rienda suelta a la pasión amorosa. / Un muchacho de catorce años con la fuerza pasional de un joven de veintidós.

Aparte lo que comenté sobre su «adolescencia», en España, eso no era «lo más natural»: quiere justificar una situación que juzga inverosímil para sus lectores anglicanos. Su frase, en andaluz, suele no tener matiz comparativo, y, menos, de superioridad absoluta. Pero denuncia aislamiento, y edad afectiva muy inferior a la biológica; con la edad mental muy superior. Ese amorío, no «lo más natural» en *aquella* Sevilla, ha de acabar. Resume su final:

Proseguí / el camino que me marcaba el deber. Como / cada vez que me dejaba arrastrar / por / los placeres / hice una confesión, larga, sincera y escrupulosa.

En su *Vida* calla también ese amor; aunque no su bache de Colegial. Añade:

Fui capaz de hacer un / esfuerzo para volver a la vida retirada de mi primera juventud, y de esta manera pude adquirir alguna paz del alma /. Ello me permitió recibir el Diaconado en un estado espiritual adecuado. / Creí que me había vuelto a reconciliar con mi profesión clerical, pero este feliz engaño se disipó bien pronto. Volvió a renacer, sin embargo, cuando se acercó / mi ordenación sacerdotal.

Entre esas ordenaciones hay otro año de altibajos religiosos; y antes de la primera, una etapa preparatoria en la que reitera el trabajo académico. Suplo lo que omite. Arjona volvió de Roma desengañado. A su carta a Despuig, éste responde con vagos elogios académicos. El enfado de Arjona, y el creíble fomento de sus ideas galicanas frente a una curia romana mercantilizada y prepotente, con un Papa caduco y casi sin amparo, influirían en la siguiente crisis de Blanco.

Al hablar de su ordenación sacerdotal, omite la de diácono; para ésta puede valer esto:

Mi amigo Arjona volvió de Roma poco ante de mi ordenación, y de nuevo se convirtió en mi confesor regular. Mi afecto hacia él y lo bien que lo pasaba en su compañía, hizo que volvieran a renacer mis ilusiones religiosas.

Con esa actitud de mi última cita, en noviembre firma ya la solicitud del diaconado. Como el Arzobispo sigue ausente, ésta va al Obispo Gobernador. Se despacha el edicto para los trámites conocidos. Perdidos el certificado de estudios o de ir a conferencias morales, el del examen para la orden, y el de amonestaciones, consta el envío a Ejercicios. Al reverso de la papeleta firma el P. Lucas de Tomás con el habitual «ha cumplido». Al día siguiente lo ordena de Diácono el citado Obispo en la Iglesia de los Clérigos Menores, hoy Parroquia de Sta. Cruz.

En 1798 poco haría el Blanco académico, por su vida mundana y, luego, su preparación para diácono, aunque escribió su égloga «El Mesías» y el canto didáctico «La Belleza [sensible]».

La guerra acentúa el deterioro de rentas: no consta cómo afecta esto a las de Blanco, exiguas, mas sus medios mejoran como Colegial. La crisis de la viudita se cierra en falso.

Napoleón avanza sobre Roma, que es ocupada. El Papa es exiliado, y se proclama la República Romana. El Arzobispo de Sevilla huye de Roma. Godoy cesa, pero sigue con el afecto de los reyes; hay más rogativas por el Papa, pero Jovellanos, ministro, las prohíbe. Despuig vuelve a Roma: misión oficial, auxiliar al Papa; secreta, preparar el cónclave; obsesión: el capelo. Napoleón gana en las Pirámides; aunque su escuadra es batida, Pío VI es internado en Francia. Despuig presume: él lo mantiene; mas con rentas de Sevilla, y para llegar a cardenal.

El Cabildo Catedral sigue con quejas y necesidad de dinero para peticiones regias: se funde por ello la impopular custodia de cien kilos de oro estrenada seis años antes, etc. El obispo auxiliar –se intuyen presiones– prohíbe predicar contra los franceses. Hay un escrito suyo, con firma del ‘enterado’ por párrocos y superiores religiosos de Sevilla, como el P. Vega, cuyos ataques causaron la orden. Hay relación de donativos de sacerdotes ante presión del gobierno.

En la Academia de Cánones, al volver Arjona de Italia, Blanco es muy activo, como Secretario en las 17 sesiones que hubo en el escaso resto de 1798.

La Real Sociedad Económica de Amigos del País, fundada el año del nacimiento de Blanco, en 1797 estaba en «estado cadavérico». Arjona hizo elegir a gente de su grupo, como Blanco:

Se leyeron contestaciones de gracias al nombramiento de socios que se ha remitido a los Sres. D. José M^a Blanco y Crespo y D. Francisco de Aranza y Aguirre, admitidos 1^o en Teología y 2^o en Derecho.

El otro era Colegial con él. Blanco va a todas las sesiones posteriores que constan de 1798.

1.9 1799: OLVERA. VIDA SOCIAL. CAMBIO. SACERDOTE

En la Academia de Letras Humanas, la *Serie* de trabajos para 1799 sólo pone para Blanco dos trabajos; constan otros tres, dos de tema pastoril, ficticio, y uno del que hablaré, por inédito.

Mencionaré otras tareas, como la Secretaría de su Colegio, la de la Academia de Cánones, ésta hasta mayo, su relación con la Sociedad Económica, o su investigación en Olveras, tras acompañar al padre, hasta allí, al destierro de éste en Cañete como antiguo vicecónsul inglés.

En diciembre, esa Academia asume juzgar los trabajos. Leídos, «tomando las medidas oportunas para que los autores no fuesen jueces /, procedieron a la votación». Blanco tuvo premio a su *Discurso sobre la predicación de los Santos Padres*; Reinoso venció a Lista en el concurso de *La inocencia perdida*. El 8, fiesta de la Patrona, hubo Sesión Pública para leer las obras premiadas.

El citado *Discurso*, con su lema, de San Agustín, aclara la meta de Blanco: «*Sic detrahit ornatum, ut sordes non contrahat*»: (*De doctrina christiana*), como consta en otro manuscrito que hallé. En el universitario hay notas de Reinoso, sobre premio y autor, «el Lic. D. Joseph María Blanco».

Comienza: «La predicación ha sido siempre una de las funciones más sagradas de la Iglesia», pero que «dilatándose las diócesis / repartieron los Obispos las / ocupaciones de su ministerio».

Quando / este ministerio / vino a parar a hombres / sin el espíritu que anima a los verdaderos Pastores, / queriendo

llamar la atención de los oyentes, creyeron conseguirlo adornando sus discursos.

No es mi ánimo hablar de la predicación corrompida que reinó casi en nuestros tiempos; hablo / del método que observan los mejores predicadores: un corto número de palabras de la Escritura ha de dar toda la idea. / Cuanto se diga / ha de estar encadenado con aquellas palabras.

He visto cientos de sermones del XVIII: la mayoría merece aquella reprobación de Blanco, quien, como modelos de entonces cita a Bourdaloue y Massillon, para decir:

Quisiera yo que los mejores discursos de estos dos grandes hombres se predicasen al pueblo. / A excepción de un corto número de personas instruidas, el resto / admiraría / una serie agradable de palabras cuyo sentido se habría escapado a su comprensión.

Además, argumenta con base en el mandato de la Iglesia:

Ésta prescribe la incesante predicación: Jamás podrían los ministros eclesiásticos cumplir con esta obligación si no se valen del antiguo método. / Si en el método del día se han formado dos solos que puedan competir con un Chrysóstomo [sic], muchos, / siguiendo el antiguo pudieran hacer otro tanto con un Agustino [sic]. / La palabra de Dios original tiene mucha fuerza /. Muy lejos estoy de querer desterrar la verdadera elocuencia: / pretendo sólo abolir un artificio que la destruye. / La verdad y la sencillez suplirán la elocuencia que no pueden tener los más.

Cierro este florilegio, que divulga algo inédito, sin insistir en el borrador que hallé.

Por fin, con ayuda de Arjona y de amigos, siempre con la presión de la madre, Blanco decidió el paso final al sacerdocio. En noviembre, al día siguiente de llegar Napoleón al Consulado, Blanco firmó su instancia. Se tramita lo usual. Y el 21 de diciembre lo ordena sacerdote el Auxiliar, D. Manuel Cayetano Muñoz, en su oratorio de calle Abades. En el expediente se le certifica estar «suficientemente instruido para celebrar el santo sacrificio de la misa»; lo requería la licencia para celebrarla. Aunque la ordenación incluye concelebrar, su 'primera misa', en sentido popular, fue en Navidad. Él fechó en ella su ordenación: nuevo error.

Blanco hará un admirable análisis de su estado espiritual en ambas ceremonias. Expresa fervor sincero; pero no hay que tomar con rigor su «me retiré voluntariamente del mundo en los meses previos»: actúa en ellos; ni los Ejercicios fueron «inmediatamente antes», como solía ser. Las circunstancias de 1799 no favorecían los buenos propósitos que sin duda formó en sus Ejercicios Espirituales para diácono en diciembre de 1798. Las intrigas del ambicioso Despuig, ausente tras escasa residencia, su forzada dimisión; al imponerle Godoy, como sucesor, al joven hijo (22 años) de otro Cardenal-Arzbispo de Sevilla que ya lo era, aún niño, en Toledo, etc., propician hechos evitables, como un régimen capitular de Sede Vacante, de trece días. Corruptelas, enormes diferencias en el clero, etc., son evidentes para Blanco. Erró al ver modelo en hombre tan frágil como Arjona; pero, como pórtico al sacerdocio, evoca algo ya lejano: el «refugio seguro» que había sido la sala de estudio de Arjona. Añade algo de 1799:

Cuando consideraba que dentro de pocos meses iba a ser elevado a la más alta espiritualidad que un hombre puede alcanzar: la de, como firmemente creía, poder convertir el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, estaba seguro de que todas mis luchas iban a terminar para siempre.

Admite, en el contexto de la cita que sigue, que un extranjero podrá no entender ese clima. La base es superficial, pero Blanco pondera:

El que desde la cuna está acostumbrado a besar la mano del sacerdote y a recibir su bendición, el que ha asociado / la Divinidad con la hostia consagrada, el que ha observado el temor con que se la trata, / qué nubes de incienso, qué esplendor de piedras preciosas la rodean cuando se expone / , el sonido de la música y la continua adoración de los sacerdotes oficiantes para hacer patente la subyugante percepción de un Dios que habita entre los hombres: sólo ese hombre puede comprender la situación espiritual de un joven de corazón ardiente que por primera vez se acerca al altar, no como un simple acólito sino como el único realizador del mayor de los milagros.

Ese texto no expone hechos externos, sino sentimientos profundos. Nada hace dudar de que expresan los de entonces: esa intimidad es una de sus mejores páginas. Como lo que sigue:

No hay palabras que puedan expresar con exactitud mis sentimientos en la ceremonia de mi ordenación sacerdotal, en la celebración de mi primera misa y durante el tiempo que transcurrió entre esa fiebre de entusiasmo y el frío escepticismo que pronto la siguió.

Lo que dice de su retiro voluntario del mundo «algunos meses antes» de esa ordenación es en contraste con su vida anterior; aunque imitar a Gessner choque con dedicarse «exclusivamente a la lectura religiosa y a la meditación». Pero no puede inventar lo básico: «Llenaron mi corazón de lo que me pareció un / aborrecimiento de los placeres del mundo».

Éste es el estado espiritual en el que cuenta –y aquí no hallo razones que oponer a sus palabras– cómo recibió el sacerdocio, y cómo narró sus sentimientos de su primera misa. Excusa no volver a hacerlo porque «el paso de los años ha hecho más penosa la renovación de estos recuerdos». Une ordenación y ‘primera’ misa en familia. Es de sus textos más sentidos.

Cuando / mis manos fueron ungidas y / me fue conferido
el poder de devolver la inocencia a los pecadores, cuando /
el obispo me dijo en nombre del Salvador: Ya no te llama-
ré siervo, sino / amigo, sentí como si, libre de la parte
material de mi ser, hubiera sido elevado a una existencia
superior.

Nada de amargura o sombra. Aunque, en la continuación, el Blanco adulto alude a la viudita.

Todavía tenía corazón, / dispuesto a estallar al ver a mis
padres de rodillas que me daban un beso en las manos
recién consagradas. / Entre los muchos amigos que me
rodeaban con el mismo fin estaban aquellos labios que
hacía pocos meses hubiera muerto por besar, pero en aquel
momento sólo era capaz de sentir su dulce suavidad.

Luego narra sus impresiones en la indicada primera misa familiar:

En vano traté de contener la exuberancia de mis sentimien-
tos / . Mis lágrimas bañaron los corporales sobre los que /
sostenía al que era amigo de los hombres.

El Blanco inglés llamará a eso ‘ilusiones’, y dirá que no conoció a ningún sacerdote de talento que no llegara a incrédulo; eso subraya sus sentimientos de 1799; y es injusto al generalizar: de su

amigo Reinoso, en la vejez, cité: «escéptico en todo, menos en Religión».

Pío VI, prisionero de los franceses, tuvo que conceder a España un privilegio de laticinios mientras durase la guerra contra Inglaterra, nación que, en paradoja, luchaba contra enemigos del Papa. Godoy, aunque en la sombra, seguía con su poder: hizo nombrar conde al inepto cuñado Asistente de Sevilla, y presentó a otro cuñado como nuevo Arzobispo de la diócesis. El titular hasta entonces había logrado de Pío VI ser Patriarca de Antioquía «con retención del arzobispado de Sevilla», pero hubo de renunciar a éste. El sucesor era hijo del fallecido infante Don Luis. Éste último, por su ambiciosa madre la segunda esposa de Felipe V, fue Arzobispo, en lo temporal, de Toledo con 8 años, cardenal con 10, y, desde los 14, a la vez, Arzobispo de Sevilla sin residir en esta diócesis. El hijo reunirá esas prebendas, con dispensa de edad hasta para ser ordenado sacerdote. El grupo de Blanco criticaba esas anomalías.

La guerra dio pie a nuevas presiones sobre las rentas eclesiásticas sevillanas: lo económico ocupa aún más de lo habitual las actas del Cabildo y los Asuntos de Gobierno de la curia; en esos documentos hay cada vez más noticias de amigos de Blanco incorporados a tareas diocesanas. El Cabildo, mientras el nuevo arzobispo tomase posesión, proclamó *sede vacante*, que duró apenas trece días: el Prelado la toma por poderes, antes de ser consagrado obispo con nuevas excepciones a las normas. El joven prelado llega a Sevilla en traje mundano, y antepone a su título arzobispal el de conde de Chinchón, que pasará a su hermana la desdeñada esposa de Godoy, inmortalizada por Goya con dicho título.

Murió en exilio Pío VI, Papa desde el año en que nació Blanco. Pero, enemigo de nuestro *aliado* Napoleón, no puede haber preces públicas mientras la *Gazeta no anuncie la muerte*. Manejos de Urquijo anteponen regalistas «prerrogativas de la Iglesia española / sede vacante». Y las tardías exequias de Sevilla

por el Papa, cesan por roce: la Audiencia no quita la horca; el Ayuntamiento se niega a salir así, y reabre el teatro.

1.10. 1800: RECTOR. CONFIESA MONJAS. FIEBRES. ALCALÁ...

El 1 de enero de 1800, Blanco toma posesión como Rector de su Colegio, cargo anual de gran prestigio aún en aquella Sevilla. Recibe licencias plenas para confesar, «por consideración a este puesto». Aclarará su privilegio, a lectores anglicanos, según la doctrina católica:

El poder sacerdotal de perdonar los pecados, / en virtud de la ordenación / es ilimitado, pero a consecuencia de la jurisdicción de origen divino, / a los Obispos sobre sus respectivas diócesis, / en circunstancias normales el sacerdote no puede absolver a los súbditos espirituales de un obispo sin licencia de éste.

Luego explica (recuérdese: para ingleses), la práctica en España de las tres fases para un candidato no privilegiado: primeras licencias, sólo para varones; luego, también para mujeres, salvo monjas; al final, para éstas, para las que «se supone que hace falta gran pericia y experiencia». Para esa tercera fase, solía pedirse, y no siempre bastaba, edad mínima de 40 años, más exámenes sinodales. En el Archivo Arzobispal de Sevilla hay cientos de denegaciones de licencias en esa época; en especial, las del tercer tipo. Un impreso de 1797, del clero secular de la capital, calculable entonces en unos 600, pone sólo 184 con licencias para absolver; en 10, un asterisco marcaba: 'No tiene licencia para confesar mujeres'.

Tras el clima de fervor de su ordenación sacerdotal, episódico, y sin raíces, Blanco sigue algún tiempo en una vida religiosa de fervor; dos veces dice: «casi un año»; de ser así, la crisis sería aún en el XVIII. Es un proceso confuso en su consumación, con inicial estela de piedad.

La alta idea que tenía de / la pureza / que se requería –según creía yo firmemente– para tocar / el cuerpo de Cristo / me llenaba de religioso respeto y temor. Estas ideas / consiguieron dominar / mis pasiones / casi un año.

Aquí y alguna otra vez, narra sus primeros ministerios de sacerdote:

Celebraba diariamente la misa con la debida preparación, predicaba con frecuencia y no rechazaba a nadie que me pidiera confesión.

El inexperto sacerdote de 24 años que admitió inmadurez en su relación con la mujer, es confesor *de moda* en monasterios de monjas. De éstas no hay estadística segura para 1800 en Sevilla; pero Blanco no exagera al indicar 500. Las llama «mujeres encerradas de por vida». Vio en algunas falta de libertad, y generaliza. Eso aviva en él otra honda crisis religiosa. Lo lleva a ese mundo el prestigio (familia, cargo, etc.), quizá su relación con el P. Vega, el más famoso confesor de monjas en Sevilla, más que lo que dice él: su amistad con Arjona:

Arjona recibía / más peticiones de monjas que querían confesar, que las que él podía atender. Como / yo era su discípulo favorito, / al poco tiempo estaba obligado a pasar unas dos horas diarias / oyendo las / angustiosas relaciones de más de una nerviosa reclusa / y / escuchando dolorosas historias de / desesperanzados sufrimientos.

Le dañan su inexperiencia, sus altibajos, y el que, a veces, la profesión religiosa era por coacción; y muchas, inmadura, caso de su hermana Teresa María, monja a los 15 años; se tramita sin actuar ella. Eso, y lo similar que seguirá con la otra hermana, y desencadenará la gran crisis de Blanco, aclara ataques que hoy parecen muy virulentos, como éste:

De entre todas las víctimas de la iglesia romana son las monjas las que merecen mayor simpatía. La temprana edad de quince años en que se les permite hacer el sacrificio de su libertad; la inflexible crueldad con que se les obliga a perseverar en los votos / toda la vida, la tendencia / de su enclaustramiento y forma de vida a producir enfermedades / e incluso / enajenación mental, son hechos que suficientes para mover a compasión al corazón de / los que no lo tengan endurecido por / el fanatismo.

No he visto dispensas a monjas en la Sevilla de esa época. Hay párrafos de Blanco más duros en eso. Indican lo que sufrió. Otro aspecto es su ataque a la confesión como *mal*:

El más remoto / —al menos mientras exista la Inquisición— es el peligro de seducción. / Sin embargo / , frecuentemente con la conciencia de cumplir con su deber, el confesor echa sobre el alma femenina el primer hálito / que empaña su pureza virginal.

Aunque él se excluya, generaliza, injusto, con ese ‘el confesor echa’:

Él tiene, sin duda, el derecho de interrogar sobre asuntos / delicados incluso para la confianza maternal, pero se necesitaría una simpleza más que corriente para suponer que un poder / de esta naturaleza, en / miles de hombres —asedia-

dos por tentaciones más que comunes para abusar de él—, será siempre utilizado con las necesarias precauciones.

Blanco no sería consciente de su inquina en el duro exilio: basa en ese insuperable 'siempre' lo que juzga frecuente en la cita anterior; pero reivindica su caso con una razón generalizable.

Debo declarar que mi total repugnancia a traicionar lo que me había sido confiado era tan fuerte y poderosa que jamás sentí la menor debilidad / incluso cuando / me desprendí interiormente de todo control religioso. Doy gracias a Dios.

Pero la actividad en su primer año de sacerdote mina su fervor inicial, tan mal basado. Aunque busca un apoyo no esperable: ingresar en una *Escuela de Cristo*. Omite referir ese ingreso; confunde sus recuerdos con prácticas en la Capilla de la Cueva, en Cádiz (1801): al describirlas las resume en «meditación, sermón y flagelación».

La institución venía de Italia y cuajó en cierta Sevilla. Blanco, por consejo de Arjona, en enero, pide ingreso en la anexa al Convento de los Menores. Arjona tenía influjo allí. Cito:

Don José María Blanco, Presbítero, / hace presente que, deseando su espiritual aprovechamiento y sabiendo la utilidad de los santos ejercicios que se practican en esa Venerable Escuela. / Suplica / se dignen admitirlo en el número de sus hermanos.

El informe de Arjona como su confesor no hizo falta, al ser sacerdote el aspirante. Se le admitió con acuerdo unánime, por sus «notorias circunstancias». Ingresa el jueves siguiente. Es rasgo elitista acordar, en agosto, no admitir más miembros: eran entonces sólo doce. No es defensa contra la epidemia que había entonces: durante ella era usual acumularse fieles.

La lectura de las reglas, revividas hace poco, aun mitigadas según el Vaticano II, convence de que no era el camino de Blanco. Por ejemplo, las disciplinas para autoflagelarse, y las calaveras y huesos de difuntos para la meditación. En una de las cajas sin catalogar que investigué en la Biblioteca Arzobispal de Sevilla hallé un curioso librito de meditaciones para los hermanos de la Escuela. Otra fuente hallada allí es un Sumario de las indulgencias concedidas a la Institución, publicado el año en el que Blanco ingresó en ella. Ese ingreso hace que Sánchez Castañer niegue la idea de Llorens: que Blanco *nunca* fue ortodoxo. Castañer añade que Blanco fue elegido ese agosto «primer coadjutor del Nuncio»; cargo no aclarable sin larga digresión. Tras un dato poco relevante de 1801 sólo queda otro sin fecha, pero tardío y ambiguo: «Se borró de hermano por haberse ausentado a Inglaterra».

Resumiré el clima lúgubre, por la aludida epidemia de fiebre amarilla en la ciudad desde agosto hasta casi finales del año. Blanco le dedica la *Carta 6ª*; basa sus datos en confusos recuerdos de sucesos anteriores en más de veinte años; pero no exagera como otros cronistas: en la *Carta 5ª* pone los muertos en 18.000, número verosímil, que otros casi duplican. Señala que no se mandó aislar y hospitalizar, sino rogativas: nueve días con la catedral llena. La *Carta 6ª* alude a su traslado a Alcalá, donde vivía entonces su familia. Dice que sucedió «unos cuantos días antes» de ser bendecida la ciudad desde la Giralda con el *Lignum Crucis*.

Blanco, con ideas de la Ilustración, ironiza sobre eso: «Lo más probable es que la reunión / condensara / gérmenes de la epidemia. / Las defunciones se multiplicaron; / al cabo de dos o tres semanas, / de doscientas a trescientas por día».

En su *Vida*, Blanco insiste en cómo eso le afectó indirectamente:

Mi familia llevaba más de un año viviendo en Alcalá [de Guadaira]. / Los más amigos íbamos con / frecuencia. / Cerca del final / de mayo cogí unas tercianas que / me debi-

litaron. / A consecuencia de la gran riada del invierno de 1799 a 1800 se nos inundaron / las habitaciones de la parte baja del Colegio. Sin haber tomado ninguna precaución[,] en cuanto empezó el calor del verano me trasladé, según costumbre / a las habitaciones rectorales de la planta baja. Pero el calor había producido una infección de malaria. / Fue el médico la primera persona que me habló del horrible avance de la epidemia /. Todos los criados del Colegio murieron, a excepción del / de la portería. / Uno de los Colegiales / trajo consigo una silla de postas. / Seguí el impulso que me dieron y a las pocas horas me encontraba con mi familia.

Será a finales de septiembre, según la citada *Carta*. Da allí datos de la epidemia en Sevilla y de actividades alcalareñas de dos sacerdotes mellizos; uno, el Capellán Mayor de la Capilla Real, próximo colega, del que siempre escribiré mal. Y vuelve, con su amigo Leandro, su doble literario. Eso aclara un próximo plural:

Por / diciembre apenas se daban nuevos casos de infección. / Pero cuando la gente empezó a / regresar se pudo comprobar que el cambio de aire / podía ser fatal. El posible peligro no me impidió atreverme a ir al Colegio con el propósito de transmitir el cargo de Rector a mi sucesor. / El 31 de diciembre regresé.

En lugar paralelo dice:

Nunca me olvidaré de nuestra melancólica llegada a Sevilla. / Un sosiego extraño reinaba en todas las calles y las pálidas caras de las pocas personas que transitaban por ellas hacían que la imaginación se representara vivamente el sufrimiento pasado.

Describe cómo llegan hasta uno de los cementerios que había sido necesario crear:

Al acercarnos a los grandes montones de tierra que con una alta cruz colocada sobre la hierba eran la única señal que distinguía la tierra consagrada de la común, vimos un rosario avanzar lentamente. / Cuando veníamos de vuelta, pasaron / cuatro o cinco procesiones más /. El tono melancólico con el que rezaban / y la estudiada sencillez de sus vestidos en contraste con el alegre atuendo que / habían lucido en el mismo sitio, todo ello nos quitó las ganas de prolongar nuestro paseo.

Así acabará Blanco el siglo XVIII. Veo simbólico de su ánimo ese final suyo del siglo:

Decidí pasar la noche en un salón vacío de los apartamentos rectorales de mi abandonado Colegio /. En vano intenté conciliar el sueño aquella noche.

Su insomnio en la noche del XVIII al XIX es verosímil indicio de incipiente crisis. Apunto pistas: nueva orientación de amigos como Reinoso, que parece pensar ya en sus próximas oposiciones a curatos; dañino efecto de confesiones de almas que él ve, como la suya, sin libertad... Parece un insomnio, más que por esa Sevilla, por hundirse el fervor de sus últimas ordenaciones. Se incubaba la gran crisis, que desencadenó «el proceso del cambio total» en su vida, «después de poco más de un año de haber recibido la ordenación sacerdotal». A poco del primer aniversario, el confuso inicio de ese cambio puede simbolizarse en esa noche histórica.

Hay en Princeton un catálogo de sus manuscritos allí, hallable en Internet. Destaco ahora 12 sermones, en diez de los cuales pone la fecha de 1800. Dato cinco como posteriores. Los otros pueden ser de 1800. Y según carta de Lista, dio un retiro espiritual en

junio. En otro aspecto, ser Rector de su Colegio le daría, si no la tenía por su tío Don Lope de Olloqui, maestrante, la posibilidad de asistir a los toros que con tanta maestría describe en su *Carta 4^a*.

Todo eso fue contra su actividad en academias. La epidemia y otras tareas de sus miembros las extinguirán. De la de Letras Humanas se decía en la *Serie de trabajos* para ese año: «Se proseguirá la lectura y análisis de la Eneyda [sic] por el Ldo. D. José María Blanco».

Y se señalaba para diciembre de ese 1800 un trabajo del que sólo consta que no se leyó.

Mencioné los toros. No omitiré la gran relación de Blanco con tema tan sevillano. A muchos podrá parecer error plantearse ese mundo como un hecho cultural, aunque sea en sentido lato. Pero juzgo clara la tesis contraria. Sobre todo, en el caso de Blanco, buen aficionado a la llamada ‘fiesta nacional’. Lo muestra en el genial costumbrismo de su *Carta cuarta*, que pinta un ‘día de toros’ en la Sevilla de entonces, con el encierro y la lidia de los 18 astados de la jornada. Las mejores páginas de esa época sobre el tema. En contraste, baste hojear un raro impreso: el frío poema de Orihuela, un miembro de los Horacianos. Tomar el mundo de los toros para ensalzar al Blanco costumbrista sería fácil digresión; sólo resaltaré que esas páginas suyas son vivencias muy intensas de esa época de su vida. Han de ser del final del XVIII: habla dos veces de un famoso torero, del que dice: «una vez vi a Pepe Illo»; éste murió en el coso de Madrid en 1801. Luego Blanco tuvo que verlo en Sevilla, única ciudad que, por otra parte, menciona en su descripción, de costumbrismo sevillano.

El final de esta Primera Parte coincide con un cambio de siglo y con una clara inflexión en la vida de Blanco. Conviene revisar cómo le dañaron hechos eclesiales de finales del XVIII:

Blanco estudió con Arjona un derecho canónico de autores galicanos con gran tendencia regalista, pero con el Papa como pastor supremo en la Iglesia, aunque denuncie lo que esos autores, y su grupo sevillano, señalan como abuso curial; que luego ataque al

papado con violencia (aunque más tarde maticé), no invalida eso. Distingue también entre el jefe espiritual de la Iglesia y el monarca absolutista de los Estados Pontificios que pasó, de aliado, a enemigo político de España. Conoce a través del Arjona vuelto de Roma, las desventuras de Pío VI, el pobre anciano cuya muerte dará pie al «Cisma de Urquijo». Éste se basó, en la Sede Vacante, en luchar por el dinero de las numerosas dispensas reservadas a la Santa Sede. Y Blanco verá a Pío VII sometido a Napoleón, pero criticará a ese Papa: He aquí uno de sus violentos ataques:

Vime / sujeto a la doble tiranía de la Inquisición y de las leyes eclesiásticas. / Si se me escapa una palabra /, vendrá la Inquisición en nombre del Papa y me encerrará /. Pues añádase a esto el celibato forzoso. ¿No es / una disciplina /. ¿No es pues una infame tiranía /que ni aún permitan al eclesiástico que no quiere conformarse el que cese en su ministerio? / Lo que más me indignaba era ver que el Papa dispensase / cuando se cruzaban intereses políticos y que cuando se interesaba la felicidad y virtud de millares se desinteresase /. A Talleyrand, obispo católico, / concedió / casarse.

No consta que Blanco pidiera dispensa; da aquí a entender «silencio administrativo» ante supuestos peticionarios. Mi busca sobre eso en Sevilla no halló ninguna referencia entre miles de documentos de ese periodo. Su crítica contra la dispensa al antiguo obispo Talleyrand, el estadista que triunfó en tantos regímenes, es sólo por lo excepcional. Crítica, en otro contexto:

Prontos para atar, los herederos de San Pedro se han mostrado / opuestos al oficio más humano de desatar en la tierra, excepto cuando convenía a su ambición.

No hará falta aclarar la mordaz alusión a la promesa de Cristo a San Pedro. Habrá ataques de Blanco más desgarrados, pero con-

viene matizar sus imprecisiones teológicas y cómo su pasión generaliza. Desbarra con la pregunta retórica, en el caso Talleyrand, sobre qué fue del carácter indeleble de su sacerdocio: seguiría siendo obispo, si en su día quiso recibir el sacramento: en hombre tan doble y falto de fe, no es seguro. Blanco satiriza la finalidad de la ley del celibato: «sostener la guardia de eunucos honorarios que el Papa mantiene por todo el mundo».

El mal gusto no es achacable a un traductor: Blanco escribió eso en español. Se disculpa:

Lo que sufrí bajo la tiranía de Roma, la inmoralidad a que ella me condujo con / miles / me hace salir de mí. / Hasta el nombre de religión se me hizo odioso.

La disculpa pasa, de supuestos externos, a internos: la inmoralidad de miles: *De internis, neque Ecclesia*. Cierro el tema con su dura alusión sobre la madre real en el juicio de Salomón:

La Iglesia no es la madre que prefiere desprenderse de su hijo a verlo muerto.

Lo más triste de esa frase es que la incorporó al manuscrito en sus últimos años: falta en la primera edición. Es terrible que llegue a pensar así, aunque sólo sea entonces.

De los Arzobispos de Sevilla en la etapa española de Blanco sólo Llanes residió usualmente en su diócesis según los cánones. Dejo aparte leyendas de Morgado; Vargas, en su sermón fúnebre a la muerte de Llanes, pondera peligros de caída de caballo en esos difíciles viajes. Despuig era muy distinto: un cardenal francés narra, mordaz, la rápida ida al cónclave de Venecia, de Despuig, aún no cardenal, al saber la muerte de Pío VI:

Ha ido de Barcelona a Niza en una tartana; de Niza a Génova en otro pequeño barquichuelo; de Génova a Parma

a rienda suelta de su cabalgadura por las montañas, y de Parma a Venecia, en una berlina. No / simple curiosidad.

Él iba camino de la púrpura y quizá de algo más. Había conseguido de Godoy la silla hispalense, que pidió en sexto lugar, tras cinco embajadas; y había obtenido antes 39 bulas en 4 años. Con esos antecedentes se entenderá la frase del embajador Azara en carta al Primado:

El Papa me preguntó si enviando su tiara a Despuig se [a]quietaría su ambición.

A las noticias que llegarían de los manejos romanos de Despuig, Blanco añadiría dos recuerdos desagradables. Despuig fue, en uno de sus pocos actos en Sevilla, el obispo ante el que él dio el paso al subdiaconado, que entonces vinculaba con su odiado celibato obligatorio; y el pastor ausente en la ‘crisis de la viudita’; aunque tal tipo de pastor nada hubiera hecho para liberarlo. Un sacerdote al que explotó este arzobispo dejó dicho:

Muchas finezas, nada en el corazón.

Blanco, sobre la corte, narra antecedentes de nepotismo para el sucesor:

El difunto hermano del rey [Carlos III], Don Luis [Antonio Jaime] de Borbón, a pesar del capelo cardenalicio y del Arzobispado [de Toledo y, simultáneamente, del] de Sevilla, había conseguido / matrimonio morganático con una dama de la que había dejado dos hijas y un hijo /. Aunque no se les permitía llevar el apellido de su padre / antes de que la reina propusiera a la mayor de las sobrinas [para esposa] de Godoy. / Efecto /[:] reconocimiento de los hijos de don Luis y / matrimonio.

Otro efecto: el único hijo varón de ese Don Luis fue propuesto para la sede sevillana, que éste había renunciado en 1754. El nuevo cuñado de Godoy era en Toledo Arcediano de Talavera, dignidad que pasa a Despuig como alivio por «renunciar» a la sede de Sevilla. Matute insinúa:

No sin sospecha de haber cedido a poderoso influjo.

Godoy logra además que el Cardenal Lorenzana renuncie a la mitra de Toledo, que también pasará al joven cuñado, tras muchas dispensas, y con el cardenalato. Omite el resto de lo que señala. Blanco como «el monstruoso montón de escándalos / de nuestra Corte».

Un terrible contraste de los que más le harán sufrir es la injusta diferencia en su mundo clerical. Nació junto al Hospital de Venerables Sacerdotes, fundado por un pariente, y veía desde niño en la Catedral la mesa petitoria por los allí asilados. Cientos de clérigos eran pobres: contraste antievangélico con las rentas del arzobispo, del Cabildo Catedral, y de otros ricos *beneficios*. En la Academia de Cánones vio que éstos debían darse a los más dignos, no eran acumulables, los *curados* exigían residir (derecho divino), etc.; pero la praxis...

En pincelada costumbrista, Blanco roza el tema; esta vez no abusa de su sarcástica mordacidad. La cita ilustra un dato de su diócesis: 337 sacerdotes con cura de almas frente a 1.507 sin ella (sin contar el clero regular).

Los verdaderos párrocos /, con el nombre de beneficiados, reciben los diezmos correspondientes, que gastan dónde y cómo les place. El nombramiento de los párrocos pertenece a los obispos, algunos de los cuales –dicho sea para crédito de los prelados españoles–, han aumentado / los ingresos [de los párrocos]; / así han inducido a algunos, que poco tiempo antes hubieran desdeñado el oficio.

Blanco conocía la reforma, por la que no pocos de sus compañeros de Academia pasaron pronto a párrocos: limadas diferencias, éstas siguen entre 'clero alto' y 'clero bajo'.

La ciudad finaliza, conmocionada, una centuria de decadencia. La agrava el 1800 con 14.685 muertos en la epidemia, según estadística oficial. Muchos, enterrados en secreto, no constan en ella. El clero, en más contacto con enfermos, tuvo gran pérdida: cubrir sus bajas dispersa más pronto el grupo de Blanco.

Aumenta el desprestigio del Antiguo Régimen con abusos como los citados nepotismos. Sevilla está otra vez sin su pastor; sus instituciones, enfrentadas por puntillismos ridículos, como el episodio de la horca en las exequias por Pío VI. Y en política internacional, España seguía a remolque del ambicioso Napoleón: el nuevo Papa vivía sin libertad, bajo éste. Un mundo cae ante la mirada de un Blanco en crisis, quien ve cómo un vuelco llega a su vida.

Lo que se precipita ante su lúcida visión, al acabar el XVIII, es mucho más que pasar del Antiguo al Nuevo Régimen: su interior se tambalea. La crisis final es confusa en su cronología. El último día de 1800, Blanco, recién llegado a una Sevilla enlutada, fantasmal, desolada por la epidemia, pasa su última noche del XVIII: insomne, en el viejo Colegio. Preludia la crisis que estallará en el ocaso de un régimen: ansia de libertad, y religiosidad mal basada. En esa bisagra entre dos siglos, sigue ortodoxo. Como se dijo de Jovellanos:

que su catolicismo no coincida con el de algunos críticos es cosa distinta.

Pero Blanco siente ya la «tempestad moral e intelectual». Resume:

En vano intenté conciliar el sueño aquella noche.

Pido el respeto a su crisis, y hago extensivo esto para cada Blanco White de hoy.

SEGUNDA PARTE

EL GRAN CAMBIO, A INICIOS DEL XIX

2.1. 1801: DEL CESE COMO RECTOR, AL OCASO DE SU ACADEMIA

BLANCO, recién llegado a una Sevilla desolada por la epidemia, traspasa su cargo, tras una noche insomne, al nuevo Rector del Colegio según los Estatutos. El primer día del XIX,

el nuevo Rector / se presentó en el Colegio con el propósito de cumplir con lo mandado /. Le tenía tanto miedo a la epidemia que / me dejó al cuidado del Colegio.

Antes de seguir relatando su vida en el nuevo siglo convendrá insistir en sus circunstancias al iniciarse éste. Blanco es más activo en un marco histórico entonces muy peculiar: aunque la Segunda Parte se inscriba en el XIX, su clima es aún el del Antiguo Régimen; sobre todo en los dos años previos a su exilio, él luchará mucho por el cambio. La Guerra de la Independencia española será ocasión de iniciar reformas. No es lugar de este libro juzgar la figura de Godoy, por clave que fuese; salvo quienes siguen la línea de Carlos Seco, los historiadores están acordes en condenarla. Loscertales añade: el efecto fue pésimo para España; aunque, para Artola, la de 1808 aún era la potencia de los primeros Borbones: peso de la América española, influjo en Italia, y, hasta Trafalgar,

prestigio naval. Un libro reciente de La Parra sobre Godoy, al que defiende en parte, señala el lujo en éste:

Debe atribuirse, ante todo, a la obsesión por deslumbrar a los demás. Necesitaba afirmar su superioridad ante sus rivales los aristócratas, salvar los límites de su origen, resaltar su grandeza de mil maneras. Los monarcas le concedieron los medios para lograrlo / , sacó buen partido de todo ello y se situó siempre en un plano preeminente.

Junto a eso, sobre su reconocido hedonismo, faceta en la que conocerá antes a Blanco, es una constante en Godoy el anhelo del poder, con gran capacidad de trabajo, y cualidades para el mando: sería simplista basar su carrera sólo en su influjo sobre la reina; aun sin ponerlo, como sus enemigos, en lo procaz. No obsta que Blanco se haga eco de eso por desmarcarse del que cayó. Godoy, aun sin estar *de iure* al frente del Gobierno, seguía siendo, hasta poco antes de su caída, dueño *aparente* de la situación: desde que Napoleón alcanza el mando, su política va envolviendo, como una tela de araña, a la corrupta administración española, siga ésta al Príncipe de la Paz o al de Asturias. Terminarán, y con ellos, España, en manos de Napoleón, hasta la reacción popular del 2 de mayo de 1808. Esa fecha no inicia un cambio de régimen, pero es ocasión de que lo preparen intelectuales de la generación de Blanco, contra generaciones precedentes. Es, pues, la que historiaré, una situación de profunda crisis, en la que, en escasos años, Godoy pasa de la cúspide a la detención; y aún en ese momento, porque el rey quiere salvarlo, su situación ocasiona que el monarca abdique. Pero no hay aún *revolución*. La crisis se acentúa por las corrompidas clases dominantes, que Blanco describe, implacable; y porque se hunde la economía con nefasta gerencia, y guerra: insufribles impuestos, baja de la moneda, y malestar social. Por paradoja, la incultura hace que impugnen la reforma, con los privilegiados, los oprimidos, para los que las cosas *tenían que ser así*.

Sevilla, sin controlar el comercio americano, seguía decayendo. Su nobleza más rancia solía vivir fuera, pero muchos nobles de menor rango imponían su mente clasista, muy sobre el pueblo. El clero mantenía su influjo económico y social, pero con la acefalía pastoral del XVIII: el joven cardenal arzobispo vivía en otra archidiócesis, acumulada: Toledo. Desde 1801 tendrá Sevilla su Arzobispo Co-Administrador, mas deja lo pastoral, rutinario e inmovilista, al Auxiliar, hechuras de Despuig. Dignidades y canónigos vivían con rentas en contraste no evangélico con carencias del llamado «bajo clero». Junto a tal cabildo, el de Capellanes Reales (Blanco lo es desde 1801) vivía, altivo, pasados esplendores. Aristocracia y alta burguesía anexan cargos clave; la Corte influye en la Ciudad con el Asistente. Seguiré dando, como marco, un amplio fresco de circunstancias.

Es mera cronología el paso del XVIII al XIX, pero al final de aquél vi simbólica su última noche: insomne, reflexiona: un mundo cae ante un Blanco en crisis. Le sorprendió la de su incredulidad; pero se ve venir. Lo difícil es ver cuándo se desencadena, y cuándo se consume. Intento esclarecer eso en Blanco. Lo mostré muy polifacético en el XVIII; en la incompleta pero intensa década del XIX hasta su exilio, superó mis previsiones.

En el primer Cabildo Catedral de 1801 hay datos sobre purificar habitaciones; y es público que el Lectoral es obispo electo de Cádiz. El 5 vuelve Blanco a la Sociedad Patriótica: sólo aparece en ocho actas de ese año, por las oposiciones. Dice que pronto perdió «toda aprensión de la epidemia» y que «la ciudad empezó a recobrar lentamente su aspecto». Como suele pasarle, sus lejanos recuerdos de este episodio son confusos. Ejemplo: dice que «al comienzo de la primavera / se hizo público el anuncio» de un concurso-oposición en Cádiz; pero he aquí hechos: la vacante se declaró el 30 de octubre de 1800, la 'relación de méritos' de Blanco por el Secretario de su Colegio es del 7 de febrero, no fue a Cádiz hasta el 8, y ya habían empezado. La causa principal de ir tan tarde sería la crónica escasez de dinero en casa. Las tías, que tenían sus rentas,

le ayudaron mucho para el viaje, que inició por el río, y, como *debía*, con un paje, Francisco Moscoso. Éste llevó las cuentas que guardó el prolijo Don Guillermo. Recibe licencia del Cabildo de Cádiz, *Sede Vacante*, para usar «por el tiempo que por esta vez permanezca», las licencias que renovó antes de cesar las de Rector: por ellas, aunque el impreso decía, sobre confesar, «exceptuando a las mujeres, en caso de no tener el susodicho los cuarenta años», la parte autógrafa incluye éstas, «y religiosos de ambas filiaciones». Además, se dieron, cosa no habitual en su edad, por seis años; en nombre de ‘Luis, Conde de Chinchón, Arzobispo de Sevilla’ (y de Toledo, y Cardenal; pero aún sin el impreso con estos títulos). Por brevedad, omito aquí esa nueva etapa en Cádiz; con los trámites, el Sermón de esas oposiciones y el de la Santa Cueva.

En la oposición fue elegido el luego célebre Magistral Cabrera, que había dado un premio para la Academia de Reinoso. Blanco, al haber «cumplido», recibe el usual título honorario de Examinador Sinodal. Volvió pronto. En la nota de gastos del viaje veo indicios de ese aparentar ‘de hidalgo’ al que está condenada su familia, como dos pares de zapatos, en poco más de un mes; más de la cuarta parte del total figura «para tabaco»: no consta que él fumara: tendría en su entorno fumadores y les traería eso de Cádiz, con buen surtido.

Sigo con otra de sus disculpables confusiones temporales:

Poco después de volver a Sevilla se produjo una vacante en la Capilla Real de San Fernando que había de ser cubierta por medio de un concurso público.

La vacante fue casi cinco meses antes; en enero se decidió cubrirla. El edicto se pondría en la Puerta del Perdón, en su Colegio, y en todas las Catedrales y Colegios Mayores, mucho antes de empezar lo de Cádiz. Le instarían a presentarse tras el resultado allí.

Noticia de entonces es la muerte de Fray Diego José de Cádiz, en Ronda. El célebre capuchino influyente conservador con fama

de santo, era, de honor, Dignidad de la Catedral y Veinticuatro del Cabildo Municipal: a la noticia de su muerte, la Giralda dobló todo el día; y la ciudad le tributó muchas honras. A alguna asistiría Blanco: Fr. Diego era amigo de la familia.

Blanco dijo que a su Colegio le parecía mal opositar a Capellán: opinó así un canónigo, hostil, con su Cabildo, al de esa Capilla; pero Arjona, también ex Colegial, Doctoral de la misma, aconsejó a favor. Los Capellanes Reales, aunque segundones respecto al encumbrado Cabildo Catedral, tenían parte, si bien mínima, en gobernar el área catedralicia, la mayor del mundo, y espléndida capilla renacentista en ella; y, mucho antes de ser labrada ésta, fundación regia y privilegios y rentas que daban un prestigio sólo superado entre el clero sevillano por el de las once Dignidades y los cuarenta Canónigos catedralicios. No por los veinte racioneros, otros tantos medio racioneros, más los veinte presbíteros auxiliares del canto coral llamados por ello veinteneros. Todos, con un centenar de ministros más, completaban el servicio de la Catedral de Sevilla. Ese Cabildo no dependía del otro, y sí los 160 inferiores citados y el clero de las varias parroquias que el Cabildo Catedral juzgaba suyas. Los Capellanes Reales ni siquiera consideraban que llegasen a su nivel los párrocos de las más ricas parroquias, ni los canónigos de las cuatro colegiadas de la diócesis; aunque era época de vacas flacas y había que aparentar con migajas de antigua grandeza. La situación del llamado «bajo clero» era en muchos casos precaria; y quedaba la extensa escala ínfima de los cada vez más numerosos pobres. La Capilla Real, que, como su nombre indica, dependía de los Reyes, tenía como finalidad el culto divino y custodiar el venerado cuerpo de San Fernando y los de algunas otras personas de sangre real. También guardaba reliquias de diversa procedencia, como, si se admite la tradición, las de San Leandro, el arzobispo hermano y antecesor de San Isidoro. Esa Capilla, junto a la Giralda, fue dedicada a la Virgen de los Reyes; su imagen y San Fernando propician las mejores ocasiones para que el pequeño Cabildo luzca su orgullo.

La plantilla de ese Cabildo era de doce capellanes nombrados por el rey; dos tenían los cargos de Doctoral (para asuntos jurídicos) y Magistral (adjunto en eso, y predicador de su Cabildo). Esos dos últimos cargos eran por oposición, con posterior aprobación regia. Arjona fue el primer Doctoral; Blanco, el segundo Magistral. Presidía el llamado Capellán Mayor. La plantilla solía estar incompleta: vacantes frecuentes y trámite largo.

Los capellanes elegían, entre ellos, el último cabildo de cada año, Mayordomo de Fábrica, encargado de obras, Apuntador de asistentes (importante: se repartían rentas de los ausentes); y un Secretario, que resume lo tratado, en actas: breves, comparadas con las del ocupado Cabildo Catedral. Hay que leer trasfondos: lo omitido, a veces se ve entre líneas. Además había al menos hasta una decena de colaboradores; y peritos *ad casum*.

El trato suele ser duro. Para negar gracia, bastaba un voto negativo, secreto. Episodios basados en injusticias, rutinas, y tensiones, ayudan a entender la crisis de Blanco. El puesto, vitalicio, con el tiempo llevaba a achaques; ausencias por uso de *reclés*, o días de descanso (casi 3 meses al año), y permisos, como el de residir en la Corte, o los de *patitur*.

Ese cabildo se ampara en sus Fueros: suele acudir a un inmovilista «véase lo escrito», mal conservado, aunque Arjona revisó su archivo. Claves para su orgulloso *status* son su origen regio y la protección de los reyes, más de ocho veces en los ocho años previos al exilio de Blanco. Además, con rentas y *sinicura* similares a canónjías de muchas catedrales; y casi al pie de la Giralda, logró que dos plazas, Doctoral y Magistral, fuesen por oposición.

Para ello, los Capellanes procuraban un buen escenario, con la Cátedra en que actuaría cada opositor, bancos para los contrincantes; y su Cabildo en pleno, que votaba los actos y el orden de aprobados para elevarlo al Rey. El trámite duró, para Blanco, casi ocho meses.

Eran esenciales las Pruebas de Sangre para tomar posesión; en Blanco bastó, claro, que su Colegio certificara las de éste. Otro

camino para *brillar*: relaciones sociales. Y, para terminar, el gasto en exequias, como el de Blanco en la próxima muerte de una hermana.

Vuelvo a la oposición. Nadie se presenta, y el plazo se prorroga; al día siguiente, Mármol recibe como Secretario capitular los méritos de Blanco: un doble folio por las cuatro caras, impreso para Cádiz. Bajo la firma del Secretario del Colegio, que los avaló, se certifica:

Este opositor exhibió ante mí documentos en que constaba haber hecho este año oposición a la Magistral de la Santa Iglesia de Cádiz. Cumplió exactamente y el Cabildo Sede Vacante le dio el título de Examinador Sinodal.

Sevilla, 18 de Abril de 1801.

Dr. D. Manuel María del Mármol,
Secretario Capitular.

El 24 deciden que el único aspirante, Blanco, empiece el 11 de mayo. Pero ha de haber interés en que se presenten otros: de hecho, quedará abierto el plazo hasta que comiencen los ejercicios. Se trató mucho de dos candidatos: se rechaza a uno graduado en el Colegio de Santo Tomás: no se reconocían sus grados; y se admite a Juan Bautista Morales, de la academia reinosiana, Doctor por Orihuela; con objeciones, pero con influjo en la Corte y apoyo del Capellán Mayor, «personaje de prodigiosas habilidades para la intriga».

Tras aplazamientos, es admitido Vacquèr, compañero de Blanco. Éste debe de verlo como un rival peligroso. De Morales narra, desdeñoso, intrigas que comentaré; pero lo de Vacquèr es un caso típico de los ataques retrospectivos de Blanco contra antiguos amigos.

Al día siguiente se dan los puntos. Me ciño a Blanco: entre las *Distinciones* que caen en suerte, elige la 19 del libro 1. De eso redacta cuatro tesis sobre el Misterio Trinitario; el cabildo manda

imprimirlas. Él, tras prepararlas durante 24 horas, las expone en público, y rebate a sus ‘contrincantes’. Se compara en eso con Vácquèr, despreciando a Morales:

Creo que conseguimos casi la misma puntuación /. El otro opositor era tan / inferior / que hubiera sido inútil intentar / comparación. Los capellanes habían solicitado la asistencia de algunos notables teólogos. / Creo que debí mi triunfo a su opinión.

En otros contextos, se muestra superior. Da los cortes para elegir el tema del sermón.

Añado el marco histórico: La invasión franco-española de Portugal lleva a la anecdótica Guerra de las Naranjas. Napoleón, ya Primer Cónsul, influye cada vez más en España. Tardó en decidirse, hasta ver que no podía enderezar la situación en Egipto. Godoy asume el mando del ejército español, invade Portugal y conquista Olivenza (hoy, el Gibraltar portugués): el ejército luso, viéndose aún peor preparado que el rival, opta por retiradas. La paz cuesta un choque con Napoleón; y Godoy se hace nombrar Generalísimo.

Para mejor acertar en mi despacho y exponer a V. M. lo que observe o crea más útil a su servicio, se me darán noticias / de cuanto se practique en la Secretaría de Guerra y tenga algo de singular, / conservándome yo la Dirección de la Armada; finalmente, que los Despachos militares en que V. M. pone su firma, serán refrendados por mí.

Eso explica que militares se vayan uniendo a los aristócratas en su rechazo a Godoy.

En el verano del 1801, el valido, presto a acercarse a los ingleses, se basaba en su fidelidad al rey y en su errada opinión del poder, entonces, de Napoleón. Éste, y su ministro de Asuntos Exteriores, Talleyrand, se vengán de España, en la negociación con

Inglaterra que lleva a la paz de Amiens (1802). Es clara la alarma de Godoy por su futuro, de reinar pronto el Príncipe de Asturias, que lo odiaba. Todo se verá aquí centrado en Blanco. Vuelvo a esas oposiciones.

Antes de exponer lo que dijo Blanco en su sermón para Magistral, cito sus palabras:

Quedaba la última prueba, el sermón. / Lista me sirvió de amanuense y le dicté / un discurso de una hora de duración. No intenté aprendérmelo de memoria, y palabra por palabra, pero lo leí tantas veces que lo tenía / delante de mi mente. Me tocó en suerte el capítulo quinto de los Hechos de los Apóstoles. / En España los sermones se suelen decir de memoria. / Hablé de corrido, sin vacilaciones, pero no estaba en mi poder convertir en un elaborado discurso una intervención preparada tan de prisa.

No tenía «madera de opositor», ni el tema fue el discurso de Gamaliel. Dicen las actas:

Las suertes que sacó Blanco para el sermón fueron: 1ª, San Marcos, cap. 13 y 14; 2ª, San Lucas, cap. 1 y 2. 3ª, San Lucas, [cap.] 18, 19 y 20.

Méndez Bejarano publicó un sermón de Blanco sobre el Cap. 13 de *San Marcos*. Fue ese: su extensión, como para una hora, es mucho más que la mayoría de sus sermones conservados; lo de Gamaliel es un subtema. Modernizo los textos.

El exordio se inicia, tras la cita latina y su traducción, con un «Señor Ilustrísimo», como en Cádiz, lo que confirma mi teoría. Cuando hable como Magistral al de su Capilla sólo dirá «Señor», salvo al editar el de San Fernando. Presenta una idea que va a obsesionarle:

El error ha sido / la gran enfermedad del Mundo y / los
hombres / huyen de su remedio / . Dios, que amó al mundo
/ no pretendió / sino que conociese la verdad. / A esto vino
Jesucristo, / a quien ellos no quisieron comprender.

Cita eso en latín (Jn., 1, 11), lo amplía; concluye que Cristo, tras insistir en desengañar al Mundo, le anuncia el postrer desengaño. Presenta narración, introducción y tres partes:

Ante la admiración de sus discípulos por el Templo, Cristo dice que todo eso será destruido, y responde a lo que Blanco, citando textos paralelos, ve como triple pregunta: cuándo será eso; los signos de tu venida; y el fin del mundo. Elude dificultades exegéticas.

Jesucristo / no quería manifestar / designios de su Padre; /
da las señales / de / estos acontecimientos, pero no / de
modo que se puedan / discernir unos de otros.

Luego glosa con habilidad esas señales, para volver a su tema inicial en sus reflexiones, que son lo específico de su sermón. Dice:

Sin violencia los veinte primeros versículos del capítulo se pueden entender como anuncios de la destrucción del templo: entre ellas / las primeras persecuciones de los cristianos. / Hasta el fin del capítulo se habla claramente del último día.

La Primera Parte explica la especial Providencia sobre el pueblo hebreo porque de éste saldría el Mesías. Pone el deicidio como motivo de la ruina de Jerusalén, y la narra.

La Segunda alude, con erudición, a las persecuciones primeras, que justifica porque el discípulo no es más que el Maestro. Aporta la actuación de Gamaliel en el Sanedrín, que Blanco creyó luego el tema: el «si vero ex Deo est» era sólo un punto de una parte.

La Tercera justifica el Juicio Final con retórica pesada para el gusto moderno: eran reglas del juego; y su nivel, sobre el de tantos sermones de su época. Acaba con canto a la alegría cristiana por el premio final (contraste con su próximo hastío).

Omito culpas precedentes de Vacquèr; pero no el susto que le generó esta trampa:

Mi sorpresa fue mayúscula / cuando escuché el sermón de V[acquèr] que fue de gran mérito. / Hubiera gozado de un injusto triunfo de no ser por uno de los asistentes / que, / se acordó de que / se encontraba / en una traducción española de Bourdaloue. / Se dirigió / a un miembro de mi Colegio. / Al día siguiente, / la ciudad entera sabía lo que había pasado.

Lo que Blanco cuenta de intrigas es verosímil, aun errando en los votantes: no eran diez:

después de una larga / deliberación / se determinó / proponer en primer lugar al Licenciado Don José María Blanco con seis votos, y al Doctor Don Juan Bautista Morales, con dos, y en segundo lugar al Dr. Don Eduardo Vacquèr con seis, y con dos al dicho doctor don Juan Bautista Morales.

Propuse esta explicación: seis capellanes votan a Blanco, y en segundo lugar, no a Morales, que, por lo que dice Blanco, fue «consensuado» para ese puesto, sino a Vacquèr, ya no rival peligroso: excluyen a Morales, por quien presionaron Arribas y el Capellán Mayor, que lo votan para primero; y, como el voto es secreto, ¡también para segundo!

La propuesta se envió al rey; luego, está el verano. Reinoso gana, en oposición ante el Cabildo Catedral, el curato de Santa Cruz, para el que debe ser ordenado sacerdote *intra annum*: por falta de congrua, sólo era tonsurado, y desde los 16 años; y, con

Blanco, es testigo en la boda, que celebra Arjona, de un amigo y coacadémico de Letras Humanas: Castro. Vuelvo al tema de la oposición: según una carta de agosto al padre, el nombramiento regio para el hijo parece inminente. El 15 de agosto, el rey, en La Granja, firma el título del Magistral Blanco. La fecha, festiva, está buscada: en Sevilla es la Virgen de los Reyes, cuya imagen preside la Capilla Real. El escribano pone al rey en primera persona, con el tradicional inicio: «Don Carlos, por la gracia de Dios...», y más de 30 de sus títulos. Continúa:

Por cuanto Yo soy Patrono de la Capilla que el Señor Rey San Fernando fundó en la Mezquita que tenían los moros en aquella ciudad, donde ahora está la Iglesia Catedral / me propuso el Cabildo los sujetos que estimó más beneméritos. / Usando de mi real derecho y atendiendo al mérito y buenas prendas de Don José María Blanco y Crespo, le hago merced de la citada Capellanía Magistral.

Tras compleja burocracia: sobre impuestos, etc., vienen el tradicional «Yo el Rey», y su rúbrica. Su Secretario indica: «lo hice escribir por su mano». Luego, trámites...

El 25 de agosto debe de constar ya en Sevilla tal nombramiento: ese día firma Blanco un poder con datos personales en los que ya consta su nuevo cargo:

Séparse cómo yo D. Josef María Blanco y Crespo, Pbro., Colegial que he sido del Mayor de Santa María de Jesús, / Magistral de la Capilla Real...

Es para que sus padres puedan testar a su nombre, costumbre pía de prever sufragios.

Quedaban requisitos. Las Pruebas de Sangre de Blanco eran inobjectables: su Colegio, según era notorio, las hacía con rigor modélico; si lo fuese excluir a quien, por ejemplo, tuviera un abue-

lo guanche. El Cabildo, las aprobó, *nemine discrepante*, por votos secretos. Reglado lo económico, el viernes 11 de septiembre pone en el acta Mármol, Secretario:

Habiendo hecho el juramento acostumbrado el electo Magistral, le dio la posesión el Sr. / Arrayás como Diputado del Cabildo, siendo testigos los Sres. Trenado y Medina.

Es un triunfo en Sevilla para Blanco; sus padres quedan muy orgullosos de que su hijo sea Magistral de institución tan estimada, y junto a su casa. Se va a vivir con ellos, «lo que los llenó de alegría». Pero no estaba hecho para las mezquindades que verá entre capitulares.

Asistiría a más honras fúnebres por Fr. Diego José de Cádiz, y al funeral catedralicio por el canónigo Vargas, ex Rector de la Universidad.

En las *Crónicas sevillanas* de González de León hay un impreso sobre una Misión popular de la Hermandad de la Coronación. Blanco predicó en Omnium Sanctorum, parroquia en la calle Feria. En la Universidad de Princeton hay un manuscrito de Blanco: «Apuntaciones para un sermón de Misión preparando a la Comunión dispuesto para finalizarla». Ese resumen parece hecho por quien no sabe de prácticas católicas; no juzgo clave que indique otro año: yerra otras veces. Se identifica tal sermón al cotejar ese título con el que da el citado cronista:

Sobre la disposición de un pecador arrepentido para llegar a la Comunión, y efectos que debe obrar en él la Santa Eucaristía.

Son apuntes poco elaborados, sobre todo al final: prisas de última hora. No es lo que dice el Catálogo, «dispuesto [el sermón] para finalizarla [la comunión]». Leo: «dispuestas para finalizarlas» [las 'Apuntaciones']. Empieza, con cita bíblica que resumo:

Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre / no tendréis vida (Jn, 6. 54 y s).

El exordio compara los beneficios de Dios a Israel con los hechos a los cristianos; alude a la parábola de la viña: «¿Qué más debí hacer por vosotros?», y también al episodio del centurión a cuya frase se alude antes de comulgar. El plan del sermón es mostrar: a los enredados en pecado, que así van a la perdición; a los arrepentidos que desean comulgar, la disposición para ello; a los que ya lo han hecho en gracia, los frutos de la Comunión.

La Primera Parte empieza:

San Agustín se admiraba de que hubiese sido menester imponer / el precepto de amar a Dios; porque / bastaba con ser sensible para amarlo. Mas no es menos de admirar que / sea menester obligar / a este / Sacramento.

Argumenta cómo para los cristianos primitivos era terrible dejarlos fuera de la comunión; y cita la admiración de San Ambrosio sobre el precepto *anual* del «pan cotidiano».

¡Cuántas murmuraciones / cuando llega / verse obligados a la comunión! / Dicen «¿A qué obligar?» / Si eres cristiano, vive como tal, si no, sal de la Iglesia.

La Segunda Parte añade la amenaza paulina al que, en contexto de Comunión, «come y bebe indignamente». Para evitarlo cita lo del apóstol: «el hombre se pruebe a sí mismo».

La Tercera Parte tiene como subtema: la Eucaristía mantiene la vida del alma por unión con Cristo (las dos últimas páginas son esbozos).

Abundé en eso como muestra de un Blanco irrepetido en España: predicador popular. Blanco asiste a 8 de los 10 cabildos que quedaban de 1801. Con su timidez, no aparece por entonces

en acta. Abundan temas de índole económica, como sospecha de fraude en diezmos de La Algaba; en un cabildo, Arjona, que se presentará a Penitenciario de Córdoba, pide, mediante Mármol, recomendación para el Obispo, Deán y Cabildo de allí: era algo usual, sin rebozos. Gana esa canonjía y deja Sevilla, a la que vuelve a veces: aunque Blanco vaya otras a Córdoba para consultarle, pasará sin sus consejos.

Blanco reaparece en actas de la Sociedad Económica; se insertan en ésta y otras entidades, los de la Academia de Reinoso, desintegrada en oscura agonía; quince, en la de Buenas Letras: ese 1801 ingresa Blanco, que presentó allí unas «Reflexiones sobre la Belleza Universal».

He aludido al final de la Academia de Letras Humanas por dedicarse muchos de ellos a actividades de madurez, como el mismo Blanco. Su gran amigo Lista dirá de ese final:

Murió [...] como cae la flor, dejando el fruto que le sobrevive. / El mismo espíritu que había animado a sus individuos, el mismo amor a la bella literatura, los siguió y acompañó / a donde la suerte y las revoluciones del siglo los arrojaron.

Oscurecido final, considerable como preludio al de la crisis religiosa de Blanco.

2.2. 1802: CRECE EL DEBATE INTERNO DE BLANCO ANTE SU FE

Es difícil fechar la gran crisis que sufrió Blanco a inicios del XIX. Al historiarla dije: «Lo difícil es concretar, en primer lugar cuándo se desencadenó ese proceso, y en segundo lugar, cuándo se consumó tal crisis».

Blanco alude varias veces a ambas cosas, pero de modo confuso, si no contradictorio. Comentaré textos suyos sobre eso, todos escritos al menos quince años tras esos hechos; alguno, treinta. Subrayo datos temporales. Al final de su *Carta 3ª*, dice:

Voy / a concluir / contando el origen y el proceso del cambio total que se operó en mí después de poco más de un año de / la ordenación sacerdotal.

Como ésta fue al fin de 1799, parece aludir a 1801; pero mezcla ahí 'origen' y 'proceso de cambio total': lo segundo supone tiempo de evolución: no destaco nada de esto en 1801.

En un texto paralelo parece anticipar como un prólogo de esa crisis:

Había pasado ya casi un año llevando una vida que el católico más estricto no dejaría de considerar absolutamente ejemplar, cuando empecé a sentir / un profundo tedio. / Súbitamente, la vida se me hizo una carga imposible de llevar.

Como el contexto apunta a la ordenación sacerdotal, parece como si indicara el inicio del proceso a finales de 1800 y le pusiera un cercano y brusco fin con ese 'súbitamente' que anuncia algo muy negativo. Pero el comienzo de la crisis tardó más de un año más:

La crisis estaba a la puerta, y no había nada que pudiera impedirlo. Sucedió entonces que llegó / la Brigada de Carabineros. / Su Patrono / era San Fernando, cuyo Cuerpo se conserva en la Capilla Real bajo el cuidado de su Cabildo / en el que poco antes había conseguido yo, por oposición, la dignidad de Magistral o predicador.

Para ese 'poco antes' hay una fecha: 11 de septiembre de 1801, toma de posesión de su Magistralía. La llegada a Sevilla de la

Brigada de Carabineros; según él, fue ‘poco después’; pero tras el 27 de marzo de 1802, fecha de la Paz de Amiens; motivo de esa venida. Por el contexto que sigue, esos militares quisieron una misa ante su patrón; como Blanco era el predicador oficial de la capilla, le encargaron el sermón, que fue el 13 de julio de 1802. El ‘poco después’ pone el comienzo de su crisis de fe; otra cosa es el de su angustia existencial, con la que la confunde. Otra confusión suya es sobre el tema de tal sermón, al evocarlo tarde:

Le di una vuelta completa a lo que pretendía ser un panegírico en honor de San Fernando y lo convertí en un ataque contra la incredulidad de los filósofos de la época. / Yo estaba al borde de aquel mismo precipicio. / Me adhería con todas mis fuerzas a las creencias que estaba a punto de perder.

Aunque parezca, por eso, que en ese sermón está casi al final del proceso, mezcla el panegírico de San Fernando, por breve alusión a filósofos anticristianos de entonces, como ‘impíos’, y otro, posterior casi ocho meses según mi tesis, único suyo conocido contra la incredulidad. Y lo que llama ‘caída en el precipicio’ (escribe para creyentes), lo pongo en 1804. Propongo hitos en esa evolución:

- 1º: hacia inicios de 1801, su fervor se había ido enfriando.
- 2º: julio de 1802: Sermón de San Fernando, y contactos tras éste.
- 3º: noviembre de 1802: muere joven, en clausura, su hermana Teresa María, monja.
- 4º: marzo de 1803, según argumentaré: Sermón de la Incredulidad.
- 5º: julio de 1803: la única hermana que le queda se hace monja.
- 6º: julio de 1804: profesión solemne de ésta. Blanco se hunde.

Sus lecturas cambiaron a final del XVIII, como su fervor; pero de por entonces, dijo:

Tenía siempre en mis manos los mejores escritores ascéticos de la Iglesia de Roma. Estudié los Padres y tenía también la Sagrada Escritura entre mis libros.

Esto no puede negarse para el poco más de un año que quedaba desde recibir el sacerdocio hasta el siglo XIX, pero hay que concluir que tales piadosas lecturas decrecieron luego; y distinguir una crisis existencial, y una crisis de fe; ésta, en su caso, es un efecto de los factores que originan la primera, que insinúa como *taedium vitae*. Destaco como causas confluyentes el peso cada vez mayor de un celibato que él vivía como impuesto sin base en la revelación, y que nunca deseó; el del breviario, agravado por el rezo coral rutinario en su Capilla; el desengaño ante lo que ve allí y en gran parte del clero, etc. Deprimido al perder su fervor, busca libros apologéticos que apoyen sus creencias; luego, otros que confirmen su progresiva falta de fe: llega a un ateísmo práctico hacia junio de 1804. Dice de su primera búsqueda:

Traté de fortalecer mi fe leyendo a Bergier y a los apologistas franceses, pero / las pruebas del cristianismo los llevan a los más notorios absurdos.

Chateaubriand / , al comprometer los sentimientos y la fantasía en defensa de su fe / apuntaló mi fe durante algún tiempo.

Un texto paralelo completa esas pistas de sus lecturas en tal etapa:

La mayor parte de la apologética que había leído era oratoria o sentimental, como, por ejemplo, *Le genie du Christianisme*.

De sus escritos autobiográficos no era esperable más: pasa como de puntillas ante esa etapa. Méndez Bejarano publica un sermón de esta época de Blanco: «Homilía / para / Sexagésima del año de 1802 predicada en S. Felipe Neri».

La Sexagésima era, hasta la reforma litúrgica del Vaticano II, la dominica dos semanas antes de la primera de Cuaresma (Quadragesima): diez días antes del Miércoles de Ceniza.

El sermón es sobre la parábola del sembrador. Cita en el latín usual entonces en la misa.

Y otro poco cayó sobre piedra, y nacido, se secó porque no tenía humedad. / Diciendo esto, clamaba: Quien tenga oídos para oír, escuche (Lc. 8, 6 y 8).

En la parte retórica llamada narración, traduce la parábola, con alguna glosa. Pero lo que la edición citada, única aún, llama homilía, es 'plática' [instrucción religiosa, *práctica*: busca el tono de 'charla' (dejó en Hispanoamérica el verbo 'platicar', aquí en desuso)].

Como 'plática' se titula en Princeton, y así la veo. La extensión confirma eso: son sólo 9 páginas, frente a las 17 del *Sermón de San Fernando* en esa edición. Aquel contenido no supone la preparación para éste del que confesó «tres o cuatro semanas de trabajo».

Salvo al final, sólo habla de las partes negativas de la parábola. Antes de glosar cómo la comenta Cristo a los discípulos, Blanco explica la distinción entre «vosotros / los demás». Simplifica: 'los demás' son los judíos; y 'vosotros', no sólo esos discípulos [¡judíos!], sino quienes se llamarán cristianos. Del pueblo judío dice que Cristo

empieza a retirar sus luces para / que viendo, no verían y oyendo no entenderían. / Mas / a los cristianos, / los Misterios del Reino de Dios se les anuncian sin sombras. / ¿Qué será de los cristianos si no desprecian menos los dones del Cielo?

Al glosar la explicación de Cristo sobre los obstáculos para que la semilla dé fruto, insiste en otra parábola: la de los dos hijos llamados a la viña: quien se niega, irá; quien acepta, no va.

La sentencia pronunciada contra los judíos, a quienes significaba el hijo hipócrita / se cumple / en todos aquellos que copian esta conducta / . Más esperanza de eterna salvación hay para los pecadores conocidos que para estos engañosos penitentes.

Cita a San Pedro, al hablar a los que llama «engañosos penitentes»:

Mejor fuera que aún / os hallarais en las tinieblas primeras de que salisteis que no ser reos de tantas infidelidades a la gracia.

Sin desarrollar la visión positiva («otra semilla cayó en tierra buena»), sigue:

Ahora, pues, que el Señor os llama de nuevo no obstante vuestras ingratitudes, oíd su voz amorosa, recoged en vuestros corazones la divina semilla y regadla con lágrimas de penitencia, / que / deis frutos abundantes para la vida eterna. Así sea.

He insistido en ese desarrollo porque no hay ahí indicio de crisis. Libros prohibidos, ya los leía en el XVIII. Su cita de la *Profesión de fe del vicario saboyano*, junto al contexto de «llegó a Sevilla la Brigada de Carabineros» pone eso hacia 1802. En esa crisis, lo que le mueve a tales lecturas no es tanto su ansia de saber, sino la inquietud ante dudas de fe. No consta que por sus cargos de Rector y de Magistral tuviera licencia de leer libros prohibidos: la que hay en Princeton es de 1803. Muchos libros a los que alude estaban en

el *Índice* como «prohibidos incluso para los que tienen licencia de leer Libros prohibidos». El secreto en eso por peligro inquisitorial: dificulta concretar lo que calla. Y de lo aludido hay, por tanto, pocos ejemplares.

Repaso otros motivos de lo que he llamado 'crisis': del celibato, me remito a lo que historié sobre su resistencia a vincularse a él. Del breviario, igual que lo negué, como carga «desde los catorce», rechazo ahora su límite «hasta los veintisiete». Hasta que emigra con 35 años, sus constancias en cabildo superan, aunque poco, el 50 %. Es verosímil, aunque sólo hubiera motivo económico, que su asistencia al rezo coral fue similar; queda la estancia en Madrid, y omitir el rezo privado, o no coral. En 1802 va a su Capilla, salvo una etapa que justifica. Siguen temas mezquinos, como echar al Administrador de Écija.

El Martes Santo hay Cabildos de Venia. En el de Blanco, el Capellán Mayor, con mucho de que pedir perdón, y sin ninguna gana de hacerlo, exhorta a todos a perdonarse:

y enseguida fue cada uno pidiendo perdón y perdonando.

El Jueves Santo de aquel 1802, Blanco predica otro sermón «en San Felipe», sin pista de crisis. El original está en Princeton. Empieza citando el evangelio del día:

Sabiendo Jesús que se llegaba la hora de pasar de este Mundo a su Padre, habiendo amado a los suyos / los amó hasta el fin. [Cita Jn, 13: omite «v. 1»].

Dice que en ese día, para un pueblo «verdaderamente cristiano»,

pocas palabras, / tendrían la fuerza de las palabras más poderosas.

Añade que bastarían las que acababan de oírse. Pensaría que sus oyentes no eran lo «verdaderamente cristianos» para que les bastaran «pocas palabras». Escribió 18 páginas.

Acaba el exordio con la tradicional oración que concluye rezando el *Ave María*:

No mires, Señor, mi indignidad; mira el sagrado carácter con que me has adornado. / Unid, fieles, vuestras oraciones a las mías pidiendo esta gracia por la mediación de la Madre del amor santo. Ave María.

El sermón presenta una idea prerromántica:

Se quejan los hombres de la debilidad de su entendimiento cuando se trata de los misterios de la religión. / Antes debieran quejarse de la pequeñez de su corazón. / Sería indigno del Ser supremo que / pudiesen escudriñar los arcanos de su sabiduría. Pero / un camino para conocer / sus beneficios / es el del corazón.

Blanco no está a gusto en el desarrollo, en su crisis. Hay en eso mucho de retórica:

Si la perfección del amor es / dar la vida por el amigo, no sé cómo llamar al exceso de entregarse a la muerte por un amigo ingrato. / Es poco para este amor dar la vida. / Su amor prepara en el Sacramento de su cuerpo y sangre el medio de ofrecerse hasta el fin del mundo por ellos / repitiendo / el mismo que ofreció en la Cruz.

En esa línea teológica, supera los tres cuartos de hora. Y eso, más otros oficios litúrgicos del día, y procesiones de la Semana Santa sevillana. Paso a la exhortación final:

Al celebrar con él esta pascua /, no seáis más tibios en aperecer aquella / en el Reino de su Padre. / En él nos una a todos por los siglos eternos. Amén.

Vuelvo al marco histórico: la paz de Amiens, ocasión del sermón de San Fernando, salvó de momento a Godoy, vuelto al cada vez más fuerte Primer Cónsul. Pero, dice La Parra:

Al pretender Godoy hacer valer su posición / tenía que chocar con Napoleón / cada vez más decidido a una política de carácter ofensivo en Europa. / Y como es lógico, la parte con menos fuerza militar fue / la más perjudicada.

Otro frente de oposición a Godoy, el partido fernandino, se agrupa en torno al Príncipe de Asturias. Lo reforzará la primera boda de éste, con una hija de la Reina de Nápoles. Ésta odiaba a la familia de Carlos IV; y sacrifica a la hija para influir en España.

En el Cabildo de Blanco, julio comienza con «cuestiones litúrgicas»: se decide... no incensar iniciado el Prefacio. Y sólo cuatro días ante del famoso sermón, un secretario accidental pone por primera vez el nombre de Blanco entre los asistentes, en vez de sólo 'Magistral'.

De ese sermón hay dos manuscritos: de Princeton, el sermón como fue predicado; y de la Biblioteca Capitular y Colombina de Sevilla: la edición que Blanco preparó. El primero se editó por Méndez Bejarano, y por Llorens. El segundo, en edición de 1804; hoy rarísima. Sigo ésta, cotejándola con los manuscritos citados. Eso permite ver las variantes de Blanco al editar. Tengo en cuenta cuatro autobiografismos sobre el tema, de 16 a 30 años posteriores. Confundir tema y sermones se da ya en la primera cita. Paso al sermón. El prólogo a la edición de 1804 es de Mármol, según indica éste en un acta:

Se leyó y aprobó el prospecto o introducción que formó el infrascrito para acompañar al Sermón del Sr. Magistral cuando salga impreso.

Se escoge como lema un fragmento del *Eclesiástico*: 46 [6 y 8] que habla de Josué. Se aplica a San Fernando: uso no anormal. Traduce:

Invocó al Todopoderoso para vencer / y lo escuchó el Dios Santo y grande: para que conozcan los Pueblos su poder y sepan que guerrear contra Dios es imposible.

Ya eso indica que va a tratar, no de la incredulidad, sino de las hazañas guerreras del santo conquistador; aunque desde el punto de vista religioso. Presenta un tono oratorio elevado. No en vano se había preparado, como dijo, con «tres o cuatro semanas».

Las grandes acciones de los héroes / conservan sobre nuestro corazón tanto imperio como tuvieron sobre la admiración de nuestros antepasados.

Tras el exordio, cuyo final describe una batalla, en la que aludía a la sangre (no en la edición), se dirige a sus oyentes: éstos, en las versiones citadas, son «ilustres soldados», pero la edición príncipe pone ‘esclarecidos’ por ‘ilustres’, por anticipar una referencia al Cabildo, al que, al habitual vocativo, «Señor», añade el adjetivo «ilustrísimo», aunque en los demás sermones de Blanco en presencia de ese Cabildo, siendo ya su Magistral, se dirija a él sólo como «Señor». Por brevedad, omito más cambios en la edición príncipe.

En otro lugar debiera temer que mis palabras fuesen indignas de mi asunto: en éste me parecen inútiles, / si pudiera imaginar / un elogio profano. Búsquese en otro sitio el elo-

gio del sabio / , pronuncien otros labios las alabanzas del guerrero / , ensalcen otras voces al ilustrado conquistador. / Mis / voces sólo pueden resonar al Santo.

La plegaria a la Virgen, cuya imagen presente tiene tanta relación con San Fernando, indica eso. Luego, expone las dos partes del sermón en sí.

La primera pone a Fernando como instrumento de Dios para librar a España del Islam:

Se ha de mirar el mundo desde el Trono del Todopoderoso. Yo soy, dice el Señor, el que formé la tierra; / tengo [el] dominio sobre ella. / Dios es el solo que / ensaya sus manos a manejar la espada, quien ensancha los términos de sus dominios.

Expone una síntesis providencialista de lo que precedió al rey:

En vano un hijo mayor de Alfonso 9º [sic] de León, padre de Fernando, se le había antepuesto /. En vano tres hijos de su abuelo materno / . El Cielo / guardaba entrambos cetros a / Fernando. Ni es más oscura su Providencia en haberle dado por madre y por maestra a la prudente y virtuosa Berenguela. / Desciende al sepulcro, oh Alonso de Castilla, no eres tú el que ha escogido el Señor para libertar el Reino. Nec hunc elegit Dominus. Y tú, tierno sucesor de la corona, débil Enrique, / . El golpe que ha de cortar tu carrera baja y sobre ti. El Señor no te ha escogido.

Renuncia a describir la continuación de ésta, «gloriosa carrera»: se para en la santidad del rey. Tras enumerar sus virtuosas hazañas dice que la religión rinde a su recuerdo «los corazones de los hombres». Se nota un elaborado cambio al final de la primera parte:

Venid, guerreros, venid, conquistadores; admiraréis una gloria a que jamás pudisteis aspirar. Vencer sin injuria, rendir sin crueldad, conquistar sin agravio, triunfar sin humillar a los demás hombres sólo puede hacerlo un héroe religioso.

En la segunda parte, sigue la apologética, lo que le causaría su mezcla de recuerdos con su sermón sobre la incredulidad. Conviene citar aquél su comienzo:

¡Con qué desdén orgulloso me escucharían en este momento los vanos filósofos del siglo! / La impiedad, Señores, camina siempre reunida con la mala fe o con la ignorancia. / La religión cristiana enseña a posponer la vida a la verdad, a tenerla en nada respecto del deber, a no temer todo el poder del mundo declarado por la injusticia y a temer sólo a Aquél cuya voluntad es la regla eterna de la virtud.

Acaso, señores, el nombre de Fernando yacería sepultado en el olvido si la Religión Santa no hubiera guiado / acciones tan arriesgadas.

Este subtema del sermón, defender la religiosidad como clave de la grandeza del santo rey, sólo ocupa, y sin dejar el tema central de la santidad de Fernando III, 9 páginas de 39.

Señalo dos fallos básicos en su retoricismo: en lo apologético es muy débil; lo sería su preparación en eso; y lo era la de sus coetáneos: más que probar, intenta defenderse con ataques que no admitirá poco más tarde: llega a insultos contra la mentalidad hacia la que camina. Y el único apologeta que cita es Tertuliano. De éste, el Padre Llorca, nada anticristiano, dice que «se defiende atacando», «es sumamente fogoso y un tanto apasionado en su elocuencia», cayó en la herejía montanista, e insistió en un principio de ella: la prohibición de huir en las persecuciones. Según eso, los cristianos «debían estar siempre dispuestos al martirio, y aun

buscarlo». Lo correcto hubiera sido otro enfoque, como: la fe debe tener perpetua disponibilidad para el martirio, si este no puede evitarse por un medio moral. El final elogia la historia de la Brigada.

Aunque pudiera encontrar entre vosotros / el influjo de esta Religión / no puedo apartar mis ojos del héroe a quien / agradecen sus trofeos.

Penden de estos muros los estandartes que dirigieron su valor en las más gloriosas campañas / para dar un testimonio de que Fernando su protector vencía por ellos.

Acaba con alusión al patronato real de la Capilla. Hoy él borraría:

Empuña su cetro un hijo suyo. / Lleva su nombre / el Príncipe que es la dulce esperanza de estar lejano el fin de nuestras dichas.

Tras ese sermón, Blanco no consta dos meses en acta. Cuenta:

No se considerará extraño que mis vacilantes ideas religiosas / , poca resistencia podían oponer a las / consecuencias de la fama que me procuró el sermón, magnificada por la vanidad propia de un joven inexperto, como yo era.

Explicita algunas «inevitables consecuencias»: y aparece la cuarta mujer entre las que, en ese sentido, alude, muy pudibundo en el tema:

Después de la fiesta algunos oficiales de la brigada buscaron mi amistad, especialmente uno que estaba casado con una joven muy amable y agraciada.

En los comienzos tiene más tiempo de cumplir su «decisión» de verse «con más frecuencia» con el oficial y su esposa, amable, amante de la música y los libros, y que recibe una tertulia.

Él tiene esos gustos. Pero el problema ahora no es de amoríos. Está en juego su fe.

Allí me hice amigo de un sacerdote del alto clero, hombre muy culto / , incrédulo en secreto. Él me presentó a otro dignatario eclesiástico, / que durante varios años había desempeñado un cargo de gran importancia en la diócesis pero que entonces vivía retirado. / Descubrí que también era / anticristiano. Nunca hubiera llegado a conocer las / ideas de mis nuevos amigos de no ser porque el cambio que se estaba obrando en mi espíritu les mostró que podían confiarme sus secretos.

Le ofrecieron su biblioteca secreta con muchos libros prohibidos: eso aclara su eclipse.

Me dediqué incansablemente a este tipo de lecturas. / Entre los libros que ocultábamos estaba *Le Systéme de la Nature*, obra decididamente atea. / En este periodo / se fraguó / lo que los / acontecimientos no hicieron más que desarrollar.

Tras explicar que su carácter le hubiera impedido fingir siempre, como otros, habla de «un período de casi tres años» en esta situación, durante los cuales no dejó de «hacer muchas cosas en Sevilla». A primeros de agosto, Sevilla vive un hecho inusual: ejecución en ‘garrote noble’ de un hidalgo que mató en 1800 al anciano Hermano Mayor de la Santa Caridad. Los parientes del reo pagaron exornos de luto para el cadalso y solemnes exequias. Pongo esto por mostrar el ambiente de Blanco: altivez hidalga.

Debió de ir a Córdoba, a consultar su crisis con su amigo Arjona. Hay cuatro documentos en Princeton con igual fecha: 29

de agosto. Son sus licencias en aquella Diócesis: para oír confesiones, decir misa y predicar; y un título de Examinador. Se ve el influjo Arjona, amigo del Obispo, Don Agustín de Ayestarán. Éste había sido Auxiliar de Sevilla; confirió a Blanco la tonsura y las cuatro Menores. Entre esa mitra y la Capilla de Blanco hay un oscuro y largo pleito: intervienen Arjona, Blanco, en comisión de su Cabildo; ese Obispo; su sucesor, etc.

Al reaparecer Blanco en su Cabildo, la Capilla está tan mal de fondos que se piensa en vender vales reales, muy depreciados, para pagar ese mes a los ministros auxiliares. En octubre se habla de impuestos; *reclés* de ministros (por la 'ley del embudo', nunca dos a un tiempo); vales reales; granos de La Algaba; etc. El 19 de noviembre (revisaré esa fecha) ponen los pocos biógrafos de Blanco la muerte, en Las Dueñas, de su hermana Teresa María. Allí desde muy niña por achaques de la madre; la educó una tía monja: con 15 tomó el hábito tras pedirlo el padre y aprobarlo la Curia. La entierran allí. Blanco evoca:

La salud de mi hermana / monja profesa, había estado
declinando rápidamente como consecuencia / de la vida /
enclaustrada. / La pude ver en su lecho de muerte / y el
recuerdo / todavía hace acudir lágrimas a mis ojos. / Me
despedí de ella ahogado por sentimientos que a duras penas
podía contener, y en su bellos ojos apareció una lágrima
cuando me dirigió su última sonrisa.

Sufragó las exequias con generosidad hidalga: aparentar hasta eso. En Princeton consta:

1802: Distribución de los Rv^{on} 1000 que mi hijo Joseph María / dio p^a el Entierro de su hermana Teresa M^a / [,] Religiosa en el Convento de las Dueñas [,] que murió en 19 Noviembr^{te} del año de 1802.

En la cuenta, iniciada con esa fecha, se dice: «murió oy [sic] día 19 de Noviembre»; pero el primer importe es del 13 de noviembre: pago a «la Abadesa del Convento de las Dueñas», por «importe del Entierro / honras y misas = rv^{on} 621.17» [reales y maravedís].

Que eso último es seis días antes de la fecha indicada para la muerte, y que esos gastos no suelen cobrarse con adelanto, es claro: hay un recibí, con esos datos. Como los apuntes del padre en la cuenta se extienden hasta 1813, juzgo que ese año escribió la nota que se conserva; y que, casi 11 años tras los hechos, Don Guillermo, con la entonces larga edad de 68 años, creyó día del óbito el del escrito sobre tal donación. Además, otro documento de Princeton confirma la fecha del 13, como más tardía, para el entierro. Quizás la muerte fuera el 12. Destaco gastos, por subrayar la altivez hidalga: «12 acompañantes, 4 sochantres, 4 capellanes, 3 sacristanes»; para el entierro; y las «onrras» [sic], e indica que «son el 14 de que corre». La abadesa firma el total de 621 ½ reales.

Pagado p^r el S^{or} Dⁿ Guillermo Blanco lo q. importa esta Cuenta [,] y por tal lo firmo ôi [sic] 13 de Noviembre de 1802. Gertrudis d^e Castilla, Abb^a.

Hay, pues, que adelantar esa muerte, seis días; o más. Se acelera la crisis de Blanco. Éste, tras comisión, informa en cabildo. Antes oyó algo relativo a su *oficio*: que los salmos se cantaran «más pausados». En el último cabildo del año lo eligen Apuntador para 1803.

2.3. 1803: BLANCO SIGUE SUFRIENDO SU GRAN CRISIS RELIGIOSA

Blanco confiesa «gran sufrimiento» por ejercer su sacerdocio mientras su mal formada fe se iba hundiendo en las circunstancias

que expuse. Explicita poco, por intimismo, pero es consciente de todo. Dice, al aludir a esos años de crisis, y a propósito de su salud:

La clara conciencia del peligro / y la certeza / de no poder acabar con los sufrimientos / me urgían a / irme de mi ciudad. / Estoy pasando muy a la ligera sobre un periodo de casi tres años durante los cuales no dejé de hacer muchas cosas.

Es un periodo complejo, más amplio de lo que indica: lo que historio se caracteriza por faltar datos de él, los primeros meses de 1803; sólo actas de su Cabildo, y dos sermones datables ese año. Lo capitular incide en su crisis de fe: se insta en lo económico.

En Francia, el Primer Cónsul intriga para ser nombrado vitalicio, y llegar al Imperio. Esto lo logrará al año siguiente, quizás por reanudarse, a fines de mayo de este 1803, las hostilidades entre Francia e Inglaterra. Godoy combatió la idea de un subsidio a los franceses: según él, sería un tributo 'feudal'. Francia buscó «destroñar» a Godoy. Pero Carlos IV lo apoyó. El tratado de subsidios se firmó a gusto de Talleyrand, sin las condiciones iniciales; pero Godoy se ve en España consolidado; un decreto le autoriza a fundar dos mayorazgos.

En el listado de Princeton sobre Blanco aparece un «Sermón para el miércoles de la semana de Cuaresma [sic]» como de 1800, publicado por Méndez Bejarano; Su título, tras las siglas jesuíticas IHS es, por si hubiera duda, «Sermón sobre la incredulidad». No puede ser de 1800, pese a tal listado: predica a su Cabildo como Magistral; y no fue tal en Cuaresma hasta 1802. Propongo el 2 de marzo de 1803. Otras fechas, no verosímiles, serían la tardía de 1805, y la muy lejana de 1809. En los otros miércoles de primera semana de Cuaresma faltó de Sevilla.

Lo abre una cita (Mt., 12, 39 y 41) del Evangelio que se leía ese día:

Esta perversa y adúltera generación pide un milagro, y no se le dará otro que el de Jonás, Profeta. / Los ninivitas la acusarán en el juicio.

Empieza con el vocativo «Señor», con el que se dirige a *sui* Cabildo salvo en dos excepciones que justifique; expone:

El Salvador no cesó de hacer milagros que acreditaban su Divinidad. / Mas era tanta la ceguera de los escribas y fariseos, que / se llegaron / diciéndole descaradamente: «Maestro, queremos ver un milagro de tu mano».

Aquí Blanco reitera la respuesta de Cristo: la había tomado como lema para su sermón, y la glosa. Sigue el texto evangélico, y contra el mismo contexto no próximo de éste, habla de que Cristo estuvo enterrado «tres días y tres noches», «como Jonás». Con todas sus lecturas antievangélicas de entonces, no se le ocurre la posibilidad de que el libro de Jonás puede tener un género literario similar a la novela (*entonces*, ni *podría* decirlo) y ahorrarse problemas de interpretación. Osa basarse en que los ninivitas, lejanos al mar, se convirtieron «asombrados de ver a un hombre salir vivo del vientre de un pez». Hasta ahora, ese «Sermón de la incredulidad» parece más bien... el de la credulidad. Con esas ideas no es extraño que aquellas lecturas le hicieran perder la fe: él, que teme ser incrédulo, toma pie en lo que llama 'espantosa amenaza' de Cristo a los fariseos: que los ninivitas los condenarían en el Juicio. La aplica a los que, en su tiempo, quieren más razones y más milagros:

A éstos amenaza el Señor por mi boca en este día con las palabras que dijo a los fariseos. La señal que pedís se os dará; pero será / en el tremendo juicio de Dios.

Expuesto así el tema, hace un breve exordio con la usual oración a la Virgen, y prueba que es necesario un juicio: por la perfec-

ción del universo, la imperfección moral del hombre y la necesidad de una justa retribución. Y presenta vivamente ese momento:

El hombre / está rodeado de tinieblas, las pasiones son una densa nube /, y los sentidos, un manantial de errores /. Pero llega el último aliento y / una luz / disipa la niebla / . Cesó la ilusión encantadora de lo visible y / conoce el hombre la verdad.

Blanco parece atacar sin compasión al White al que ve ya en el camino de la impiedad:

Un Ser Supremo vela sobre los hombres / . Ha de tener por esencia la bondad y la verdad. / Por eso el hombre / es imposible que sea engañado.

Sigue con argumentos: algunos intolerables para él dentro de poco tiempo, por ejemplo:

Los primeros pasos de la incredulidad son groseros errores / . Ved el yerro de los impíos: la Religión Cristiana propone misterios incomprensibles. / Quieren que / les enseñe un Dios / que no pueda hacer más que lo que ellos puedan comprender.

La conclusión es verdad a medias, demasiado apegada a sus circunstancias personales:

La fe es un don del cielo. Éste, irritado por nuestros pecados, sustráela de nosotros. / ¡Ay de nosotros si llega a faltarnos la luz del Cielo!

Así acaba este sermón con el que intentó vencer su galopante crisis de fe, pero en una línea retórica que no lo convenció. Es rela-

tivamente breve: ni la mitad de hojas que el de San Fernando. Pero las palabras ‘incredulidad’ e ‘incrédulo’, nueve veces en total en ese corto sermón, no figuran en el fernandino, donde sólo habla una vez, en cada caso, de ‘impíos’ y de ‘impiedad’. Y el Sermón de San Fernando, en sólo su segunda parte (con la misma amplitud del «Sermón de la incredulidad»), usa 26 veces el término ‘religión’, siempre en sentido positivo, muy distinto del que él empleará más adelante. Término y sentido que, en un número de páginas igual a aquella Segunda Parte, sólo sale 10 veces en el segundo. Ni los pronombres que usa en lugar de esos términos, ni las palabras de esos campos semánticos, alteran, en esencia, tal proporción. Cifras claras; aunque, luego, él confunda los dos sermones.

Si me he extendido en los sermones precedentes ha sido por probar mis tesis sobre aquella crisis: de otro, fechable el Viernes de Dolores; conservado en Princeton con errores de copia y publicado por Méndez Bejarano, diré aquí sólo que en la segunda parte aplica la escolástica sobre la unión hipostática en Cristo: dos naturalezas y una persona, argumenta lo que rechazará en su última etapa inglesa. Aquí refuta que hubiera bajeza en esa unión:

Sólo puede aparecer indigna a los ojos ofuscados por las pasiones.

Blanco sigue eclipsado. Y durante parte de mayo y de junio no hallo noticias suyas; luego, las hay en cartas familiares a Fernando, el hermano menor, que., según una carta de tía Anica, está en Sanlúcar de Barrameda: la madre informa de que el padre está indispuesto. Otra, dice que el enfermo está en cama con calentura. Seis días después se añade que el enfermo está «muy desazonado». Otra carta de tía Anica dice que José M^a tiene una fluxión en la boca. El padre parece haber mejorado; con su esposa, escribe poco después. Pepe deliraba; pero sanaría pronto: otra carta del padre, tres días posterior, dice a Fernando que Pepe se había ido.

He citado siete cartas en un intervalo de sólo quince días de junio de ese 1803, y aunque no haya pista directa en ellas, sospecho que las enfermedades reflejadas ahí son repercusiones somáticas de la crisis religiosa de Blanco, cada vez más seria y perceptible para sus íntimos. Su próxima pista es en Córdoba, y una carta a pocos días de salir de Sevilla hace alusión a uno de los graves problemas que, según él, más le influyen, en su caso, para caer en la incredulidad. Intuyo que la ocasión de lo de esos días, y lo que le hizo irse con esa prisa (quizás pretextó consultar con Arjona), es un violento disgusto. Blanco lo explica así, en un contexto que recuerda el periodo en el que llegó a perder la fe:

Uno de los acontecimientos que influyeron más en mi desgracia fue la decisión de mi hermana de tomar el velo. Me hubiera entristecido en cualquier momento pero / en el caso de mi hermana había circunstancias especiales que me llenaban de indignación. / Había sido hija espiritual de Arjona, pero, al ser promovido éste a la canonjía de Córdoba, escogió por confesor a un sacerdote filipense / . Yo mismo había llegado a sentirme atraído por su amabilidad y, durante el tiempo que medió entre la promoción de Arjona y mi incredulidad, él también fue mi confesor.

Describe el rigor de las reglas en el Monasterio de Santa María de los Reyes, que eligió su hermana: «de los conventos más lóbregos de Sevilla». Recuerda su ira ante la noticia:

Las monjas tenían que dormir en unas planchas de madera a un pie del suelo; no podían usar ropa interior de hilo, calzaban burdas sandalias abiertas, que exponían los pies desnudos al frío y a la humedad; los parientes próximos no podían / tener comunicación con ellas salvo unos cuantos días al año, y esto en presencia de otra monja, y a través de una espesa cortina colocada detrás de la doble reja de hie-

rro que separaba a los visitantes de las prisioneras. / Mis sentimientos de indignación me ahogan cada vez que se me representa a lo vivo la imagen de aquel sacerdote sentado junto a mi hermana cuando nos anunciaron su resolución.

Era el filipense Lucas de Tomás. Blanco rompe con él: se opone con fuerza, aunque en vano, a que vaya al claustro la hija que quedaba para el futuro de los padres; la ve víctima de la vida conventual. Los apuros económicos familiares, con obligación social de aparentar, y gastos como ése, tras los de oposiciones, muerte de Teresa María, estudios de Fernando, etc., apoyarían el oponerse Blanco, por ideas que no podía decir, a lo que era pío orgullo familiar. Yendo a Córdoba para ver a Arjona evitó estar en la toma de hábito.

Ambos visitan / Sierra Morena, pero sin ausencias prolongadas. / De los lugares visitados sólo / queda constancia, por / Blanco, de su visita a las famosas ermitas cordobesas. / Suben a los abruptos y hermosos parajes en que están situadas las ermitas, a unos nueve o diez kilómetros de Córdoba.

La clave de esta huida está en una línea a Fernando. Un año tras esa fecha, María Fernanda hará profesión solemne. Blanco alude a la toma de hábito; él se fue rehuéndola:

María Fernanda se habrá convertido en estas horas en gusano de seda. ¡Paciencia!

Esa probable referencia irónica a poemas usuales en una Profesión se basa en la alegoría de que ella inició el proceso de metamorfosis espiritual que insinúa la frase; a él le horroriza ese encerrarse para siempre como *gusano*; y más, que lo haga su querida hermana: por ella añadirá 'de seda'; compararse con Fernando es otro indicio de la crisis:

Tú vas madurando, y yo voy secándome; tú adelantas en la flauta y yo la he olvidado; el violín lo he tocado poco este verano. Tú estudias y yo no leo.

Alude a ayunos de María Fernanda, que preocupan a la familia (hay otras pistas); y a un problema de abdomen en Blanco: parece reflejar su crisis. Otro texto dice:

Esta lucha constante, que es difícil contar, me ocasionó el primer ataque de una enfermedad / que me ha / hecho sufrir durante largos años. Constantes náuseas unidas a una inapetencia total / . Pero es difícil subyugar el vigor de la juventud.

Una carta del padre a Fernando alude a la «indisposición de Pepe». Y en cabildo

se leyó una carta del Sr. Magistral, ausente en la ciudad de Córdoba, exponiendo varios motivos / que le impedían regresar a esta ciudad, y se le concedió un mes en la calidad de que se acreditase con certificación de facultativo si continuase.

Pero, según dice Ridaio, Blanco está en Sevilla a los 3 días. Volvería deseoso de ver a su hermana, pues, pese a las barreras que expuso, tres días después escribe a Fernando:

Voy a ver a María Fernanda por la segunda vez.

Ya el 15 de julio está en su cabildo, y va a casi todos los siguientes, con los sabidos temas económicos. En agosto, Sevilla queda como muerta. Vi un diario costumbrista de Fernando y alguna pista de Sevilla en cartas de familiares a éste: Blanco tiene un grano que requiere parches y le impide ir a la novena de la

Virgen de los Reyes: fue a las vísperas: han de ser las de ésta. En septiembre va a los cuatro cabildos del mes. Del tercero hablo luego; no hay más datos de Blanco en este mes, ni si el 13 fue a ver a la monja; una carta familiar de ese día dice:

Hoy es día de ver a María Fernanda.

En ese mes debió de aparecer el *Prospecto* para un nuevo periódico en Sevilla; anuncia que «dará principio para el 1º de octubre». La ciudad no lo tenía desde «cuando en el año 1793 se suspendió el último *Diario*». Blanco es abonado: así consta en dicho anuncio. El día previsto sale el *Correo de Sevilla*, con textos de académicos de Letras Humanas.

Pero el último trimestre de 1803 sólo hay ahí dos noticias relacionables con él.

La primera no aparenta relación: el *Correo* publica poesías del periodo áureo, modelos en el grupo de Blanco. De algunas se dice que «se reimprimieron en / la traducción de los *Principios de la Literatura*, de Mr. Batteux». Este año propondrá ese texto en su *Prospecto y Plan de una Clase de Humanidades*; aunque luego prefiera el de Blair.

La segunda, aunque atrasada es sobre la Junta Pública de la Real Sociedad Económica:

El Socio Don Josef María Blanco leyó una Oda, que intituló *El Triunfo de la Beneficencia*, cuyo objeto fue manifestar que ella remedia todos los males de la sociedad y es la fuente de los más dulces placeres.

A esa Sociedad se dedicará más en esos meses, tras un periodo sin hay rastro suyo en ella por lagunas en sus actas. Remito a mi tetralogía mis identificaciones de poemas en el *Correo*. En este trimestre, Blanco parece en silencio salvo para lo de la Económica. Su primera intervención en acta de ese periodo es a favor de un maes-

tro; y la Junta lo comisiona con tres socios más para Premios. Poco después se refleja algo muy importante:

Deseando la Sociedad formar un establecimiento en que se enseñen las letras humanas, cuyo estudio juzga necesario para todo género de conocimiento, y contando para ello con las luces y patriotismo del Sr. D. José María Blanco, acordó establecer una Academia de Humanidades bajo la dirección del citado señor.

Blanco prepara el *Prospecto y Plan* que presenta en Junta tras un mes. Lo aprueban con un sólo voto en contra. Esa oposición, solitaria en apariencia, suscitará fuerte debate.

Entretanto se realizó la Junta General. Consta en acta que Blanco leyó su aludida oda «El Triunfo de la Beneficencia». Regresa a los versos, quizás como a un refugio en su crisis. El tema es ilustrado, lejos de sus poesías religiosas. Son 216 versos en estancias.

Tres semanas tras leer esa oda, de cuya edición madrileña trataré en su momento, ha terminado lo que aceptó en Junta hacía menos de un mes. Dice el acta:

El Sr. D. José María Blanco presentó el Prospecto y plan de organización de la clase de humanidades y / se acordó de conformidad, menos la del señor Tomás [González] de Carvajal, aprobarlo / y que se imprimiera para anunciarlo.

Carvajal nació 27 años antes que Blanco; era de otra mentalidad: buen latinista, pensaba que el latín era indispensable para la cultura; y estaba contra el influjo del francés, que veía excesivo en Blanco y su grupo; azuza en contra a antigalicistas de Sevilla, en los que levanta ampollas ese *Proyecto*, que pone al francés como alternativa al latín, aunque en géneros poco destacados en España. Sólo indico eso aquí como muestra de la Sevilla opuesta al grupo de

Blanco, y no su amplia defensa del *Plan* y su «Discurso de Apertura», que, previsto para 1804, es del ciclo que estudio ahora; sería preparado con él.

2.4. 1804: CAMBIOS DE BLANCO EN UN AÑO CRUCIAL EN SU VIDA

El inició de sus clases de Humanidades lo anunció el *Correo* el 29 de febrero de 1804:

AVISO AL PÚBLICO

El día 2 de marzo, a las 4 de la tarde, se abrirá la Academia de Humanidades establecida por la Real Sociedad Patriótica /, en la sala del Archivo de dicho Real Cuerpo en la calle de la Sopa; / continuará en los demás días a las 11 de la mañana.

La calle de la Sopa, por la que, en su tiempo, daban a los pobres los jesuitas, es hoy, en parte, la Goyeneta, que sale a la de Cuna, entonces de la Cuna, por su casa de expósitos.

1804 es el año en el que el *Correo de Sevilla* reúne más poemas de la academia reinosiana. El silencio de Blanco en los comienzos de ese periódico sigue hasta fines de 1804: otro indicio de su crisis. Ese *Correo* publica, tal año, dos poemas a Blanco: de Reinoso y de Arjona. El de Reinoso es de fines del XVIII, en una crisis de Blanco en Cádiz: quizás salga en 1804 por la de tal año.

¿Qué a ti los hombres? Su tumulto insano
huye con veloz planta, y vuelve, ¡oh! vuelve
a tus amigos todos.

El poema de Arjona titulado «A Miseno» (reitero lo que dije de la «Epístola de Leandro Misono»), lo reeditó Reinoso con el título usual de «A Albino». Lo dato en 1799 tras el desengaño con Despuig; publicarlo cuando las crisis de Blanco y Arjona, quizá evoca eso.

Blanco sólo consta en dos actas de su capilla sobre los primeros cabildos de 1804. El segundo lo comisiona para reclamar la deuda del Obispo de Córdoba. Pronto se ve en acta:

Se concedió un mes de *patitur* abierto al Sr. Magistral en atención a que acreditó por certificación médica le perjudicaba a su salud la asistencia al coro de la Capilla.

Hubo, pues, prueba médica, de algo que le «perjudicaba» ir a coro, aunque sus clases, como decía el *Correo*, empezaban entonces, con su «Discurso de Apertura».

Ese tipo de anuencia pone, en latín, el motivo. Quizás el suyo es la crisis de fe con terribles efectos en su vida de sacerdote consecuente. Omite cabildos hasta el de Venia, en el que reaparece Blanco. El resto del año tiene muchas más faltas; pero lo eligen Mayordomo de Fábrica para 1805. Al último va con tres más: uno pide *patitur*.

A la Sociedad Económica, Blanco suele ir hasta fines de abril; y consta en un acta de octubre, nombrado, con Lista, para una comisión. De la reunión de premios en 1804 no hallo noticia. En Buenas Letras no hay más trabajo suyo tras el de 1801; sólo fue 15 veces. En la Escuela de Cristo sigue sin constar. Y no hallo más sermones suyos en España.

Desde que María Fernanda entró en el monasterio, hay gastos especiales por ella. En 1804 hay muchas partidas en la cuenta del padre sobre eso. No figura lo mucho que no sale de su bolsa. Blanco sufre por encerrarse en vida la única hermana que le queda: no le ve sentido, ya sin fe. La quincena previa a los votos solemnes, agrupa noticias, tía Anica le escribe a Fernando, de nuevo en

Sanlúcar. La madre está enferma; algo influirá en eso la conducta de José María:

Son las cuatro y media de la tarde, no ha parecido aún Pepe, y tu madre está con cuidado. Dios quiera que parezca esta noche.

Ese día se pide al Vicario General que M^a Fernanda salga de clausura a firmar su renuncia a la herencia. El padre escribe a Fernando: salió María Fernanda al libratorio.

Blanco dice, sobre su amargura ante lo que ve como irreparable:

He sufrido todo esto en el siglo XIX. / Sé de celosos protes-
tantes que contemplan estos horrores con mirada benigna
/, en tanto que lanzan airados anatemas contra / negar el
símbolo atanasiano. / Al acabar el año del noviciado,
durante el cual / nos ocultaron / progresos de la enferme-
dad / se fijó el día de los votos perpetuos.

Antes de hablar de ese día, 27 de junio de 1804, cuenta su víspera, y se pinta, moralmente hundido, con su antiguo mentor, en cita larga y dura, mas clave:

Arjona, que estaba entonces en Sevilla, iba a predicar en la terrible ceremonia. / Mi antiguo amigo, / había caído / en / inmoralidad. / Escribió casi todo el sermón que tenía que predicar / en estado de embriaguez para demostrar que la juerga que habíamos corrido / no había sido capaz de disminuir sus talentos de orador.

Triste epílogo de la autoridad moral de Arjona sobre él: era un ambicioso, nada profundo.

Bajo presión de la familia, celebra la misa, aunque ya ha perdido la fe. Glosa:

¡Qué espectáculo debimos ofrecer ante los ojos omniscientes del Cielo!

La frase no objeta su incredulidad de entonces: la escribió mucho después, y para lectores anglicanos. No se olvidan éstos en las referencias al narrar «El sacrificio de la esposa», según tituló Lista su poesía para esta ocasión. Blanco añade, del rito:

Duró unas tres horas. / El sacerdote oficiante estuvo en un estado tal que sólo / Aquél que puede discernir entre la angustia y la maldad es capaz de comprender.

Mientras Blanco sufre la culminación de su crisis, sus padres, tan religiosos, celebran más que una excelente boda la profesión solemne de la única hija que quedaba para la próxima vejez de Don Guillermo y Doña María. Ésta seguía con sus males: en ellos no debió de faltar su angustia de madre cristiana ante lo que intuía en su primogénito. Tampoco el padre era ajeno: hizo, según mi tesis, que Blanco ingresara ese año, en la Hermandad de los Venerables. Pero gozaban con lo que canta Lista sobre la felicidad de la hija:

Al ara santa del amor divino
 un nuevo corazón de nueva esposa
 vuela feliz (...)
 ¿No veis, no veis cuál prende
 en la víctima el fuego devorante?

Esa alegoría de los sacrificios de la Antigua Ley, etc., heriría más a Blanco. Una reflexión en su exilio revela su problema ético al ver que su vida había perdido la base de su fe:

Si yo hubiera sido capaz de vivir como otros muchos sacerdotes / pagando sólo / la conformidad externa y una aparente compostura. / Pero / mis circunstancias / no podían

menos de llevarme por caminos que conducían al remordimiento. Esta lucha constante, que es difícil contar, me ocasionó / una enfermedad.

Hay un *patitur* abierto, con certificado médico que pone incompatible el coro; y más de un tercio de faltas a cabildo en 1804. Su crisis se refleja en su salud, y en la materna.

La decisión de irse a Madrid es posterior al proyecto que sigue, del que veo pista en carta del padre a Fernando: dice que Pepe ha decidido vender los libros. Blanco escribió:

Poco tiempo después de haberme convertido en enemigo decidido de las leyes e instituciones que me obligaban a disimular mis verdaderos sentimientos y a continuar actuando como sacerdote, pensé / en emigrar a los Estados Unidos.

Escribió a un amigo de Cádiz para esto pero éste le aconsejó que no se fuese.

El temor de que mi marcha pudiera ocasionar la muerte de mis padres y la certeza de que / los haría sufrir / me hicieron seguir este consejo.

Desde entonces (¿1804?) piensa ir a Madrid; al menos, un tiempo, por lo dicho. La mala salud de Doña María se resiente por lo que intuye en él. Ante su posible *obligación* de denunciarlo, se encerraba a llorar. No había podido ver la nueva casa: al seguir igual, pide poder oír misa en casa durante la enfermedad. Eso implica instancia al Arzobispado de Sevilla para oratorio privado, con licencia para celebrar. El Provisor debió de autorizarla en tanto se tramitaba a Roma. Una carta del padre confirma que ella no halla alivio; otra, de tía Anica, que hubo autorización: «Lista sigue diciendo misa en casa todos los días a las 5 de la

mañana, y Pepe, a las 6, los días que no está de semana en la Capilla.

Las cartas del padre en agosto, indican, en general, que no hay mejoría. Sólo 40 días tras ser pedido, se fecha el Breve papal para oratorio privado, con indulgencias. Se sabe de los Blanco por cartas a Fernando, aún en Sanlúcar. Tía Anica habla de la monja.

Ayer estuvimos en Los Reyes. / Está tan buena y alegre. / Nos dijo que el otro día se había comido media hogaza /; te da recuerdos. Aquí hace mucho calor.

Quizás por eso último como pretexto, a principios de agosto en Sevilla, Blanco, le escribe a Fernando desde la finca de Punta en Tablada, herencia de la abuela paterna.

En septiembre, Doña María sigue igual. Se prevé que Fernando vuelva para el curso; dan noticias sanitarias por epidemia en Cádiz. Al regresar, ya no queda, desde octubre, para este 1804, la fuente de las cartas a él: en ese último trimestre sólo se sabe de Blanco por su intermitente asistencia a cabildos y lo que se dirá de su polémica por *La inocencia perdida*. La madre, ha tiempo, teme tener que acusarlo ante la Inquisición. A quien Blanco consideró, pese a todo, «la mejor de las madres», se le arrasaban los ojos de lágrimas:

Temerosa de que / pudieran salir de mi labios involuntariamente algunas palabras contra la religión católica, que no tendría más remedio que delatar ante los inquisidores, evitaba mi compañía y se encerraba en su cuarto a llorar por mí.

El padre, importante en la Hermandad de los Venerables, había hecho que ingresara el primogénito; a los pocos días, ambos son elegidos Consiliarios. Pero en acta no aparecen más hasta

1805: pasan a Consiliarios Antiguos; el hijo no vuelve a constar; el padre, ya fuera del límite de esta Parte. Pero, en contraste de cómo los íntimos se preocupan de Blanco, no vi, en altas esferas de la iglesia hispalense, rastros de pastoral, ni sobre él, ni acerca de los sacerdotes de los que vi crisis semejantes en esa época. Pasé cientos de horas consultando gruesos legajos que se reducen, sobre sacerdotes, a burocracia. Ausente el joven Cardenal Arzobispo, en la Curia hay incuria: silencio, despotismo, y separación entre los llamados clero alto y clero bajo; en un ambiente próximo al clima materialista.

Blanco se dolerá del trato que recibió. Pero eso no interrumpe la historia.

En Francia, el Senado propone reunir los tres poderes en el Primer Cónsul, Napoleón. En la práctica, se le reconoce Emperador, aunque no se corone hasta finales de este año. Por paradoja, en él busca más apoyo Godoy, que se ve cada vez más impopular y más presionado por el partido que ya puede llamarse fernandino-italiano-británico. Le preocupa, además, la mala salud de Carlos IV, con la probable pronta muerte de su gran protector. Por eso pondrá su futuro personal en quien ya ve como el hombre fuerte. Napoleón, aunque lo sigue despreciando, acoge bien su cambio. Le interesa la armada española, contra Inglaterra: pero hasta el clima prebélico daña a los Blanco, que comerciaban más en el área del influjo inglés.

En su crisis, Blanco vuelve a refugiarse en la literatura: defiendo de los ideales de su antigua Academia. Aunque se aleje de ellos cada vez más, siempre será fiel a sus íntimos de aquella. Reinoso había defendido a Roldán en el *Correo* contra un ataque de Carvajal, a quien señalé como crítico de Blanco.

En el final de ese 1804 destacan muchas páginas de esta publicación sobre el poema *La inocencia perdida*, el más conocido de Reinoso.

De la cortés polémica sobre eso entre Blanco y Quintana diré aquí que ambos críticos se respetan y fundamentan una gran amis-

tad, aunque disientan en los planos léxico, morfosintáctico y fónico. Cito el final de Blanco, como parte de mi antología:

La sonoridad y llenura que reina generalmente en el poema y Vms. mismos confiesan, bien puede cubrir algún otro verso. / Una de las reglas más esenciales de la corrección, es que tiene su término: / *Opus polliat lima, non exterat.*
Queda siempre de Vms. su servidor: Jos. M. Bl.

Como eso aparece en una revista madrileña, Blanco tiende un puente literario con Madrid y con un poeta conocido allí. Éste lo 'pondrá en ambiente' cuando Blanco vaya a la Corte. Blanco no soporta vivir en aquella Sevilla, como sacerdote sin fe.

Sabía que un cambio de residencia a Madrid no contaría con la aprobación de mis padres, pero mis sufrimientos espirituales en Sevilla me hicieron pasar por alto esta consideración. Los estatutos de la Capilla Real permiten tres meses de vacaciones al año. Si tomaba un periodo de vacaciones al final de un año y otro al comienzo del siguiente, podía disfrutar de seis meses seguidos de ausencia. / En este tiempo podría conseguir permiso real para permanecer en Madrid. / Mis colegas del cabildo se beneficiarían a causa de la más frecuente rotación de ciertos oficios sin que la ausencia de uno o dos capellanes les causara / inconvenientes.

No era tan fácil. El proyecto debía aplazarse un año, pues en 1804 había sobrepasado sus vacaciones; no era tan viable lo que llama un permiso regio, en definitiva, dependiente de Godoy: una orden del ministro de Gracia y Justicia, Caballero, prohibía residir en la Corte sin tal permiso; afectaba más a Blanco, obligado a residir en su plaza. Aunque en la Capilla era frecuente el permiso de *patitur* o por viaje: por ejemplo, en Mármol, lo que sigue a la

cita anterior, acerca de que no demoró su viaje a Madrid, no es exacto, respecto a finales de 1804; y un posible viaje preparatorio a mediados de 1805 no está documentado.

2.5. 1805: PERIODO DE OCULTAMIENTO EN BUSCA DE SALIDA

En 1805, el *Correo de Sevilla* termina de publicar la defensa de Blanco, aparecida en Madrid, del poema de Reinoso *La inocencia perdida*. Durante casi todo ese año el autor de esa apología parece *perdido*. Como Fernando está en Sevilla, falta la veta que las cartas a éste daban como pistas sobre el primogénito, cuya crisis no le dejará tiempo para actividades que eran otra fuente de datos. La economía familiar sigue agobiada por gastos y depende en parte de las rentas de Blanco en la Capilla Real, de la que, no obstante le angustie eso, busca cómo huir.

Su cabildo, al que sigue faltando mucho, ofrece pocas pistas; otros veneros de noticias de la ciudad añaden poco. Como era uso en crisis política, se manda reabrir el teatro, cerrado a fines de 1804 por epidemia en Málaga. Es contra el partido *piadoso*; mas al día siguiente se recibe Real Orden para rogativas. La atonía de la decadente Sevilla se agrava con nuevos impuestos por otra contienda con Inglaterra. En el cabildo de la Capilla Real pasa en menor escala, lo que en el de los canónigos: presión y regateos en los 'donativos' que pide la Corte para eso, pero los Capellanes lo son del rey: no es raro en su acta un «nada digno de notarse».

La política española se arroja, cada vez más con más ceguera, en manos de Francia. Napoleón, que ya se había coronado emperador, presiona con exigencias que encarecen la vida. El Cabildo de Blanco protesta porque Hacienda le retiene 70.000 reales de sus rentas; y niega a sus cantollanistas aumento de paga, por tal cares-

tía, indicio de que apenas podrá ahorrar Blanco para ir a la Corte. El *Correo* publica un poema que le dedica Lista.

Tú del sacro Helicón, querido Albino,
ascendiste a la cumbre soberana,
y fuiste en ella honor del almo Coro.

Usual era en su Academia aludir a ésta como ‘almo coro’; y al monte de las musas.

Muere el obispo de Córdoba. A Blanco, mediador de su cabildo para cobrar de esa mitra, le afecta eso en el ahorro para sus proyectos. Su cabildo insistirá:

Se acordó recordar por medio del Sr. Magistral al Sr. Penitenciario de Córdoba [sic] la respuesta de aquel Subcolector de Expolios a quien se había escrito.

Con esos antecedentes, no extrañe que Blanco no reaparezca en actas seis meses y un día seguidos. No va, ni aun su padre, a la Junta General de Venerables en la que pasan, por regla, a Consiliarios Antiguos; ni consta su nombre, entonces en otras instituciones. Quizá se dedicara sólo a sus clases en la Económica; figura la usual entrega de premios. En verano parece que estuvo en cama. Tras la fiesta de la Virgen de los Reyes:

se concedió *patitur* abierto al Magistral por 30 días respecto [a] / certificación de facultativo de necesitar dicho tiempo para reponerse de salud.

Apenas veo algo en Sevilla: *padece* aún su verano. El 20 de septiembre se dice en acta, por «constar continuaba enfermo»: se concedieron al Sr. Magistral otros 30 días de *patitur*.

Otro mes sin noticias; la siguiente, nefasta. Inserto marco histórico:

Godoy seguía en manos de Napoleón, que supo atraerlo con la idea de un gran imperio europeo para Francia, y otro, marítimo, iberoamericano, para España, con el cebo del reparto de Portugal: Godoy quería gobernar parte de éste, para, con ayuda de Francia, quedar a salvo del previsto nuevo rey de España. Pero, junto al cabo de Trafalgar, que da nombre al combate, la escuadra inglesa destroza a la francoespañola. España pierde sus mejores barcos, y sus más expertos marinos. Ese día, Napoleón triunfa en tierra y la capitulación de Ulm le da paso a Viena; pero Nelson, uno de los muertos en la batalla naval, dio a su patria la victoria anticipada contra el corso. A éste no le interesa una España sin barcos; y la escuadra perdida le lleva, con su idea de bloqueo a Inglaterra, a ver la Península Ibérica como presa, a invadirla con el cebo portugués; a atacar los Estados Pontificios; y, a la larga, a la derrota final.

La tragedia de Trafalgar resonó en España, aunque en Sevilla no hubo solemnes exequias hasta el 30 de noviembre, y se hablaría más de que, cinco días tras esa batalla, una tromba arrancó mucho de la plaza de toros y causó gran destrozo urbano. Blanco era aficionado a los toros, lo muestra en geniales crónicas taurinas, que probé basadas en sus recuerdos del XVIII.

De obras datables en 1805, la oda a Mármol, es suya, mas tal fecha es sólo probable; dos más tienen poca probabilidad de ser de él, sobre todo la naval: las omito; hablaré de otra.

Tras meses en eclipse, se le dirige un oficio como Censor del *Correo de Sevilla*:

Con esta fecha he librado oficio a Don José Hidalgo, impresor de esta ciudad y editor del Correo literario de ella, haciéndole saber / que en adelante no puede imprimir ningún papel en él que no esté aprobado por Vd. como Censor, no obstante que se halle aprobado por el Censor que anteriormente lo era del referido Correo.

De los primeros visados de ese Censor, si su cargo no fue sólo nominal, es la noticia de la Junta de Caridad de Sta. Cruz que fundó su amigo Reinoso: raciones a 374 pobres. Siguen temas de devoción; Sevilla vive de eso: no quiere saber que Napoleón logra en Austerlitz una de sus mayores victorias y hace cada vez más planes sobre España.

El 24 de noviembre lee su oda «Los placeres del entusiasmo» en Junta Pública de la Sociedad Económica. Habla de una vuelta a una añorada poesía de juventud. Subrayo eso como un recurso didáctico ante sus jóvenes alumnos; pero refleja que ha cambiado:

Aliento soberano, dulce fuego
que animaste mis años juveniles:
volaste como sombra fugitiva
y contigo, el placer.

Invitará a sus alumnos, a imitar la naturaleza en la poesía, idea neoclásica de Batteaux; mas es oda con indicios de cambio: evoca, prerromántico, su 'yo':

¡Oh ilusión poderosa! ¡Oh magia! ¡Oh fuego!

Es un poema crucial, de encrucijada, de cruz; historia de un corazón.

Austria firma la paz con Francia; cede Venecia y Dalmacia a Napoleón, cada día más amo de Europa. Pero la Corte española no ve lo que amenaza a España.

2.6. 1806: *ESPERANZAS CORTESANAS Y REALIDAD* MATRITENSE

Ridao dice que Blanco fue a Madrid «a finales de diciembre o principios de enero». Opto por lo segundo: no dejaría a sus padres en fiestas navideñas; en Sevilla, hasta ‘Reyes’.

Blanco explica su viaje a Madrid con una ficción: acompaña a un amigo, que es su doble:

Los médicos habían aconsejado a mi amigo Leandro, / que buscara alivio a su creciente melancolía –en realidad la consecuencia de su mortal aversión a los deberes clericales y a la religión con que están conectados– en la libertad y distracciones de la Corte, y yo me he sentido incapaz de separarme de él.

Ironiza sobre la norma para residir en Madrid y su forma de burlarla:

Nos vimos obligados a tomar el pasaporte / para Salamanca, al objeto de poder entrar de contrabando en la capital. Caballero, / ministro de Gracia y Justicia, / por el excesivo número de pretendientes de puestos oficiales / , había dado una orden / prohibiendo venir / al / que no hubiera obtenido / licencia. / Como la orden del ministro tenía ya tres meses de antigüedad, periodo de tiempo en que empiezan a caer en desuso / , confiamos [en] que nuestra buena suerte y nuestra bolsa allanarían cualquier pequeño obstáculo.

Omito lo poco que dice sobre su viaje; remite a libros de viajeros la descripción de Madrid. Llevaría cartas de recomendación.

Reafirma pronto contactos con Quintana, al que le unía una buena relación desde el debate sobre *La inocencia perdida*: ese poeta lo introduce en su tertulia. Serán amigos, pese a evoluciones. Urgente problema del recién llegado es que tiene licencia de su Capilla sin disfrutar sus rentas; sólo le quedan las exiguas, y tardías en el cobro, de sus Capellanías de Las Dueñas. En época de carestía, lo previo no hizo posible ahorrar. Con la caja familiar en crisis, apenas pudo llevar dinero a Madrid: su falta le será obsesiva.

La primera noticia de él es de febrero: un pariente pide a Don Guillermo poder dar un encargo a ese «Pepe», del que dice que vive en la calle de San Marcos: no sabe el número.

La historia de lo que, por tradición, se llama Occidente, goza de aparente irenismo; dominio bipartito: el mar, inglés, por Trafalgar; Europa occidental, de Napoleón, por sus victorias terrestres. Al morir, en enero de 1806, el *Premier* inglés, Pitt, hay clima antibelicista. Godoy duda entre los dos bandos; eso irritará a Napoleón, que no confía en él, aunque lo atraerá con el señuelo de Portugal. Al entrar Blanco en la órbita del favorito, éste estará muy acosado.

De febrero es la primera carta conservada del Blanco amadriñado. A Fernando: constante del periodo, el tema económico. Poco después, en la Capilla Real se habla de él:

Habiendo / certificación de médico remitida por nuestro Magistral, / solicitando licencia / se acordó que, concluidos sus recles, gozase de tres meses.

Blanco, en sus *Cartas*, pinta con genial estilo costumbrista la corrupción en la Corte:

Como en España la influencia de la Corte es ilimitada, nada más digno que esto de un examen / para el que quiera conocer el estado moral de este país. / A excepción de tres sillas corales en las catedrales y colegiatas, que se ganan

por oposición, no hay ningún puesto de rango o dinero que no se consiga por / recomendación.

Critica la moneda de cambio que solía ser la mujer, e ironiza de clérigos «obligados a seguir un camino diferente. / El Amor / se suele asustar de las capas negras / del clero».

Narra un caso que identifiqué. Tras decir de Godoy que «rehuye intervenir en tan mezquinos asuntos», y que la reina, quien «posee las llaves de la Iglesia», las delega en su camarera mayor dejando «que cobre derechos de peaje», Blanco, ataca, mordaz, cierta «moral»: se tasó una canonjía en «cuatro mil duros, / renta de la prebenda durante dos años». El padre del pretendiente «había oído hablar de la simonía» y consulta a teólogos:

Apareció claro que, como la esencia de la simonía es la adquisición por dinero de bienes espirituales, y / el interés era / mundano / , podía comprarse con recta conciencia.

No hace falta comentar eso: basta el sarcasmo del texto. Blanco pinta ese Madrid, en un cuadro, digno de Goya o de Ramón de la Cruz; y anticipo de Larra, o de Galdós.

Ya narré la relación literaria de Blanco con Quintana. Éste logró que el *Memorial Literario* publicara «El Triunfo de la Beneficencia», y la carta de envío. El nombre de Blanco suena en el mundillo literario madrileño. Habla de partidos literarios y de sus jefes.

No hallo cartas de Blanco, desde una a su hermano en febrero, hasta abril. Su eclipse apoya la hipótesis que expondré: en esa carta dice que «se recupera de sus achaques». Un texto autobiográfico insiste en ‘dolencia’; en otro escrito la nombra con más precisión; matizaré al comentar su poema «El incordio». Anticipo que es indicio de una vida amoral:

La descripción de mi vida en Madrid produciría una triste pintura. / Poco después de mi llegada / me sobrevino por

mi culpa una grave enfermedad que me tuvo confinado /
durante dos meses. / Me siento ahora moralmente avergon-
zado. / Recuperado / volví / a buscar los placeres más tur-
bulentos y borrascosos.

Desde junio quedan no pocas misivas entre los Blanco, con el obsesivo tema económico y pacto implícito de no mezclar en estas tristezas a la madre, que sigue con salud endeble. En julio tranquiliza al padre, al que, es lógico, ocultó sus excesos sexuales: «Aunque mi enfermedad ha sido penosa, he tenido la fortuna de hallarme / acompañado / de amigos».

Cito, de aquella crisis, su poema «El incordio». La única copia conocida está en la Hispanic Society de Nueva York. Procede de Sevilla, con muchos errores: es una copia de, al menos, dieciséis años tras el poema. Lo subtítulo «Poema épico-gálico en un canto»: el Diccionario señala ‘gálico’, en sentido médico, como de origen sexual. La palabra ‘incordio’, del bajo latín *ante cordium*, como lugar de ‘buba’, no implica ahí pecho, sino lo que la vieja Celestina llamaba «la punta de la barriga». En 51 octavas reales, se extralimita; aunque los muchos errores de métrica o sintaxis sean de copistas o tipógrafos.

Invoca a las Ninfas, en el mal sentido, claro en la alusión al sonido de una moneda hoy ignorada por la «generación del euro»: «que vendréis mil al retintín de un duro».

Les cuenta que, llevado por los aires a un nuevo Olimpo, el nuevo Amor manda que venga el Archi-incordio, quien narra su historia desde que Colón lo trajo de América. Entra en la Iglesia: crece lo anticlerical. Cuenta su paso a la Corte y cita al gran enemigo que le ha salido: el remedio ‘Fierabrás’ que curaría a Blanco. Los que ‘viven de la muerte’ arman contra ese fármaco tal caos que el poeta teme morir. Y entonces... acaba su pesadilla:

Quise huir y el incordio, resentido,
me obligó a despertar dando un quejido.

Ese final confiesa que narró sólo un sueño. Salvo... lo del incordio, autobiográfico.

Al curarse, va a Salamanca: en tanto no logre allí permiso, su estancia en la Corte es ilegal. Su cabildo habla de eximirse de pagar el noveno decimal «como pedía nuestro Magistral»; no era minucia, un noveno del diezmo. «Constan otros tres meses de licencia».

En Salamanca, el poeta Meléndez Valdés, al que lo recomendaron, le presentó al obispo Tavira, que los invitó a comer. La *Autobiografía*, de 19 páginas sobre casi treinta meses en Madrid, dedica 5 al mes salmantino, con digresión sobre el prelado. Vuelve, tras unas tercianas. Insiste en pedir dinero. Es testigo en la boda de Pepe Arjona: oficia el antiguo mentor de Blanco; y visitan El Escorial: exageró al decir que, por su crisis antirreligiosa, y pese a su afición a los cuadros, no visitó ninguna iglesia en esa época madrileña.

Una carta de Blanco indica claudicaciones morales por carencia: veta que paguen lo que debe al administrador; y suplica una plaza de la odiada Inquisición, por no volver al coro.

A fines de 1806, Godoy intenta entrar en la Cuarta Coalición, pero ha de aceptar el bloqueo a Inglaterra y pagar subsidio a Francia. Muerta la Princesa de Asturias, decayó el apoyo a Fernando; pero éste siguió atacando al válido. Por Navidad regaló láminas, con procaces alusiones a los supuestos amores entre la reina y Godoy. Por derribar al rival, difunde lo que infama a su madre, la reina, a Carlos IV, y a sí mismo, como hijo de ambos.

Blanco sigue en crisis económica. Sigue leyendo, según confesión tardía, «los peores libros de los filósofos franceses», y va a la tertulia liberal de Quintana; llega a un jacobinismo cauto. Sigue su crisis afectiva; desarraigado de la familia y de sus amigos sevillanos (Lista, Reinoso, etc.); recae en lo sexual, como confesó.

2.7. 1807: GODOY, CLAVE DE UN DÉBIL ANCLAJE EN LA CORTE

Desde 1807, una red vincula a Blanco en especial a la historia externa, con Godoy, nuevo Almirante. Blanco alude a ese nuevo cargo con mordaz referencia a Trafalgar:

en un momento en el que la Marina inglesa nos ha quedado sin barcos.

A esta dignidad se han añadido grandes emolumentos y el tratamiento de Alteza. / Es el soberano de España en funciones.

Blanco paliaría su ruina pasando a la calle San Miguel, luego eliminada, por la Gran Vía. Tras un año en Madrid, con pocos ingresos, habla del interés del valido por Pestalozzi y de un coronel del círculo de Godoy, Amorós, Director del Instituto con ese método.

Propuso / una comisión / que vigilara / el nuevo método. / La música me había puesto en relación con Amorós /, que / daba conciertos semanales en su casa. Tuve / ocasión de darle a conocer las causas de mi estancia en Madrid. / Me ofreció hacerme miembro de la Comisión / y / para no alarmar a los fanáticos[,] / catequista / de la escuela.

Es paradoja, que acentúa su crisis de identidad. Pero no realizará esa tarea:

Si la presencia de un «ilustrado» / era sospechosa en la comisión / ¿dejaría de serlo encargándole de la enseñanza religiosa?

Además, Godoy, quien conocería a Blanco como autor del poema «El incordio» y por sus ideas disolventes, no iba a ponerlo de *catequista*: dijo en sus *Memorias*: «A los que calumniaron en España la institución pestalozziana / de que descuidaba la enseñanza religiosa, / que lean los / catecismos [de ...] Fray Manuel de San José, / de la Inquisición».

Lo de *catequista* se lo escribe Blanco al padre, que mostró su gozo; sólo consta que Blanco hizo dos informes: contra enseñar Mitología en el Centro; y a favor del sistema de Pestalozzi. Su nombramiento sería de orden interno. En julio, en el *Correo de Sevilla*, una oda de Lista «A Leandro», es decir, a Blanco, lo incita a regresar; pero éste, por su empleo, espera sus rentas de la Capilla Real, cuando llegue la Orden del Rey. Y mejora de casa:

Mañana nos mudamos a un cuarto muy bonito / (calle del [sic] Escorial) /. No tiene más que unos veinte escalones / ; gran ventaja.

También cerca de San Marcos; loarla indica molestias en la de San Miguel; pero siguen carencias graves. Un mes después, en su Cabildo se leyó otra Orden:

que a nuestro Magistral / se le contribuya con su renta durante su ausencia y ocupado en el Real Instituto Pestalozziano.

Su Capilla debe contarle «entre los presentes»: algo inusual. El Cabildo Catedral exigiría un breve papal, pero el Cabildo de Blanco tiene al Rey por Patrono, y ha de obedecerle.

Blanco cobrará ya, pero en crisis por haber aceptado un cargo de Godoy. Es difícil ver su *Discurso sobre el método de enseñanza de Pestalozzi*, editado ese año; destruiría ejemplares. Como leí en el que guardó para sí y se halla en Oxford, anotó:

Para evitar la vuelta al enojoso empleo de oír cantar salmos en la Capilla Real de Sevilla, procuré que me agregaran a la comisión / para observar el sistema de Pestalozzi / . El odio que acompañaba a la memoria de cuanto había pertenecido al Príncipe de la Paz, me hizo recelar / por / este discurso. A la flaqueza arriba dicha se debe haber cortado mi nombre en el frontispicio.

En carta al padre, aclara el origen regio del cargo, y asegura que él no intrigó:

¿Quién creería que mi favorecedor es un hombre con quien no tenía más conexión que ser aficionado a la música?

Pese a una letra de 2.400 reales, siguen carencias básicas: pide colchones –su alquiler era abusivo–, velón, colcha, cobertor, y –sorprende en su crisis– sotana: «La mía sirve para Arjona y para mí, y muchas veces he dejado de ir a la Corte para que él fuera».

Añado, del padre, muestra del cariño familiar: «Tu madre dice que los colchones tienen lana para una cama, / que tú uses de los dos / . La lana se vareó y los lienzos son nuevos».

No es fácil valorar las angustias, en aquel Madrid, de un Blanco en precario. Sin justificar sus fallos contra sus convicciones, lo dicho ayuda a comprenderlo.

Cuando el padre logra enviar aquel pedido es noviembre; ha habido un hecho histórico grave, con Blanco, en parte, testigo-víctima. Prepara una oda obligada a Godoy, con temor al grupo de Quintana, el amigo poeta liberal, al que por entonces dedica una bella elegía. Refleja otra crisis al sentir fracaso en su intento de rebelarse contra su sino.

Paso a aclarar la implicación de Blanco en el hecho histórico antes aludido:

Con Godoy en aparente cenit, el Príncipe de Asturias buscó ayuda y le escribió a Napoleón. ‘Puntea’, valga ahí lo coloquial, a

la diplomacia hispana, y en hora crítica. Eso era traición, crimen de lesa majestad; del heredero contra el rey. Godoy logra que Carlos IV, en El Escorial, registre la intimidad del primogénito y vea razones para arrestarlo e incoar causa. En homenaje a Murphy, gran conocedor de Blanco, le traduzco:

Escapó estrechamente de quedar envuelto en el destino de la familia real. El tutor del más joven hermano de Fernando / era sospechoso de complicidad; / Blanco fue llamado / como un posible reemplazo.

Méndez Bejarano pone eso en 1808; dice que nombraron a Blanco y confunde la fecha con la de la prisión de Godoy, casi cien días posterior. Blanco narra:

El día 2 de noviembre / una carta / [me] pedía / que fuera inmediatamente a El Escorial. / Se sospechaba que el clérigo que dirigía los estudios clásicos del infante don Francisco de Paula había ayudado / a escribir la carta secreta a Bonaparte /. Si las pruebas / no conseguían rehabilitarlo, mi amigo [Leandro - Blanco], sería propuesto como su sucesor y empezaría a ejercer inmediatamente.

Blanco prelude los *Episodios nacionales* de Galdós, como narrador-presente.

Ser contado entre los enemigos del presunto heredero era arrojarse / en / el más peligroso remolino. / Declinar el ofrecimiento / era hacerse sospechoso a los que tenían un poder absoluto. / Nuestra incertidumbre quedó resuelta: / el preceptor / había sido absuelto.

El rey escribe sobre eso a Napoleón, quien ve cómo todos se ponen en sus manos y decide proteger al Príncipe: a Carlos IV sólo

le resta perdonar. Godoy queda más débil, con los que, como Blanco, están de su lado. Pero el peligro principal viene del Emperador, juez de la situación. El 30 de noviembre los franceses entran en Lisboa: un día antes, la familia real portuguesa había huido a América. La corte española nada hace ante cómo se usa la alianza. El 22 de diciembre, Dupont está en Irún con más invasores.

Antes de seguir, remito a mi tetralogía otras obras de Blanco datables en 1807; descarto que algunas con tema literario femenino aludan a mujeres implícitas entonces en su vida.

2.8. 1808: LA HISTORIA VINCULA A BLANCO. VUELVE A SEVILLA

El célebre 1808 se inicia para Blanco con otro acto en el Pestalozziano: es la onomástica de Godoy. Blanco, que aborrece adular, ha de leer una oda. Dos alusiones al favorito aumentan su desazón. Tras caer Godoy, Blanco ocultaría esa oda, sólo completa en manuscrito en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, con pésimas profecías:

Príncipe, el tiempo y su feroz guadaña
no pueden contra ti.

Quiso decir que tal obra inmortalizaba a Godoy; pero a ésta le quedaban sólo doce días de vida; y a Godoy, apenas ochenta de un poder ya sólo nominal. Otra «perla» de esa oda:

Aquí –dirán– de la Verdad fue el templo
cuando un guerrero ilustre fue su amparo.

Ese «guerrero» era el vencedor en la «gloriosísima» Guerra de las Naranjas.

Aquel «plato de lentejas» que, según sus críticos, le supuso a Blanco vender, así, su ya relativa independencia, sólo le duraría doce días más. Dice Llorens:

El Instituto Pestalozziano fue suprimido / el 13 de enero. /
La Orden / dice de los resultados: «no son suficientes para decidirse».

Blanco queda otra vez casi sin rentas. Sigue la *pacífica* entrada de tropas francesas; pero la Corte –salvo pocos como Godoy–, parece que ignora caer en la trampa. Blanco, con artificio literario, narra como testigo la última recepción de Godoy y pone en boca de éste:

Caballeros, los franceses están avanzando rápidamente sobre nosotros; debemos estar en guardia, porque hay mucha mala fe de su parte.

Era evidente [añade Blanco-testigo] que Napoleón se había quitado la máscara.

Sin duda por la nueva ruina, se muda a calle Silva: también cerca de los otros domicilios; aún hay parte tras las obras para la Gran Vía. Sólo comunica a casa esa mudanza tras dos meses del cese; nada sobre éste; por no apenar. Arregló una licencia para seguir en Madrid un año más; pero no lo económico.

En Aranjuez, entonces sede de la Corte, la noche del 17 de marzo atacaron la casa del valido, que logró esconderse. Carlos IV dio el decreto que le aconsejaron:

Queriendo mandar por mi persona el ejército y la Marina, he venido en exonerar a D. Manuel Godoy, / concediéndole su retiro.

Al amanecer, Godoy, abrasado por la sed, se entrega a la tropa. Fernando, que controla todo, se limita a dejarlo preso. Tras otro tumulto, el rey abdica en su primogénito, con júbilo popular; pero sabiendo lo que dejaba de ser, le escribe a Napoleón que su renuncia fue forzada: el emperador hará que la familia real, y Godoy, vayan a Francia.

Crecen las crisis de Blanco, turbio su historial, y su futuro. En paro, el caos político, de graves rumores, agrava la carestía. Todo lo hace claudicar más en sus principios: acepta tramitar un cuarto beneficio eclesiástico. Vive, además hechos que le gravarán mucho:

Si pudiera hablar con libertad sobre este punto sin causar daño a quienes menos se lo merecen, aparecería / que el *mundo*, y mucho menos el país contra cuyas bárbaras leyes con respecto a la religión apelo ante el tribunal de los cielos, no tienen / fundamento para condenarme. / Mi encuentro con un caso de desamparo, / me llevó / a una actitud altruista. / Mis relaciones se limitaron / a aquella mujer que por mi medio había podido escapar de una muerte inminente. Doy gracias a Dios / por haber cumplido / lo que el / deber puede reclamar.

Como dijo Llorens, esa relación llevó al nacimiento de un hijo. Cueto copió: «el canónigo Blanco tenía hijos»; y que eso causó su exilio. Pero cargo, plural y motivo son falsos.

Su único hijo nació a inicios de 1809, como documentó Llorens, que añade:

Sólo tuvo noticia / hacia septiembre de 1812. / Llevado a Londres en 1813, / lo hizo educar en Francia, Suiza e Inglaterra.

De la madre, Magdalena Escuaya, hallé datos: en 1808 tenía 23 años. Nacida en la calle Molinos de Viento, perpendicular a la

citada de El Escorial, morirá (1816), en la del Olivo, hoy ‘Mesonero Romanos’; próxima a la de Blanco en Silva. Tal relación parece ocasional; no se debe juzgar: Blanco lo remitió al «tribunal de los cielos». La ayudó —aparte de en 1808—, al saber lo del hijo; aunque eso no podrá ser, por la guerra, hasta 1812.

Resumo cómo comenzó ésta: Napoleón logra que, en Bayona, Francia, los implicados en la corona hispana renuncien en él, y, que, rehusada por un hermano, otro, José, la acepte, forzado. El 2 de mayo nos centra en Madrid. Blanco lo narra como personaje.

El levantamiento / fue provocado por Murat, que para intimidar / ideó / producir una explosión de violencia / . Ese día, el hermano y el hijo menor del rey Carlos / tenían que salir para Bayona. / Al aparecer los príncipes / , hombres y mujeres rodearon los carruajes / resueltos a impedir su marcha. / La guardia / recibió la orden de hacer fuego. / Salí. / El coronel Daoiz, paisano y amigo mío, / acompañado por Velarde / , causó tremendos estragos / hasta que / cayeron. Como la amnistía excluía a / los que encontraran con armas, las patrullas / tomaron como pretexto / las navajas que nuestros / trabajadores suelen llevar /. Un supuesto tribunal / ordenó que fueran despachados por los soldados.

Tras tal alusión a los fusilamientos que inmortalizó Goya, sigue, de testigo:

Tres días después [...], una escuela / me hizo atravesar / la ciudad / : el número de madrileños con que me encontré no pasó de seis.

Dijo el historiador Esdaile: de eso «no tenemos mejor fuente» que Blanco.

El ‘modelo francés’ que deseó ataca la situación española que él desdeñaba: la *Gazeta* imputa asesinatos a quien llama «popula-

cho», impone pena[s] de muerte; dispersar a tiros grupos de más de ocho, e incendiar «toda villa o aldea donde sea asesinado un francés».

En cita anterior Blanco se desdobra en Leandro. ¿Qué esperó de los franceses?

Había imaginado / liberación / : aborrecía / la conducta de éstos / [pero] parecía temer[la] menos que al fanatismo.

Escribe el 6 de mayo para tranquilizar; al final sale su obsesión económica.

Ya está todo sosegado y espero que estos asuntos se concluirán felizmente.

No he recibido aún la mesada / ; nadie quiere prestar.

El padre dice que envió ayuda; añade una sugerencia, y muestra su piedad:

Podrías venirte. / Dios te eche su bendición y libre de todo mal.

Mientras España se rebela, la Junta pro-francesa apoya Cortes en Bayona.

Empezó la primera revolución española moderna: cayó un rey, mas no la estructura política. Una minoría pedirá división de poderes, soberanía del pueblo, derechos del hombre, e igualdad, en una Constitución libre; así, el *Semanario Patriótico* de Quintana y sus amigos. Blanco volvió al grupo tras su etapa con Godoy; y asumió aquello en su final madrileño: el ambiente inglés lo moderará: no se entiende a Blanco sin sus cambios.

Había que tomar partido. / La lucha / en mi espíritu fue más dura de lo que soy capaz de explicar. / Muchos de mis

amigos / confiaban / [en] que / el partido liberal tendría oportunidad. / Me parecían absurdos esos razonamientos, / convencido de que, si el país permanecía tranquilo, / la humillación de recibir un nuevo rey / quedaría / compensada con los futuros beneficios. / La Inquisición / iba a ser abolida / con las órdenes religiosas. / En menos de medio siglo, el país / quedaría / regenerado. / Con todo [fui...] capaz de / , en favor del pueblo, / marcharme / a la misma sede del fanatismo, Sevilla.

Va a luchar por la revolución, con la minoría, frente a la invasión que juzgaba consumada y aceptarán muchos amigos de su juventud: Reinoso, Lista, Arjona, Matute, Sotelo, etc. Deja Madrid más de dos meses tras quedar Magdalena en estado. No saberlo él apoya que su relación fuese eventual; los terribles sucesos de entonces, la enfermedad de ella, y la noble actitud de él con madre e hijo cuando supo que existía éste, avalan que nada sospechara al irse. Mediado junio, cuando se abren en Bayona unas mermaidas Cortes, Blanco, vencida su última crisis madrileña, burla el control francés de Madrid para volver a su temida Sevilla.

En la última de sus *Cartas de España*, narra su azarosa vuelta a Sevilla, desdoblado entre el narrador y su amigo Leandro (iba con él, entonces, su paisano y amigo Manjón).

El único camino para ir a Andalucía era a través de Extremadura, y el / medio de transporte, dos galeras / en una pequeña venta a tres millas de Madrid, / fuera del control / de la Policía francesa. / En las puertas, cualquier / equipaje no dejaría de ser interceptado. / Teníamos que / viajar / quince días con sólo una camisa de muda.

De esta manera / salimos de Madrid a las tres de la tarde del 15 de junio y caminamos bajo un sol de fuego al encuentro de nuestros carros.

Omito relatar las incomodidades; la buena acogida en pueblos de Castilla; la hostilidad, por sospechas, en extremeños, que buscan emular *hazañas* de otros que asesinaron a franceses por serlo; la ayuda de un compañero en Mérida, y el resto del azaroso viaje.

Narra en otro libro su llegada. No habla de su familia; resalta la acogida oficial:

Me urgieron a que me presentara / ante la Junta / en el Alcázar. / Mi llegada produjo / conmoción. / El Presidente / incluso me hizo tomar asiento entre los miembros de la misma. Me pregunto sobre la situación en que había dejado Madrid.

Le invitan a descansar del «largo y peligroso viaje»; había disipado sospechas, en época de desconfianza, sobre su inesperado regreso, aunque el intrigante Padre Gil lo acusó de protegido de Godoy. Pero Blanco viene con renovado prestigio tras la valentía mostrada.

Ha de volver a su odiado coro. Lo hace en el primer cabildo tras su llegada. Dice el acta: ‘no ocurrió nada notable’. También va a los dos siguientes.

Debo detenerme en dos sucesos nacionales: uno incita el avance francés; con él, la esperanza de Blanco de ser libre en Inglaterra. El otro atrasará ambas cosas. La batalla de Rioseco abre las puertas de Madrid a José I, que, firmada la primera Constitución española, en rigor, sólo una Carta Otorgada, hace su entrada solemne en la Corte el 20 de julio, con fría acogida del pueblo. Pero, curiosidades de la historia, el día anterior empezó la batalla de Bailén. El General Castaños, jefe del ejército de Andalucía, tras adiestrar para la guerra, como pudo, a miles de voluntarios, se encontró con una inesperada victoria contra las disciplinadas tropas del general Dupont. Éste, entorpecido por la lenta marcha de sus cientos de carros con lo saqueado, sobre todo en Córdoba, hubo de capitular el día 22. José I dejará su nueva Corte por el peligro de que el ven-

cedor tome Madrid, franqueable Despeñaperros. Pero hay clara desorganización de los victoriosos: Blanco narra, mordaz, «la ilimitada alegría» de Sevilla.

Por todas partes resuenan aclamaciones, y el ensordecedor repique de las campanas de la Giralda anuncia la llegada de / Castaños, que, más sorprendido que ninguno / por el triunfo de sus soldados, viene a dar gracias ante el cuerpo de San Fernando y a descansar unos cuantos días sobre sus laureles.

Un español advertirá el irónico calco del dicho ‘dormirse sobre los laureles’. Blanco comenta:

Adormecidos en una seguridad que amenaza con muerte inmediata a cualquiera que se atreviera a turbarla con una palabra de cautela, / creen que la guerra ha terminado / y pierden en procesiones / un tiempo precioso para seguir avanzando.

El 1 de agosto Castaños entró, triunfal, en Sevilla. Para felicitarlo, su Cabildo nombró a Blanco en comisión con otro capitular. Pero, pese a la euforia de íntimos que después colaborarían con los franceses, Blanco, conocedor de los ejércitos contendientes, ve tal victoria como efímera, aunque José I dejara Madrid a pocos días de proclamado allí. La *Gazeta*, con nueva orientación, antifrancesa, publica la autoconstitución, en Aranjuez, de la Junta Central, como nuevo gobierno (otro golpe de Estado). La oda de Blanco «A la instalación de la Junta Central de España», editada por ésta, fue luego corregida por él en el título: «Oda a la reunión de las provincias de España». Eso refleja lo que desarrollará luego: está con el pueblo, protagonista, y no con esa Junta de notables.

Sin olvidar el clima bélico, la vida diaria va tomando el ritmo de antes en Sevilla. Blanco sigue en su odiado coro, su «*requiem*

aeternam». No consta en otras instituciones; muchas, en crisis. Pero hay cambio radical al llegar Napoleón para vindicar el prestigio francés. Arrolla y promete amnistía; pero a Fernando, teniente voluntario prisionero en Somosierra lo internan en Francia*. Eso aumentará los sufrimientos, y los gastos, de los Blanco*.

El 2 de diciembre, Napoleón está en Chamartín. Madrid, indefenso, se rinde el 4. El emperador, sin contar con su hermano el rey, no respeta la capitulación: suprime el Consejo de Castilla, la Inquisición, un tercio de los conventos, los derechos exclusivos, etc. El nuevo vacío en la *Gazeta* de Madrid, lo ocupan españoles que apoyan a José I (Azara, Urquijo, etc.), dirigen un escrito al Presidente de la Junta Central, al del Consejo de Castilla, etc. para atraerlos, como mejor solución para España. La alternativa que tuvo indeciso a Blanco y aceptan muchos amigos ya citados, con voluntad de lo mejor para España. No lo comprendieron muchos. Como pasó, y sigue, en parte, pasando, con lo de Blanco.

La guerra, con Napoleón en la Corte, era lo contrario de la euforia tras lo de Bailén.

Aumentó la inquietud / con la noticia de haber evacuado a [sic] Madrid el infante-arzobispo, [?] / la certeza de que la Junta Central se retiraba hacia Sevilla.

Se publicó un bando / anunciando la llegada de la Junta Central el 16, y previniendo a los vecinos / [de] que debían tributar / los honores de la soberanía.

Así se hace. La Junta visita la Catedral: aguardaban el Cabildo y, en su Real Capilla, sus capellanes. Blanco constaba en los siete últimos cabildos de 1808.

El octogenario Presidente de la Junta, Floridablanca, llegó agotado. El 30, en cabildo extraordinario de sólo tres Capellanes, el Mayor, Blanco, y el secretario, leen un oficio:

Acaba de expirar el Serenísimo Sr. Presidente de la Junta Suprema / Entierro y honras de Su Alteza / en la Catedral / a las diez de la mañana del viernes 31.

Suenan 45 campanadas (doble de infante) y cañonazos cada cuarto de hora.

El cadáver / fue expuesto en el magnífico Salón de Embajadores / en el féretro de los arzobispos, / y dos alabarderos, con dos guardias de honor de la Junta de Sevilla, custodiaban los mortales despojos. / El entierro / penetró en el templo por la puerta mayor.

En Sevilla es honor inusitado. Esa puerta se abre para cada arzobispo tres veces: en su primera entrada; si viene de recibir el cardenalato; y... en su entierro.

Celebrada la misa por el Señor Co-Administrador del Arzobispado, / Floridablanca recibió sepultura en el panteón de reyes /, entre la descarga de la fusilería y / los cañones.

Símbolo del triste final, para España, de este intenso 1808.

2.9. 1809: DE SU AISLAMIENTO, A UN VIVO PERIODISMO POLÍTICO

Al refugiarse la Junta Central en Sevilla, la ciudad tendrá aún más resonancia en España; pero los sevillanos la acogen con dolores: muchas familias tienen hijos muertos en batalla, o prisioneros: Fernando escribe desde Moulins (Francia), a inicios de febrero; su caso angustia en la madre, enfermiza por las ideas de José María; la

pobre señora confiesa que llora y que no puede más. No veo más sobre el prisionero hasta una carta suya de mayo, desde Dijón. Noticias de guerra como la evacuación inglesa por La Coruña parecen censuradas para adormecer al pueblo; pero cala la caída de Zaragoza, tras más de 20.000 habitantes muertos.

En los primeros meses de 1809, Blanco cumple su odiado deber de Capellán: sólo falta a 8 de los 38 cabildos del año; y vive intensa actividad política con Quintana y contertulios de Madrid huidos a Sevilla: hubo arreglo tras el inciso de Godoy; confían a Blanco la parte política del *Semanario Patriótico* en su etapa sevillana. Y es claro el elogio que hace éste:

Mi amigo el poeta Quintana, uno de los españoles más honestos y más capaces /, vino con el gobierno / . Fue nombrado Subsecretario de Estado con el / propósito de que escribiera / en nombre de la Junta.

Si se vieran sólo las actas de los cabildos y las crónicas de esa Sevilla parecería que todo era pedir rogativas, hacer funerales, como el de Floridablanca, o el de dos vocales de la Central muertos en Aranjuez; presentar para obispo de Cádiz al Arzobispo Co-Administrador, o hacer procesiones, como una extraordinaria, de la Virgen de los Reyes. Pero la Junta Central aporta iniciativas: Tratado Hispano-Inglés; proclamas; envío de las normas de guerrilla elaboradas al final de 1808, etc. La respaldan hombres como Jovellanos, que, con matices de edad frente al Blanco que se revela ese año como periodista revolucionario, es gran patriota.

Hasta 1812, Magdalena no podrá decirle a Blanco que el 7 de enero tuvo un hijo suyo.

Aquel mes, España sufrió en Uclés una derrota como la de Alfonso VI, con horribles represalias. Eso abre otra vez Madrid a José I, al que su hermano el Emperador había obligado a residir en Burgos; hace su segunda entrada en Madrid. Eso convence a más españoles de que la corona está afianzada en él, con respaldo de

Napoleón, que, dejada España a causa de la Quinta Coalición, vence y se afirma en Europa. 1809 no es el vertiginoso 1808 y la impresión de cuanto se investiga ese año es de cansancio ante la rutina de la guerra, que se ralentiza: guerrillas, apoyo inglés, y coalición con otros.

Las Juntas, constituidas por las clases dominantes, eran impopulares. En Sevilla conviven tres compartiendo el Alcázar: la Central, la antigua Suprema (ya una local más al llegar la Central), y la llamada 'Junta Chica', oficiosa, del despacho del secretario Garay, con influjo de Quintana y amigos. Blanco ocupa la sección política del *Semanario Patriótico*. A estos innovadores lo apoyan escasos dirigentes; el resto, conservador, desconfía o se opone.

La Central indulta a tres ladrones, ya en capilla; prerrogativa regia. Pero dio

el primer terrible ejemplo de su severidad con los delitos de infidelidad a la patria haciendo aparecer en la horca / a un hombre / con la inscripción siguiente: «Blas Mola, condenado a muerte por la Junta de Seguridad Pública, por traidor a la patria».

Eso se repetirá, en 40 días, con un ex trinitario, un cómplice de éste, y un francés: Blanco y sus amigos verían que era inútil ir del absolutismo de un rey al oligárquico, o volver a lo anterior: había que aprovechar la ocasión, y que el pueblo fuera libre.

El *Semanario Patriótico*, iniciado por Quintana en Madrid al quedar liberada tras Bailén, fechó su número XIV casi a la vista de Napoleón. La Junta Central quiso controlar su reaparición en Sevilla: nombró censor a Quintana, sin ver que pensaba como los redactores, Blanco y Antillón, que aceptaron someter sus artículos a Garay, pero sin autocensura. Desde primeros de mayo, los jueves, ese periódico amplía su éxito de Madrid. Eso es básico para saber cómo evoluciona Blanco, que expone allí ideas revolucionarias. Lo llamaron «Órgano de la Junta Chica». Blanco destaca como van-

guardia de la libertad de prensa, en la sección política. El catedrático Isidoro Antillón, su amigo desde el Pestalozziano, aceptó dar noticias de la guerra. Blanco se modera ahí en la forma, por prudencia, pero es revolucionario en el contenido: debe ser leído según aquella sincronía, muy distinta de la actual. Su principio básico es que se ha de unir guerra y revolución. Prevé la reacción absolutista. Quiere una constitución basada en la historia española, e insiste en un proyecto que Jovellanos, una generación anterior, ve peligroso: urgente convocatoria de Cortes al estilo francés, reforma económica y social, derechos del hombre. La advertencia «A los lectores» que encabeza el primer número de Sevilla indica que el periódico será fiel a la verdad que defendió en Madrid:

El / Semanario Patriótico / aunque ya no pudo contar / con
el bien conocido literato que fue / su órgano más digno,
valióse de él para / revivir en otras manos. / En tanto que
en él respire la verdad, / el Semanario será el mismo.

El periódico despertó entusiasmo en el pueblo y suspicacia en miembros de la Junta que veían voces independientes. Blanco entiende sus limitaciones en el campo político:

Mi ignorancia, aunque muy grande, era / menor que la
normal entre los españoles. / Había leído algo / pero / lo
que podía escribir no era más que frases contra / el abuso
del poder. / A pesar de nuestra falta de libertad, / se dieron
buena cuenta de que teníamos más cosas que decir.

Al Duque del Infantado, militar irresoluto, no le gustó cómo Antillón narraba la guerra, y se lo dijo a Quintana. Al ser éste responsable del *Semanario*, Antillón prefirió no seguir.

Blanco insistirá en el tema tabú de convocar Cortes, lo que forzará el final: aunque había moderación de forma, latía un atrevimiento antiabsolutismo. Aludiré a lo básico en artículos.

El primero es «Política». Tras recordar que no se puede «forzar la voluntad / de una nación entera», la anáfora ‘morir o ser libres’, clave del artículo. En momento difícil, la «mal perdida batalla» de Medellín, dice que es posible vencer. La palabra final del artículo, *libre*, apunta: quiere a su pueblo no sólo libre de invasores, sino de cuanto trabe su libertad.

El segundo artículo, «Del egoísmo político», denuncia el despotismo del gobierno español tradicional y lo opone a las virtudes de la nación. El único medio de vencer a Napoleón y a lo arbitrario es la reforma: luchar contra los enemigos del interior, que la rechazan:

Guardaos de aquellos a quienes veáis agitarse por el mando
/ sin límites y / destruir el imperio de las leyes; / sin el cual
todo mando es tiranía.

Un miembro de la Junta se reconoció donde Blanco acusaba, entre líneas, a viejas instituciones, de usar la guerra para perpetuar su influjo. Blanco añadía:

¿Cuál es el hombre que puede salvaros? El que temiendo /
la responsabilidad de los empleos, siente poco / las ventajas.
/ Estableced leyes que enfrenen la arbitrariedad.

Avisa del ataque de ciertos poderosos a lo que mine sus pretendidos derechos. Usa la prensa mientras puede por lograr libertad e igualdad. Sabe que pueden evitar información. Pide que «en la común desgracia / sepan despojarse de lo que llaman sus derechos».

Arrojemos, dicen, a los franceses; como si recelar / el mal
gobierno que los trajo / nos distrajera de perseguirlos; /
como si / estuviéramos seguros de ver establecer nuestros
derechos. Españoles: los pueblos no mejoran de suerte sino

/ a dos pasos de la ruina. / La común desgracia reúne a los hombres y los hace mirarse como hermanos.

Esa no era sólo la opinión de Blanco: reflejaba la de los que Pons juzga más *jacobinos*: Garay, el secretario de la Junta; Argüelles, futuro presidente de las Cortes de Cádiz; Toreno, luego historiador de aquella guerra; o Lord Holland, amigo de Blanco, y puente entre éste y Jovellanos. En la Junta hubo voces para que el *Semanario Patriótico* terminara.

Quizá ante esa reacción de privilegiados, usa en el siguiente número un artificio: pone en lugar lejano problemas del país: «Revolución en Suecia»: indica tretas de Napoleón.

Ha ganado las tropas del monarca / y las ha hecho instrumento de una revolución.

Tras eso, dispara contra el absolutismo en «Política: de los nombres Libertad e igualdad»: excesos de la Revolución Francesa influyeron en España contra esos nombres:

No ha quince años que nos hicieron pelear con los franceses porque quisieron ser libres; hoy peleamos con ellos porque no queremos ser esclavos. / El francés oyó *libertad*, y creyó que ya no tenía / leyes; oyó *igualdad*, y juzgó que se había acabado respetar autoridades. El español, / escarmenado de los excesos, / sólo entiende por *libertad* la exención de un yugo extranjero.

Este artículo, y el siguiente, se centran en la libertad política; el tercero, en la igualdad.

La libertad política consiste en que una nación sólo esté sujeta a las leyes que / haya reconocido. Esta libertad general vive de sacrificios de la de cada uno. / La libertad no es

/ exención de obedecer. Es el derecho de conservar la dignidad / obedeciendo / a las leyes; / despotismo es estar dispuesto a someterse al capricho.

Estas palabras sembraron ideas *inauditas* para el común de los españoles de 1809, aunque parezcan hoy de uso común; él las divulgó con valor.

El segundo de esa miniserie de tres artículos tiene como título, por calmar a los opositores: «La libertad política no se opone a la monarquía». Matiza algo que a los diputados costará al menos exilio interior; a veces, largo destierro, al volver el absolutismo.

La forma parlamentaria inglesa influirá en el Blanco del exilio; pero el de 1809 era, en eso, más revolucionario. Por eso Lord Holland escribió a Jovellanos:

Me dijo alguno que / Saavedra tiene un Blackstone, y pareciéndome que su lectura / enseñará un modo muy sabio, y no francés de tratar / de libertad y Constitución, me he atrevido a decir a Blanco (que lee inglés como yo), que tal vez se lo prestara Don Francisco Saavedra, que / tiene muy poco tiempo para divertirse en [sic] leyendo.

Quizás por esos influjos, y no sólo como táctica, Blanco defiende la monarquía, aun al recordar que a veces se atribuyó «derechos que sólo pueden competir al hacedor supremo». También lo hace ante excesos de la Revolución Francesa:

La experiencia / ha corregido parte de estos errores, y los derechos de los reyes se han aclarado con los embates / que han sufrido del furor de los pueblos /. Cuando decimos autoridad legítima, / la ilimitada, / por el hecho de no tener límites sería / injusta: / ninguna puede ser tan absoluta que tenga facultades de causar el mal.

Blanco ha de hacer equilibrios ante la oposición: usar 'ilimitada' por 'absoluta'; 'súbditos' por 'ciudadanos', etc. Para acabar su tesis deplora el reciente pasado español:

Los pueblos que no tienen medios legales de obtener justicia, vienen / a tomársela por su mano. / Haya un cuerpo de ciudadanos / conservador de una Constitución.

Eso debía de parecer herejía a mentes del Antiguo Régimen: deja pasar dos números.

El Papa excomulga a Napoleón, que había invadido los Estados Pontificios. Éste tomará represalias contra el pontífice, lo apresará, tras el triunfo francés en Wagram, y lo internará.

El tercer artículo, «De la igualdad», recuerda excesos de la Revolución Francesa:

Aún no está enjuta la sangre que vimos correr a título de establecer esta igualdad absoluta / que miran como imposible los filósofos.

Denuncia injusticias; mas admite derecho a propiedad en lo logrado por trabajo:

La opulencia de las clases superiores / cuando el pueblo apenas alcanza una miserable subsistencia, causa un horrible trastorno. / Como para vivir los hombres en sociedades han tenido que sacrificar parte de su libertad natural, igual sacrificio han hecho de la igualdad / pero / del desorden mismo nacerá la venganza.

Sus palabras sonaban a revolución, aunque hasta en el tono se va moderando. Blanco escribe también «Sobre la oportunidad de mejorar nuestra suerte»: urge que la unidad ante Napoleón se use para asegurar reformas necesarias. Sobre esa unidad señala:

En España cuando se vio conspirar a los que gobernaban para entregarnos /, lo que no habían hecho / siglos de vejaciones lo hizo un instante de afrenta.

Propone, para solventar la desigualdad social, una alternativa:

La prosperidad del estado es la / de todos y sólo lo arruinan aquellos que / cortan el árbol para apoderarse de su fruto.

Esas palabras sonarían en 1809 como a demasiado revolucionarias a los partidarios del Antiguo Régimen, mayoría en la Junta Central. Él, se queja de tener que escribir a medias:

Si / decimos verdades amargas y arrostramos un odio / injusto / es por advertir / que se escapa el momento en que / cada uno contribuya / al bien.

La serie «La España necesita un remedio general y poderoso», aborda convocar Cortes:

Poco más de tres siglos han pasado desde que la España pudo llamarse una nación indivisa. / Mirábase la nación desgarrada en facciones de los poderosos. / Cansados los pueblos / prestaron sus brazos a un ministro activo y mañoso para destrozar los pequeños rivales de Fernando el Católico, y desde entonces no se oyó en España otra voz que la del monarca. / Un / enlace de familias / vino a hacerla herencia de una casa alemana. / Pasó el brillo / de Carlos V, y / un Felipe II / tuvo que emplear la intriga a falta de las fuerzas que había consumido estérilmente. / Vino en pos la suma debilidad unida al despotismo sumo/. Legada como heredad, / destrozó sus entrañas para decidir / entre dos extranjeros; / en nuestros días, en manos de un aventurero / estuvo a un paso de ser presa de otro.

Tras ese esquema del reciente pasado histórico español, exhorta al realismo.

Españoles. no os engañéis acerca de vuestra situación presente. / No debemos destrozarnos lo que nos dejaron; además, debemos suplir trozos inmensos que faltan.

Seguir con «¿Cuál puede ser el remedio / para nuestros males?», indica que planeó todo desde un principio, pero dosifica, prudente, las entregas. Plantea una prioridad: expulsar al invasor; no se logrará sin mejora interior. Astuto, pone la clave a pie de página: que el gobierno ‘prepara’: elude, prudente, un verbo que denuncie lo real: como ‘retarda’.

El gobierno trabaja / en preparar la convocación de Cortes.
/ Damos principios.

Plantado eso, insiste en su urgencia y en cómo realizarlo sin anarquía tras despotismo:

El odio a los franceses, sirviendo de lazo a nuestra unidad,
/ nos ha liberado de / la / anarquía. / ¿Cómo podrá verificarse esa unión? Dando a todos parte en los negocios.

Sabe que pide cambiar del Antiguo al Nuevo Régimen: basa la autoridad en el pueblo y niega que resida directamente en el rey. Sabe que la vuelta de éste puede traer represalias para los que sigan esos principios. Y que todo eso afecta, con más gravedad aún, a la Junta, en la que tantos se oponen: aun prescindiendo de egoísmos, saben que representan al rey, quien, en ese caso, repudiará la nueva teoría. Ve dos temores más: que los ‘representantes’ se arroguen el poder permanente, y que vuelva el Terror de la Francia revolucionaria: por eso subraya lo provisional de los *representantes* y el papel *básico* del rey:

Este poder no llegará a deslumbrarlos, / sabiendo que en breve, / han de volver a mezclarse con nosotros. / Un hombre / destinado por / las leyes para hacerlas observar / recibirá / amor / en cambio del respeto que / ha de tributar a esas leyes.

El número siguiente sigue la argumentación, y alude a algo para algunos impronunciable:

Elección de representantes que / representaran a todos los españoles, para / Cortes. Así volvería a su antigua fuerza aquel ardor primero / de esta guerra.

Tras venir Napoleón, se pasó, de la loca euforia por Bailén, al desaliento; Blanco prevé el avance francés, pero indica un temor mayor: perder el control de aquel fuego:

Nada hay que temer del fuego del patriotismo cuando está dirigido por un cuerpo nacional según lo apetece; / ningún otro remedio podrá sanarnos sin / violentas convulsiones. / [Los representantes] verán cómo el bien de cada uno pende del de la nación que representan; / reconocerán las ventajas de los mutuos sacrificios. Haya en España / Cortes que merezcan / aquel nombre, y ellas irán formando la constitución que necesitamos.

Blanco anticipa que imagina unas Cortes perfectas; aunque quizás, en su ardor patrio, ve —entonces— como perfecto al pueblo del que deben salir. En el fondo, es idealista:

La ciencia de gobernar se aprende como las demás, errando. / A una representación inexperta sucede otra que se ha instruido, / y en breve, / apenas puede nombrarse un individuo del pueblo que ignore lo que conviene al Estado.

El artículo, hacia el final, pone el ejemplo de Inglaterra, con su parlamento.

En el número siguiente del *Semanario*, Blanco no publica: le escribió a Lord Holland:

Se me ha impedido / escribir el Discurso sobre la Nobleza.
/ No conviene lastimar el orgullo de esta clase ni predisponerla en contra. / Ventajas de / tono conciliador.

Poco antes había agradecido a ese lord el consejo de unir la causa del rey con la de la Libertad. Eso, y el modelo inglés, explican que Blanco mantenga su ideal de monarquía. Entonces se gana la batalla de Talavera, que levantó los ánimos de los aliados.

En el número siguiente del *Semanario*, vuelve a la carga con el artículo «Problema político». Comienza con un lema antiabsolutista:

El que puede todo lo que quiere, no es posible que sólo quiera lo que debe.

Glosarlo basta para hacer el artículo. Traduce eso a «términos sencillos»:

¿Cuál es el modo de equilibrar el poder / de forma que quitándole la facultad de dañar a la nación, no se disminuya la fuerza que debe tener para gobernarla? Objeta el sistema republicano por «su complicación infinita y / su agitación perpetua».

En nota, insiste en lo urgente de una Constitución:

¿A qué se reducen las leyes fundamentales de la república romana? A una sola proposición / : el pueblo romano sólo recibe leyes de sí mismo.

Prueba por la historia cómo hasta los bárbaros mantenían privilegios frente a sus reyes, y propone el ejemplo moderno de Inglaterra. Indica «*Se continuará*», pero no sigue en el número siguiente. De éste, Llorens edita como de Blanco la nota necrológica «En la muerte de Haydn». Es el estilo de Blanco, que amó la música, tocaba la flauta travesera, el piano, el violín...; pensó en vivir de eso en Estados Unidos, conoció por ella a Amorós... Haydn había muerto hacía más de dos meses. Blanco usa el tema para el contexto: ataca a Napoleón, con aquel motivo:

Los pocos días que sobrevivió a la ocupación de Viena manifiestan bien que esta aflicción abrevió su vida. ¡Pobre y respetable anciano!

Seguirá: «Continúa el problema político. *Elección de los cuerpos nacionales*».

Detalles hoy rancios limaban reparos. Indica la finalidad de esos cuerpos:

Impedir que los que no tienen parte alguna en / los negocios públicos sean víctimas de los que tienen el poder. / La multitud de hombres / ha hecho que muchos nieguen el proyecto / de representantes como / cosa que sólo puede existir en los libros.

Refuta, en anticipación, que representar a todos sea pura teoría, y propone:

Si no es posible que todos los individuos de un reino dilatado vayan a pronunciar su voto, / puedan al menos escoger un cierto número en cuyo voto se comprometan. / Con sólo presidir votos el párroco y el más anciano puede gozar la nación más extensa del derecho que la hace libre.

Otro '*Se continuará*' aplaza lo que irrita a privilegiados. Dosifica. El número siguiente trata «De la organización de los cuerpos nacionales». Soluciona dificultades:

¿Y si [los representantes] abusan de sus poderes? El que tiene necesidad de atravesar un país infestado de bandidos, busca gente armada / que le defienda; si / le despojan los que llamó, / era un necio que se fió de gente no acreditada, o es tan corrompida la tierra en que se halla que vale más caminar solo.

Afirma que hay que confiar en gente acreditada; pero prosigue contra otras objeciones:

¿Qué se ha de hacer con el representante que desatienda los intereses que le han confiado? / No pudiendo acordar nada entre muchos sin que todos cedan algún tanto, ¿quién se vería libre de acusaciones de infidencia? / Han de considerarse como unos compromisarios a cuyo parecer se someten los ciudadanos /. Si estos compromisarios pueden / ser todos injustos / conserva el pueblo el derecho de sustituirlos.

Cortaba el artículo un «*Se continuará*»: pero sólo hay de Blanco, sobre eso, el «Dictamen sobre el modo de reunir las Cortes en España».

Napoleón se ha apoderado del Papa, y parece amo de Europa. España va a celebrar el aniversario de Bailén. Se decide que, en acción de gracias por el aniversario, haya misa solemne en la Capilla Real. Los aspectos de religiosidad externa parecen más ante la escasa operatividad práctica. Las huellas de la guerra, la inseguridad política, el bloqueo continental, etc., se notan en el problema económico creciente; no cuaja la alianza angloespañola... y el Antiguo Régimen puede tanto que Blanco prefirió el silencio a

someterse a su presión, y cierra la etapa sevillana del *Semanario Patriótico*. Inserto aquí su «Aviso al Público»:

Preveíamos que el Semanario podía encontrar obstáculos. / Nos vemos en la dura necesidad / de suspender nuestros trabajos. / Quienes nos han honrado con su aprecio sufrirán mejor que se interrumpa el Semanario que verlo mudado.

De otras actividades de Blanco en esa etapa de periodista, destaco las de su Real Capilla:

Propuso el Sr. Magistral que en atención a la desora [sic] y trabajo material de la misa diaria que se decía a los Sres. de la / Junta en el Real Alcázar, / vinculada a quatro [sic] reales sólo, / se asignase a dichas misas estipendio correspondiente.

La idea se aprobará, *tras cita*, de modo muy de aquellos cano-nistas:

No se trata de aumentar estipendio sino sólo de remunerar el trabajo material de ir al Palacio y conservarse en ayuno hasta las once de la mañana.

Pese al escaso trayecto y quizás por el rígido ayuno (desde el día anterior) se asignan al celebrante nueve reales por día «quedán-doles libre la intención»: la usual era de tres reales.

Señalo el descenso de documentos constatado en Sevilla. Datos que quedan parecen ajenos a los problemas reales: González de León alude al *Tè Deum* por la discutida victoria de Talavera; la llegada de Wellesley, probable ocasión de la oda de Blanco a este general, las habituales procesiones... La exposición del cuerpo de San Fernando, pedida por la Junta, fue la víspera de la trascenden-

tal derrota de Ocaña, que abrió Andalucía a los franceses. Un cronista tardío sólo nombra, de esos meses, lo de Wellesley, y actos de la Orden de Carlos III. Antes de cerrar Blanco su periódico, salió un *Diario de Sevilla*, 'piadoso', ajeno a la guerra; Lista inicia en octubre *El Espectador Sevillano*. También molesta a la Junta: ésta, al huir de los franceses, no paga al redactor, que suspenderá la publicación. Un nuevo periódico, *El Voto de la Nación Española*, en la línea constitucional de Blanco, es más moderado. Contrastan los pocos papeles de la Sevilla previa a su invasión, y el hervidero de la colección documental del Fraile.

Es verosímil que Blanco cumpla sus turnos en la misa de la Junta, hasta que ésta avisa que se suspenda, por el calor. En octubre se celebrará de nuevo, pero él quizás no vaya:

Se concedió la licencia que fuese necesaria al Sr. Magistral para que pasara a Cádiz con objeto de recobrar su salud.

Ésta es ahora pretexto para volver una vez más a aquella ciudad. Veía que los franceses invadirían pronto Sevilla; y quería sondear la posibilidad de emigrar. Aprovecha que sus padres prefieren eso a que lo apresen como a Fernando o, según dice que temían más, pasara al bando rival como amigos de juventud que vieron irreversible, y mejor, la situación. Cuenta:

Tuve ocasión de ir a Cádiz. / Todavía estaba fresca la impresión que habían producido mis palabras de despedida. Al entrar en uno de los cafés / un desconocido se dirigió a todos los reunidos para agradecerme / el espíritu de independencia.

No consta cuando volvió; sí que faltó a tres cabildos seguidos; hay saltos en éstos; no consta de otras actividades suyas. Destaca la derrota de Ocaña, el 19 de noviembre:

Terror y abatimiento sembró por el reino la rota de Ocaña.

Sin precisión de cuándo escribió Blanco su «Elegía patriótica», nada impide aludir aquí a esos versos de Blanco. Describe «desastres de la guerra»; como Goya. Quizás no sea el último poema de Blanco en España, pero nada impide ponerlo como final de 1809.

2.10. 1810: HASTA EL 23-FEB.: PREÁMBULOS DE SU EXILIO

Al comenzar 1810, el imperio napoleónico parece consolidado y en España va a conquistar, en poco más de un mes, Andalucía, salvo Cádiz. En Sevilla hay gran pesimismo; la Junta reconoce su fracaso y convoca a Cortes para el 1 de marzo. En ese clima de tensión apenas veo documentos reseñables. La Junta se convoca en la isla de León, hoy San Fernando (Cádiz), con pretexto de preparar Cortes. El pueblo intuye eso como excusa de sus dirigentes para huir ante los franceses, y el efecto es muy negativo. Un día antes se habían dado normas para requisar lo de procedencia francesa; lo sensato era lo contrario: guardarse del previsto saqueo francés. El cabildo Catedral preparaba la custodia para un traslado inminente a Cádiz; los capuchinos hacían igual con sus cuadros de Murillo, etc. Y muchos buscaban cómo huir de la inminente invasión. Sería en silencio, mas no en secreto para el pueblo.

El 20 de enero, los franceses pasan Despeñaperros. Acampan en Bailén, por borrar el recuerdo de la derrota, e iniciar un paseo de conquista por el valle del Betis; tomada Córdoba, se presiona para que se acate a José I; entre los 17 canónigos que le juran fidelidad está Arjona, siempre galicista. Las noticias llegan pronto a una Sevilla con temor. Los capellanes reales deliberan si exponer el cuerpo de San Fernando. La inquietud crece, y, en la madrugada

del 24, la Junta Central huye en secreto. Una agitada multitud, al enterarse, llena el patio a la entrada del Alcázar. La Junta Local de Sevilla parece recobrar protagonismo. Pero el 25, una masa pedía la Regencia.

Un religioso / exhortó al pueblo / a obedecer a sus autoridades / y sus razones / acabaron de convencer / para dejar a la Junta que deliberarse. / En la tarde del propio día se hizo una misión piadosa. / El día 26 hubo también misiones. / En la catedral se hicieron rogativas; descubrióse el cuerpo de San Fernando / ; en las parroquias estuvo expuesto el Santísimo / todo el día; y algunas hermandades celebraron funciones.

El clima de refugio en lo piadoso sigue, sin plan militar, ni noticias. El 29, Blanco, con anuencia de sus padres, no esperable en otras circunstancias, embarca hacia Cádiz:

Tomé la determinación de abandonar España. / Aquellos que me amaban dejaron / de oponerse a mi proyecto. / En particular, mis padres. / Su temor de que el partido afrancesado tratara de conquistarme no era de ninguna manera imaginario.

Unas líneas atroces indican su dolor al desgarrarse de sus seres más queridos:

La aproximación de las tropas de Napoleón / me ofreció la oportunidad de salir / sin levantar sospecha sobre los motivos reales. / No pude menos de sentir una pena indecible al cruzar / el umbral de la casa de mi padre y cuando su figura / desapareció de mi vista. / El tiempo / no ha sido capaz de curar las heridas que esta separación causó en mi corazón, pero tan grande era la amargura de mi esclavitud espi-

ritual que jamás la más leve sombra de pesar por haber salido / ha aumentado el dolor del duro paso.

He visto casos similares por intolerancias que denunció ante Dios y ante la historia. Dedico este libro a esos Blanco White: no están solos sino «ante los ojos de los que no saben». Sigue:

El socio de mi padre / y su mujer, / con otro pariente nuestro, un / dominico / habían decidido / esperar en Cádiz / acontecimientos. Me uní a la partida.

Vuelvo por un momento a Sevilla, lo que nunca más podrá hacer Blanco: el día 30 se supo en la desconcertada ciudad que las avanzadas francesas llegaban a Alcalá de Guadaíra.

Alborotada la plebe, salió / ensayando una defensa temeraria. / El día 31 / se reunieron / las autoridades / ocupándose de los términos de una capitulación honrosa. / El / primer día de febrero / entraron en Sevilla [los franceses].

Omito narrar los repiques y los acatamientos al nuevo rey. Sigo con el viaje de Blanco. Exagera al añadir que «hasta el tercer día» no llegarán a la desembocadura: el cálculo más bajo equivale a más de cinco veces ese trayecto, pero el viaje se le debió hacer interminable.

A la mañana siguiente / pudimos embarcar en el navío inglés / rumbo a Cádiz. / Encontramos el puerto y la ciudad en estado de total confusión.

Sevilla había sido tomada. Resumo su última estancia en Cádiz, de casi cuatro semanas.

En la vecina isla de León, la Junta, viéndose tan impopular, decidió que la sustituyese una Regencia; ante la presión

popular en su contra, hubo de adelantar el traspaso de poderes.

Blanco, aun con «impaciencia por dejar el territorio español», debió de pensar si no sería más útil para su patria el quedarse *entonces* en ella. Llorens cita un episodio sobre eso:

Cuando pidió / el pasaporte no dejó de expresar su intención de quedarse, si acaso se le creía útil. La contestación / fue entregarle / sus papeles y desearle buen viaje. El 23 de febrero de 1810, Blanco embarcaba en el Lord Howard rumbo a Inglaterra.

La autoridad en el caso, Bardaxí, temía el influjo del ideal de Blanco. Lo experimentará. Vuelvo al viaje hacia el exilio. La salida se complicó una vez decidido. Dice Blanco:

Cuando ya estaba todo dispuesto para la partida tuvimos que esperar / que entrara en Cádiz una división de tropas inglesas. / Tuve ocasión de ver / que las tropas francesas ocupaban la costa al otro lado de la bahía.

Intercala, en ese contexto, que una monja sin vocación (María Francisca Barreiro) le rogó que la llevara con él. Blanco vio que suscitaría peores comentarios, y no aceptó; aunque dice que no olvidaría a ese pobre mujer. Le dejó contar sus emociones al ir perdiendo de vista a su patria:

Estaba en alta mar bajo la protección del pabellón inglés y, al mismo tiempo que el sol empezaba a levantarse sobre el horizonte, la hermosa ciudad de Cádiz se iba hundiendo lentamente en las aguas. Una sombra de melancolía pasó por mi espíritu al pensar que nunca más volvería a ver sus altos edificios blancos, y traté de consolarme con la con-

templación / del océano, que se abría en inmensa soledad
delante de mis ojos.

¿Se libera por fin? Eso cree. Pero, como triste comentario a esta ilusión, queden como eco de su huida a Madrid los tres primeros versos de su «Elegía a Quintana»:

No muda el corazón, tan sólo muda
de cielo el infeliz que su destino
quiere evitar huyendo el patrio suelo.

TERCERA PARTE

EL EXILIO, HASTA VOLVER DIPLOMADO
A OXFORD

3.1. (23 FEB. 1810-DIC. 1811): INICIOS EN INGLATERRA Y EN *EL ESPAÑOL*

EN 1810, cuyos inicios narré como preámbulo del exilio de Blanco, Napoleón parece en su apogeo. Divorciado, se casa con María Luisa de Austria. Blanco ha visto a sus tropas frente a Cádiz, reducto andaluz de la Regencia. Blanco inicia *El Español*, de influjo en las Cortes, y en la independencia de la América española. Bardaxí, que lo alejó, se queja ya de él al embajador español en Londres. Aunque en Blanco hay ruptura, no puede olvidar la situación de sus padres en Sevilla y de Fernando confinado; y la guerra le impide comunicarse con sus seres queridos. Muchos amigos recientes se tornarán más enemigos que los franceses; y éstos le han quitado su Magistralía, reclaman las rentas de ésta, y presionan a su familia: el padre fue vicecónsul de Inglaterra; tiene un hijo prisionero de guerra y otro, exiliado. Blanco marchaba, además, hacia Inglaterra con la fe perdida y sin saber que dejaba en España un hijo. Comentó:

Con unos sentimientos mezclados / que no encuentro palabras para describir.

En ese contexto apenas narra del viaje más que cierta indisposición; en su *Autobiografía*, da más pistas sobre ello. Las incomodi-

dades, con la litera más alta de un destartado camarote, le harían ser escueto al narrarlo. Sigo transcribiéndole:

Nos dio alcance una fragata que, afortunadamente, resultó ser inglesa. Nos encontramos con una tormenta cerca de las islas Scilly, y pasamos la noche con cierto peligro, pero / no me sentía temeroso en el mar, lo que no les sucedió a dos o tres de / los pasajeros españoles. Uno / vino a pedirme la absolución por si / naufragábamos.

Ya hizo singladuras de Sanlúcar de Barrameda a Cádiz, y en sus primeras crisis deseó ser guardiamarina. El mar le apasionó; lo refleja un poema, muestra de la dificultad para entender un texto suyo: el viaje es en 1810, lo relata en 1819; el primer poema sobre él es de 1826; hizo luego otro relato, y en 1838, una nota aclaratoria de aquel poema; que se edita póstumo: en 1845. De la petición que le hicieron, comento que quien le pidió la absolución sabía que Blanco era sacerdote; y éste, pese a estar entonces apartado de la Iglesia, y a faltarle la jurisdicción necesaria (salvo el caso, sólo probable allí, de peligro de muerte), e incluso la fe en todo eso, no rehusaría tranquilizar a un compatriota. Continúo su cita:

Pudimos ver el cabo Lands End antes que una / niebla inglesa cayera sobre nosotros.

El episodio de la fragata evoca el intento de bloqueo napoleónico a Inglaterra, destinado al fracaso, sobre todo por la derrota de Trafalgar; pero que obligaba a que la ruta se apartara de las costas francesas; a apoyarla como sugiere la presencia de ese barco de control; a acercarse a las citadas islas, más de cien millas al oeste de las actuales rutas desde el sur de España a Gran Bretaña; y a divisar el Lands End como lo primero de ésta. Blanco narra su arribada:

Eran casi las once de la mañana del 3 de marzo de 1810 cuando anclamos en el puerto de Falmouth. / No había sentido / preocupación, pero los once días pasados en el mar en las circunstancias menos confortables me habían producido una indisposición / que no podía menos de influir en mi espíritu. / No había pensado en proveerme de ropa / para el clima inglés. Un frío como nunca había experimentado me caló hasta los huesos. / Sentí como si fuese a desembarcar en la tumba.

Otra muestra en errores de Blanco: el viaje no fue de «once días», sino de poco más de ocho: entre las dos fechas indicadas hay un final de febrero no bisiesto; en otro texto, adelanta la llegada en un año. Además muda el ambiente en textos paralelos: en uno, a los padres, sin duda, por animarlos, evocará un verde paisaje inicial, en lugar del borrado por la niebla; en el aludido donde equivoca hasta el año, contrasta con los lóbregos pensamientos antes citados la «agradable impresión» que, cuenta ahí, tuvo en su llegada; y en otro explicita eso en una de sus *Cartas sobre Inglaterra*: cuando su efusión por ésta le hace llamar ‘dije’ a Falmouth, ‘palacio’ a la posada donde comió, y ‘coupé’ «digno de un canónigo de Sevilla» a la silla de posta en la que su amigo el pintor Lascelles Hoppner, hijo del famoso retratista, lo llevó a Londres. Hace años aludí a los amores de Lascelles y Rosario, hermana de Cepero: retrasaron la vuelta del enamorado; y la muerte del padre de éste fue la primera noticia para los recién llegados. Tras ese otro viaje de 80 leguas, Blanco acompañó al amigo a casa. Allí, en su angustia, éste subió corriendo y lo dejó solo, largo tiempo, en el carruaje...

Al fin mi amigo se acordó de mí, pero en vez de mandar a un criado que me condujera a una casa de huéspedes, me invitó a entrar. Difícilmente se puede concebir un momento más inoportuno. / Aproveché el primer intervalo de algo así como silencio, para manifestar en mi pobre inglés mi

sentimiento / y mi deseo de que me indicaran donde podría encontrar alojamiento.

Lo halla en el Hotel Fenol, en la actual plaza de St. James. Y descansa largamente. Al despertar mira por la ventana y ve un penoso paisaje que golpea aún más su ánimo:

La suciedad, el humo y la oscuridad parecían tener / posesión de todo lo que veía. / Lo que me desagradó más fue el ennegrecimiento por hollín en los edificios. / La ciudad entera parecía como / hecha con carbón y cenizas.

Es natural que, sobre todo ante el duro espectáculo de ese amanecer londinense, Blanco se preguntara, inquieto, qué hacer en Inglaterra. Su orgullo de hidalgo no le dejará «rebajarse» a trabajar como músico, como pensó en la distancia. En los últimos años no había podido ahorrar; según dijo, sólo sacó de España cien libras que le dejó Lucas Beck. Encubrió con su falta de previsión el ocupar una incómoda litera en el barco: juzgo eso un ardid de su orgullo hidalgo para ocultar que buscó un pasaje barato. Había que buscar ayuda. En su lista de recomendaciones estaba Mr. Children, con quien tenía excelente relación desde su visita a Sevilla. Vino en cuanto pudo, y no dejó de atenderle diariamente con comidas, espectáculos y relaciones sociales: pero sólo pudo hasta la pronta muerte de su reciente segunda esposa.

En casa de los Children había conocido a un gran número de buenos amigos; aunque siente ante ellos el complejo de su inglés con base en los toscos irlandeses de su escritorio infantil. Eso le hará estudiar esa lengua durante muchos años, intensamente. Pero, sobre todo al principio, es muy callado, y su obsesión es el sentirse «campesino en la corte», con clara idea de que sus palabras no podían expresar sus pensamientos, y sentía miedo al ridículo.

Otra familia que le ayudó mucho fue la del general Moore, muerto al evacuar los ingleses La Coruña, difamado por la Junta

Central, y defendido por Blanco al ver un libro sobre el caso: tendrá siempre gran amistad con esa familia. Pero quien más había influido en él, y más le apreciaba era Lord Holland; quizás la frialdad de su esposa, que creía inminente la victoria de España y no entendía que Blanco hubiera abandonado a su patria en guerra, impidió una relación inicial más fluida. Aún así, Blanco fue pronto un no infrecuente invitado en Holland House, donde comió ya a los diez días de desembarcar, con conocidos como Vega, diputado por Asturias, o Abella, con el que coincidió en el Pestalozziano. Puede ser que ya se tratara sobre editar lo que pronto sería *El Español*, la gran obra de Blanco durante sus primeros años en Inglaterra. Hay además otro influjo decisivo para crear el periódico aludido: Blanco tenía puestas muchas esperanzas en su amistad en Sevilla con Richard Wellesley, hijo del entonces Secretario de Asuntos Extranjeros. Éste último era el ex embajador en España y hermano mayor del ya Lord Wellington. A Blanco sólo le aconsejó publicar un periódico; y le presentó a un librero que le indicó al sacerdote emigrado francés Juigné. Éste lo obligó a trabajar en precariedad económica con muy duras correcciones. Se lanza a escribir *El Español* en una desvencijada casa, y publica un prospecto con su plan: ofrecer hoja y media de trabajos originales y llenar el resto con traducciones (para él, entonces, lo más fatigoso), de documentos públicos, debates parlamentarios y despachos militares. Evolucionará mucho, pero en este primer año tendrá de sobra con una dura adaptación a la vida inglesa.

La historia de los cuatro años y un mes de esa publicación (no «cinco años» contra lo que dice una vez Blanco), es base en la primera etapa de éste en Londres. Insisto en su vida privada, como sus estudios de inglés, griego y política inglesa, su evolución a posiciones más conservadoras en eso y en religión, y sus relaciones epistolares. Dedico al periódico lo indispensable para que este libro refleje, con su vida, una antología esencial de su obra.

Aparece el 30 de abril de 1810. Ya sus «Reflexiones generales sobre la Revolución Española» critican a la antigua Junta Central

porque reinstauró el antiguo despotismo. Al día siguiente, el Embajador de España en Londres denunciaba el periódico a Bardaxí, Secretario de Estado de la Regencia, quien, poco más de dos meses antes, prefirió que se fuera a Inglaterra un Blanco demasiado influyente, que dudaba si sería mejor para España quedarse en Cádiz.

Aunque para *El Español* remito a la obra ingente de Pons, he de citar párrafos, como éste:

Las provincias / decidieron unánimes salvarse del yugo que les amenazaba. / Los primeros que se ofrecieron para salvar al pueblo tumultuado, esos fueron elegidos para gobernar. / El nombre de Fernando VII / les hizo creerse autorizados a ejercer el miserable despotismo / que ellos habían admirado en el trono. / El acercarse Bonaparte a Madrid hizo huir a los centrales. / Llegaron a Sevilla y / siguieron / arrasando al precipicio a la nación desgraciada que los tenía al frente.

El tono le valió la indicada denuncia, y la crítica que Quintana hizo a Lord Holland:

He visto el primer número del periódico de nuestro Blanco y por cuanto hay en el mundo no quisiera que un amigo mío fuera el autor de semejante escrito.

Pero Lord Holland animaba a Blanco escribiéndole que si continuaba como había empezado tendría lectores en todas partes. Y el Secretario de Estado inglés para Asuntos Extranjeros envió a Cádiz cien ejemplares del periódico, con indicación interna de que éste sólo «se permitiría»: no se podían apoyar abiertamente ataques a un gobierno aliado, aunque fuera aquél de España. Blanco, en escrito muy posterior, rebajaba aquel centenar, no escaso para las reducidas tiradas de entonces, a «no más de dos o tres docenas». La publica-

ción era muy solicitada por seguidores de Blanco. El Gobierno inglés advirtió a su representante en Cádiz que algunos pasajes en ese primer número podían molestar a autoridades españolas: «Usted conoce bastante sobre el carácter de este hombre» [Blanco]. No hubo censura: a Londres le bastarían los consejos de Lord Holland y otros amigos a Blanco, y la evolución inglesa de éste.

El segundo número de *El Español* apoyaba el tema clave, temido por el Gobierno español, de convocar Cortes. Inserta el dictamen que hizo el propio Blanco, por la Universidad de Sevilla.

Bardaxí instó a controlar la actitud de Blanco. En el lado opuesto, Allen le escribió a éste: elogiaba *El Español*, y aconsejaba el lema: «Suaviter in modo, fortiter in re».

En el siguiente número, *El Español* sigue su política de presentar las Cortes como algo muy de la historia de España. Sus consejeros ingleses van moderando el radicalismo que no habían podido limar del todo en la época sevillana del *Semanario Patriótico*. Blanco avisa a Lord Holland de la llegada a Londres de Arriaza para combatir *El Español*; el lord influye mucho.

Blanco comenta en su publicación los sucesos revolucionarios de abril en Caracas: eso hará que la Regencia prohíba ese periódico en el imperio español, lo que... favorece divulgarlo.

La siguiente carta de Blanco a Lord Holland muestra que asimila la moderación: se propone omitir los defectos de la monarquía y usará la figura del rey como elemento aglutinante; aunque Blanco nunca confiaría en él. Y Lord Holland advierte a Blanco del orgullo del Duque del Infantado, quien forzó en 1809 la dimisión de Antillón como redactor en Sevilla.

En verano de ese 1810, junto a noticias de revoluciones en Sudamérica ante el vacío de poder en la metrópoli, publica que el pueblo reclama su soberanía originaria, para su seguridad, no, según Blanco, por rebelde ni por separatista. Distinto veía el caso de la revolución campesina en Méjico. Lo previó como fue: muy sangriento. En tanto, consejos de Lord Holland y Allen, ambiente parlamentario del Reino Unido y lecturas de teóricos ingleses de la

política, anglican la mente política de Blanco, que ya en el nº 5 de *El Español* defiende, en «Integridad de la monarquía española», autonomías bajo la corona; sabe que a muchos sólo les satisface la independencia, mas pide moderación. Añade:

En tanto que los españoles de uno y otro continente reconozcan / un mismo monarca, ¿cómo se puede decir que hay / separación política? / Nunca se aman tanto dos hermanos como cuando viviendo en / la misma familia, ninguno molesta.

Pero sus opositores de Cádiz no cejan; algunos ya estaban contra Blanco antes de su exilio. Y fue, tras éste, más maltratado por crónicas. Quizás la que más le dolió fue una de *El Observador* de Cádiz: por las siglas, parece firmada por su amigo López Cepero. Lo peor fueron las calumnias. Pero Lord Holland le da a Blanco prudentes consejos, como no distinguir entre Madre Patria y colonias; supremacía de un gobierno en España en cuestiones imperiales de guerra y paz; y Cortes a la inglesa, con dos Cámaras. Y además de apoyarlo, le envía impugnaciones publicadas en Cádiz, como las de *El Observador* y panfletos gaditanos, que Blanco no podía soportar. Pregunta a Lord Holland, por si pretenden expulsarlo, sobre sus derechos de ciudadanía; éste le informa bien. De septiembre destaca una explicación de cómo se debate en los Comunes. En octubre se limita a asuntos de trámite y sigue lo de las Cortes.

En carta a Lord Holland reconoce Blanco que aceptaba la separación, sin violencia, de América. Destaca su correspondencia con Bentham: que influirá mucho en moderarlo y le da la idea de que la libertad de prensa está mal enfocada en las Cortes de Cádiz. Blanco confiesa estar bien curado de su «jacobinismo de buena fe». Hay más pistas de influjo moderante.

En diciembre apenas hay datos de Blanco, inmerso en su periódico. Examina la Constitución proyectada; y en «Reflexiones sobre la libertad de imprenta», rechaza criterios inseguros:

Iría a consultar a los jueces lo que puedo hacer /, no fuera que / me mandaran a la horca por alguna cosa que, en mi opinión, fuese virtud, y, en la suya, delito.

No se limita a criticar, expone soluciones, y cambiar a un jurado popular, *ad casum*:

El poder de la imprenta intérprete de la opinión pública es el contrapeso del poder de las Cortes, como el de éstas debe serlo del ejecutivo. / El pueblo debiera nombrar esos jueces [y] confirmarlos o mudarlos al cabo de cierto tiempo. / Ciudadanos escogidos para jurados ejercen su oficio. / Antes / no pueden ser seducidos por el poderoso; ni sentir su indignación después que vuelven a desaparecer.

Pese a irse moderando, se expresa aún con ingenuo radicalismo, que lo enfrentará cada vez más a las Cortes. Aunque se le plantearon intentos de soborno, la tensión bajó en Cádiz; pero se veía indefenso ante *El Observador*, al que consideraba «atroz libelo», o el panfleto expresamente contra su obra periodística, del antes amigo Arriaza. En compensación, recibió del gobierno inglés, por ayuda conjunta a Inglaterra y España, una pensión anual de 150 libras, luego elevada a 250. De ella le hirió el ser de los fondos secretos: los «de los reptiles».

Sigue expresando sus ideas sobre la libertad, que atacan a unas Cortes contradictorias entre teoría y práctica, como en el Reglamento sobre Libertad de Imprenta, que documentó en diciembre. De ese mes, apenas he hallado noticias sobre Blanco, absorto en *El Español*.

1810 fue un año difícil para Blanco, tímido para encajar en el ambiente inglés; en manos de un editor avaro; atacado por antiguos amigos; y sin noticia de la familia, aislada por la guerra.

En **1811** empieza el declive de Napoleón: en España sigue su desgaste con las guerrillas y la derrota de La Albuera; hasta la capi-

tulación de Zaragoza ante sus tropas se hace épica contra él: Blanco reseña en *El Español* un poema sobre ello de Martínez de la Rosa. La continuación del frente en la península ibérica, con ayuda de Inglaterra, la prisión del Papa al seguir rehusando el bloqueo a ésta, y la negativa a ello del zar llevarán a Napoleón al principio del fin. Las declaraciones de independencia se suceden en Hispanoamérica. Blanco intentará sembrar en Cádiz y en los criollos la idea de una Commonwealth: una España unida a ambas orillas del Atlántico, con autonomías basadas en las peculiaridades. En tanto, en Inglaterra se dan ya revueltas contra mecanizar la industria textil, uno de los problemas que traerá grandes cambios sociales; para lo que más afecte a Blanco, en Gran Bretaña e Irlanda del siglo XIX.

En 1811, la tensión contra Blanco aumentó en España al tomar partido éste por el Duque de Alburquerque: extractó en *El Español* el manifiesto de ese militar frente a la Junta. En ese número reiteraba su «Aviso» de por qué decidió cerrar el *Semanario Patriótico* en su etapa de Sevilla; insistía en su idea de la soberanía nacional; e iniciaba su paradójica defensa –Blanco, entonces tan anticlerical– del Obispo de Orense, tan respetable al negarse a ir a las Cortes de Bayona: ya tuvo problemas como Ex Regente, cargo peligroso entonces. Entre otras cosas, Blanco criticaba impuestos en América con apostilla significativa: «La obstinación no cede».

Responde, con una carta, en inglés, a un artículo salido en *The Times*. Vuelvo al tema del Duque de Alburquerque: había salvado a Cádiz al marchar sobre ella para protegerla tras el segundo paso francés de Despeñaperros, esta vez, paseo triunfal hasta las inmediaciones de Cádiz. Por celos, los gobernantes españoles lo alejaron a Londres como ‘embajador extraordinario’. Con ayuda de Blanco, se defendió. Dejo a éste, que aseguró haber suavizado el escrito, narrar el desenlace. En él parece, que, como suele hacer, realza su propio papel:

Poco más de seis semanas habían pasado / cuando / me
llamó en gran estado de agitación para enseñarme / la acti-

tud / ofensiva de una parte de / una Junta compuesta por comerciantes. / Me dijo / que / revisara las pruebas de lo que estaba escribiendo. / A la hora fijada estaba yo en el Hotel Clarendon. / El duque salió de su habitación / en tan lastimoso estado que / le pedí que descansara. / El tono excitado de su respuesta / me hizo sentir miedo por mí mismo. / Se fue corriendo. / Aproveché / para llamar al ayuda de campo. / El duque apareció / con el pasaje más ofensivo del libelo de Cádiz y / preso de gran furia salió corriendo en dirección al balcón como para tirarse de cabeza a la calle. / El ayuda de campo pudo sujetarlo. / Al verme junto a él / exclamó: tengo que matar a Blanco. / Dije que era necesario llamar a un médico. / Dos días más tarde el infortunado Albuquerque moría de una inflamación cerebral.

Los funerales fueron solemnes, en Westminster, con el gobierno inglés en pleno; pero Blanco no fue invitado, por evitar un roce con la representación española. Su afecto al joven duque late en la traducción libre en 14 pareados que hizo al epitafio latino de Frere, con este comienzo: «Impertérrito, activo, audaz, valiente, / apoyo fue de la española gente».

Otro frente de la polémica de Blanco con Cádiz fue la comprensión que mostró con los independentistas americanos. Disculpaba la actitud de los criollos con esta alegoría:

Si un padre pierde la razón y exige a su hijo sacrificarse por sus errores, y el hijo tiene mujer e hijos por los que mirar /
¿Qué hará el hijo sino compadecer al pobre viejo en su locura e intentar restringir su brazo castigador?

Blanco se inventa un corresponsal con el significativo seudónimo de Juan Sintierra, para exponer ideas extremistas, como: «La horca al que ponga estorbos a una medida importante». Las Cortes

rechazan eso; y, más, lo de la segunda de las cartas de ese Juan Sintierra:

¡Pobres españoles! Infeliz nación; / no hay mejor pueblo en el mundo. / La clase oficial es la / corrompida, y no hay medio de aislar esta enfermedad.

Podía colmar el vaso su «Carta sobre la Inquisición», a finales de abril; eso lo logró un extraño escrito sobre problemas de América, pergeñado en Cádiz, con la visión de Blanco. Le llegó con la supuesta firma de un diputado americano. Blanco cayó en el engaño y la publicó.

En las Cortes hay varios ataques contra él, como el de Pérez (el diputado americano cuyo nombre figuraba en la apócrifa carta); pero más le dolería el silencio de otros a quienes creía amigos. Consta que leía *El Observador de Cádiz*, que se hacía eco de las Cortes.

En junio apenas hay noticias de Blanco que se sintió muy mal ante aquellos injustos dicitos. Dice poco de ellos ese mes, comparado con lo que publicará en julio, aunque ataca bien a esos legisladores: estarán en teoría por la libertad de imprenta; pero, en la práctica, «les duele infinito»; eso le pasaba a él, pero sigue trabajando, y avanza en su nueva cultura. En agosto, cuando las Cortes decretan abolir los derechos jurisdiccionales, Blanco ve impudente eso: ya sin el extremismo que le criticaba Jovellanos, pero éste no nota eso: en carta a Lord Holland dice que ve en Blanco: «una cabeza llena de las manías / democráticas».

Blanco publica la que juzgo su primera traducción de versos ingleses: Es sobre la retirada de los franceses de Santarem: «Las enemigas huestes se observaban / en angustioso afán».

De septiembre quedan interesantes cartas: Blanco le alaba a Lord Holland la traducción inglesa que han hecho de la «Carta sobre la Inquisición» y le comenta que Bardaxí lo ve ahora como agente... de Napoleón. Lord Holland le muestra su alegría por el

crédito que le dará a Blanco aquella traducción, y le aconseja no criticar los derechos señoriales. Hay nuevo corresponsal, el hispanófilo Southey; Blanco le envía una obrilla. Ese mes toca *El Español* un tema tabú en Cádiz: comercio libre en América; Juan Sintierra llama 'locura' a la declaración de guerra a independentistas; y se inicia una carta para abolir el comercio de negros.

En octubre, Blanco, inmerso en su periódico, publica, además de los papeles habituales, un comentario sobre las Cortes; y en noviembre, Blanco le escribe a Lord Hamilton sobre las colonias hispanas; ve justa, pero inmadura, la idea independentista. *El Español* insta sobre el comercio libre en América, que le enfrenta a comerciantes de Cádiz; acaba la carta sobre esclavos, y denuncia que quien vota en las Cortes es la Galería. En diciembre, Blanco traduce unas «observaciones» de Arriaza que refutará en su periódico. Sobre las cien libras que uno le mandó desde Cádiz para que publicara algo, Blanco dirá que el editor se negó a la impresión; debió de haber alguna razón poderosa por la que rechazó, lo que le honra, tal cantidad, veinte veces la renta anual neta de sus capellanías de las Dueñas, cuya renuncia no querían aceptarle. Rehúsa así hacer nuevos amigos, y se le enfrentan algunos de los que lo fueron: los luego llamados doceañistas no captan las nuevas ideas del exiliado.

Pese a todo, ataca con ironía a los dirigentes españoles: en el número último de *El Español* en 1811, 'Juan Sintierra' los contrapone con las guerrillas a las que, en el contexto precedente elogia, aunque el espíritu, en el fondo aristocrático, de Blanco estaba en contra de esas agrupaciones:

Estos pequeños ejércitos se portan tan admirablemente / no sólo por su valor y el de sus jefes sino porque... ni ministros ni covachuelistas les dan ni comunican planes.

Es natural que ese lenguaje irrite profundamente a los aludidos; también pierde amigos por relevos biológicos: al final de este

año muere, agotado, Jovellanos. Éste no le comprendió por edad y formación: no podía aceptar unas ideas teñidas en la práctica de demagogia; ni vio la evolución de Blanco a posiciones conservadores, dentro de su liberalismo, en la línea de los teóricos ingleses. Pese a las críticas que le hizo Jovellanos, Blanco le escribe un buen elogio:

Jamás ha conservado hombre alguno un reputación más intacta, en una nación / bajo el Despotismo. / Fue encerrado en un calabozo. / No era su época más desgraciada; / le esperaba cuando / saliese ansioso de arrojarse en los brazos de su Patria.

3.2. (1812 - JUN. 1814): CAMBIO RELIGIOSO. FINAL DE SU PERIÓDICO

1812 es un año muy intenso en la guerra, de la que va a empezar a verse un final en la lejana Rusia: Napoleón la ha invadido con 600.000 soldados, hasta tomar Moscú, pero ha de ordenar una terrible retirada ante el «General Invierno»; queda sin casi medio millón de aquellos soldados. En Cádiz se promulga la primera Constitución española propiamente dicha, con la que Blanco mostrará sus desacuerdos; Sevilla queda liberada, por lo que habrá contactos con el exiliado. Blanco, junto a su intensa labor en *El Español*, comienza su *Diario*, escribe en una revista sobre «Estado actual de las colonias españolas»; da un primer paso oficial hacia el anglicanismo; se modera más en política con libros de Burke, y viviendo el clima político inglés. Méndez Bejarano mezcla esa etapa en acronía; base en la *Autobiografía* de Blanco, con sólo 30 páginas sobre eso; que hilvana con pocas y desordenadas cartas. Sigo con mi método:

En febrero no veo nada de Blanco; ni por qué no sale ese mes *El Español*. Puede deberse a enfermedad del editor, o a problemas con el impresor, ambas cosas pasaban. O a estudiar la inminente Constitución que redactan las Cortes de Cádiz sin aceptar lo que señalaba Blanco.

El Español de marzo no comenta la llamada Pepa, aprobada en Cádiz, pero hace balance de casi dos años: «Si pudiera corresponder al deseo que ha animado su pluma, ninguna nación excediera en prosperidad a la española».

Tampoco en abril comenta la Constitución. Enviar informes a Hamilton, anota la versión de Llorente sobre el Tribunal de la Inquisición, y contesta a la «Carta de un americano» (Mier). Blanco insiste en su tesis de independencia moderada y en el abolicionismo, al denunciar la vergüenza del tráfico de esclavos bajo bandera española; e insta a que Wellington sea el jefe del ejército en la guerra peninsular. En carta a Southey, juzga con dureza al Conde de Tilly, ya fallecido; pero salva con nobleza a Quintana, pese a lo que éste le criticó.

Aunque un muy mal amigo conmigo, yo sería injusto si no aprovechase cualquier ocasión de decir que es un hombre honrado y un ardentísimo patriota.

En mayo, Blanco inicia en su periódico el texto constitucional, mejor que 'no tenerlo'; pero critica su intolerancia religiosa y acusa: «El ansia de perpetuarla ha cegado».

Como paradoja política, explicable por la lucha común contra Napoleón: la absolutista Rusia reconoce legítimas a esas Cortes de Cádiz. Pero a Blanco no le gustaban por lo contrario que a Fernando VII: por parecerle poco liberales, al omitir libertades que le obsesionaban:

¿Qué hago si descubro que mi padre niega un punto de fe?
¿Lo delataré?

Contra esa intolerancia escribió en *El Español*:

Si hubiese un pasaje de la Escritura o una decisión de la Iglesia en que se mandase a los cristianos ser intolerantes, aún sería lícito discutir hasta dónde /; como hacen los teólogos hasta con / el decálogo, sin que sea prohibido / leer tales cuestiones. / Lo primero que debieran hacer los que defienden que la intolerancia es de obligación, es decir / en qué consiste tal obligación.

Insistirá en eso, y ve que, aferrada al Antiguo Régimen, la Regencia nunca aceptará que la soberanía reside en el pueblo, ni que para los criollos es un derecho recuperarla.

Además Blanco recalcará la necesidad de un mando único en toda la península ibérica, contra Napoleón; tras la victoria de Wellington en Arapiles, propuso para eso al vencedor.

En agosto entra en Sevilla el ejército español. Es posible escribir a la familia; lo sabría, pero sigue eludiendo usar sus influjos; el padre se le anticipa, por dos veces, en escribir.

A los pobres padres, la marcha de los franceses debió, por paradoja, causarles también dolor, pues el contacto con éstos había facilitado cartas con el prisionero Fernando. En la Sevilla liberada, la vida sigue como si nada hubiera pasado; sólo algunos, tachados de afrancesados, son víctimas de la nueva situación: Reinoso, gran amigo de Blanco, deja de ser reconocido como Racionero de la Catedral y se queda sin la parroquia de Santa Cruz, que tuvo por oposición. A los que tuvieron puestos de los franceses les costó el exilio (caso de Lista), o ser arrinconados (el citado Reinoso, Arjona, Sotelo, Matute...). Por ellos se interesa Blanco.

En aquel número de *El Español* no da la noticia de Sevilla por problemas de tiempo en imprimir, pruebas y distribución. Contesta a la «Segunda Carta de un Americano», y pone el 'no' de las Cortes a lo que pidieron los diputados americanos, y a la mediación inglesa en el conflicto con Hispanoamérica. Sólo le escribe al

padre el día siguiente de recibir su segunda carta. Pide a un amigo que eche la carta en el correo de Cádiz y los visite; sólo casi un mes tras la toma de Sevilla, y en otra carta, ya directa a los padres, narra su viaje Sevilla-Londres.

En su Diario, que empezó para pensar en inglés; anota que decide recibir el Sacramento según la Iglesia de Inglaterra. *El Español* anuncia la liberación de Madrid y Sevilla.

Dice a los padres que solucionó lo de Fernando, pero falla, y éste sigue preso, mucho más tiempo.

Sigue la confrontación de Blanco con el gobierno español. Una sociedad secreta decide atentar contra él, y un miembro de ésta, antiguo amigo de Blanco, le avisa. Blanco, que para llegar entonces a su domicilio debía atravesar un descampado, ha de comprar dos pistolas.

Sobre los antecedentes de su comunión anglicana he de destacar el influjo de su amigo Southey, muy inglés, muy anticatólico, muy interesado en España; había defendido a Blanco contra Arriaza, y estaba contra la Casa Holland como símbolo de irreligión (sobre todo, por el Secretario, Mr. Allen, ateo confeso), y del pensamiento whig. Southey pensaba que para ser buen inglés había que ser tory y anglicano, y procuró inculcárselo a Blanco, que anotará:

He recibido el Sacramento / . Mi fe es, no obstante, débil.

Vuelve al estudio casi diario de la religión cristiana, y del griego, junto al duro trabajo para *El Español* y sus informes al gobierno inglés; no da más noticias suyas; sólo después aclarará (ya con otras ideas) esa vuelta al cristianismo, y por qué lo hizo en la Iglesia de Inglaterra. El día de su participación sacramental le escribe a sus padres; claro está, sin tocar eso. Envía a la madre regalos de la del general Moore, y rebate la idea de aquélla, de no escribir a Lista.

Si oyen críticas, acuérdense del buen obispo de Orense, desterrado.

En *El Español* de octubre, habla «Sobre la política práctica»:

Hasta las cuestiones generales en que más campo tenían / las Cortes apenas se rozan con algún punto práctico cuando parece que pierden todo su mérito. / Se presentó la cuestión de la esclavitud / mas cuando el Ayuntamiento de La Habana la redujo a materia, / las Cortes volvieron la cara / , no más de por / dificultades prácticas.

Una advertencia suya parece impropia de su antiesclavismo: que abolir la esclavitud sin detenerse en consecuencias es imprudente; su liberalismo de entonces antepone los «derechos adquiridos» de los propietarios de esclavos; aunque criticó que el gobierno español, tras reclamar La Habana, no procurase indemnizar a los dueños de los cultivos.

Pese a reveses de Francia, la guerra no acabará tan pronto. El día de difuntos (bromas del azar) José I vuelve otra vez, a Madrid; poco después, Reinoso narra en carta a Blanco el triste destino de muchos amigos. Éste recomienda que no vaya Lista a Inglaterra:

Aquí tendría la nota de haber escrito primero para los españoles y luego para los franceses, cosa peor para los ingleses que si hubiera sido el más acérrimo francés desde el principio. / Ninguno que no sepa la lengua puede hacer mucho / hasta aprenderla.

Consejo similar dio a Reinoso. A final de ese año, se nota en *El Español*, con su conversión, política y religiosa, que había llegado a posición opuesta a su anterior radicalismo: en noviembre Blanco, aunque de ideas muy distintas a las de su defendido, expo-

ne como injusticia atacar al arriba aludido obispo, fiel a principios contra los franceses y contra las Cortes:

¿No se ha visto a un Obispo de Orense sentenciado a / gravísimas penas, por un decreto de las Cortes, en tribunal, contra / la Constitución? / Cada cual se olvida de que / le puede llegar su turno; / se adormece con su título de soberanía.

Antes de la última cita, hay en el antedicho número de *El Español* unas «Reflexiones sobre la administración de justicia»; se alude al caso de otro ex regente perseguido, Lardizábal, y a que el tribunal encargado de juzgarle, pide ser eximido y... recomendado. Blanco expone que no hay igualdad ante la ley, y los cuerpos colegiados son malos para hacer justicia.

Escribe a los padres que el canje que ha intentado con sus contactos, era imposible; y que con su hermano hay otro Fernando Blanco: que empleen el «White» en la dirección.

En vísperas de Navidad, escribe en su *Diario* que lee de nuevo la Biblia y «con el más gran disgusto ante tal clase de lectura»; ve esperanza en una frase paulina: «la labor no es en vano». Aunque añade algo que parece premonitorio en angustia por dudas de fe: «Mis sufrimientos llegaron a serme intolerables cuando consideré que no podían tener fin sino con mi vida».

Pese a ese duro camino, anota en Navidad, tras una ceremonia en la Iglesia de Inglaterra:

No recuerdo haber pasado un día en un estado de mente tan calmado y contento, sin la menor mezcla ni de melancolía ni de exultación.

Es una buena frase para concluir la narración de un año tan intenso; pero no es omisible el contenido básico del último número de su periódico en ese año. Enfrenta la indisciplina española y

la obediencia ciega de los rusos, ante las órdenes de incendio, con la huida del emperador. Aprovecha la unidad militar rusa para seguir sus elogios a Wellington.

1812, año de la debatida Constitución de Cádiz, termina para los Blanco con esperanza unida a la pena por el prisionero Fernando. Las cartas familiares, liberada Sevilla, vuelven a informar. Napoleón ha sufrido la catastrófica retirada de Rusia. Blanco vuelve a la fe cristiana, pero también a la angustia de sus dudas. Eso no obsta para su intensa actividad.

1813 acentúa la decadencia de Napoleón, que, tras las derrotas francesas en España de Vitoria y San Marcial, habrá de devolver la corona española a Fernando VII por el Tratado de Valençay; su derrota en Leipzig agudiza su hundimiento. Blanco comienza un Libro de Cuentas, apenas investigado, del que hay que sacar más conclusiones sobre su exigua renta; espero que confirme, con más cartas que aún no he podido ver, lo ya apuntado. Sigue intentando cambiar la situación familiar. Tras la tercera liberación de Madrid, en marzo, recibe noticia de que tiene un hijo de cuatro años; socorre a la madre de éste, enferma, y lo reclama para educarlo. Eso aumenta sus gastos: dedica más a informes sobre Hispanoamérica; y a su tarea en *El Español*; insiste en el antiesclavismo, e informa de hechos trascendentales.

Vuelve a escribir a sus padres: omite problemas, se muestra optimista, y alude a gestiones por Fernando. Una carta del padre se cruza con la citada; en otra hay notas de las tías.

Apenas cuatro meses tras su primera participación sacramental anglicana, anota en su *Diario*, que no pensó publicar, aunque lo revise en 1834, dudas de fe; algunas la ve 'irresponsibles'.

En *El Español* de enero hace balance autocrítico; reconoce el camino ideológico que recorrió desde su «Dictamen sobre la Convocatoria de Cortes» hasta sus últimas críticas a la Constitución. Entre las razones alude a su desengaño y cita a Burke. Advierte de que amenaza a España una anarquía despótica tras irse los franceses, y da tres consejos a las Cortes: restituir contenidos a la monar-

quía; una segunda Cámara que evite precipitarse; y cobrar las contribuciones. Añade noticias curiosas, no sin ironía: van a enviar, a la Casa de Loreto, un cuadro del Niño Jesús pintado por ¡San Lucas!; y un autor francés sin mecenas, imprime su obra: ¡261 tomos!

En febrero, escribe a París, al poeta Mauri, para que auxilie a Fernando, relativamente cerca. Envía para éste carta y libros de estudio; y lo comenta en carta a los padres, a los que consuela diciendo que Fernando y él están «fuera del torbellino». Blanco sigue su labor en *El Español*, y su evolución, cuando las Cortes, en febrero, declararon abolida la Inquisición, Blanco vio en ello, sorprendentemente, aumento de error: ya habían dado leyes que restringían la libertad religiosa; y ahora provocaban sin necesidad a los tradicionalistas.

Las Cortes se han visto precisadas a dejar en su rigor las penas más crueles contra el crimen de herejía. / Nadie podía probar que Dios ha encargado a las potestades seculares que persigan a los que yerran en la fe. / Resta que la potestad preste su favor a la religión / por la íntima persuasión que tenga de su verdad, o por evitar males /. En /esto nada hay / de revelación /. De / semejantes acciones debemos juzgar por las / reglas / de todas.

Comenta votaciones sobre temas conexos: 100 diputados de 149 votan proteger la Religión Católica, y 90, de 150, que «la Inquisición es incompatible con la Constitución».

En marzo hallo sólo, junto a una carta a los padres, dos inusuales desbordamientos literarios en un *Diario* del que no pensaba que viera la luz, y por tanto, no es sospechoso de que lo manipulase para el lector. Aquí lo juzgo con las garantías de sinceridad íntima del momento.

El primero es un tópico sobre las primeras rosas, que una mujer va a vender a Londres: él la ve desde su ventana, que da al campo de las afueras londinenses. Pero el segundo evoca un san-

grante problema: cuando su hermana María Fernanda «tomó el velo». Se desdobra en un supuesto primo de él y hermano de ella, que, indignado por lo que vio como fanatismo, se encierra en su lugar de estudio. En contexto inesperado, casi tras diez años, aún revela amargura. Pongo una muestra de ese apenas conocido testimonio autobiográfico: «La Monja»:

Llegó el día en el que M. F. iba a tomar el velo, y como para una boda, / la casa entera estaba bulliciosa /. Mi primo era la única persona que no había sido visto correr / ocupado en nada, como el resto. Se había retirado pronto a su estudio y echado el cerrojo /. Deseé hablar con él. / Dijo: / No puedo soportar / el cruel sacrificio: / Mi queridísima hermana, / va a seguir los pasos de la otra, que cayó como víctima del mismo fanatismo. / ¿Puedo yo no aparecer en el altar, el ministro de esa / superstición?

El texto revela grandes sufrimientos que siguen ocultos; su final parece predecir la próxima muerte de la hermana. Es imparcial que, en *El Español* de ese mes indique que la guerra de sátiras a los frailes «no puede producir bien»; los ve sin vocación y mal educados, pero dice que el pueblo no quiere que los supriman; se reafirma contra votos perpetuos de las monjas.

De abril interesan varias cartas. Blanco informa a Hamilton sobre la autoridad pontificia en España, no sólo en dogma y moral; mientras que Lord Holland le escribe a Blanco sobre abolir la Inquisición, y reconoce en España dos tendencias opuestas; y Allen le comunica que Lady Holland desea que pase uno o dos días en la Casa Holland tras el próximo número de *El Español*. Éste publica que los párrocos de Cádiz rechazaron leer [en las misas y a sus fieles] el decreto que abolía la Inquisición. Se les ordenó leerlo, e iban contra la forma del decreto.

En mayo, uno de los muchos periódicos de aquél Cádiz, *El Español Libre*, que, como indica, considera esclavo al de Blanco,

sugiere alianzas no con Inglaterra. Blanco escribe a sus padres que no puede contactar con Fernando por dificultades de correo; a Hamilton le informa de los malos efectos de que la burguesía mande en Méjico. Y a Lord Holland, de que nada espera de esas Cortes, que arruinan al país; y se queja de los ataques de la prensa citada.

En *El Español* denuncia el comercio de esclavos tras dos años sin resolverse el problema cubano, y describe el terrible trato del pasaje. Publica la circular contra el Nuncio, quien retrasaba cumplir el decreto contra la Inquisición. Y rebate a *El Español Libre*: muestra el apoyo inglés con la victoria de Salamanca.

En junio recibe cartas de Sevilla y pide a sus padres libros, y que den a los pobres las rentas de sus capellanías, por lo visto, irrenunciables por la *previsión* canónica de que tuviera con ellas una *digna subsistencia*: por la depreciación rentaban sólo cinco libras al año. También pide sus títulos y documentos: omite que proyecta convalidarlos para ser clérigo anglicano, cuando deje de ser periodista polémico: que no llegue a Sevilla lo que sus críticos juzgarían nueva traición: esperará al final de la guerra, que prevé próximo. Las batallas de Vitoria y San Marcial, llevan a la retirada final francesa y José I pone su Cuartel General en Francia.

Otra sombra sobre los Blanco: el día último de junio muere María Fernanda, monja en Santa María de los Reyes. La familia, sabedora de cuánto sufrió Pepe al profesar ella, se lo oculta.

Ese día, *El Español* afirma: es malo para la libertad el poder ilimitado; las Cortes lo ejercen: y muchos se creen libres pues todo se hace en nombre de la soberanía popular.

Ese julio supone un bache de noticias. En el frente americano, Blanco vuelve a hallar la incomprensión de su amigo el dominico mejicano Mier, quien había rechazado en sus *Cartas de un americano* el compromiso político con la metrópoli deseado por Blanco. Éste veía la independencia de los hispanoamericanos como inevitable, pero inmadura; y en Méjico, más sangrienta, pero Mier dijo: «Es insultante hablarnos de tal compromiso / con / tiranos».

Más le dolería la división de la vieja Patria, que ve en el artículo «Sobre las divisiones internas que empiezan en España», aparecido en *El Español* de julio.

Los que de aquí a un siglo lean la historia de la presente época de España / [la] verán / en inminente peligro / por una ley en que se impone pena de muerte al que no someta su entendimiento a los dogmas, / o su conciencia y honor fingiendo que / cree.

Salvo radicalismos residuales, tiene mucho de razón Blanco sobre aquellas Cortes con líderes liberales frente a un respaldo popular al antiguo absolutismo, no sólo en lo religioso. Eso lleva a que hoy, tras casi el doble del tiempo que predijo Blanco, haya aún dos Españas.

En diciembre, Napoleón, por el Tratado de Valençay, «devuelve» a Fernando VII el trono de España. Y Blanco le escribe a William Wilberforce, alabando su libro contra la trata de esclavos: «Fue su obra / la que me dio la primera visión completa de este abominable tráfico».

Está por aclarar no poco del Blanco de entonces, con silencios y destrucción de documentos sobre eso, por la naturaleza del tema: cómo conoce que tiene un hijo, logra que lo traigan para educarlo, etc. Le supondrá un imprevisto y serio problema económico; y otro social, en aquella Inglaterra. Lo segundo le movió al principio a presentarlo como «mon petit espagnol protégé». Una nota del 20 de enero de 1814 reseña gastos de escuela de nombre de «Ferdinand White Junior» por el último cuatrimestre de 1813. Murphy opina por eso que el niño fue llevado a Londres aún sin cumplir cinco años; y apunta como intermediario a un amigo de la familia, Juan Gualberto González. Los problemas de cartas en los finales de la guerra de España, y, sobre todo, lo secreto del tema, del que habían de quedar ignorantes los padres de Blanco, hacen que eso quede por ahora confuso, como los primeros años de ese

niño, en un Madrid en guerra y con hambre, y con la madre pobre y enferma; ni aún vi pista del bautismo del niño extendiendo la consulta un año. Puede que ella le llamara Fernando porque oyó al padre hablar de su hermano prisionero; pero dudo de que ese bautizo se celebrara con este nombre.

1813 termina mal para el bando francés, y con perspectivas de cambio, aunque no siempre el deseable, en Europa. Para España será volver a lo de antes, como temió Blanco.

En **1814**, hasta fin de junio, límite para este periodo, Blanco seguirá con *El Español*. Con la paz en España, las Cortes vuelven de Cádiz a Madrid. El rey busca una recepción triunfal con respaldo del pueblo. En tanto, los aliados entraron en París, y Napoleón, abdicó, primero en su hijo, el aún niño Rey de Roma; luego, es obligado a abdicar sin condiciones y a «aceptar» una soberanía simbólica en la isla de Elba. Mientras, Fernando VII vuelve por Gerona, la de los dos inmortales asedios; en Valencia recibe el adulador Manifiesto absolutista llamado de Los Persas, por comenzar aludiendo a la costumbre de éstos de dejar, tras un reinado, un periodo de anarquía que hiciera más deseable la necesidad de gobierno. Como a partir de 1814 hubo en España esa «tranquilidad que viene de tranca», el periódico de Blanco empezó su declive: tres últimos números, bimensuales, por lo que no salió ese enero.

De febrero, apenas veo nada destacable, en tensa espera; *El Español* expone educación para jornaleros, reseña un libro, en francés, de penas y recompensas (Bentham), y da noticias de la América española, y menos comprometidas alusiones a la actualidad en la península ibérica.

Blanco prepara pruebas para que en Londres se convalide su clerecía. Leí en Oxford un documento compulsado, en Sevilla, de su título de ordenación sacerdotal. Y en carta a su amigo el hoy célebre Andrés Bello, con interés por el griego, y recuerdos a Mier, agradece otra de Bello, primer dato sobre la liberación de Fernando; y escribe a los padres en carta de éste.

Ese marzo tampoco sale *El Español*; el 31 entran en París los aliados contra Napoleón, y pocos días después, Fernando VII recibe en Valencia el absolutista Manifiesto de los persas.

Ya reunido con el hermano, tras ocho años con sólo un breve reencuentro en Cádiz al volver de Madrid el mayor, le escribe a los padres; y aunque hace más de cinco años y medio que éstos no ven al benjamín, el primogénito les razona la conveniencia de que Fernando siga un tiempo en Londres, domine el inglés, y se prepare para la nueva vida, por

imposibilidad de vivir con cierta conveniencia en la carrera de las armas no siendo más que Teniente por la Junta de Sevilla, / en un tiempo en que España estará diluviada de estudiantes sin ocupación, a no ser que vayan a América [a luchar].

Blanco pide a los padres que sigan ayudando a Fernando como si siguiese prisionero. El padre, tan justo, debió de aceptar eso, sacrificando los lógicos deseos de ver al hijo menor.

El Español trae la necrología de Campmany, con elogios, pese a sus ataques a Blanco. Hay noticias políticas pasadas: plenos poderes del rey al Duque de San Carlos; Tratado de Paz; etc.; y más recientes: los aliados en París; abdicación de Napoleón; llegada de Fernando VII, etc.

A primeros de mayo se consuman cambios absolutistas que temía Blanco: en Francia, con Luis XVIII, hermano del rey víctima de la revolución. En España, Fernando VII, en Valencia, deroga la Constitución, ordena perseguir liberales y forma gobierno. Blanco pensará ya en suspender su periódico en junio. Va a poder estar fuera de la primera línea política, y desea completar su integración en la vida inglesa, según el concepto político-religioso al que había evolucionado ya en 1812. El obispo anglicano de Londres, vistos los documentos, le dijo que era suficiente, por ley, que jurase los 39 artículos de la Iglesia Anglicana, y le reconocería

como clérigo de la misma. Informa a su consejero Allen: «Ayer vi al obispo de Londres». Pero aplaza aquello hasta terminar en el periódico, que tampoco aparece ese mes, por bimensual.

Un Real Decreto exilia perpetuamente a afrancesados; a juicio de muchos, Fernando VII había sido el primero, en el sentido peyorativo por el que suelo eludir ese término. Indiqué a víctimas de esa injusta reacción. Blanco escribió, defendiendo a Lista, quien hubo de exiliarse, que muchos 'patriotas' lo fueron por egoísmo, y muchos 'afrancesados', por patriotas.

El tratado de París reduce a Francia a casi sus límites de 1790; España queda al margen. Ese día, Blanco solicita que se le mantenga la pensión dos meses más. De junio sólo vi de él una carta a los padres; sigue con Fernando. Vista la radical oposición de Fernando VII a las ideas de *El Español*, al final del mes sale su último número, con extractos del Dictamen de Blanco sobre las Cortes, y el Decreto que abolía la Constitución. Justifica su cierre del periódico:

La esperanza de ser útil a mi patria que me ha sostenido /
cuatro años en / continuar este periódico, debilitada cada
día más con la íntima persuasión de que / su nueva
Constitución la llevaba a un precipicio inevitable, acabó de
extinguirse. / España está dividida en dos partidos tan dis-
tantes entre sí / como el norte y el mediodía.

Como indicación de que no ve mejora cercana, cierra con el Real Decreto que dice: «Mando a los Prelados / celen la verdadera / doctrina. / Si por desgracia / hallaren / algún / hecho abusivo al cual no pudieran / proveer de remedio me informarán».

Trágico epílogo de este gran periódico que Blanco mantuvo más de cuatro años claves.

3.3. (JUL. 1814 - AGO. 1815): SIGUE EN LONDRES.

1ª ETAPA EN OXFORD

Blanco, tras su dura tarea en *El Español*; aunque sigue enviando informes al Gobierno inglés, se refugia en los estudios de Oxford tras recibir su convalidación como clérigo anglicano.

Napoleón trama, en su 'soberanía' de la isla de Elba, su próximo regreso; el Congreso de Viena busca reorganizar Europa; y Blanco publica *Bosquejo del comercio de esclavos*. Describe con dureza ese tráfico: más de 60.000 africanos en 1810; narra su horrible traslado a las colonias, y, demoledor, ve eso según la ética, la política, y el cristianismo. Denunció que las Cortes se inhibieron cuando en La Habana objetaron al abolicionismo; y argumenta:

Doctrina es / que una acción pecaminosa / no sería excusable aun cuando / se hubiera de seguir la conversión del género humano. ¿Cómo / podría el Cristianismo aprobar / esclavizar negros / porque algunos / se catequizan en las colonias?

Sólo de cartas entre Andrés Bello y Blanco hay 25 desde ese año a 1829; Murphy cita que Blanco tuvo en julio carta de la madre de la futura «Fernán Caballero». Monárquica, animada por el tono pro-rey de *El Español*, cree que se intenta un gobierno moderado y dice a Blanco, al que juzga «el mejor periodista» de España: «Su deber es continuar iluminándonos».

En lo religioso, Blanco debió de haberle manifestado sus dudas, porque ella comenta muy según la moda del romanticismo religioso: «En este tema, usted piensa y yo siento».

Blanco se adhiere oficialmente a la Iglesia Anglicana al firmar sus 39 artículos de fe. Llorens dijo que fue para «reeducarse / como

inglés, aun sabiendo que / era imposible». Como dirá a Southey, aplazó eso hasta dejar *El Español*. Temía que un enemigo lo publicara en España, lo que heriría de muerte a sus padres. Quedará con muchas dudas de fe, que le harán sufrir. Cuando vea que, contra Southey, se puede ser inglés sin ser anglicano, se liberará algo.

Por estudiar para ejercer su clerecía, se retirará a Oxford. Antes de historiar sus contactos iniciales allí aludo a señales de volver a antiguos tiempos: Pío VII restaura la Compañía de Jesús que, aún estando extinguida, había influido en el Blanco del siglo XVIII; 16 días después hubo en Sevilla fiestas por vuelta de la Inquisición. Saca el estandarte Juan García de Neyra, muy en relación con los Blanco. Eso corrobora lo conservador del entorno familiar. En la Capilla Real hay *Te Deum* por ello, un símbolo del Antiguo Régimen. Blanco temió eso.

En septiembre, ya desde Oxford, éste le escribe a Hamilton, al que, por salud, rehusó aceptar ser capellán de la embajada británica en Río de Janeiro. Le habla de traducciones que sigue haciendo para la administración inglesa, como confirman cartas de los meses siguientes; ahí cita la que hizo del *Manifiesto de los persas*, de Escoiquiz. A finales de mes envía a sus padres la nueva dirección: (Rev.^{do} J. B. White, Holywell, Oxford); muestra lo agradable del ambiente.

La ciudad es hermosa, quieta y abundante de libros y de gente sabia. / Trabajo / para adelantar algo en lenguas orientales, y ya he empezado el estudio del hebreo.

Blanco justifica no adjuntar carta de Fernando: recibe clases para modificar su letra, y su profesor no quiere que escriba, en tanto; pero las hay desde octubre. Los estudios, tan distintos en ambos, obligan a separación temporal. Intuyo en la contrapropuesta para que Fernando se prepare en lo militar, que la madre, como para José M^a cuando niño, tampoco desea para Fernando el destino del comercio, en el que insistiría el padre como el natural de los White.

Un futuro obispo introdujo a Blanco en Oxford; le presentó a helenistas, a Hampden, del Oriel College, a un Weterell, de familia industrial sevillana, a los Bishop, etc. Blanco, en su *Vida*, narra de esa época: «Si me preguntaran por un ejemplo de la más alta riqueza que produce esta tierra, yo señalaría a la familia Bishop, de Holywell, Oxford».

No sólo buscaba entonces este clima cristiano de familias amigas; sino una educación clásica, la inglesa, y su teología: «para cualificarme / en mi reasumida profesión de clérigo».

Vuelve a sus estudios de griego; su constancia en ellos le hará llegar a un buen nivel, del que son buena muestra no pocas referencias en su obra y la traducción al inglés del Epigrama 2 de Juliano el Apóstata, dedicado al órgano. Cito su comienzo, en versión del Prof. Díaz García:

Mirad, oh, son insólitas las cañas, su tesura (...)
creciendo como en bronce. No del viento onduladas.

Cita también, como de entonces en especial, sus estudios de hebreo, aunque en esto no llegó a tal nivel, y los nuevos de teología. Le decepciona que los argumentos de autores protestantes para basarse en la Biblia no diferían sustancialmente de los católicos que estudió. Méndez Bejarano ve ahí el germen de la evolución teológica ulterior de Blanco: eso es más complejo.

1814 siguió siendo para Blanco un año de decepción, por mucho que hubiera previsto la actitud reaccionaria de Fernando VII. Eso explica ese refugio en estudio y religión.

1815 es el año del triunfo final de Inglaterra, en Waterloo, frente al Napoleón que escapó de la isla de Elba buscando recobrar su Imperio. Poco más de «los cien días» que le consigna la historia le llevan a su definitiva abdicación. El Congreso de Viena intenta restaurar Europa. El absolutismo retrasa en España el Romanticismo, y retarda el proceso de independencia americanista. Blanco ha aparcado la política, hasta en el efímero resurgir napo-

leónico. Aislado en estudio y de nuevo separado de Fernando, surge un nuevo personaje: Juana María, hija de Don Lope de Olloqui, Maestrante, tío segundo de ambos hermanos. Ella aparece pronto* como novia de Fernando. Su casa paterna estaba en la calle de San Pedro de Alcántara, hoy Cervantes. Allí pasaron a vivir los padres de esos dos hermanos*. Es presumible que éstos sigan en contacto. Fernando redacta el segundo de sus ocho volúmenes de Diarios: su vida como prisionero*, y sigue sus prácticas. Blanco sabrá que en España hay frecuentes rebeliones contra el absolutismo, que previó; pero nada publica; ni cuando Fernando VII prohíbe los periódicos, salvo... la *Gazeta de Madrid*, y el *Diario de Madrid*, oficialista.

Blanco no tarda en sentirse aislado, como inferior: no es colegial en el tradicionalista clima de Oxford. Eso le recordaba el de su Colegio Mayor sevillano, y su altivez de hidalgo.

Huido de la alianza absolutista ‘trono y altar’, se ve en la anglicana ‘iglesia y rey’.

Recibe carta del padre con otra del Capellán Mayor de su Capilla para que renuncie a su Magistralía. Así lo hace; al día siguiente, lima lo que hubiera herido al padre. Ese día cumple 40 años. Dirigida al Capellán Mayor, sin indicio de la antipatía que había mostrado, dice:

Ilmo. Sr.: / Mucho tiempo ha que hubiera dirigido a V. S. Ilma. mi desestimiento de la Capellanía Magistral / , a no haber sido por la consideración de que / no disfrutando de ningún emolumento / , podía retardar este paso / . Pero / para / las oposiciones a mi vacante, dirijo esta carta para que la tenga / como / renuncia. / No puedo olvidarme de los buenos oficios / que debo a ese Ilustre Cuerpo. Al paso, pues, que doy a V. S. Ilma. mis / gracias por todo, pido al cielo que libre a mi patria de los males / que son única causa de la separación / que en este instante confirmo.

El Cabildo de Capellanes Reales, leída esa renuncia, acuerda la oposición para la plaza.

El final de ese agosto es denso para esta historia: Blanco recibe de Lord Holland una oferta para que sea tutor de su hijo Henry; se excusa pretextando que aún tiene fallos en clásicos, mas aceptará por la amable insistencia de Lord Holland, y para educar mejor a su propio hijo.

Su padre envía una carta, con copia para Fernando: será la última conocida.

En sus estudios, se planteó un problema clave en su evolución religiosa posterior: duda de la inspiración de la Sagrada Escritura. Su argumento base es que si fuese divina, sus asertos serían ciertos para todos; concluye que la Biblia es sólo una guía moral. No se le ocurre, ni era el momento histórico, distinguir entre el mensaje fundamental, claro para todas las Iglesias, y su complicada envoltura: como obra además humana, de culturas lejanas en tiempo y espacio.

De 1815 es una traducción de *Algunos documentos de los últimos sucesos en España*, que se publicó ese año, como su prólogo y su epílogo a una obra en cuyo tema puso siempre gran interés, *Observaciones sobre los inconvenientes del celibato de los clérigos*. En la conclusión de sus *Diálogos argelinos* que publicó en *El Español*, ya no se sentía atado en eso como lo estuvo en España. En Inglaterra mostró, al menos una vez, deseo de casarse, pero lo impidió su orgullo de hidalgo: apenas tenía para mantenerse con dignidad junto con su hijo; además, antes de la muerte de su propia madre le contuvo también que ella lo supiera, con disgusto mortal; y luego, las enfermedades y la edad le fueron alejando de tal posibilidad.

En los ocho primeros meses de 1815, la historia particular de Blanco se oscurece en sus estudios de Oxford; apenas la ilumina su correspondencia; en esa época, destaca la familiar.

3.4. (SEP. 1815-JUN. 1817): BLANCO, PRECEPTOR EN HOLLAND HOUSE

Mediado septiembre, se instala en Holland House, ante cordiales insistencias y su escasez de medios; pero ve esa Casa como jaula dorada para su espíritu de libertad; su altivez de hidalgo rechaza todo tipo de servidumbre; su sed investigadora, cualquier traba. Luego, pocos datos: confirman, por silencio, su entrega a su tutoría, en las afueras de aquel Londres.

En noviembre, el II Tratado de París confirma lo anticipado en Versalles; España, gran luchadora contra Napoleón, no ve compensado su esfuerzo; y su imperio quedó deshecho. Hay una Cuádruple Alianza de Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia, para mantener la situación: España, tras Trafalgar, la guerra peninsular, y el desplome en América, no cuenta.

Blanco se gana el respeto y el cariño de su discípulo, Henry, el heredero; tiene excelente relación con Georgina, hermana del citado, a la que también da clases; y sigue con la cordial que tenía con Allen, del grupo que seguirá moderado a Blanco, aunque no en lo religioso.

La señora de la casa, Lady Holland, terminará queriendo al tutor de su hijo, pese a la antipatía con que lo recibió en 1810; pero lo molesta con continuos encargos impertinentes, para España, como incienso del de la catedral de Sevilla, o un tipo especial de papel.

Fernando viene de París por una triste noticia: el padre falleció en noviembre; de pulmonía. El matrimonio vivía con un pariente: fue enterrado en la iglesia de San Pedro de Alcántara.

Por lo que afecta al caso anticiparé algo de una carta de Blanco a Reinoso. Éste fue elegido, a finales de 1815, para la Cátedra de Humanidades de la Sociedad Económica de Sevilla, que Blanco

desempeñó antes de irse a Madrid. Con este motivo le escribió a su amigo: perdida esa carta, la respuesta deja ver que Reinoso daba el pésame a su amigo por la muerte del padre, y le pedía consejos para aquellas clases; y aclara algo sobre la noticia de aquella muerte:

La fatal noticia había llegado a mí antes del recibo de tu carta, después de haber herido al pobre Fernando / que / se hallaba en París. / Dejó sus intereses / con intención de partir / a consolar a nuestra madre [;] se halla disponiendo sus cosas para marchar.

De Blanco hay en diciembre cartas a Bello: una, de que ha estado tres semanas fuera; de dolor de costado; y de temas políticos. Otra, de sus gestiones para aliviar la crisis económica del amigo. Ni éstas, ni la siguiente, del 5 de enero, aluden a aquella muerte: la ignoraría aún.

1815 fue, un año duro para Blanco, pese a terminarlo sin conocer aún la muerte del padre. La paz en Europa no premia a España, que tanto luchó ante Napoleón; en América fusilan a Morelos: más sangre en la revolución mejicana, de influjo en América Central. En la del sur, la metrópoli, libre de franceses, retrasa allí la independenciam: queda empolvado *El Español*.

1816 es año de atonía política, frente a los precedentes. Blanco le escribirá a la madre, en el incierto intervalo entre la carta del hermano y la respuesta a Reinoso que anticipé. No pudo estar con los padres por obstáculos muy dolorosos; y escribe en línea religiosa. Ahora, cree:

Estoy tan convencido de que por los méritos de nuestro Redentor, mi excelente padre está en el cielo que, en medio de la amargura /, no pierdo / la esperanza de que, cuando llegue mi turno, me uniré con él en la presencia de Dios. / Fernando / no perderá tiempo / para ir a consolar a V. Llevará poderes / en la inteligencia de que daré por hecho

cuanto V. hiciere. En / la capellanía de las Dueñas, quisiera que me dejase / desistirme, suplicando a la S[eñor]^a Abadesa la nombrase / en favor de Reinoso. / El dinero que se ha cobrado de la Capilla, lo pongo en manos de V. para que lo dé de limosna.

Parece que sólo al contestar, la madre le reveló la ocultada muerte de María Fernanda.

La aludida carta a Reinoso es interesante y aclara otras perdidas. Sus asertos sobre aquellas clases indican visión negativa de lo que vivió en crisis, y evolución a ideas prerrománticas, como preferir ahora el texto de Blair, mientras que en 1804, tras dudar, indicó el de Batteux.

Me alegro del honor que te ha hecho la Sociedad Patriótica / . No conservo papeles / de aquel tiempo, ni creo que merezcan seguirse. La metafísica francesa de que estaban llenos puede contribuir muy poco a la formación del gusto. / El modo de aprender Humanidades es leer mucho y estudiar los autores / . Pero / asistir todos los días a una clase de Humanidades es inútil e impracticable. Semejante cosa sólo puede acomodarse a una clase de Gramática. Los estudiantes pueden hacer el estudio por sí: tú no puedes hacer otra cosa que dirigirlos / . ¡Ojalá pudieras influir en la enseñanza del griego!

Prosiguen las cartas familiares. Ha de haber más noticias, por refugiados políticos; Inglaterra es refugio de muchos, entre los que Blanco verá a antiguos conocidos. Éstos, ahora, parecen comprender sus puntos de vista de *El Español*, tan atacados antes desde Cádiz.

Al final de ese febrero, la madre escribe de nuevo a los hijos: lo escrito por mano de Juana, hija de don Lope, está, en su mayor parte, dedicado a Fernando; un indicio más de que ella no es sólo amanuense de Doña María, quien, probablemente, la querrá ya como futura nuera.

En marzo, otra carta de la madre a Blanco, con intervención de Juana, y su aludida inclinación por Fernando, incluye nota de la entrañable Tía Anica.

A inicios de abril, no oculta su reciente mal en carta a su madre, justificando su tardanza:

Difícilmente se puede V. figurar la impresión que me hizo la descripción de la muerte de mi buen padre, acompañada de lo que decía de la de mi hermana, que ustedes me han tenido oculta. / Me hallaba bastante malo cuando recibí este golpe reunido. / La tos me ha durado 40 ó 50 días y / la calentura lenta no me dejaba. Gracias a Dios / me hallo ya / recobrado. / Fernando está preparando su viaje. Lucas le ha mandado / dinero. / Arreglará / cuanto me pertenezca y en especial la dimisión de la[s] capellanía[s].

He tenido / carta de Lista. / La cubierta aquí aumenta el doble del porte.

El añadido indica problemas económicos; pero se hicieron las partes de la posible herencia y Fernando tampoco ajustó cuentas. Ese año hay un convenio entre madre e hijos, con los poderes que Blanco dio a su hermano; pero nada con el socio que llevaba el negocio, Lucas Beck. Fernando era en eso tan poco hábil como el padre y el hermano.

Ese mayo hay muchas cartas a Fernando, mientras va hacia Sevilla con largos trámites.

De entonces es una Declaración de Pobre que hallé en Madrid, de Magdalena, madre del hijo de Blanco. Felipa, la ávida hermana de aquélla, consta como «única universal heredera mediante que no los tiene forzosos». Esto último era falso: existía ese hijo, y lo sabían las dos.

En una carta de Blanco al hermano, que por los trámites llegará antes que éste, le cuenta que el rey de Haití, Henry I, le ha ofrecido un puesto en su reino. Sin ánimo racista, que hoy podría verse

ahí si no se conociera la mente de Blanco en eso, bromea con el hermano al jugar con el adjetivo inglés que suele anteponerse a 'majestad'; y, quizás, con su propio apellido:

una plaza de Profesor en la Universidad que su muy negra Majestad está estableciendo.

Entre sevillanos no es despectivo decir 'negro' al hablar de alguien; es afectuoso decir 'negrito'. Así se llama a los de una hermandad, por sus fundadores. Pero en el texto sería ridícula la expresión «muy negrita Majestad» (Salvo así a Blanco de sospecha de racismo).

Fernando halla trabas absolutistas al volver como militar ex prisionero de guerra, con un viaje zigzagueante y, lo que no es disimulable, demorado; sufre un proceso de purificación, usual entonces en España; sólo en junio se le da un salvoconducto, de Cádiz a Sevilla.

Blanco participa de la vida social en Holland House. La British Library conserva Libros de Cenas en aquella Casa, con asistentes. Él cenó en ocasiones, desde recién llegado, pero ahora, como mero tutor, aunque amigo, no se veía en igualdad con los otros invitados.

El 24 de junio Blanco le escribe al hermano: que envíe a Magdalena Escuaya, la madre de su hijo, 15 libras. Hidalgo idealista, algo quijotesco, se creará rico heredero, pero el padre nada dejó al morir, aunque no se aclare eso en largos años. Le constaba la necesidad de la pobre mujer, a la que conoció en Madrid, a finales de 1807, quizá mientras ésta pedía limosna en el entorno común a ambos: queda por aclarar cómo supo lo del hijo cuando éste tenía más de cuatro años, y cómo ha sabido de urgencias de la madre. Gran parte tendrá en eso Felipa, tía de Ferdinand; así llamaré al niño por distinguirlo del Fernando que va a tener que soportar a esa *tía*; escribo este término jugando con su sentido peyorativo.

Salvo las noticias de fuera, la etapa de Blanco en Holland House era tranquila, sin publicaciones; no a gusto en lo que llamó «jaula dorada»; aunque monta a caballo, y en verano va a Escocia con los Holland. De julio hay importantes documentos sobre Magdalena Escuaya: el 10, su hermana Felipa escribe a Fernando sobre el dinero que, según ella, prometió el padre del niño. Al día siguiente, claro es que sin conexión directa en eso, Blanco le escribe a su hermano, en inglés para practicar y dejar a la pobre Doña María ajena al tema del niño, para ella, mortal; y a otros asuntos desagradables, aunque Blanco incluye una nota en español, para la madre. El tema de esa carta es mordaz contra la situación política en aquella España. Llama 'ridículo' al aludido 'proceso de purificación, incoado al hermano, y, para el certificado que le exigían como militar para justificar gran retraso en reincorporarse, Blanco sugiere, ya que ningún médico vio a Fernando en Londres, que un boticario certificara las medicinas que le dio cuando tuvo un fuerte ataque de bilis: hay certificación notarizada...

El 22, Blanco sale para Escocia. El 23, Magdalena recibe los últimos sacramentos. Su partida de defunción no indica fecha de la muerte; y no figura en los archivos que perviven de enterramientos. La fecha límite de la muerte es la de la siguiente partida: data, dos días después, otra defunción. Felipa detalla a Fernando los últimos días de la hermana. Prepara el terreno para pedir bastante. Hay doce cartas suyas. El niño, de siete años, estudia en Suiza, con el método pestalozziano que el padre asesoró. No vi más sobre ayuda de Blanco. Llorens dice: «A Magdalena, mujer pobre y enferma, la ayudó económicamente hasta su muerte».

En la primera noticia que queda de Blanco en agosto, una carta a su hermano, desde Edimburgo, dice que lleva casi un mes viajando y que estará dos o tres días en la bella capital. Recordaba, de ese viaje, entre otras cosas, el whisky escocés; nada conveniente para su enfermedad. Desde allí hicieron una excursión hacia el norte, a una región que hoy forma parte de un parque natural: Trossach. Hasta habla en esa carta de la región de Highland, más

al noroeste. De este viaje hay un Diario autógrafo de Blanco: merece una edición comentada. No parece saber aún la muerte de Magdalena, pero en la siguiente carta a Fernando se ve que ya ha hecho gestiones por ella y sabe su fallecimiento. Al día siguiente de esa misiva (son casualidades), Felipa envía su tercera carta a Fernando. Éste, más accesible al estar en Sevilla, es víctima de esa mezquina mujer, que entonces pide mil trescientos reales, «la mitad para beneficio del alma de la difunta», y la otra mitad (da la impresión de que todo, por cartas que seguirán), para las necesidades de la remitente. Las siguientes cartas de Blanco al hermano tienen problemas de lectura. Cuenta el regreso, y habla de la muerte de Magdalena con respeto pero sin que nada haga pensar que hubo auténtico amor en aquella relación.

La pobre Magdalena está ahora más allá del alcance de mi [ilegible]. Era una mujer de algunas muy excelentes cualidades, a la que circunstancias hundieron en la desdicha. / Espero / que la pequeña ayuda que le aporté haya aliviado la amargura de sus últimos momentos. Desearía que pudieras escribir a Fernández [hacía de amanuense] diciéndole cuán obligado le estoy por su atención a esta pobre mujer.

La carta siguiente es aún más difícil de leer: habla de una compleja operación financiera; de que ha escrito a Beck para que la avale; de que ha estado en Hasting para baños de mar: le van bien. Con la nota a Doña María, hay otra para Mármol, y del viaje de John Weterell a Sevilla que él no pudo aprovechar para un envío. Parece que pasó página en el tema de Magdalena.

En carta de octubre a Southey tras laguna documental de cuatro años, Blanco se queja de que en Sevilla lo llamen apóstata; dice estar mal de salud y elogia un libro del amigo.

Le escribe a su hermano; en español porque teme que sospechen secreto. Mejoró su salud.

He comprado un caballo y salgo todos los días. / Deseo
hagas un encargo de Lady Holland, y es que valiéndote de
/ alguno de la catedral me envíes dos o tres libras del incien-
so que usan en ella. / Cuando veas a Don Tomás [González
de] Carvajal dale mis agradecimientos por su libro
[Salmos]. / Dime algo / de mi Colegio.

Añade que la madre del General Moore está en una granja a
dos millas, y que ha comido con ella; no ha vuelto porque es desa-
gradable volver de noche. Recibió poesías de Mármol:

Muchas / composiciones / son muy bellas. Pero qué lástima
que ninguno pruebe a salir del / círculo de cabellos, ojos y
pestañas a que está reducida la Poesía española.

Le escribe a Bello que Hamilton necesita un tutor para sus
hijos. En noviembre vuelve a escribir a la familia y reanuda citas de
su *Diario*: muestra mala salud corporal, depresión, y oración ínti-
ma; con sospechosa semejanza a su situación en años en los que *se*
transcriben, como: «Mi melancolía aumenta diariamente, y gra-
dualmente pierdo el autocontrol».

En contexto que habla de la vejación (repetirá esa palabra en
carta al hermano) que para él, como hidalgo, supone un ambiente
ambiguo, como en el servicio, entre los Holland; aunque diga que
le tienen afecto. Destaca por excepcional: «Gracias a Dios por un
día de paz interior».

Días después anota languidez, ansiedad, e influjo del sufrir
físico en el mental:

una / disposición de mi cuerpo / pienso que es / causa de
lo que sufro en mi mente.

Y, luego, anota paz al leer Jn. XIV, una mejoría de salud; y un
próximo viaje a Brighton.

La rapaz Felipa le pide a Fernando más dinero; esta vez para sacar «el título de comadre». El padre del niño tiene problemas económicos, por eso no lo molestará la ambiciosa tía.

Blanco, que no podía soportar su falta de libertad con la tutoría, insiste en dejarla. En el viaje a Brighton, que él había visto con disgusto, pero no le resultó tan desagradable como esperaba, visita otras grandes casas del partido whig, con estancia en Woburn Abbey. Todo ello amplía su conocimiento práctico de la alta sociedad inglesa; y el conjunto de viajes por la Gran Bretaña le permite conocer más las costumbres populares, muy distintas. Es natural que con sus males, las muertes de su familia, y su ambiguo papel de tutor, ya a finales de 1816 se encuentre cansado entre los Holland. Al final de noviembre había pedido dejar la tutoría; insistirá, al volver del antedicho viaje. He aquí una cita sobre eso:

Supliqué / que me desligaran. / Ellos me pidieron que no los abandonara durante el invierno. / Tenía cualquier circunstancia deseable excepto Libertad.

Aún tendrá que emplear en desligarse varios meses del próximo 1817.

A finales de 1816 le escribe al hermano; hay alusión a la melancolía de la madre, a otros pedidos de incienso de Lady Holland, y a escribir a Lista. 1816 termina también anodino.

1817 es año de cambio para Blanco: tras mucho insistir quedará libre de Holland House.

De enero hay carta de Blanco a Fernando, con nota a la madre; se congratula de un honor que la Patriótica ha hecho a éste y le anima a traducir los siete volúmenes de un envío.

Mediado febrero, Lady Holland le comunicó que, por él, había encargado preceptor para su hijo; aunque, por desgracia, no lo había encontrado; le proponía seguir un año. A Blanco no le agradó. Méndez Bejarano, como casi siempre sin citar sus fuentes, indica:

En la postrera etapa de su residencia en Holland House recabó dos tardes con sus noches libres cada semana. Dedicaba este solaz al trato con sus amigos los Christie; para mayor libertad, alquiló un cuarto / donde pernoctaba aquellas noches.

Añade, sobre por qué Blanco admitió la prórroga de un año que le propuso Lady Holland:

Como / *entonces andaba algo enamorado de una dama* [la cursiva es mía] y sin disponer de / fortuna / para constituir decorosamente un hogar, aceptó.

Blanco escribió sobre eso, tras hablar de aquella propuesta de Lady Holland:

Un impetuoso proyecto de casarme con Miss *** había estado / en mi cabeza. / No puedo establecerme en / moderada independencia que pudiera hacer feliz a una dama.

Sobre amores, o más probablemente, amoríos en su vida, expuse casos en su etapa en España; para el exilio, no veo más pista que lo arriba citado, y un amor, platónico y paternal, por Julia Moore. Hubo razones para que mantuviera un celibato al que siempre se opuso como imposición. La de salud se la insinuó a Reinoso. Más que su débil economía, pesa su orgullo hidalgo: apenas tenía algo que ofrecer a una esposa; además, está su hijo, al que quiere situar. De marzo hay rastros de Blanco en dos cartas a Fernando. En la primera le confiesa:

Mucho trastorno y vejación con mi tutoría.

En la segunda se queja de la resistencia de Lady Holland a que él quede libre de la carga.

Ya de abril hay dos cartas más a Fernando: desde el hotel Felton, en Londres, mejor desde que puede disfrutar de alguna libertad; y desde Holland House, donde, aunque no quiera seguir de tutor, es como familia. En mayo, Felipa le escribe a Fernando dos cartas más: una, pregunta por el sobrino y su padre; y alude a una deuda que hay que pagar; otra, reconoce que el tío no tiene por qué hacerlo, pero le dice que su hermano lo prometió...

En junio soporta, no será la última vez, otro capricho de Lady Holland: más incienso, y ve indirecta para seguir de tutor: los progresos de su alumno. Al fin ve ocasión, ante un viaje.

Me insistieron / en que los acompañase, pero rehusé. El día en el que dejaron la ciudad / dirigí una carta a Lord Holland, en la que expresaba mi total imposibilidad de reasumir mi cargo a su vuelta, y / pedía que emplearan el intervalo en buscar otro tutor.

La amable respuesta confirma su libertad, y es otra muestra de cómo él despertaba afectos.

La impresión que dejó en mí su carta, es / la de pena, y / no / de disminución en cariño o en gratitud. / Deja en Lady Holland y en mí a dos antiguos amigos / y en su alumno Harry, un muchacho muy adelantado / y sinceramente unido a usted.

3.5. (JUL. 1817 – MAR. 1819): SIN TUTORÍA. PIEDAD, Y DUDAS DE FE

En julio de 1817, Blanco, libre, hubiera vuelto a Oxford, pero en su primera estancia allí le mortificó no ser de esa Universidad. Es difícil reconstruir estos meses: faltan fuentes; Blanco, en su

Autobiografía, le dedica a esos casi dos años sólo página y media; Méndez Bejarano, en su caos usual, pone de eso sólo una carta de Blanco. Murphy trata temas sin atarse a lo cronológico; otros autores se contradicen a veces; Durán busca interpretar lo ya dicho.

Al principio, Blanco sigue en la habitación que había alquilado, pero pronto dice que se muda junto a St. James's Square: «para estar cerca de mis queridos amigos los Christie».

Méndez Bejarano, considera «tristísima» la situación de Blanco entonces. Éste da una causa:

Los sufrimientos de mi enfermedad se me habían hecho completamente intolerables.

Christie no podía ayudarle, y Blanco consultó a un curandero y a un médico muy capaz:

El resultado fue de una debilidad extrema que no me dejó casi nada más que piel y huesos, de tal manera que no era capaz de mantenerme en pie.

Quizás a esta enfermedad alude Méndez Bejarano, aunque tras transcribir una carta de 1820; pero el contexto posterior parece referir algo referente a 1817. Resumo todo ese embrollo:

El doctor Bailey le declaró que su enfermedad era incurable, o / de curación larguísima. / Blanco se lanzó de lleno en brazos del sentimiento religioso. / Pensó entonces en / una misión evangélica en la isla de La Trinidad. En julio de 1818 [corrijo según una carta: 1817] resolvió ir a Brighton. [Luego,] regresó a Oxford.

Tras esa difusa idea, matizó más: en Brighton toma baños medicinales. Vuelve a Oxford, y, juzgo que en agosto, envía a la

imprensa sus *Observaciones preparatorias sobre el estudio de la Religión*, sin su nombre. En septiembre se va a Little Gaddesdens, en la campiña. Dice:

Mi irritabilidad nerviosa había crecido hasta un grado penoso.

De octubre vi carta a Lady Holland, ya desde el hotel Fenton, y otra, a su hermano. Unos veinte años más tarde, sitúa por entonces que, tras consultar al Dr. Bailey, éste le dijo:

Está sufriendo una de las más terribles / enfermedades. / No hay nada que / hacer. / Puede / recuperarse, pero, si lo consigue, el periodo de mejora es muy distante.

Blanco dice (importa cómo reconoce efectos de su enfermedad sobre sus crisis religiosas):

Casi veinte años han pasado, mis sufrimientos han sido muchos, y aunque un desarreglo orgánico, ocasionado por esta enfermedad, excluye la posibilidad de una recuperación completa, la enfermedad originaria ha sido / muy aliviada. Es probable que mi desorden interno, / con mis circunstancias exteriores, tuviera el efecto de exaltar mi mente hasta los / bordes del entusiasmo religioso. Mi Diario contiene / pruebas.

Un domingo de noviembre se plantea qué hacer desde desayunar hasta recibir el Sacramento: el puritanismo inglés le hacía insoportable el día de descanso: prohibía trabajos casi con la nimiedad farisaica. Vive una severidad monástica de estudio. Una carta de Southey, que confunde a Socino con Servet, al referirse a una quema de aquél en contexto ginebrino, alude ya al tema unitario, que lleva a Blanco a un nuevo arrianismo. Aunque esa crisis quede

larvada hasta 1834, en teoría lo deja fuera del Cristianismo; por ello, de la fe anglicana, que suscribió.

En diciembre le expone a Wilberforce su idea, que juzgo otro indicio de crisis, de ir como misionero a la isla de Trinidad; y en la intimidad de su *Diario* escribe sobre su temor en el difícil estudio del hebreo, y se propone más oración y más teología. Lo que sigue lo cita también en la obra muy tardía que refleja esta época. Me parece un fragmento importante: confiesa una manipulación: suprimió una palabra, que reintegro en cursiva. Transcribo así:

Estaba mirando / la Biblia / . Me vino la idea de uno / que / me podría preguntar si / creía en tal libro. / Pensé que podría decirle: Debes probarme, o que no hay Dios, o que / no cuida de la parte moral de este mundo, o que hay otro conjunto de doctrinas que proclama que es revelación de Él, y está mejor calculada que ésta para hacernos buenos y felices; o / recibiré este libro como venido de Dios. Eso / tenía para mí todo el peso de una demostración *geométrica*.

A mediados de ese mes anota una noche de dolor, por un ataque de intestinos, mal que será crónico en él. En fechas posteriores muestra desaliento en su plan misionero, y confinado cada vez más en su cuarto. De esos días hacia la Navidad de 1817, confiesa, por justificar cambio:

Mis lecturas y reflexiones diarias estaban / calmando dudas sobre las doctrinas / de la Redención y la Trinidad, dudas que / ganaron una completa victoria.

Aunque notas indican que espera poder estar hábil pronto para recibir el Sacramento: no pudo ir a la iglesia el día de Navidad. Años después escribe en el *Bosquejo* que, por temor de disgustar al lector, omite citar dos cosas que escribió en la Navidad de 1817:

mucha devoción enfermiza y una protesta contra el Credo de San Atanasio. No obstante, pone una autocita:

aventuré nociones contra / definiciones del Credo Atanasiano, las cuales / no están garantizadas por las Escrituras.

Esto quiere decir que o Blanco se contradice con lo anterior, o luego fue restituido lo que dice que borró. O lo dejaría, pensando, aunque fuese de modo inconsciente, en la galería, para mostrar una tendencia, en 1817, al unitarismo; o, aún peor, se dio adición, quizás póstuma, de esa y posiblemente, de otras pistas. Creo necesaria una buena edición crítica de su obra.

El lector no versado en Teología tiene derecho a que le aclaren que la antes citada fórmula de fe se atribuye al santo que afirmó, contra Arrio, definiendo eso el Concilio de Nicea, el dogma de la divinidad de Cristo. San Atanasio no le era simpático a Blanco, según dijo éste.

Del final de ese año hay en el Apéndice III a *Life* tres inesperadas entradas del *Diario*: una dice que aquellas nociones antitrinitarias las «aventuró» en una conversación; otra, dos días después, que había escrito a su amigo Bishop sobre evangelizar en [la isla] de Trinidad. La siguiente la inicia «dos horas antes de que empecemos el nuevo año».

1818 comienza en Blanco con balance de su año anterior. Lo incluyo en el mío, que sigue:

1817 fue duro para él. Aunque vio ruptura de «cadenas» al dejar la tutoría, sufrió un gradual empeoramiento de su salud, pese a su primera estancia en Little Gaddesden. Insisto en lo necesario de una edición crítica que deslinde entre su crisis religiosa de entonces y adiciones posteriores. 1818 mostrará a mediados un cambio a la campaña: profundiza en su crisis religiosa con su *Examen de Blanco por White*; lo incorporará a sus *Cartas de España*, y a sus *Diarios*. España, más que Europa, sigue bajo reacción absolutista. El tercer apéndice de *Life* pone más pasajes que Blanco no escogió en el *Bosquejo* que

redactó a partir de 1834 sobre su vida en Inglaterra; ni en sus sucesivas revisiones. Juzgo que los eligió el compilador tras morir Blanco.

El 1 de enero anota, tras pasar junto a un harapiento mendigo negro sin darle limosna:

Difícilmente pude comer por compasión hacia ese desgraciado y remordimiento / . He sufrido mucho este atardecer por / el estado de mis órganos digestivos. Que Dios me perdone cualquier cosa que yo haya hecho indebidamente / . ¡Señor Jesús! En Ti he esperado; no permitas que sea confundido nunca.

Aparte de que el final de la oración parece calcado del final del himno *Te Deum*, esa cita presenta un Blanco muy distinto al de Madrid, al de *El Español*, y hasta al de los próximos años: insisto sobre posibles manipulaciones desde 1834; y en casos concretos, tras su muerte. En todo caso, sufría mucho. Al día siguiente, dice, volvió a buscar al negro: no lo halló.

Avisado para que se presente al obispo, escribió un Memorandum para dejárselo. Dice:

El Rvdo. J. Blanco White, / deseoso de proveer el / Evangelio, / piensa que sus peculiares circunstancias pueden hacerle un útil ministro en la isla Trinidad.

Siguen dos páginas de consideraciones; al final añade que confía en que sería protegido allí, como súbdito británico, de la persecución española. En tardía época, explica el desenlace:

El Proyecto Trinidad llegó a un final poco / después. / Pensando que mi presencia en Trinidad / era como para suscitar desagrado entre la población hispana, [el obispo] / me deseó que me contentara con lo que había hecho y que no pensase más en eso.

Vuelvo al *Apéndice*, breve, pero que tanto intensifica sobre estos días: tras un salto desde 1813 (la historia de la monja), sólo del 28 de diciembre de 1817 al 1 de marzo del 18 (son más de la mitad de las páginas), hay larvada, y entonces negada por Blanco, tendencia al unitarismo: dudas contra la Trinidad, la Redención y otros dogmas como el del Pecado Original, al que tachó de ‘irrazonable’.

No citó eso en su *Bosquejo*. Parece como si el que hizo la selección póstuma buscara razones tempranas de la ruptura de Blanco con la Iglesia de Inglaterra.

El 16 visitó Holland House y a Wilberforce, que se extrañó de la postura del Obispo, y le recomendó traducir al español las Pruebas (que no evidencias) de Paley. Blanco escribe:

No tendré escrúpulo en dedicarle una gran parte de cada domingo, en el que mi habitual indisposición me impide ir a la iglesia. Dios purifique mi intención.

El 13 le escribe a Fernando; la carta dice que desde el 19 de diciembre estuvo unos días con fiebre; esa carta expone su proyecto de vivir en el piso de arriba de Christie, «por cuestión de economía»: ahorra para pagar la educación del hijo; como éste seguía estudiando interno, fue a verlo, quizás el 9, día en el que el niño cumplía nueve años. Como padre, se abre al hermano:

¡Cuán caro pago por las locuras de mi juventud! He estado a ver al pequeño.

De poco después, el tan citado *Apéndice* hace constar una excepción en su *Diario*:

Mi salud ha estado / bien hoy. Desearía / agradecerle la tregua al Padre.

Cierra enero anotando que leyó con Bishop, el primer sermón de Watson sobre Ateísmo e incredulidad. Añade algo muy breve, pero significativo y patético: «Me hizo llorar». Reconoce:

La referencia de estos angustiosos estados de ánimo es ahora / numerosa en mi Diario.

La siguiente cita es importante para comprender su evolución teológica:

Mis dudas / teológicas parecen acrecentarse / ¿Qué debo hacer? ; / abstenerme de / investigación? No sería digno de un hombre ni de un cristiano.

De nuevo lo espiritual se interfiere con lo somático: en la semana tras estas líneas escribe que no pudo estudiar mucho más de catorce horas, por la dificultad para estar sentado tranquilo. Una confesión revela al mal administrador: al hidalgo, nunca rico, cuya familia tenía que aparentar holgura; al recibir la suma anual gastó una libra en libros no indispensables. Dice:

Sobre mis posibilidades. / El gasto de amueblar / va a ser mayor del que esperaba.

En marzo se ve aún más claro que Blanco sufre, más aún mental que físicamente: quedan veintitrés años para su muerte, pero la siguiente cita puede justificar ya la idea de quien será su gran amigo, el luego Arzobispo Whately: que Blanco sufrió desarreglo mental. En este 1818 hay que tomar con cautela estas atormentadas expresiones, quizá añadidas tras su muerte.

Me aventuré a ir a St. James. / El conflicto entre mis temores / y mi deseo de recibir el Sacramento me pusieron en un miserable estado de nerviosismo. Cuando entré en la iglesia

estaba muy agitado, / con lágrimas convulsivas y / totalmente exhausto.

Tras eso, ese Apéndice salta casi cinco meses. La siguiente cita, del domingo siguiente, es del *Bosquejo*. Pone en 1818, o se elige más tarde, tendencia al unitarismo, aunque la rechace.

Mi mente ha estado por algún tiempo llena de dudas concernientes a la doctrina de la Trinidad. / En cuanto al Unitarismo lo juzgo / insostenible. / La doctrina defendida por la Iglesia de Inglaterra sobre / la Santa Trinidad es / la más antigua y la más / recibida.

Aún consideraba las Escrituras como base; pero seguirá obsesionado con aquel dogma. En Pascua recibe el Sacramento. Cierra el *Diario* de ese día con una oración:

Confirma y aumenta mi fe. No me abandones a mí mismo. Pereceré.

En contraste con la abundancia anterior, abril es un mes omitido al seleccionar sus escritos; no vi otra cosa sobre él. De mayo hay tres cartas tuyas a Fernando.

En la primera, se queja de haber estado más de dos meses sin carta, y de su mala salud con enfermiza sensibilidad. En la segunda, envía, con los libros que pedía éste, un ejemplar de la *Teología natural* de Paley, para Lista. En la tercera encarga vino de Jerez, y da una noticia que afectará a la andaluza enamorada de Lascelles: éste volvió de Italia en mal estado mental.

De ese mes hay una carta de Felipa a Fernando; pregunta por el niño. Parece que falta otra.

En junio sigue una carta de Blanco al hermano, con un largo trozo religioso, lo que confirma que vive en ese clima. Por ello transcribo esta frase:

No conocemos cómo nuestras mentes están en las manos de nuestro Creador.

Eso da más carga de veracidad a la anotación de un *Diario*, recogida mucho después en el *Bosquejo*: muestra la crisis de fe de un Blanco que confiesa:

Estoy de nuevo con considerables dudas. / Me adhiero, en la práctica, a no unirme a ninguna opinión contra las que mantiene la Iglesia de Inglaterra. / Si existe Dios (bendito sea su nombre), el Cristianismo no puede ser una impostura.

Quiere decir: «Como existe Dios...»; ya había vuelto a creer en su existencia.

En julio escribe a su hermano desde Holywell, Oxford. Le dice que dos días después estará de nuevo en Londres; la siguiente será desde Little Gaddesden. Nótese también esos cambios. En tanto, vuelve a anotar, aunque eso queda sólo por el tan citado Apéndice:

Mi mente está agitada con dudas religiosas por cada parte.
/ ¡Que el divino espíritu disipe las nubes que oscurecen mi alma!

Así sigue en agosto, aunque reconoce otra mejoría en su mente. Sus manifestaciones sobre el estado contrario serán habituales. Mediado el mes, los Carleton le invitan a Little Gaddesden. En esas estancias se muestra débil e irritable. Quiere compensar gastos con clases a un hijo de los Carleton. Ni está para eso, ni el niño es buen discípulo. Blanco se vio cerca de enloquecer.

En carta de septiembre, se hace eco de lo que parece ser la próxima boda de Fernando con Juana; hace en esta carta un elogio de su «futura hermana». De ese retiro campestre quedan también sus últimas líneas conocidas a su madre. A finales de octubre vuelve a Londres.

En noviembre se casan Fernando y Juana*. Y, sin más datos de ese periodo, Blanco escribe en su *Diario* que no tiene que reprocharse «grandes faltas» con los Carleton (ya anoté indicios), y que ha escrito una «Colección de Plegarias de la Mañana», para la familia. Y añade:

Mi mente ha estado / con dudas sobre la Divinidad de nuestro Salvador, y el grado de Inspiración con el que fueron redactadas las Escrituras. / Lo que veo ser pan no puede ser el cuerpo de Cristo. / El que declara que es hombre no puede ser Dios.

Desde Londres le escribe a Fernando; alude a la noticia de la boda, dice que su salud es mala al presente; le han puesto un remedio que supone doloroso: «ventosas sajas».

Y se propone escribir un examen total de sí mismo: comienza —traduzco títulos— *White examina a Blanco*, inspirado en el *Rousseau juzga de Juan Jacobo*; trata mucho de su vida religiosa antes de exiliarse. Para lo desde su ingreso en la Iglesia de Inglaterra hasta que escribe eso, remite a su *Diario*. Hace balance de su estado de fe, «tras reconocer el débil estado de sus nervios»: cree en un Dios Creador, Padre de bondad, providente. No puede persuadirse de que no haya nada revelado en la Biblia, pero sospecha mucho error humano. No puede creer que Jesús sea Dios, pero sí que es su Señor y Salvador, y que resucitó:

Son los principales artículos de mi fe. / Mi temor de estar en un error es / grande.

Además, ese mismo día escribió de un *Diario* de estudiante para 1818:

Al volver al registro del 21 de diciembre hallo que es el día en el que, con la más grande resistencia por parte de mi

voluntad y / gran angustia, encontré las convicciones de mi entendimiento tan decididas a favor del Unitarismo que resolví no resistir a ellas.

Tiene tristes recuerdos de aquella Navidad en soledad y sufrimiento. Pensaría cuáles de los 39 artículos de fe anglicanos que había jurado eran esenciales para la salvación.

1818 fue oscuro en Blanco, sobre todo en su angustia religiosa. Su mente no estaba en cuestiones políticas como las victorias de Bolívar, la unión de Francia a la antiabsolutista Cuádruple Alianza, o el problema de España. Pero reitero la necesidad de edición crítica.

1819 es también año de crisis religiosa, aunque no tenga las resoluciones violentas de otras. Para Blanco, sobre todo es el año de la muerte de la madre.

El primer domingo —otra vez, domingo—, Blanco anota que habló con un amigo sobre Smith, *El gobierno divino*. En su revisión de 1835 recordará que ese libro trata de la salvación universal. Negó a ese amigo la necesidad de algún artículo de fe para salvarse; en concreto, el de la Redención. A los pocos días cortó lo que había escrito sobre eso. Su ansiedad probaba su sinceridad; y, como añadía él: «Sólo Dios conoce...».

Cuatro veces veo, ese año, su frase «Oré dos veces». Se refiere a los Salmos, cuyo canto aborreció en Sevilla. Anota, en 1835; puede influir en esto su ideología de la época final:

Estaba en el más alto grado de incredulidad en Cristo. / En la práctica, era su discípulo. Pero no tenía un credo definido, dogmático.

Con fecha del 11, y tras cinco meses sin citar ahí, en el Apéndice III de *Life* anota que habló con un amigo sobre *Redención*, el libro de Taylor, y al final, su oyente le besó la mano: Blanco insinúa su racionalismo unitario al negar la Redención

como dogma, aunque sea fundamental en la fe cristiana. En esta situación, un mazazo vuelve a Blanco hacia su Sevilla. Doña María, siempre delicada, que sufrió mucho con un padre aventurero, un primogénito desventurado, Fernando preso, y cuatro hijos muertos, había sobrevivido al marido más de un trienio, pero, aún con 69 años, murió en Sevilla*. Vivía con Fernando y Juana en la calle Corral del Rey, y su funeral fue, por ello, en la parroquia de San Isidoro*; aunque fue sepultada, como su marido, en la iglesia franciscana de San Pedro de Alcántara.

El 16, Fernando le escribía sobre ello a su hermano, a través de Christie:

En la noche del 11 sólo me separé de ella / pocas horas que estuvo / en compañía de su confesor, excelente hombre en quien tenía toda su confianza.

Hasta el 4 de febrero no lo sabrá Blanco. Éste había escrito a su gran amigo Bishop (aunque luego temerá dañarle), pues quería desahogar en él su atormentado pensamiento de entonces.

No se sentía ni atanasiano, ni arriano, ni unitario, pero no podía seguir en la Iglesia de Inglaterra sin hipocresía. Al día siguiente, Blanco le escribió a Fernando: aún ajeno a lo de la madre: cuenta cómo se ríe con Christie del asombro de los sevillanos en Londres al ver nevar. A finales de enero muere en Nápoles Carlos IV, que abdicó por salvar a Godoy; Lord Holland, quizás al ver a éste desprotegido, habla a Blanco de ofrecerle ir a Inglaterra. En tanto, Blanco termina un libro de David Hartley, *Observaciones sobre el hombre*, y comenta:

No recuerdo un libro que tuviera más / efectos en mi mente y en mi corazón.

Habla de ventosas para sanarlo. Otras, de sanguijuelas, más doloroso: ambos métodos, para sacarle sangre: bajar la tensión arte-

rial, y evitar un accidente cardiovascular. Doy datos sobre sus males: espero un diagnóstico. Al saber la muerte de la madre, hubo que sangrarle. Anota:

Violento dolor. Rezar me reanimó.

Al día siguiente, dirige a su hermano una larga y muy piadosa carta; destaco:

Más de un mes ha que me daba el corazón que nuestra buena madre estaba muy cerca de recibir el premio, / y no pasó un día en que no pidiese a Dios que le concediese los consuelos / de los que esperan en él. Con todo eso, la noticia me cogió de sorpresa, y aunque estoy certísimo de que no hemos perdido a nuestra excelente madre, mi corazón / necesita implorar el auxilio de Dios. / Al punto que recibí tu carta, fue preciso sacarme algunas onzas de sangre. Esto me dio alivio.

Fue sin duda un duro golpe. Su salud se resintió profundamente.

A esa muerte se unirán otras en este año, como la de Georgina, la hija menor de los Holland. Además, por el bien de su hijo Ferdinand, ya con diez años, vive separado de él. Salvo en las vacaciones, en las que lo recibían, con el padre, los Christie o los Carleton, con gran afecto, lo tiene en Neufchatel, Suiza; tres años muy felices según decía el propio muchacho. La noticia de Sevilla le haría interrumpir su diálogo *Examen de Blanco por White*, que reanuda sin «artificiosidad del diálogo». En su tristeza, busca otra vez la hospitalidad de los Carleton:

3.6. (ABR. 1819 – FEB. 1822): ENTRE CAMPIÑA, CIUDADES Y MAR

El último día de marzo vuelve a Little Gaddesden; necesita reposo. En este periodo predomina el campo, aunque al final del año esté junto al mar, también por salud; no deja de tener contactos urbanos. Le era buena esa estancia campestre, pero la recuerda en tono agrisulce. Carleton le ofrece ser tutor del mayor, entonces de 8 años. Aceptó, pero confiesa:

Mi gran debilidad me hacía muy irritable, y mi alumno tampoco era un modelo de docilidad, por lo que creo que poco fui capaz de enseñarle. / Casi llegué a volverme loco. / Le rogué a mi amigo Carleton que aceptara una compensación económica por mi manutención, pero él no quería ni oír hablar de eso. / Permanecí allí como si aquella casa fuera mi refugio natural / pero me di cuenta de la necesidad de buscar otro.

De esa etapa apenas quedan más noticias que las cartas. De julio hay una de Blanco a Lady Holland: recibió la del «pobre Quintana, víctima de la tiranía»; adjunta respuesta. En agosto, le escribe a Fernando: piensa pasar unos meses en Ramsgate. E inicia el final de *White examina a Blanco*: desde llegar a Inglaterra hasta recibir la Cena del Señor (octubre, 1812). Para el resto hasta 1819, remite al *Diario*. Anota ahí algo que critica también al anglicanismo:

La intolerancia prevalecerá en / una *infalible* autoridad, viva, como el Papa, / o *muerta*, como son los libros.

Septiembre de 1819 es otro mes en el que no hallo nada destacable. De octubre queda otra carta de Blanco, alarmado por las noticias de fiebre [amarilla] en Cádiz, peligro de epidemia en Sevilla. Señalo, para esta historia, la tercera boda de Fernando VII; seguirá su problema.

De noviembre sólo consta que Blanco le escribe a su hermano, por el primer aniversario de boda; desde Ramsgate le añade que toma baños por sufrir del hígado.

1819 fue para Blanco uno de sus años peores, con bache de escritos, y retiro en baños.

1820 comenzó en España con el golpe de Riego por la Constitución de 1812. Empieza el 'Trienio Liberal', con represiones antiabsolutistas, en esa España en la que los dos bandos se turban sin aprender ni olvidar. Blanco hace su balance del año anterior: sufrió en los tres primeros meses; en el campo buscó creer en la ortodoxia pero... llegó a lo contrario.

En enero sigue tomando baños medicinales; no directamente en el mar. Descansa. A final del mes le escribe a Lady Holland, sobre los encargos de ésta a Sevilla, como era de esperar, y de cómo alivia el baño caliente. También desde Ramsgate envía a Fernando una carta al final de enero. Blanco se muestra angustiado: la epidemia de fiebre citada llegó a Sevilla. Pero esta carta no debió de hallarle ahí: la esposa le escribe ese año 18 cartas: Fernando, ya capitán, de ideas liberales pero moderadas, ha de estar movilizado en esas complejas circunstancias.

De febrero destaco, en los apuntes de Blanco, que acepta lo de Chingingword, quien, en el siglo XVII, firmó los 39 artículos; pero dudó lo de Arrio. Hay ese mes una carta de Mármol.

En marzo, Fernando VII ha de jurar la misma Constitución de 1812 que abolió al regresar; hay dos cartas de Blanco al hermano: una, preocupado por el puesto de oficial de éste, lejos de Juana, que espera ya la primera hija; la otra, desde Londres; dice que estará pocos días allí y se irá de nuevo con los Carleton. Acusa recibo de carta de Fernando, que le informaría del nacimiento de

Encarnación: Blanco, obseso por educar en Inglaterra y por Cervantes, alude a *La española inglesa*. Dice que vio al «pequeño Fernando» muy mejorado.

De ese día es una de Blanco a Quintana, juzgo que por indicación de Lord Holland. Quintana, que rechazó *El Español*, fue víctima de las profecías de éste. Encerrado, al volver Fernando VII, en la fortaleza de Pamplona por sus ideas políticas, la restablecida Inquisición lo procesó por las religiosas. Blanco deja a un lado los roces, y le escribe:

Si la revolución de España no hubiera de tener otras resultas favorables que la libertad de usted, me tendría por muy feliz de haber gozado el placer de verla.

No podrá abrazarlo: ninguna mudanza política de España será capaz de alterar su exilio. Insiste en fallos en la Constitución de 1812, y le aconseja apoyar la idea de las dos Cámaras.

En abril, Fernando VII nombra, forzado, «su» primer Gobierno Constitucional; Blanco, con nuevo interés por España, critica a los liberales españoles: buscan puestos, no libertad.

Aparenta huir a otro mundo cuando, al día siguiente, comenta en su *Diario* un libro de Metafísica, pero poco después le escribe a su hermano sobre su temor ante las circunstancias revolucionarias, que *parecen* calmadas con la *aparente* sumisión de Fernando VII:

Agradezco a Dios que te ha preservado.

Fernando VII firma un Manifiesto por presión liberal. Bello escribe a Blanco que verían bien la monarquía constitucional muchos americanos «que / no son para republicanos».

Él responde a vuelta de correo, muestra de su interés en temas de América. Sugiere Constituciones del tipo: rey inviolable; responsabilidad en ministros; dos Cámaras; impuestos sólo por el

Congreso; jueces vitalicios; seguridad personal; libertad de imprenta; juicios de jurados cualificados sobre ella, y necesidad de dos tercios para declarar calumnia o insulto.

Hacia final del mes, todos los liberales españoles quedan rehabilitados, aunque el falaz Fernando VII pensará ya en las represalias que tomará en cuanto pueda.

En mayo, Blanco le escribe a Fernando de su reacción lingüística ante el golpe de Riego: «Tengo que leer y escribir en español, no obstante mis temores por la pureza de mi inglés».

En junio no veo nada en relación con Blanco. En la campiña, evocaré la vida política de una España en nueva situación crítica. Lo que publica Méndez Bejarano del periodo abunda en desorden cronológico no inusual en él. Sigo con mi método de investigar las fuentes.

En julio, Blanco, en carta al hermano, insiste en cómo ha vuelto al idioma español:

Al cabo de seis años en que ni por casualidad me ocurría una palabra en mi lengua materna, la revolución soltó los diques a mis ideas españolas, y así no pasa día en que no escriba algo en nuestra hermosa aunque descuidada lengua. / Me alegro de que Reinoso haya aceptado la secretaría en preferencia a la comisión literaria, de que no formé buen agüero. / Literatos que están a soldada de especuladores, no pueden trabajar con gusto. / En las intrigas / que han impedido que Reinoso sea elegido para las Cortes, veo una prueba / de mi opinión contra la forma de elecciones españolas. / Queda en manos de un cortísimo número y, por tanto, expuesta a la intriga. / La elección por diputaciones es / contraria a la libertad y al pueblo. / Otro punto importante / : Si hubiese dos cámaras, las leyes serían menos; pero probablemente estarían más acomodadas al carácter y circunstancias de la nación.

Recordaré que Reinoso tampoco obtuvo esa Secretaría, sino una Comisión político-literaria; y que se nota la moderación política de Blanco respecto a su periodismo de Sevilla.

Otro violento acceso de su mal obligó a Blanco a tomar más baños en Ramsgate.

Hacia final de este mes muere el Penitenciario Arjona, que tanto influyó en la juventud de Blanco. Éste no lo sabrá durante meses; ese día anota lo que hizo en 1808 con el ejemplar de su Discurso sobre Pestalozzi. Seguía fiel al método que elogió: hace que el hijo se eduque así. En agosto le escribe a su hermano, sobre traducción de un librito de Cottu; sobre su adelanto en el violín y de cómo España pudiera aprovechar la situación liberal para corregir errores:

Pero no puedo acallar mis temores. / Quisiera saber de Lista. / Me alegro de que a Reinoso le hayan creado un empleo; pero semejantes jobs no son de buen agüero.

En septiembre, Quintana le escribe como si nada hubiera pasado desde que eran amigos. Y muchos otros liberales, tras su experiencia absolutista, aceptan ya al Blanco al que tanto atacaron en Cádiz. Bello, siempre fiel, le escribe buscando consuelo: ha muerto su mujer.

En octubre no veo nuevas de Blanco, poco activo por sus males; sabrá las cosas de España; los liberales suprimen las órdenes monásticas y reforman otras. Él quiso eso, pero no así.

A finales de ese mes, Bishop, al que Blanco le había comunicado su «triste estado de salud», le invita: que se fuera con él a Ufton, Berks, «y estuviera con él el tiempo que quisiera».

Iniciado noviembre, al empeorar, Blanco vuelve a Ramsgate, donde tomará treinta baños medicinales; desde allí, a finales de ese mes, le escribe a su hermano, con preocupación tras cuatro meses sin carta de éste. Blanco apunta a posible pérdida (juzgo que por las turbulencias políticas del trienio). Alude a su traducción de

Cottu, a su salud, a sus baños, a que escriba, y a la fiebre en Andalucía [otro temor por la familia, para el exiliado], y alude *al* trial de la Reina, la esposa de Jorge IV, acusada por éste de adulterio. Compara con España:

Inglaterra está tan acostumbrada a las tormentas políticas...

En la citada carta habla también de sus planes en el próximo futuro:

La semana que viene pienso volver a Londres, y / hacer una visita de dos a tres meses a mi amigo Bishop, en su Rectory de Ufton near Reading. No ha mucho tiempo / tuve una carta de Quintana, tan afectuosa como si no hubiera habido revolución / . Pero nada me dice de Lista, a quien / supongo en Madrid.

En diciembre vuelve con Bishop; pastor anglicano en Ufton y fellow del Colegio Oriel, de Oxford: representaba lo que Blanco admiró en la Iglesia de Inglaterra: benevolente, refinado, tolerante...: 'cristiano' en el sentido que tenía entonces de ese término. Constan dos cartas más a Fernando desde allí: se alarga la etapa que llamé de predominio campestre.

En 1820, Blanco fue animado por el nuevo intento liberal en su patria, la vida del campo, los baños, y, sobre todo, el apoyo de sus amigos; y al final hay esperanzas de una mejoría.

1821 es buen año de creación literaria para Blanco. En la paz de Ufton escribe sus célebres *Cartas de España*, y la traducción española del *The Book of Common Prayers* de la Iglesia Anglicana. En Inglaterra muere la reina Carolina, para paz de Jorge IV. En Hispanoamérica, San Martín entra en Lima y en El Callao; Bolívar vence en Carabobo; e Itúrbide basa en Méjico un primer imperio. Símbolo de un pasado reciente, muere Napoleón.

Nuevos inventos revolucionan el mundo: Faraday descubre el principio básico del motor eléctrico; y funciona la primera locomotora de Stephenson: en la próxima década, Blanco, que le escribió al primero, hará un viaje en tren, que le entusiasmará y le hará escribir un cuento.

De 1821, sobre enero no hallo nada resaltable de Blanco; descansa en la tranquila rectoral de Ufton. Pero en febrero se le abre un campo clave: el poeta Campbell, entonces director de una revista, le pide colaborar sobre tema español, de moda entonces: Blanco redacta las primicias de sus célebres *Cartas de España*, de aguda crítica social, y fino costumbrismo. Murphy me mostró aquel agradable ambiente rural, lleno de paz, de la rectoría. Como Blanco dice en su *Vida*, era saludable, aunque «la mejoría era tan lenta que apenas era perceptible».

A sus primeros días en Ufton alude la carta a Fernando que fecho como de 1821 (no de 1820, como pone, por errata, el listado en Internet de Princeton). Blanco acusa recibo:

Tu carta del 25 de noviembre, vino a tiempo para hallarme aquí de vuelta de Ramsgate, donde tomé treinta baños que me hicieron mucho provecho. La bondad de mi amigo Bishop me proporciona un agradable asilo / . El sitio es enteramente campestre. La iglesia está en el jardín de la casa y la parroquia consiste en cabañas / esparcidas.

Estar con Bishop, soltero, era «vivir sin sociedad doméstica»; otro mal sería lo que pedían los Carleton: con ellos, pero sin compensarle. En la antedicha carta a Fernando, planteaba:

Admitir convites tan ilimitados no se conforma con mi idea de decoro. / Determino pasar tres o cuatro meses, / no sé si en Londres o en Oxford –donde lo pueda hacer a menor costo– y volver a Gaddesden por otros tres o cuatro meses en verano y otoño.

Iniciado abril, y quizás porque Ferdinand volvió de Suiza, y lo pedía el trabajo, alquila una casa en Chelsea, de nuevo cerca de James Christie, cuya familia había regresado de Francia:

Durante cerca de seis años, su casa fue la mía. No puedo expresar debidamente mi gratitud por su / cariño / y por haberle permitido a mi hijo todas las ventajas de la compañía de los suyos, ayudándole / en la formación / como / uno más de la familia.

Ya desde Londres le escribe a su hermano, de un tópico: el incienso de Lady Holland; añade que piensa pasar dos o tres meses con los Carleton; sigue con la enfermedad de la sobrina, y la queja de que aún siga pendiente su renuncia a las capellanías.

Le escribe también a Lady Holland. Agradece prensa sobre su Carta Tercera, que reeditará en próximo libro. Y a fines de ese mes, le escribe su hermano, con detalles como el coste de un barril de vino (andaluz), puesto en Inglaterra. (Parecerá allí muy bueno y barato).

Destaco, entre cartas secundarias, una de Blanco al hermano: ha comprado un violín firmado Guarnerius Cremonense [sic] por 30 libras y dos violines suyos. Llama extravagancia a esa transacción, que confirma su vivir a lo hidalgo, sin previsiones ante una próxima vejez carente de recursos fijos; pero que subraya también su gran amor por la música. Así se gasta algo más de lo que le han dado por las dos primeras *Cartas de España*. Y aprovecha la ocasión para donar a su hermano el violín de Sevilla. También habla de un robo al hermano y de la economía familiar. Blanco era generoso, pero un desastre en eso. Pregunta, como suele, por conocidos. Le apena el caso de Sotelo, marginado tras su etapa de Prefecto con los franceses.

En América, Bolívar triunfa en Carabobo; en España, los anti-liberales buscan reacción. Blanco escribe en julio: «He estado con los Carleton mes y medio».

Una carta a Bello es fundamental para conocer ideas religiosas del Blanco de entonces, tras mucho tiempo sobre el que no dice

nada de eso en su *Bosquejo*: aunque habla al principio de América, y de la herencia escocesa de los Moore (150.000 libras), entra en profundas reflexiones sobre el consuelo que Bello, «deísta devoto», puede esperar en la muerte de un hijo, tras la reciente de la esposa. Blanco aporta una reflexión estoica; y sus dudas teológicas, que no puede exponer a su hermano ni en la sociedad conservadora en la que vive:

La creencia firme que usted tiene en un Dios bondadoso, y el poder de la razón que dicta / presentar un pecho firme a la adversidad son, a mi parecer, los recursos más efectivos que usted tiene. / La moral del evangelio es clara, y, adonde admite duda, la experiencia de la sociedad humana sirve de intérprete. Pero ¿adónde hallaremos una regla infalible para interpretar / lo que llaman fe? / Doce años de mi vida / he dedicado al estudio de la Teología y las Escrituras. / En cuanto a misterios, / ni aún puedo descubrir cuáles sean de facto los revelados. / El recurso a Dios en las aflicciones es el único remedio que puedo aconsejar.

Una carta de Blanco al hermano anuncia su reciente regreso a Londres:

Dos días ha que volví de Gaddesden, donde he estado con los Carleton mes y medio.

Y le da su nuevo hogar en Chelsea, junto a los Christie: «a la distancia de cinco puertas».

Saluda el nacimiento de su sobrino, llamado como el abuelo paterno; lo anglifica, en broma, como Billy, y habla de la aludida herencia que ha recibido Julia Moore.

Agosto no trae pistas de Blanco; pensaba volver a Little Gaddesden. Mediado septiembre le escribe a Bello desde Londres. Itúrbide, luego correponsal de Blanco, pacta ser Emperador de

Méjico. En octubre sólo destaco agitación, y desobediencia civil del pueblo español; y en noviembre, una carta de Blanco a Lord Holland: tema americano. Se consuman las divisiones en Hispanoamérica, lo que la subordinará más a los Estados Unidos. En diciembre, Blanco recibió de Sevilla encargos de Lady Holland, según escribe a ésta, y noticias de España, nada buenas en la política. Resume, en breve canto a la amistad, la de vecinos de la época:

La bondad de mis tres / amigos Christie, Carleton y Bishop
no se puede bien encarecer.

Le dice al hermano que Ferdinand le escribe, en francés «de son oncle». En Suiza le cuesta 60 libras al año, lo mismo que en Inglaterra; y allí es más saludable, y aprende francés. Quiere hacerlo cadete de la Compañía de Indias: cuesta 400 libras. Termina con tema actual: España.

Muchos males pudieran haberse evitado al principio.

Esa relación con las ocasiones perdidas de libertad le hace preguntar por dos desgraciadas monjas, para cuyas historias remito a mi tetralogía y quejarse con ironía de que no le dejen desistir de sus capellanías: «No sea que me muera de hambre».

Había que velar por su digna sustentación, pero se trataba sólo de cinco libras al año: un mes en la educación de su hijo; y con razón temía que la posteridad le juzgara mal pensando que él se seguía aprovechando de aquellas rentas en 1821, once años tras su exilio.

1822 será considerado a su final por Blanco como el más próspero hasta entonces de su vida en el Reino Unido. España estaba de moda con motivo del levantamiento contra el absolutismo. Eso favorece el éxito literario y económico de sus producciones literarias: *Cartas de España*, que aparecen este año en libro del que diré luego algo; mientras que en la revista originaria sale su

estudio histórico «El Príncipe Carlos de España y su padre, Felipe», aunque no reflejen esa actualidad. De *Vargas, una narración de España*, en tres tomos, también sobre la época de Felipe II, Méndez Bejarano la juzgó de Blanco, Llorens consideró eso insostenible, y autores de hoy aceptan la atribución; algunos aducen pruebas, como Murphy, o Garnica. Arguyo en concreto contra las 17 veces en que se usan en ella versos sin nombrar autor: Blanco, tres años tras *Vargas* titula un poema: «Al intentar escribir versos en inglés».

El 1 de enero, hace su tradicional balance anual y agradece a Dios haber mejorado en su salud desde que, hacía poco más de un año, llegó a Ufton.

Tras una carta de mayo de la que hablaré en su momento, transcribe Méndez Bejarano, con su típico desorden, una de enero: tema inicial, de nuevo, el incienso de Lady Holland, extraviado en el viaje. Que Blanco dedicara una larga página a aclaraciones indica la pesadez de tal dama. Aparte un inciso para que el hermano no se sacrifique por él enviándole cosas (Fernando tenía problemas económicos graves y él cobraba bien sus *Cartas de España*), interesa más la crisis política de la Patria. Quizá por evitar la censura pone en inglés:

Aunque tengo esperanzas de que la actual tormenta política se disipará / ; de una limitada monarquía constitucional / no existe, por el presente, / oportunidad.

Luego pregunta por amigos; supone que Arjona estará con el que va ganando. Ignora que murió hacía más de año y medio. Pero aún sabiendo lo que hizo siempre, disculpa:

Qué me importa a mí. Mi amistad para los que he amado tan tiernamente en mis primeros años, es independiente de cuestiones políticas.

Fernando, por elección, tiene responsabilidad en el Ayuntamiento de Sevilla*. Blanco sigue, en la paz de Ufton, atento a la tensión de España. Fernando VII, ante el radicalismo liberal, pide ayuda, en secreto, a la Santa Alianza. Se forma el tercer gobierno constitucional, con Martínez de la Rosa en Estado. Blanco alabó más de una vez su literatura.

«A primeros de marzo» volvió a Londres, al amparo de los Christie.

3.7. (MAR. 1822 - DIC. 1823): VUELTA A LONDRES: VARIEDADES, ETC.

Quedan diez meses de 1822: se radicaliza España. Los exaltados, al poder; los absolutistas ven secuestrado al rey, toman la Seo de Urgel y forman una Regencia que promete reformas pero prepara represalias y pide intervenir a la Santa Alianza. La batalla de Ayacucho culmina la independencia en la América Hispana; salvo –entonces– Cuba y Puerto Rico.

Blanco sigue con sus *Cartas de España*. A principios de abril, le escribe a Allen sobre el Tizón de España y los antecedentes judíos o moros de muchos de la nobleza española. Y el llamado «Himno de Riego» es declarado Marcha Nacional en España: queda como un símbolo.

De mayo sólo veo una carta al hermano. Pasó días en Holland House, pero evita convites «por no andar fuera de noche»; de salud, emplea una frase muy sevillana: «Vamos tirando». Habla del negocio de sus *Cartas de España*: «vendí el copy-right por trescientas guineas».

Alude a cómo se ha pintado a sí mismo, y a sus padres, «bajo un decente velo», y a su ex mentor, de cuya muerte supo con mucho retraso. «¡Pobre Arjona! Hago mención de él sin nombre».

Destaca la referencia a la infeliz monja María Francisca Barrero, paradigma de otras. Añade, en inglés, su repudio del comportamiento de la madre: «Yo no perdono a su infame madre».

Continúa con recuerdos: a Pepe Arjona, a Lista, a Mármol, «y a todos, todos». Añade preguntas despectivas: una, indirecta, y otra, directa, con prejuicios anticlericales:

Nunca me has dicho quién es mi sucesor en la Magistralía:
Algún señor vulgar. / ¿Qué ha sido de eso loco de Capellán
Mayor? Lo he metido en mis Letters, y a su hermano, y a la
Virgen del Águila...

Pero, salvo rencores como los citados, hay pudor en lo autobiográfico.

Las *Cartas de España* repiten en libro su éxito de la revista; no necesitan presentación pues son de sobra conocidas, y tienen buenas introducciones. Enumero sus temas por no omitir eso: para el XVIII, las nueve primeras; para el XIX antes del exilio, las otras y parte de la 3ª.

La 1ª narra un viaje de Cádiz a Sevilla; la 2ª, costumbres familiares; la 3ª, la vida de un joven sacerdote: él. De la 4ª a la 6ª trata de toros, Olvera y la epidemia; en 7ª y 8ª, de frailes, monjes, y monjas; de 9ª a 11ª, fiestas en Sevilla, escándalos de la corte y vida allí; 12ª y 13ª, la Guerra de la Independencia en Madrid, su huida a Sevilla y parte del ambiente ahí.

Esas *Cartas* le facilitan el respiro económico, y contratos editoriales como el de *Varietades*, y el del artículo «Spain» de la *Encyclopaedia Britannica*. La *Montly Review* reseña tales *Cartas*, y lo admirarán; ahora también por ellas, sus amigos; y, como dirá en su *Diario* su ex discípulo Henry Ford, le dan asiento de propio derecho en la mesa de Holland House.

En junio redacta el prólogo a las *Cartas*, recibe carta de su amigo el juez Sotelo, ahora en Bilbao, con mucho que contar de su persecución por haber sido Prefecto con los franceses; y de

Southey, que ha leído «con gran placer» esas *Cartas*, y trata de otros temas de España.

Blanco está preparando materiales sobre temas españoles, que verán la luz en *Varietades* al final de 1822; y, por otra oferta, «El príncipe Carlos de España y su padre Felipe II».

En agosto se establece la llamada Regencia de Urgel, que, conoca elecciones *libres*; pero, en secreto, obtendrá el auxilio de la llamada Santa Alianza. Blanco le escribe al hermano: ha recibido letra de 50 libras; no ve clara su cuenta, tiene el dinero de *Cartas de España* y le dice, hidalgo: «No me mandes ni un ochavo si lo has de quitar de tus menesteres, o bienestar».

Proyecta una Historia del reinado de Juan II (de Castilla) por equipar para la India al hijo, ya con trece años, al que espera para octubre. Hay un dato de cómo ayudó a la madre: en tiempos, envió, no recuerda si 70 ó si 80 libras, «para alimento de la difunta Magdalena».

Hay en esa carta siete preguntas sobre la España de entonces, para un artículo en el *Suplemento de la Enciclopedia Británica*: una es cuánto es el valor de lo desamortizado. Y evoca males en amigos de diversas tendencias: incluye lo que su liberalismo le trae a Mármol:

¡Pobres Reinoso y Lista! Son demasiado sabios y honrados para dar gusto a todos. Poco ha que tuve una afectuosa carta de Sotelo. Estaba guardado para el honrado Mármol sufrir pobreza en su vejez.

Y una pincelada anticlerical y antiabsolutista que le recuerda hechos de Alcalá en 1800:

Supongo que el Capellán mayor y *el oso peludo de su hermano* [la cursiva, en inglés, en el original], están predicando al Ejército de la Fe.

La postdata cita la muerte del tío Lope, suegro de Fernando y primo de la madre: recibió, a los padres en casa cuando, ‘se quedaron sin hijos’; y llevaba al Blanco niño a los toros.

Septiembre vio independiente a Brasil; sólo estuvo años en el imperio español, pero sigue esa ruta. Y en Valencia dan garrote al general Elío, que restauró allí en 1814 el absolutismo.

En octubre, Blanco avisa a Bello de que no lo visite: se va una semana a Holland House. Tras las nuevas Cortes, radicales, el Congreso de Verona decide intervenir en España. En el intermedio, Blanco le escribe de nuevo a Bello: menciona la Crónica de Sancho II y localiza a Numancia en Zamora. Bishop le escribe a Blanco la primera de sus 26 cartas que se conservan de esa época; y éste dice que un editor le a invita a colaborar en un periódico:

Como las *Cartas de España* me habían dado a conocer / Mr. Ackermann / que quería publicar / para los lectores sudamericanos, me pidió que me encargara. / Tenía una enorme cantidad de láminas /. Me puse a considerar el asunto desde otro punto de vista: podía hacer / un vehículo de informaciones útiles. / Me comprometí / con / condición de que encargara a otro / explicaciones de los grabados /. Conseguí que no se entrometiera; / le aseguré que no asustaría / con controversias religiosas /. Las condiciones eran buenas: / 300 libras anuales por cuatro números.

Y empezó a redactar las *Variedades* o *Mensagero* [sic] de *Londres*, como periódico trimestral. Contacta con exiliados españoles que podrían colaborar. Llorente, el de la *Historia de la Inquisición Española*, le escribe desde París; Moratín, desde Burdeos. Le agradecen un donativo que juzgo semejante al que tramitó para Reinoso a través de Christie, tesorero de una Sociedad que protegía a perseguidos políticos. Ninguno de los dos cuajarán en esa revista.

Constan varias cartas, de tema disperso: una sobre el problema de reconocer al hijo, de cuya existencia sólo sabían los íntimos. Aún así, el hijo aún no le había sido presentado, por ejemplo, a Lord Holland, que sabría esa historia y tenía un hijo en circunstancias similares.

Ese mes tuvo lugar, en Ayacucho, la victoria definitiva para los independentistas del Sur de América. Blanco la calificará de «agradable noticia», comentario que escandalizó. No iba contra España, sino a favor de Hispanoamérica, en adversas circunstancias de la metrópolis.

A finales del año, aunque con fecha de 1823 aparece el primer número. Remito a un índice abreviado sobre esa revista y pongo aquí algo de la primera de sus *Cartas sobre Inglaterra*; sus primeras impresiones de ésta. Ya cité, sobre su desembarco en 1810, su idílica descripción de Falmouth. Aquí resumo su irónico costumbrismo sobre una invitación social:

A los cinco minutos de la primera visita / te han convidado a comer para dos o tres días después, o, a no hacerlo entonces, te hallas bien pronto con el convite por escrito en casa. Llegado el día, a eso de las seis, / de modo que se vea que te has mudado de ropa, / envías por uno de los tres o cuatro mil coches simones que se hallan a todas horas en las calles de Londres, y llegando a la casa del convite a eso de las seis y media, un criado te guía a la sala de recibo, anunciando tu nombre al entrar en ella. / A no ser en ciertas circunstancias que sólo se pueden saber por la práctica, / un tercero es indispensable para entablar trato con un extraño. La primer media hora de la comida apenas se oye otro ruido que el de los platos y tenedores. / Después, / los convidados que hacen primer papel / entran en conversación. Los amos de la casa no se olvidan de dirigir la palabra / siquiera una vez a cada uno de los huéspedes, pero hombre hay que come la mitad del año fuera de casa sin hacer más

gasto de palabras que una docena por comida. Acabados los postres, las señoras se retiran / y la botella circula.

Así describe costumbres londinenses a lo largo de seis *Cartas*; aunque él recuerde sólo tres. Además destaco su nota biográfica sobre Bolívar y traducciones de versos y de *Ivanhoe*.

En 1822 ha continuado la intensa vuelta de Blanco a la actividad literaria, sin duda por las necesidades económicas que prevé para preparar el porvenir del hijo. Aparte lo correspondiente este año, como varios otros, a su *Private Journal*, su *Account Book* y a sus *Diarios* y apuntes, hay en Liverpool dos manuscritos fechados este año: «Hispanica», sobre todo de Historia y Literatura Española Antigua; y «La vida y las proezas del Gran Tamerlán», que tradujo al inglés de la Crónica de la embajada de Clavijo (1403). Además, le siguen preocupando los problemas de su patria, y que el Congreso de Verona decida intervenir en ella. También ve, preocupado, los nuevos imperios surgidos en tierras americanas. Muere Pío VII, sólo el segundo Papa en la vida de Blanco: éste nunca cesará en su aversión al papado.

1823 es año de intensa actividad, tanto en la obra escrita de Blanco como en la política española. En publicaciones, destaco las del primer número de *Varietades*, el único que aparece este año, con lo citado de 1822. Además publica (traduzco los títulos) su artículo «España», que también sale en el Suplemento de 1823-24 a la *Enciclopedia Británica*; y «Peranzules». Probablemente empieza los relatos «Contreras, una narración española del siglo XV»; y «La sangre manchada», inacabados; y escribe «El Alcázar de Sevilla».

En cuanto a España, Francia intervendrá con los llamados «cien mil hijos de San Luis».

El día de Año Nuevo, William Bishop se lo desea feliz a su amigo Blanco, al que llama Don Leucadio Doblado (no hay que olvidar las citas que le hacía en griego, y la etimología del nuevo seudónimo). Al comenzar 1823, el balance de Blanco es optimista

en lo personal. Sus *Cartas de España* le han dado trabajo gratificante, economía muy mejorada, y prestigio: le llueven encargos. Pero *Varietades*, le fatiga; por ello dice al editor que no puede seguir.

Leandro Fernández de Moratín responde a Blanco: no podrá colaborar en *Varietades*, pero agradece el donativo que recibió mediando éste. «Aunque lleno de defectos, no [soy] ingrato».

Hacia el final de febrero, Bishop le escribe otra vez. Omite otras cartas.

En marzo, el presidente de Estados Unidos, Monroe, propone aceptar a los nuevos estados de América. Acabado el sueño de Blanco sobre una Confederación Hispanoamericana que mantuviera lazos políticos con la antigua Patria, los nuevos países caerán en *otra* órbita.

Blanco ha de ocupar gran parte del primer trimestre de 1823 en preparar material para sus publicaciones, aunque el segundo número de *Varietades* no salga hasta 1824.

En Sevilla, Fernando se vio, como ciudadano, militar, y miembro del Ayuntamiento, en complicaciones políticas. Su hermano no ignora eso: en próxima carta le dirá:

Dios quiera librarle de la tormenta que / ha estado descar-
gando alrededor de ti.

El hermano le había escrito de algo alarmante:

En mi particular sólo temo por mi cargo público, porque /
tendrán que salir / las fuerzas militares, / y / no sé lo que
hará el partido servil con el pobre Ayuntamiento.

Los exaltados obligan al rey a «huir», aún más, de los que él mismo había llamado en secreto. Las Cortes, para forzar al rey a seguir hasta Cádiz, lo declaran demente. Y el 13 de junio quedó marcado, en el recuerdo de Sevilla, como «Día de San Antonio», por el caos y los desmanes populares tras aquella ida a Cádiz. Un

amigo de Blanco perdió, en los sucesos de ese día, los manuscritos de la «Oda a Quintana» que el autor le había encomendado.

La Regencia de Urgel, ya en Madrid, nada conciliadora, proscribire a los liberales. Los franceses comienzan un nuevo sitio de Cádiz, que, esta vez, si capitulará, y pronto.

Al final de ese intenso junio, William Bishop habla de un ataque en la tráquea sufrido por Blanco; preocupa a los amigos de éste su hermano, liberal moderado, con cargo, entre absolutistas exaltados. Casi veinte días tras los sucesos de Sevilla, Fernando lo tranquiliza y da datos. Del legado de la tía Rosario: mil pesos para Fernando y mil para Doña María, ya fallecida, por lo que el hermano concluye: «la mitad son tuyos, la entrego en la Caja».

Da noticias de los amigos, en concreto, de los más íntimos, Lista y Reinoso:

Alberto se ha quedado en Madrid cuando vino aquí el Rey. Félix continuaba en Cádiz, muy descontento con el curso que había tomado el sistema.

Luego alude al caos del célebre «Día de San Antonio» en Sevilla; le quita importancia, pero Blanco lo sabrá por sus otros medios de comunicación. Fernando parece pasar página y habla del avanzado estado de embarazo de su mujer, y de otros temas ordinarios. Eso llegó con el lógico retraso a Blanco, quien responde que la abrió «temblando por lo que podía contener»

Luego, vacío documental de más de siete meses en cartas de Blanco a Sevilla. La primera de las no contestadas de Fernando es muy importante para entender la ideología de los Blanco:

Con los franceses y los españoles auxiliares no hay que pensar en la más leve reforma porque está demostrado / que la inmensa mayoría de la nación no quiere nada nuevo. No te sorprenda, lo dije. Mis ideas son liberales, pero esta reforma es prematura, y nos ha de costar muchas lágrimas.

En julio, Blanco recibe tres cartas de familiares del general Moore; otro ejemplo del cariño que le mostraban. Otras, de Fernando aluden al próximo parto de Juana: fue el 27 de agosto. En septiembre, escribe Fernando con noticias de eso; y cuenta que va a la finca familiar de Tablada, «a caballo, con sombrero portugués, y manta», romántica estampa. Por aplazar Beck el envío de las usuales 50 libras, esa carta queda sin salir casi cinco meses.

Cuando Fernando VII, sordo a moderar, es libertado por el Duque de Angulema, inicia otra etapa de absolutismo represivo, con triunfal camino inverso, aclamado por el «vivan las caenas». Eso causará otra tristeza más a Blanco y le llenará Londres de destacados liberales. En la vida particular de Blanco en esa etapa, destaco que regresa a la práctica religiosa; de la que no vi pistas en una gran temporada previa. En Navidad recibe de nuevo el Sacramento, pese a dudas de fe; participa con los Christie. Emplea un verbo que ve ejemplar para familias:

Mi muchacho y yo éramos *domesticados* entre ellos.

Acaba el año preparando relanzar *Varietades* y preocupado, una vez más, por el problema de las dos Españas. Los sufrimientos religiosos, que parecían olvidados, se exponen con amplitud a propósito de comentar esa convivencia con los Christie, en la navidad de 1823:

Vivir en condiciones tan íntimas con personas de / principios religiosos / hubiera ahogado cualquier objeción intelectual, si no fuera por / mi mente. Pero, ¿a cuánto se habían extendido mis dudas? En primer lugar / la supuesta inspiración de la Biblia. / Siempre he sufrido / cuando eran leídas muchas de las lecturas: / no podía ser de Dios el ordenar la cruel destrucción de los descendientes de Saúl.

Tras poner otros ejemplos (alguno, con prejuicio, como considerar el tema de los sacerdotes de Baal como un «traicionero complot para destruirlos») continúa con una visión muy radical:

Los milagros de Elías me rebelaban; la historia de Sansón agotaba mi paciencia y la de Balaam me parecía una burla contra la Divinidad.

Son temas que cualquier buen estudiante de Sagrada Escritura explicaría hoy en el contexto histórico, y con la correcta idea de lo que es inspiración. Él parece entonces en un racionalismo más extremado que el que atacó en Sevilla cuando su fe caía en pedazos. Aunque aquello fue veinte años antes del 1823 que acabo de historiar, y la cita anterior está escrita al menos en 1835, y revisada por Blanco; y con selección póstuma publicada en 1845.

Sobre *Varietades*, Ackermann debió de ver que Blanco no era manipulable; y le insistiría, con garantías de independencia: sabía el prestigio del ex editor de *El Español* entre los hispanoamericanos para los que proyectó *Varietades*. Blanco reanudó, a fines de 1823, su trabajo para el número 2 (enero de 1824): por lo que incluyo eso el 23. Aunque aquí es imposible abarcar todo, destaco su «Bosquejo de la historia del entendimiento en España desde la restauración de la literatura hasta nuestros días». El subtítulo, «Opresión del entendimiento en España», indica su tema: explora el origen de la intolerancia española.

El entendimiento humano ha estado en completo vasallaje en todos los dominios de España / so pena de los castigos más enormes que se conocen.

Propone dejar pensar libremente y manifestar los pensamientos. Y cree preferibles los autores ingleses, que tienen de antiguo la libertad de imprenta. Es un manifiesto editorial sobre literatura; además quiero citar aquí un tema de esa reaparición:

el artículo «Noticia histórica de los Correos»: al alabar los beneficios del correo inglés, refiere que Marco Polo testimonia que el kan de los tártaros había establecido un sistema de postas. Decía Blanco:

La verdad de esta noticia se confirma con la relación de Clavijo, embajador de Enrique de Castilla al Gran Tamorlán, del que espero dar extractos / en varios números.

3.8. (ENE. 1824 - OCT. 1825): DE 1824 AL N° 9, FINAL, DE *VARIEDADES*

1824 es otro año de gran actividad literaria para Blanco: reanuda publicar *Variedades*. Y publica estudios históricos sobre la Edad Media española; traduzco: Aragón; Príncipe Don Juan Manuel y su libro *El Conde Lucanor*; con dos cuentos de éste, y una Introducción muy importante. Además, traduce al castellano, del francés, el libro de Cottu *De la administración de la justicia criminal en Inglaterra y espíritu del sistema gubernativo inglés*. En España, el ministro Calomarde reprime liberales: Francia se enduerece con Carlos X, otro que quería volver a los tiempos antiguos. Mueren este año Itúrbide, otra víctima de la revolución mejicana que temió Blanco, y el romántico Lord Byron, luchando por Grecia libre.

El 1 de enero reaparece *Variedades*, impreso a fines en 1823, por lo que expuse en ese año tal contenido. De ese mes hay cartas a Blanco de Lady Holland y de los Carleton, y contactos con él de Itúrbide, depuesto como emperador, y que perderá la vida al reintentarlo.

Febrero es uno de los meses en que apenas hallo más que cartas. Mediado el mes, Fernando acaba aquella carta al hermano que

empezó en septiembre de 1823; comentaba la ‘pesadez’ de Beck para mandar las 50 libras: problemas en la sociedad que tardan en aclararse. Blanco anota que un amigo le presentó a Mr. Mignoni, encargado de los asuntos de Méjico, al que dio su citada traducción de Cottu. El mismo amigo le presentó a un emigrado español, Mendívil, que luego colaborará en *Varietades*. Blanco recomienda a éste para profesor de español; un amigo de Southey le persuadió para escribir su próximo libro contra Butler.

Blanco estaba cada vez más inquieto por la falta de noticias de Sevilla; la terrible represión absolutista sólo se paliará con la amnistía del 1 de mayo. Como, además, Fernando esperaba un hijo, el emigrado le escribió a Beck, que lo tranquilizó, y le anunció el nacimiento de un casi homónimo: José María Blanco Olloqui. Blanco lo quiere intelectual:

¿Por qué no le he de desear / de un valor mental sin el cual nada hay apreciable? El que yo poseo, sea cual fuere, no lo cambiaría por una fortuna.

Alude luego a un envío de naranjas de la hacienda de Punta, y dice que envió una cadena de reloj de acero para Fernando y otra para Reinoso. Se reconoce algo mejor.

Puedo andar una hora sin mucha fatiga. Los ataques / son menos frecuentes.

Pero pide libros españoles para sus publicaciones: no puede ir a la Biblioteca del Museo Británico, a cinco kilómetros. No manda sus obras: sabe que en España han prohibido –otra vez– libros extranjeros. Y se queja de Lady Holland: pide incienso, y...

en medio de los disturbios de España, quería que escribiese por más papel.

Al final indica la vuelta de los Christie a la zona de St. James Square, a unos tres kilómetros de su antiguo domicilio, junto al que Blanco había buscado casa.

Otra carta próxima trata de un complejo asunto financiero sobre una letra no pagada, y del error de Pascual Olloqui, hermano de Juana, si fuese a Londres como proyectaba.

Un hombre sin modo de ganar la vida se vería muy pronto en la mayor tribulación. La multitud de españoles que están viviendo aquí casi de limosna quiebra el corazón. / Tú sabes cuán cortos y precarios son mis medios.

Otro tema que reiterará, con el económico (ahí es que han devuelto una letra de cambio enviada por Beck) es ponderar en el hijo lo que éste no tiene. (Al padre lo ciega el cariño).

Me encarga siempre «su cariño por su tío Fernando». A principio de enero cumplió 15 años. Está / casi tan alto como yo: / ganó poco ha la medalla de matemáticas. Pienso traérmelo a casa / y hacer que complete en ella su educación antes de mandarlo a la India, si encuentro una cadetía, o a la universidad, si sigue mostrando talentos, o / a un escritorio, si no hallo otra cosa. / Me cuesta más de 150 libras al año. / Quiera el cielo conservarme las pocas fuerzas de que ahora gozo hasta darle destino.

Pospone para el «bello muchacho» el duro escritorio que él mismo odió con ocho años.

Al acabar el primer trimestre de 1824 conviene presentar una panorámica de la obra de Blanco en los números 3 al 5, preparada, en general, mucho antes de su publicación.

En el nº 3 destaca su estudio sobre *La Celestina*. Tras su amplia sinopsis, con citas, enumera increíbles errores que acumula Bouterwerk, crítico alemán de moda.

Calixto y Melibea están de acuerdo desde el principio /, los padres de ésta descubren la intriga, mueren criados de Melibea, / ¿es esto olvido o descuido?

Blanco acaba con dos valientes ideas: su persuasión de que el autor es único, y sus argumentos acerca de que la acción es en Sevilla. Cierro el tema con éstos:

Desde la casa de Celestina se veían navíos; / se dice que era vecina de Melibea, y vivía cerca del río, junto a las tenerías. A lo que me acuerdo, no hay otra ciudad en España que, con un río navegable para / buques, tenga esa mezcla de casas grandes y pobres tan cerca del agua. / Creo que / había tenerías, como se han restablecido por un inglés.

Reanuda su selección de la *Historia de Tamorlán*. Comenta, por ejemplo, de las reliquias:

Europa toda estaba llena de santos despedazados, cuyos fragmentos, a haberse reunido, hubieran formado los monstruos más portentosos.

Y del fatalismo: musulmán: «Dios no muda de opinión por lágrimas y / nos espera al fin».

Mi maestro el Profesor López Estrada comenta: «La publicación de un libro de viajes es ocasión para que aparezca también el gran tema de la religiosidad en Blanco White».

Destaco: ritos litúrgicos, descripción de la jirafa, macabras torres de cabezas humanas, la recepción de Tamorlán, su banquete a la embajada, su muerte; y el breve relato del regreso.

Hay una buena introducción a Don Juan Manuel: «Sobre el placer de las imaginaciones inverosímiles». Contra críticos no imaginativos propone con dos variantes, cito la segunda:

Que se les pusiesen en las manos los cuentos / *Mil y una noches*, / que cuando muchacho, leí a / tomo por día; y si el / crítico / daba señal de impaciencia, por ningún título se le permitiese permanecer en el reino más de veinticuatro horas.

Y hace una inesperada acusación a su *Quijote*: la afición a aquellas obras orientales

abrió / la puerta a mil extravagancias en / libros de Caballerías. La inmortal obra de Cervantes hizo / que su nación diese en / que no / admite una vislumbre del fuego que el clima y los árabes les comunicaron /. A pesar de mi admiración del *Quijote*, he tenido / la sospecha de que sus efectos / no fueron favorables a la nación. / Las armas de lo ridículo / en vez de cortar excrescencias destruyen el total de lo que hieren.

En ese número están sus notas a la traducción inglesa de Garcilaso por Wiffen.

Vuelvo al día a día, en lo posible: en abril recibe Blanco una carta de Carleton sobre lecturas de Hugo, el antiguo alumno de Little Gaddesden, y otra de Mendívil, ésta, sobre la novela *Don Esteban*. Blanco comienza una *Gramática inglesa para españoles*, en inglés, por método, para la nueva ola de emigrados, y le escribe de nuevo a su hermano de su preocupación por el futuro de Ferdinand, al cual no se ha avergonzado en reconocer.

Está conmigo y va a tomar lecciones de latín, griego y matemáticas. / Lady Holland me ha chasqueado en / la cadetía. / Será preciso ponerlo en algún escritorio; /es excelente muchacho, pero aborrece los libros, aunque por darme gusto, no descuida sus estudios.

Tras hablar de enfermedades (le han quedado problemas diarios de colon), entra en otro tema también usual, el de la música: cita al músico García, del que recuerda cómo coincidieron hacia 1790, en la orquesta del hoy desaparecido San Felipe, de Sevilla.

El otro día, por la primera vez después de muchos años me halle presente a un / ensayó general de una de las óperas de Rossini. *García* (alias Manolito Rodríguez), cantaba. No puedes figurarte la impresión que me hizo el recuerdo de mis primeros años cuando yo le solía acompañar en San Felipe Neri. Qué revoluciones de mundo.

El hijo ingresó en una casa de comercio en Londres. Blanco debió de sufrir como hidalgo.

En junio, casi eclipse de Blanco: sólo vi dos cartas; una a Bello, con lamento por la patria:

¡Qué horrores los de España! ¡Pobre nación!

La otra, a Campbell, el que le encargó las *Cartas de España*, y que luego dirá de él:

Blanco está malgastando su talento en cuestiones teológicas.

Ahora que tiene cierta celebridad sigue alternando con personajes, sin el complejo que tenía en Holland House cuando era tutor del heredero de la casa.

A final de julio, Pedro Zulueta, amigo de Blanco y de Reinoso, quiere fijarse en Gibraltar como industrial. El Gobierno inglés no accede por diplomacia con el absolutismo español. Vadillo, que coincidió con Blanco en la Academia de Letras Humanas y en las oposiciones de Cádiz, y llegó a ministro con los liberales, refugiado en Gibraltar, escribe a Blanco sobre tal petición.

En agosto hay amnistía en España: no a exiliados sino... para los abusos contra los liberales.

Se cruzan, en Londres, cartas entre Blanco y Dionisio Capaz, otro refugiado español en Londres, quien le agradece su gestión relacionada con el caso antes expuesto, de Gibraltar. La segunda que escribe Capaz sugiere posibles interferencias políticas frente a esa mediación.

No me extraña que sus cartas de Vd. a Vadillo hayan sido interceptadas.

De septiembre hay un dato más sobre el desprendimiento en Blanco: recibe un cheque de cincuenta guineas por una traducción, pero lo rehúsa porque ésta fue sólo por amistad. El editor de la *Enciclopedia Británica* le escribe sobre el artículo acerca de España que se incluirá en el Suplemento para la obra citada. Y Ferdinand le cuenta a su tío, en vulgar carta en inglés, su trabajo en el escritorio. El padre, que sufrió eso con sólo ocho años, y hubo de ceder ante el cierre de otras perspectivas, no sabe ver la ramplonería del hijo:

Por las líneas que preceden podrás juzgar / de tu sobrino. No sospeches la menor afectación /. Enviarlo a la India es / difícil. Su escritorio me pone en memoria del nuestro, pues tiene que estar en él hasta las once de la noche dos veces a la semana.

Los ratos con el hijo hacen que Blanco se recupere no poco, y tenga mejor humor.

Dos cartas más de Vadillo a Blanco cierran, por ahora, mis hallazgos sobre ese mes. En una manifiesta que no puede seguir en Gibraltar; en la otra sugiere ir a Inglaterra. Pero, como Blanco dijo sobre su propio cuñado, Pascual Olloqui, allí hay ahora demasiados españoles.

De noviembre sólo he visto otra carta de Blanco a su hermano, con caprichos de Lady Holland, y sobre un manuscrito que envió él para que se corrigieran sus anglicismos.

A instancias de Mr. Wilberforce tengo que pedirte que me envíes mi traducción de *Paley's Evidences*, pues la quiere imprimir a su costa; y hallándome con salud suficiente para / las debidas correcciones, / aguardo su llegada para poner manos a la obra. / El / mal de vientre que me puso a la muerte está aliviado; aunque / amenazando.

En diciembre, entre las cartas, destaco la de Clemente Zulueta, sobre un manuscrito de Reinoso, amigo de ambos, que Zulueta quería ver publicado fuera de España, pero Blanco lo vio contraproducente. Y otra de éste al hermano: tras expresar su pena por la muerte de una niña de Fernando, intenta justificar la situación de su propio hijo, con la que no está contento. Y desea que el sobrino que lleva su nombre, José María Blanco Olloqui, fuese literato:

Mis razones para poner a Fernando en una casa de comercio fueron la falta de medios de enviarlo a la India y lo peligroso de aquel clima; su falta de afición a estudios, no obstante los talentos que sus maestros han hallado en él. / Nada sino la necesidad / me hubiera hecho abandonar la idea de dar otra carrera a la única persona que puede en línea directa continuar mi nombre. Mi esperanza / de que nunca faltase un literato en la familia / recae ahora sobre tu José María. Dios lo bendiga y prospere.

Fernando quería que éste fuese médico, para lo que el tío propondrá que estudie en Edimburgo; pero el hijo... había nacido ese año. La carta acaba sobre música y Ferdinand:

Yo no abandono el violín en que sin saber cómo he adelantado. La flauta solo me sirve de dar un pitido de cuando en cuando. / Fernando está aprendiendo español. Te ama muchísimo. Es un muchacho de excelente corazón.

Como final de las actividades que constan de Blanco en 1824 pongo una que expresa su preocupación por clérigos españoles exiliados en Londres. Cercana ya la Navidad, intercedió por ellos ante el Obispo de la ciudad, y éste, la víspera, le concedió 20 libras para socorro.

Hablo ahora del número 6 de *Varietades*: aparece al empezar 1825, pero lo escribió antes. Cito un lacrimógeno pasaje de «Costumbres húngaras: Historia verdadera de un militar retirado»: el final de los trágicos amores del protagonista, al que un malvado le robó la amada con chantaje contra el padre de ésta. Al morir el culpable

los papeles por medio de los cuales forzó al padre a causar la ruina de su hija quedaron expuestos al examen del Gobierno. / Condujeron al / padre / a una cárcel. / Murió su mujer de aflicción, y su hija menor / tuvo que retirarse a un convento, desde donde me comunicó la muerte de su padre.

El texto indica el gusto romántico de esos lectores. Por la misma razón hablo ahora de otro artículo que escribiré para un «No me olvides» de 1825, y traduciré para la versión del «Forget me not». Llorens dice: «Hoy no me cabe duda de que la originaria fue la redacción española».

La inicia un dato autobiográfico; la aconsejo a los sevillanos, como placer de privilegio:

Mi paseo favorito cuando me hallaba de estudiante en Sevilla era el Alcázar, / residencia de reyes moros y cristianos que fijaron su corte en aquella capital.

Tras una bella y sentida descripción nos cuenta historias, a través de un caballero sevillano. El diálogo da ocasión a que éste cuente amores del rey don Pedro I; episodios por los que le llamaron el Cruel (que reflejará en sus *Romances* el Duque de Rivas) y otros que le dieron el alias de El Justiciero (que inspiraron un célebre drama de Zorrilla); y relata un terrible cuento de moriscas en la expulsión de 1610, digno de Washington Irving (Blanco coincidió en Holland House con él). Evoca el ambiente con clima de terror, antecedente de Poe.

1825 es de intensa actividad en la creación y en la publicación de escritos de Blanco: se fechan en él muchos trabajos, y termina de traducir a Paley, con el título de *Evidencias del Cristianismo*, y anglicismo: 'evidence' es sólo 'prueba'. El manuscrito hizo un inútil viaje, de ida y vuelta a Sevilla, para que alguien le quitara los influjos ingleses en los que Blanco se vio inmerso, como el que indico del título. El borrador volvió intacto, y con naufragio incluido.

Sigue, en España, la represión absolutista; y, aunque el «Arjona menor» empiece como Asistente de Sevilla, lo nombró Fernando VII. En Inglaterra se inaugura la primera línea férrea, transporte que pocos años después inspirará a Blanco un cuento.

La cronología de sus publicaciones en este denso 1825 está especialmente enmarañada. Un problema es temporalizar con detalle sus meditaciones religiosas que, con el título de *Divinitas*, hay en un manuscrito de la Universidad de Liverpool, y Llorens sitúa entre otros inéditos de 1825 ó 1826. Estudiarlo será serio trabajo en Teología. Otro problema es la fecha de redacción de artículos que aparecen este año; caso de *Varietades*. Cito, del de abril, dos anécdotas: cómo el general Mina salvó a un niño; y una fuga de Lafayette; y unos «Consejos importantes sobre la intolerancia dirigidos a los hispanoamericanos», típicos de Blanco.

Aduzco un ejemplo muy diverso: «Intrigas venecianas o Fray Gregorio de Jerusalén. Ensayo de una novela española». Nada de eso imagina un joven al llegar a Venecia una bella tarde:

Reía la mar bajo los rayos del sol, que / iba a ocultarse tras las distantes cumbres del Apenino, cuando el bajel que conducía a Ricardo desde Trieste echó el ancla. Rodeáronlo en breve varias de las góndolas que cubrían los canales.

Durán resume: «Amores de folletín, padres e hijos perdidos, / tormentos, / tópicos».

Es un relato de apenas 15 páginas en el original: su Inquisición es el Consejo de los Diez, que encierra al fraile, víctima con el hijo, del que hace el usual reconocimiento romántico.

Aplazo para su momento las razones de su «Despedida del autor de *Varietades*», y lo de sus primeros versos en inglés. Vuelvo a mi orden: El 1 de enero responde a una carta de Reinoso:

Mi suerte ha sido más feliz / en este naufragio universal de los españoles porque / vivo libre y me he formado una / segunda patria. Tú vives como desterrado en la tuya.

Explica por qué cree mejor no publicar la obra de Reinoso que le dejó Zulueta: los lectores no entenderían (el *Examen...*) la defensa de «afrancesados» que le publicó Lista en Francia.

Zulueta me entregó tus observaciones sobre los errores de Bentham acerca de tu libro. Bentham es mirado generalmente como un hombre de talentos, pero visionario. / Para defenderte / es preciso declarar la perversa conducta de los partidos. / Al momento / en que se están recogiendo suscripciones para los expatriados, sería dañoso en sus intereses. / Así / he determinado suspender toda la publicación.

No se evade: es sincero; y le cuenta cosas muy íntimas:

El estado de mi salud me ha hecho vivir en celibato, y los cincuenta, que se acercan, me han confirmado en lo que el

Papa no hubiera logrado de mí. Tengo un hijo, que nació en España, a quien he reconocido aquí / . Es un muchacho de 16 años / digno / del afecto de cuantos le conocen. Lo he puesto de cajero en una casa de comercio.

Pregunta por Lista. La relación de esos amigos de infancia se refleja en todo este libro.

Destaco su escrito *Demandas de los españoles refugiados, ante la benevolencia pública*.

Aparece el libro de Butler en defensa de la Iglesia Católica; al que le incitan a atacar, y decide refutarlo, aunque él ya está, internamente, fuera de la Iglesia de Inglaterra.

De febrero hay cartas de agradecimiento de emigrados; Blanco, le comenta al hermano que el barco que traía sus encargos naufragó; parte de la carga se salvó, como la traducción del libro de Paley que venía, reclamada; pero se había perdido el incienso para Lady Holland. Harto de esa señora, Blanco ironiza: «Ha ido a arder en la llama azul del altar de las Nereidas».

Bishop le escribe sobre Butler, con versos. Hay más cartas y en mayo, dos de Bishop citan el título de la réplica, con más versos, mientras Blanco envía las pruebas a la imprenta: menos de cuatro meses desde que terminó de leer a Butler. La respuesta de Blanco salió pronto: lo confirman cartas próximas, una del entonces preboste de Oriel, Coplestone, al que dedicaba Blanco el libro. Su carta debió de ser elogioso acuse de recibo. Lo es una de William Bishop:

Gracias por su impreso. Me llegó el sábado. No lo dejé para luego.

Parece que Southey, al día siguiente, se suma al coro de homenajes:

Ha prestado Vd., y en momentos muy críticos, el mayor servicio / a la causa cristiana.

Pero hay una reacción, muy coherente, de Allen, que, aunque ateo declarado, sigue siendo honesto consejero, ahora, también en lo religioso. Ve a Blanco como un «insolente inquisidor de Butler»; y se lo expone así a su amigo español en carta temprana respecto a la polémica:

Yo le creía a Vd. un sincero amigo de la libertad religiosa, pero veo que tras todos sus esfuerzos para desvestirse / del papismo, aún le ciñe el manto de Torquemada.

En la línea de Allen, moderadora, y molesta por lo agresivo de Blanco, están otros amigos de Holland House. Justificadora ha de ser la carta de Blanco a Lady Holland, por esos días; dejo otras secundarias. Una al hermano agradece el envío de 60 libras, y dice que logró 20 para Reinoso, de una Sociedad inglesa en apoyo a escritores perseguidos. Christie era el Secretario.

Se implica en otra obra anticatólica cuando le sugieren adaptar el libro al pueblo llano.

Fernando le escribe en *post scriptum* a carta de Reinoso que agradece a Blanco influir en tal ayuda y le dice: «¡Dichoso tú, que vives en un país [libre] y en circunstancias para hacer bien!».

La carta añadida de Fernando preocupa: comunica que su hija María Gertrudis lleva con tabardillo 21 días: está en la época más crítica. Agosto comienza con la muerte de esa sobrina de Blanco. Aquel mismo día, en extraña coincidencia, éste le escribe a Southey sobre una historia que un tío benedictino le narró a su madre, abuela de esa niña que llevó su nombre: un enfermo tenía horror a una vieja con siniestro nombre: «la despenadora». Blanco comentaba: «No puedo suponer que eso haya sido inventado».

Acaba en cuarenta días su segunda obra polémica de ese año; por evitar base mercantilista a los ataques que espera, y pese a carencias ante su cercana vejez, reparte entre dos sociedades religiosas las cien libras que recibió por el opúsculo. Otro detalle de largueza: cuando lo visitó el sacerdote español José Muñoz de

Sotomayor, también pasado al anglicanismo, y en apuros, le donó la traducción de las *Evidencias* «para que pudiese publicarlas en su / beneficio».

Por entonces le escribe James Wilson. Lo digo porque pienso que era el amigo de Oxford «por quien sentía un amor fraternal» según dice casi al fin de su *Autobiografía*.

Blanco, ya sabedor ya de la muerte de su sobrinita, le escribe a Fernando:

Mucha pena me da de la muerte de tu niña. La conformidad con la voluntad de Dios, y la certeza de que todo sucede para nuestro bien es el único consuelo que tenemos en semejantes casos. Dile a Juana que / la acompañe en su pena.

Aunque Blanco se hace más popular en los círculos anglicanos más conservadores, llegará a arrepentirse: no del ataque a defectos del catolicismo, sino de la forma, y de haber hecho una aparente defensa de la Iglesia Anglicana, en la que después señaló los mismos defectos que atacó en la Católica. Y ve incompatible con sus polémicas el seguir dirigiendo su revista, pues prometió no divulgar ideas que pudieran ofender a su público hispanoamericano. Por eso, el número 9 (octubre de 1825) fue el último. En «Despedida del autor de las *Varietades*» dice:

Los estudios / me han convencido [de] que hay un Dios / causa y origen del mundo visible. Un ser inteligente no puede menos que ser / *moral*. / Cuando considero / pruebas / para dar probabilidad al Cristianismo, cuando leo el Nuevo Testamento y veo la sencillez, ingenuidad y honradez / en sus autores y en el principal personaje cuyas doctrinas encierra, cuando veo la felicidad que estas doctrinas y preceptos causan, / digo / : o el mundo es obra del acaso —lo cual es un delirio— o / Dios / es el autor de la única religión cuya verdad está fundada en la razón.

Pero, a pesar de eso, no sólo se le ataca en ambientes amigos: aun más, en otros frentes.

Una carta de Fernando dio otro disgusto a Blanco: reclaman, *entonces*, el impuesto de la media anata, sobre su Magistralía: debió de pagar hacía casi 24 años. Frente al rigor contable de Don Guillermo está el lento caos en la decadencia de Godoy, la guerra, la posguerra...

Me parece la cosa más extraña del mundo que al cabo de veintitrés o veinticuatro años / vengan a pedirte pruebas de que yo pagué la media anata. De que se pagó no tengo duda; pero del modo / no me queda memoria. Me parece que en la cuenta de la capilla se hallará que se hizo la deducción. / Siempre he estado en la persuasión de que cuando dejé a España no debía / en ella. Si a pesar de todo te hostigan / ; en la caja está aún la porción de dinero que me tocó de la herencia de tía Rosario; paga hasta donde alcance y lo demás cárgamelo en cuenta; pero yo protesto.

Dejo los dos últimos meses de 1825 para la siguiente etapa, en la que Blanco va a intentar versos en inglés; pero no omitiré referencias a sus importantes obras polémicas de este año.

El autor de la obra que Blanco intentó refutar era un abogado católico que había defendido los derechos políticos de los católicos, impedidos por la legislación vigente del Reino Unido. Blanco fue animado a responderle, y publica, en correcto inglés de buen estilo, aunque demasiado agresivo, su *Prueba práctica e interna contra el catolicismo*; de lo más anticatólico en él. Sólo he podido ver la tercera edición, del año siguiente. Méndez Bejarano dice que vio la segunda; resumo, pues, el comienzo de la recensión de éste:

Consta / de seis cartas, algunas notas y dos apéndices. / La carta I / es la / historia de su evolución religiosa. / Pidió a la razón lo que la razón no podía darle, / conocimiento de lo sobrenatural; / al notar el vacío, negó cuanto no cabía en / su ciencia.

Completo eso con el resumen de mi ficha sobre la edición de 1826:

- Carta II: Autoridad del Papa. Consecuencia (para Blanco), la intolerancia.
- Carta III: Infalibilidad, supremacía espiritual, salvación exclusiva.
- Carta IV: Unidad como consecuencia de lo anteriormente exigido.
- Carta V: Moral. Celibato; Monjas de votos perpetuos; Inquisición (según su ideología).
- Carta VI: Contra el progreso: breviario obligatorio, credulidad, Galileo...

De su paso al anglicanismo concluye en la Carta I, extrapolando casos de España:

¿No cabe presunción contra un sistema religioso que en todas partes aparta del Cristianismo a un hombre culto?

Ante esa retórica de Blanco, cito la crítica a esa obra, de un antiguo amigo mío:

Conoce, porque la ha sufrido, la triste experiencia de la Inquisición en España, pero no ha sido aún testigo directo / de la situación de los católicos en Irlanda. / La única explicación posible de estas inconsecuencias es que Blanco sigue sintiéndose / herido por su experiencia con la Iglesia católica. / Sigue cometiendo / errores: que los católicos son intolerantes y perseguidores, y los anglicanos, tolerantes y benéficos, y / está actuando como un «traidor» al acusar a su familia y [a] su propia clase.

Esos libros de Blanco debieron de agotarse pronto; hoy es difícil ver un ejemplar de la primera edición: cito el libro de Méndez

Bejarano; cuando, aún no hace un siglo, se premió, y, tras serios problemas, se editó por fin, no se eludió hablar de esas obras anticatólicas. Pero recuerdo sus límites al informarse y algún error al interpretar. Y al exponerlas, invierte su orden de aparición. Resume así los cuatro diálogos base de la versión popular:

El primer diálogo contiene un boceto biográfico, / sus dudas religiosas, / el ingreso en la iglesia episcopal [etc.]; / el segundo, la explicación del protestantismo / y / el concepto de Iglesia cristiana, considerando a la de Roma una iglesia particular. / El tercer diálogo, después de censurar a la Iglesia romana por no facilitar / la lectura de la Biblia / la emprende con la confesión /, la transubstanciación, el purgatorio y el culto a la imágenes. / En el cuarto, / rechaza los milagros, excepto los realizados por Jesucristo, expone la doctrina de la justificación / y termina combatiendo la intolerancia religiosa.

En cuanto a la forma, sintetiza: «Los argumentos están presentados con habilidad, supliendo muchas veces el arte a la solidez; el estilo es llano, persuasivo, animado...».

La edición para clases populares, llevó, al principio, un título aún más agresivo que el anterior: *Preservativo del hombre pobre contra el papado*. En la edición de 1825, la más virulenta, Blanco no defiende a la Iglesia Anglicana sino que ataca a la Católica.

Para mostrar su estilo tomo algo sobre su obsesivo tema contra la Inquisición:

Ninguna madre puede amar a su hijo más de lo que mi madre me quería. / Empezó a sospechar que yo no era fiel / a su iglesia /. Ella sabía / que el Papa le obligaba a acusar incluso a su propio hijo y / evitaba mi compañía y se encerraba / a llorar por mí.

Sólo añadiré a esta muestra una observación de mi antes mencionado amigo sobre esa obra:

Hay que distinguir entre la primera edición (Londres, 1825) y una corregida por él / (Dublín, 1834), / en momentos en que ya estaba, en su interior, fuera del anglicanismo. El ejemplar / de Blanco de esta última está lleno de correcciones, / que configuran un libro totalmente distinto de su intención originaria y del abuso proselitista.

A este intenso 1825 lo cerrarán con broche de oro los varios y buenos poemas que por primera vez, según confesión propia, escribe en inglés.

3.9. (NOV. 1825 - SEP. 1826): VERSOS EN INGLÉS; LO HONRA OXFORD

Los dos meses restantes de 1825 en la vida de Blanco son en Méndez Bejarano otra de sus lagunas. Un manuscrito de Oxford fija en ellos sus primeros versos reconocidos en inglés: excluyo los expuestos como meras traducciones, y los no firmados de la novela *Vargas*: aparte de que de Blanco interviniera en ésta, muchos de esos fragmentos suenan a proverbios, canciones o poesías del folklore; un especialista podrá aclararlo. Ese noviembre es, casi entero, un mes sin documentación sobre Blanco. Destaco, en su último día, una carta de Charlotte Carleton, y el primer poema original en inglés por Blanco, según lo antedicho, aunque, como diré, 16 días *tras* el poema que presento ahora, fecha el titulado precisamente (traduzco) «Al intentar escribir versos en inglés». Es anterior aunque poco, algo lúdico con su amigo Bishop. Se lo dedica. El inicio supone una nueva invitación inaceptable por el trabajo:

Traduzco: «¡Qué pena! Oír la amigable llamada / y quedar compelido a continuar...».

Termina en esa tesitura, entre bromista y amarga:

El hado ha decretado –yo escucho mi condena–:
«Escribirás obrillas y revistas».

Diciembre es otro mes en el que, sobre Blanco apenas consta más que escritos, pero en ellos hay una joya. La nueva labor de este «poeta a rachas» (como le calificó Dámaso Alonso), se compagina con reseñas en revistas. En la de (traduzco) «Don Esteban», sobre esa novela de Llanos, Blanco ironiza sobre el carácter nacional de España, y contra las Cortes de Cádiz.

Se proclamó una constitución cuyos autores / miran como / superior a todos los sistemas de gobierno. / El / orgullo de / dos partidos, determinados / a sacrificar cualquier ventaja real en aras de su dignidad, excluye toda probabilidad de compromiso.

Esas ideas levantan ampollas en quienes se sienten aludidos, y encima padecen duro exilio en Londres, no tan voluntario y en apariencia triunfal como el de Blanco, y arremeten contra él en otra polémica con nombre ocultos, en la revista *Ocios de Españoles Emigrados*.

Mediado diciembre, fecha un poema de título significativo (traduzco: «En mi intento de escribir versos en inglés»), aunque el título elude los citados versos a Bishop. Comienza:

No tachéis a mi mano como osada
si alimentada en tierra tan lejana
su nativo laúd puede olvidar
y la lira británica intentar.

Hay gran afecto a su lengua nativa, pero siente en la adoptiva un cambio meliorativo.

Ya en Ufton, donde habrá vuelto llamado por Bishop, fecha la primera de sus versiones del magistral soneto «Nigth and Death». Hay tres más suyas, alguna no autorizada por él, y decenas de traducciones. Contrapongo* la segunda que hizo Jorge Guillén en Cambridge (1971), y la de Jesús Díaz, de la Universidad de Sevilla (1996):

[NOCHE Y MUERTE]

¡Oh noche misteriosa! Cuando el varón primero
 conoció hasta tu nombre, informe era divino,
 ¿no se apuró temblando frente a frente al destino
 del glorioso dosel con tanto azul entero?
 Pero tras el rocío –cortina transparente–
 que atraviesan los rayos del crepúsculo en llama,
 Héspero a los ejércitos del firmamento llama:
 más creación descubren los ojos y la mente.
 ¿Y cómo presentir que en tus rayos alojas
 oculta oscuridad, oh Sol, y convertida,
 después de revelados insectos, moscas, hojas,
 en orbes invisibles tras tu mismo esplendor?
 Si así la luz nos miente, ¿no nos miente la vida?
 A nuestro fin mortal, ¿por qué oponer horror?

[LA NOCHE Y LA MUERTE]

El día aquél que Adán, noche sombría
 de tu llegada al serafín oyera,
 temblando estuvo por su alma esfera,
 por la bóveda azul que relucía.
 tembló, hasta que entre lumbre que caía

y el relente de seda que cayera,
 salió el lucero con su hueste entera.
 Y era de ver: ¡la creación crecía!
 Oh quien pensado hubiera tal negrura
 dentro del sol: quien, pulga iluminada,
 o mosca o flor de clara luz sentida,
 y tal inmensidad del orbe oscura.
 La angustia ante la muerte es para nada.
 Como engaña la luz, miente la vida.

Queda así más clara su dificultad. No acumularé elogios a los muchos que se han hecho. Durán sintetiza: «Estos / versos han cobrado vida propia e independiente del resto de su obra».

Quizás sea exceso de amigo cómo lo pondera Samuel Taylor Coleridge, y hay que verlo en el marco de una carta al autor. Se 'suma' en el verso 11 de ese soneto, 'mosca' e 'insecto', lo que, por cierto, mantiene en sus tres versiones; y lo conserva Guillén en la traducción que he elegido arriba. Pero, como ha dicho con buen humor el crítico andaluz que cité hace poco:

Ni Blanco ni White produjeron ninguna obra perfecta,
 pero ya quisiera cualquiera / crear el aura / de «Night and
 Death» incluso sobreabundando en bichos de seis patas.

No en vano dedica Murphy a este soneto el apéndice de su biografía de Blanco.

De 1825 me queda algo dudoso pero importante: del 22 de diciembre hay una carta sin año; parece de éste año por referirse a una publicación anticatólica de Blanco: remite Coplestone, al que dedicó Blanco la primera obra polémica de ese año, y que le prepara un galardón.

1826 incluye, tras un agravamiento de sus males que le obliga a guardar cama varios días; la polémica que sigue en lo religioso y en lo político, como ampliaré; su vuelta al ministerio eclesiástico,

con predicaciones, y un premio a sus recientes polémicas religiosas, un Diploma de Maestro en Artes que le permite volver a Oxford en una segunda y más larga etapa. Ese año se dedica a la predicación y al estudio, y sólo publica una carta a Butler, siguiendo la polémica del anterior, y una reseña a otra novela de Llanos: *Sandoval*. Respecto a la del año anterior, *Don Esteban*, le replican en sendos impresos dos españoles emigrados.

Inglaterra reconoce a las nuevas repúblicas americanas; España sigue en duro absolutismo, apoya al pretendiente portugués, y ejecuta una pena de muerte tras juicio sólo eclesiástico. La Santa Sede promulga un jubileo. En Sevilla, se celebra éste a lo sevillano. En Roma se visitan las cuatro basílicas mayores; el Arzobispo de Sevilla señala para esta ciudad ¡dieciséis templos!: ocho en Triana, ocho al otro lado del río; en cada caso, cuatro para hombres y cuatro para mujeres. Otro indicio de la Sevilla que Blanco dejó.

Ese año comienza para él con seis días en cama; no será raro eso en adelante. El 13 escribe al Duque de York; le responde, en nombre de éste, un general: la vía protocolaria.

Consta que el 14 corrige *Sans Traces*, para una sociedad que difunde el Cristianismo; y el 15, domingo, vuelve al ministerio pastoral y administra la Cena del Señor. La vez anterior que me consta fue en la Navidad de 1823; hacía más de dos años.

Dejo otras cartas; comento, de febrero, su versión al hermano de por qué dejó *Varietades*: dice que su salud «no le deja seguir editando un periódico en español»; e indica que el hijo «ha urgido a que se le busque algo en el ejército». La empresa de su escritorio se hundió.

En marzo está de nuevo en Ufton: el día 1 anota que ha vuelto «sin inconveniente ni fatiga». Esas negaciones implican las malas condiciones físicas ya ordinarias en el poeta. Pero en la paz de Ufton se reencuentra con la oratoria sagrada y con los versos.

Evoca el 16º aniversario de su llegada a Inglaterra; era usual, pero entonces lo recuerda con un largo poema de esa nueva serie inglesa, sobre su travesía del golfo de Vizcaya.

Predica en tres domingos de marzo, en inglés, y tras más de veinte años sin que conste un sermón suyo. El tercero era en Pascua de Resurrección, y ésta era su tema. Dicen que siempre conservó su acento andaluz. De esa nueva tarea hay, manuscritas, al menos 16 muestras en Oxford y 2 en Liverpool. Llorens, sin otros detalles, habla de más: «Los que se conservan bastarían / para comprender mejor su trayectoria religiosa, siempre en fermentación».

Une eso con su nueva labor poética en su lengua de adopción. Anota que escribió un soneto:

en la cercanía de la vejez [«Cuando oí que me llamaban
viejo por primera vez»].

Aún le faltan más de tres meses para cumplir los cincuenta y uno, pero no sólo ha oído que le han llamado viejo, como dice en el título: es que se ve enfermo y cansado.

En abril continúa en la paz de Ufton, que le inspira más bellos versos en inglés:

El día 3 fecha otro soneto: «De mi amor a lo sublime en poesía»; y el mismo día fecha los 145 endecasílabos que recuerdan su viaje a Inglaterra: «Recuerdos de una noche en el mar». Doy como ejemplo mi traducción libre del comienzo:

Las estrellas proseguían su curso por encima de mi cabeza
brillando tan suavemente como las vivientes luces
que rompen la oscuridad del bosque.

En 1838 rechaza, en nota, sobre todo «un pasaje declamatorio contra la Filosofía».

Pongo lo que creo aludido: sus ideas, no en 1810, sino al versificar (1826) –versión de Díaz–:

Velada en la neblina (...) quiso Filosofía
–que así se hace llamar, con dignidad prestada

la falsa usurpadora de tan glorioso nombre—
cerrar mi corazón.

En 1826 no ataca a la Filosofía sino a «la falsa usurpadora de tan glorioso nombre», la que lo tenía engañado en 1810 y, con otro disfraz, lo volverá a tener en desconcierto en 1838.

Días tras ese poema fecha uno «A Julia», sobrina del general Moore. Son 20 pareados: traduzco el comienzo: «Eras, Julia, una niña bulliciosa».

Julia More era veintiocho años más joven que Blanco. Cuando éste escribe ese poema, él tiene casi 51, y ella 23. Comentando cartas entre ella y Ferdinand, en la India, y seis años más joven, le pregunté a Murphy si pensaba que entre ambos jóvenes había algo más que amistad: respondió que el hijo de Blanco amaba a Julia como a tía; y el que quizás estuvo enamorado de ella fue el mismo Blanco.

Que éste no lo explicitara concuerda con su timidez de hidalgo sin medios para mantener a una familia; quizás se pueda aplicar un adagio latino a esto:

Toda te amo, toda, Julia mía.
Y mía tú ¿por qué? Porque pureza
como de amor de padre me concede
tan cara posesión: nadie más libre
que yo del vil veneno de los celos.

Excusatio non petita... Concluye: si ella escoge a uno, él sentirá emoción, pero no envidia:

Porque la envidia es negra y nunca llora.

Sea el lector quien juzgue sobre el caso.

Tras los versos ingleses que he expuesto por orden cronológico, un manuscrito de Oxford añade dos poemas sin localización ni

fecha. En *Obra poética completa* de Blanco cierran su apartado de versos ingleses de entonces. Nada impide incluirlos también ahora.

El primero, titulado «Charada», es eso; con complicación formal mayor que la usual para ese pasatiempo, hoy anticuado; doy el comienzo del enigma en versión de Díaz García:

– ¡Que le corten la cabeza! No, amiga, la suya no,
la que encabeza un vocablo de dulce terminación.

El segundo, «Fiel traducción de [original, en italiano] ‘Sobre la orilla de un río’». Finge traducir, en parodia de un estilo al que critica, mordaz, el supuesto poema. Dicen sus editores:

Es un poema burlesco. Es una manera de ridiculizar aquel género tan gastado y artificioso, de burlarse a un tiempo de la propia acción que se presenta, de las ideas y el léxico / pastoriles, de la estética, en fin, que mantenía al género.

Traduzco el comienzo y el final de esta parodia, de diez versos con jocosa agramaticalidad:

Junto a una orilla bella mí ver extraña flor:
dormida estar doncella de aspecto encantador (...)
loco estaré de amar si deja de roncar.

Antes de pasar a otro tema, cerraré la cuestión de las críticas de emigrantes españoles a Blanco por su opinión contra liberales españoles en su reseña a la novela *Don Esteban*. Mendívil niega a Blanco haberle criticado; al final pidió disculpas a Blanco y éste las aceptó.

En abril, el Preboste de Oriel College, Edward Coplestone, le escribe varias veces. Le gestiona ante la Universidad de Oxford el Diploma de Maestro en Artes.

En éste consta que se le concede por su «talento y estudio», y en especial, por exponer «errores y corrupciones de la Iglesia de

Roma». Aumenta su prestigio, y deja Ufton para prepararse a tal honor. Come con Sir Robert Harry Inglis (con el que tiene más relaciones), con un obispo, etc. El 24, el Vicecanciller de Oxford convoca para el 27 «a las dos»:

Será propuesto conferir el grado de Diploma de Maestro en Artes por Diploma al Rev. José Blanco White en consideración a su eminente talento...

Etc.: sigue lo que anticipé y figurará en el Título.

El 25, Blanco escribe a su hermano desde Oxford; le habla de la nobleza de carácter y del corazón de Ferdinand, cuya educación, confiesa, le cuesta más de 150 libras al año, y comenta lo perfectas que han llegado ese año las naranjas de la finca familiar de Tablada. Sobre el hijo le escribió a Sir Robert Harry Inglis; le pidió su influjo para obtenerle una comisión. El día citado, la Junta le concede lo propuesto, aunque no sin oposición de algunos: el hueco en vez de ‘unanimidad’ en el diploma que le dan al siguiente día. No será aquélla su mayor pena allí.

De mayo hay menos pistas que del intenso mes anterior. Fernando le escribe con recuerdos de Arjona, el Asistente, pero no envía la carta hasta completarla en julio; hablaré del resto al tratar de ese mes. Mediado aquel mayo hay una carta de Blanco a Lady Holland y otra de Lord Holland a él; en el intermedio se queja, airado, a Southey, del libelo que ha escrito contra él una asociación católica en defensa de Butler. Él busca testigos de su honestidad, que a veces ni responden. Lord Holland sí: lo avaló, aunque, por anteriores ataques con motivo de *El Español* ya le dijo que la libertad de prensa, tan defendida por Blanco, tenía límites.

En junio le escribe Clemente de Zulueta sobre temas religiosos, debe de seguir preparando su regreso a Oxford. El 12, tranquilizado de que no ha de firmar otra vez aquellos artículos de fe en los que tiene tantas dudas, y por consejos de un amigo, recibe de rodillas el rito de ordenación que difiere del romano. Aún en ese

mes le escribe al poeta Coleridge, recibe cartas de los Bishop, y le escribe a Southey: teme la política de Portugal, y espera verlo en verano. A fin de mes ve una traducción de Zulueta al español, y éste le escribe de temas católicos.

En julio, Southey le agradece su libro contra Butler, y le anuncia lucha, contra los avisos de prudencia que llegan de Holland House. El lema que aquél transmite es:

Ambos debemos estar en medio de la batalla.

El 7, Blanco le escribe al hermano; aún seguía en Chelsea. Le comunica:

He determinado residir en Oxford, como hice antes de que Lord Holland me urgiese a aceptar la educación de su hijo. / Soy ahora Maestro en Artes de esta Universidad, por Diploma, una distinción muy raramente concedida /. Los Grados honorarios / confieren sólo el derecho de usar el título. El mío me hace a la vez miembro de la Universidad con voto como si hubiese sido / examinado en Oxford.

Hay un salto sin datos, de quince días. El 22, Fernando completa la carta que empezó en mayo; cita la que hablaba de las naranjas; informa de que llegó Sotelo; y alude a la tía Anica.

El 6 de agosto predicó Blanco en Park Shut Chapel, por la tarde, sobre el llanto de Jesús a la vista de Jerusalén, sermón de los conservados en Oxford. Empieza con una oración. Pide a los oyentes que imaginen la escena, la explica, y la aplica al presente.

El 14 de agosto va a Oxford; ve los alojamientos, y el 16 cena en el New College, aunque tomará residencia en la zona del Oriel, con frecuentes estancias en su Common Room. Le escribe un diplomático mejicano, prueba de que aún le tienen en cuenta en

América. El 23 vuelve a Londres para retratarse: posa tres horas ante la pintora Mrs. Solly. Al día siguiente está, de paso, en Paradise Row: lo documenta otra carta al hermano.

Recibí tu carta. / Mi pobreza servirá para probar que bajo ningún motivo he alterado los dictados de mi conciencia. / Marcharé a Oxford / hacia el final de septiembre.

Quizás espera al nuevo curso; le escribe al Duque de Kent por intermediario que responde.

El domingo final de agosto predica, y administra el Sacramento. En septiembre va a la misma capilla. En días previos a su segunda estancia en Oxford se siente algo mecenas y escribe al Rector de *su* Colegio Mayor de Sevilla, adjuntando libros de griego para que pongan estudios helenísticos, de los que señala que carecía entonces toda Andalucía. Decía:

Ilmo. Sr.: Dieciséis años ha que dejé a España, y más de veinticuatro que tuve por última vez la dicha / de vestir la Beca de esa Santa Casa. / Por un favor extraordinario de la Universidad de Oxford hecho uno de su Claustro / aumenta mis deseos de que el que fomentó mi juventud / prospere hasta igualársele. / Remitiendo / libros elementales griegos, / tal vez podría excitar a alguno de los colegiales / al / estudio de una lengua poco estudiada en España, y que es como sello del carácter literario en este país.

Expone su experiencia de, con media hora diaria en dos años, poder leer «todos los autores más célebres de Grecia»; y su deseo de que el Colegio llegara a semillero de helenistas. Pero encomendó los libros a José Manuel de Arjona, político, que no quiso comprometerse como amigo de un personaje tan criticado, y no entregó esos libros en vida de Blanco.

Hacia fines de septiembre predica en el aún su barrio: Chelsea, y Reinoso le escribe a Zulueta, que luego hará llegar la carta a Blanco con la idea del amigo: irse a Madrid. Decía:

Agradezco infinito las buenas noticias que me da Vd. de nuestro Blanco, cuyos recuerdos son uno de los placeres más puros de mi vida.

El 2 de octubre, Blanco volverá a Oxford para instalarse, aunque dolido por la oposición.

Mi separación de los queridos amigos / contribuyó también a nublar el placer de mi vuelta a Oxford. Los Christies eran para mí como mi propia familia.

CUARTA PARTE

DEL «AMADO ORIEL» AL ANSIADO SEPULCRO

4.1. (OCT. 1826 – DIC. 1828): PRIMERA FASE DEL REGRESO A OXFORD

VOLVER Blanco a Oxford como Magister Artis merece reflexión: tenía ese Grado por la Universidad de Sevilla, desde los diecisiete años; pero la nueva graduación honoraria, a los cincuenta, es gran privilegio, por el que decide vivir de nuevo allí. Sabe que se opusieron no pocos, y sorprende que, pese a su habitual perspicacia, y a su experiencia de Colegial en Sevilla, no vea algo obvio, que le hará sufrir mucho: no es 'fellow'; cualquiera que lo sea será considerado superior; quizás lo cegó su orgullo de hidalgo en una Inglaterra a la que no había visto tan severa en protocolo como su Sevilla: cayó en la trampa de creerse «oxfordiano».

El 2 de octubre se instala cerca del Oriel College, cuyo preboste, Coplestone, lo propuso como Magister Artis. En una casa de la cercana calle Merton vivirá largo tiempo, con amigos como Francis Newman, hermano del futuro Cardenal. Anota como buen recuerdo el día en el que viste, por primera vez en Oxford, los distintivos de Maestro en Artes, aunque había sido investido con los de Sevilla, 33 años antes, con dispensa regia. Escribe días después: «Mi nombre ha sido inscrito en el Oriel». Cena en la Common Room de ese College, con el Preboste, su valedor; efectúa sus promesas, y halla nuevas y profundas relaciones, pero sentía reticencias en algunos 'fellows'. Contra lo que dice Méndez Bejarano

Salamanca no lo decepcionó, fue a un trámite, y lo logró; Ardanaz habla sólo de «estudios salamantinos» [?].

Sus amigos lo tratan con delicadeza; de no ser tan susceptible, no habría sufrido los problemas a los que aludí. Además, no se abrió a muchos; ni era suyo halagar a la poderosa derecha anglicana: para estar «bajo la Iglesia y el Rey» hubiera seguido en España «bajo el trono y el altar». Otro 'pero': allí apenas podría ayudarse con artículos: quedan pocos suyos de entonces. Y defendía la libertad de imprenta pero le irritaba ser atacado por ese medio.

En septiembre apareció otra recensión suya sobre otra novela de Llanos: a su reseña sobre la anterior, replicaron dos que se sintieron ofendidos, como Mendívil. A esos roces, cuando, en España, estaba casi olvidado, salvo para los íntimos, se unen los del ala liberal como hizo Allen; y se le va a enfrentar pronto la conservadora. Chocar parece una constante en él.

La primera carta a Sevilla en esa 2ª etapa en Oxford, datada a fines de octubre, inicia un periodo escaso en esos contactos: sólo trece en esos 67 meses. Ardanaz dice:

Del periodo 1826-32 es escasa la información. [En...] este / tiempo apenas dejó nada escrito, si se exceptúan porciones de su Diario personal, alguna correspondencia / y sermones / . Estos últimos, inéditos y que, en su mayor parte, han desaparecido.

Matizo: Ardanaz no usa fuentes primarias: vi 109 cartas y 25 sermones de esos años.

Blanco, que recibió carta de Beck, explicando por qué su hijo Thom, al que envió a formarse en Inglaterra, no había ido a Oxford, le escribía a Fernando de su decepción en eso.

Debe de haber vuelto al estudio, pues de noviembre sólo hallo una carta a Coplestone; otra le viene de Liaño, extraño ex carmelita que le escribe desde Prusia, con peculiar tema:

Envié el año pasado a / Ackermann / un ejemplar de mi Proyecto de una Sociedad anti-deísta y antipapista, para Vd. Espero que Vd. lo haya recibido.

A finales del mes predica, mañana y tarde, en Denchwort, a diez millas de Oxford; y le escribe Clemente de Zulueta, amigo también de Reinoso. Tema: ideas y lecturas, en religión.

De diciembre hay varias cartas; en sermones es oyente, pero la víspera de Navidad, predicó en Cuddesden, junto a Oxford, y administró el sacramento; y también en esa fiesta.

Clemente de Zulueta le escribe, ahora en inglés, con noticias de Sotelo, como gran amigo; hay otras cartas. En este año pone Llorens la conferencia que Blanco leyó en la Ashmolean Society de Oxford, en el edificio que hoy ocupa el Museo de Historia de la Ciencia, «Sobre los sonidos musicales». La Universidad de Liverpool cataloga el texto como «circa 1828», pero una carta de Blanco al físico Faraday en 1829, pidiendo datos para esa conferencia, hace fechar ésta, lo más pronto, a fines de 1829; también indicó Llorens como de Blanco un ensayo del que Murphy afirma: «La letra no es de Blanco, ni tampoco el estilo».

Su dedicación al estudio, cansado de las polémicas que suscitó, hacen que no conste nada suyo como publicado en este trimestre, primero de esta Parte, y último de 1826.

1827 sigue en él esta línea de oscuridad. La rica bibliografía de Llorens sobre Blanco sólo le señala una breve obra de ese año (traduzco): *Una carta a los protestantes convertidos del Romanismo*; sólo consta una carta de Blanco al hermano, en triste ocasión. Sigue predicando: ver su evolución religiosa en los sermones es tema sobrado para otra tesis doctoral sobre él.

Del ambiente externo destaque: en la Cartuja de Sevilla estuvo preso su amigo Cepero. El rey va a Cataluña, por una revuelta (conservadora). Grecia es considerada autónoma.

Las relaciones de Blanco en su Colegio ahondan, así, la amistad con Whately, de vitalismo físico frente al enfermizo Blanco; o

con Newman, de evolución opuesta pero con unión en el violín; interesa estudiar relaciones con Blanco en los escritos de ambos y de otros amigos.

De enero sólo he visto una línea de Blanco, un domingo: «Prediqué en St. Mary's a las dos». Es *la* iglesia «universitaria» de Oxford. Newman –cerca, su beatificación*– será Pastor allí.

En febrero, aparece por primera vez en el *Diario* de Blanco su próximo Arzobispo en Dublín, Whately: «Paseo con el Dr. Whately. Larga conversación sobre uno de sus sermones».

A los seis días añade: «Enfermo en casa. Newman tomó el té conmigo».

El futuro cardenal sentía simpatía por Blanco, y alababa su refinamiento y su sensibilidad; aunque luego se separen cada vez más en ideas. Blanco tenía, cuando se conocieron, más del doble en edad; lo opuesto a lo que le sucedió en el XVIII, al conocer a Forner.

Otro día anota: «Gran parte de la mañana leyendo el esquema de un sermón de Whately». El 3 de marzo anota, 27 años tras su llegada: «Dios sea alabado por / sus mercedes conmigo».

Pasea con Whately y oye dos de los sermones de éste, quien le pide opinión; también con Newman; un domingo predica a la Universidad, en San Pedro. Hasta junio (omito cartas) predica en Cuxham y en el mismo Oxford. De junio sólo destaco que va «a la Conmemoración», juzgo que del Quinto Centenario de la refundación de Oriel, y al concierto correspondiente. En julio, Whately le busca un alumno que palie la falta de ingresos por artículos: Daniell, del Balliol College. Blanco predicó una tarde en Santa María, de Oxford.

De agosto hay tres sermones más, dos en Denchwort y otro en Hollywell Church, cerca de la calle que da nombre a esa iglesia, y en la que vivió en su primera estancia en Oxford. Y además de una carta recibida, señalo otra de Blanco a Fernando, en la que se queja de que éste no le escribe, y de que él ha de actuar como mendigo. Necesita 50 libras; no debe ser ajena a eso la noticia que da de que

el hijo marchó como militar a Madrás (India). Seguro que éste va bien provisto a costa de seguir el padre en penuria. De septiembre hay otro sermón; y otros dos, de octubre, a finales del cual consta más relación de Blanco con ilustres oxonienses:

Visité a Pusey, que paseó conmigo. Por la tarde vinieron él, Wilberforce y Froude para aprender el orden del breviario en la liturgia católica romana.

Pero, aun con esas amistades, a su tristeza por orgullo hidalgo ante aquel Oxford, enfermedad, apuro económico, etc., se unen la ausencia del hijo y más dudas de fe.

En noviembre, hay noticia de otro paseo con Whately, y de que el tutor en Balliol de aquel discípulo da la venia a la que Blanco condicionó sus clases. De diciembre no veo datos. De todo 1827, Méndez Bejarano escribió cuatro reiterativas líneas, y Llorens, generalidades.

1828 es otro año de estudio y oscuridad para él; salvo la publicación de su soneto «Noche y Muerte», sin autorizarlo, y con disgusto, de Blanco; no se hallan de su obra más que cartas.

El irlandés O' Connell encona el problema de derechos políticos de católicos, negados por el Gobierno. Se preludia la unificación de Alemania, pero Hispanoamérica sigue quebrándose. España sigue en atonía absolutista. Tras una laguna, hay carta de Blanco a Newman:

Han construido el cristianismo sobre cimientos inestables.
/ ¿Hemos de destruirlo / según el espíritu del racional alemán? Dios no lo permita.

Newman le planteaba el problema acerca de las verdades necesarias para la salvación; parecía animado por una idea de Blanco: que todos podían tener las mismas, de diferentes modos. Y dice, sobre la relación entre mal comportamiento y error, negada por Blanco:

¿En qué un sociniano coherente es peor que un creyente ortodoxo?. Pienso que es peor, pero me gustaría tener mi mente clara en este punto, lo que no sucede.

Por su parte, en marzo, Blanco le reconoce «acuerdo en concurrencia de sentimientos internos y morales». Entonces les unió mucho la búsqueda de la verdad, y la música.

En una de sus muchas cartas a la que llama «querida J.», e identifico con Julia Moore, su probable gran amor, cuenta que pasó del Viernes Santo a la Pascua ayudando a un amigo en un pueblecito a unas catorce millas de Oxford. Le habla también de Ferdinand, ido a la India hace más de un año por largo tiempo: el padre espera ansioso las primeras noticias.

Aparece un corresponsal que será frecuente: Armstrong: contra el Papismo Protestante, expresión que dice recibida de Blanco. Teólogo muy avanzado, suscribe algo clave en Blanco, que intuye Newman: «Un error involuntario no puede ser punible por la Justicia Divina».

De inicios de mayo un extracto, esencial, de Fernando, resume, ante insistentes peticiones de éste sobre las cuentas, cómo y por qué éstas no se estaban haciendo durante largos años:

A mi vuelta a ésta en 1816 [tras 8 años] me dijo L[ucas Beck, el socio capitalista] si quería seguir en la Sociedad / . Los libros estaban muy atrasados. / En / siete años jamás quiso valerse de mí. Cuando / me esforcé en 1823, en que él perdió sus antiguos dependientes, atribuyó mis esfuerzos a / deseos de parecer amo. / Ahora, con la llegada del hijo mayor / es indispensable romper el silencio. Si no fuera porque mi debilidad me anuncia que voy a vivir poco y a dejar en un caos a mi mujer, a mis hijos y a ti, quizás renunciaría / a hablar de semejante negocio. Ahora [1828] la sociedad sigue.

Se ve la ingenuidad comercial de Fernando, paralela a la del hermano; ambas heredadas del padre; ante la habilidad británica del socio, que se casó con Polly, una de las herederas, buscada como tal en el XVIII para futura novia de Blanco. Beck fue acaparando el negocio ante la inoperancia de Don Guillermo, la ausencia y la buena fe de los dos hermanos, y luego, un Fernando tímido: no abordó el problema, En la única carta que vi de ese año de Blanco, éste se queja de ignorar lo económico; por el hijo, no parece el desprendido de siempre.

Después de tan largo silencio / aunque me es penoso hablar sobre asunto de intereses no me es posible continuar por más tiempo en la duda / desde la muerte de nuestro buen padre ¿Qué es lo que nos dejó? ¿Qué parte me pertenece? /. Lo que he recibido ha sido a plazos irregulares / ¿Cómo es que no se ha hecho balance?

Méndez Bejarano que, de ese casi sexenio en Oxford, pone sólo esta carta; comenta al final:

Infundía sospechas la conducta de don Lucas Beck no abordando de frente la cuestión, eludiendo el balance y evitando, al parecer, la liquidación.

Añade que el embrollo sólo se deshizo tras morir Fernando: el hijo pidió a Beck rendir cuentas; éste entregó 40.000 pesetas, entonces importantes, tras mediar amigos.

Citaré algo más de aquella carta, con la angustia de Blanco ante lo oscuro de sus rentas, la cercana vejez, su baja de ingresos en Oxford, las necesidades del hijo, ya como militar, etc.

¿He de continuar / en esta oscuridad? Si nada tengo, no hay que temer que yo moleste a la casa; si algo me queda ¿por qué razón he de vivir los pocos días que me restan / sin

medios de pasar / ? Hazme el favor de hablar a Lucas sobre este punto./ No tengo para pagar mis deudas. Pero lo que me importa es saber lo que tengo [allí].

Fernando deberá de pasarlo muy mal para plantear el turbio asunto. Blanco parece en los meses siguientes ajeno a eso; pero el tema económico va 'por dentro'.

En junio, le escribe a su amigo Pusey: ha empleado una jornada en leer un libro de éste:

Pocos días de mi vida han sido usados con mayor provecho.

Al comienzos de julio, Newman le escribe, enterado de que Blanco estaba en Hasting con su alumno, Daniell. (El médico de Blanco le recomendó el mar). La carta es muy afectuosa:

Lamento que estés desterrado en Hasting. Yo estaré en Brighton a finales de julio. Mi plan es / raptarte. / Me gustaría expresarte / cuán interesado me hallo en todos tus / planes, y en / tu salud./ Mi actitud ha sido / fría. / Haría todo para hacerte más feliz.

Al cumplir 53, Blanco le escribe a Julia: de consejos de su médico, de su alumno, y de ir a verla antes de que él esté sin dientes, sin ojos, etc.: le informa del cumpleaños; de que respondió a Christie (muerte de su hijita Clara); y de que aún no tiene carta de Ferdinand.

Nada se sabe de la anunciada visita de Newman. El médico fue para convencer a Blanco de participar con Senior, amigo de ambos, en una nueva revista: Aceptó. En agosto predica allí.

Editar la revista exigía vivir en Londres, y allí regresa Blanco el 20, con Senior, de cuyo hijo será tutor; vivirá en la casa familiar de Kensington. Le pide a Bello un artículo:

El pliego impreso se pagará a / veinte guineas. Yo quisiera que Vd. escribiera un artículo instructivo, y divertido, sobre el estado de South [sic] América.

Pero Bello se va; no a su Venezuela, sino a Chile como educador popular; un puesto que habría deseado Blanco, que recibe cartas de Whately, y de Coleridge, sobre la misma revista.

A final del mes, Blanco repite otro sermón, esta vez, en Kensington. En octubre, de su correspondencia, destaco una cordial carta a Newman:

Lamento la necesidad que me fuerza a estar fuera de Oxford, pero es mi destino no / echar raíces./ Perpetuamente arrancado, y nunca sin dolor. Pero la Providencia me ha traído siempre algún bien por esos medios.

Insiste en carta a Julia: «Parezco condenado a no echar raíces./ Acepté este cargo porque la oferta me halló enfermo de Hasting, de enseñar, de envejecer en / limitadas circunstancias».

Espera verla en Londres. Aún sin carta de Fernando, aunque sabe que su barco llegó bien.

El 20 sale un prospecto de dos páginas sobre la próxima *London Review*.

En noviembre, Blanco le elogia a Newman un artículo de éste para esa revista, que leyó:

con / el apresuramiento del placer. Lo volveré a leer con / la compostura de un crítico, si puedo. / Mi querido amigo, / háblale al pueblo inglés por medio de mi periódico y déjame el beneficio de su delicia... Adieu, my Oxford Plato. [sic].

Murphy, al comentar el platonismo de ese artículo de Newman, dice que aunque cautivó a Blanco, «no agradó al prosaico Whately.» De la relación Blanco-Newman, tan distintos, pero uni-

dos en buscar la verdad, y en la música, que practicaron mucho juntos con el violín, apenas se ha escrito; alguien dijo que, tras un concierto, Blanco saludaba con reverencias, y Newman seguía hierático. Dije una vez, en una reunión con hispanistas, que aquellos amigos que tanto disenterían en ideas, tocaban unidos el violín; iba a añadir, entonces, que los que *buscamos* ecumenismo solemos «tocar el violón»; pero callé al pensar que muchos no entenderían eso.

Whately, opuesto a Newman, atraerá pronto más, aunque sólo durante años, a Blanco.

Poco después de escribir esa carta, Blanco recibe una de Southey, que le va a empujar a un problema aún peor que el que le originó azuzándolo para polémicas contra los católicos: lo enfrentará a la Iglesia de Inglaterra y al duro sector conservador de la Universidad de Oxford.

Southey le avisa de una traición al protestantismo: ese poeta es extremista contra planes de Peel y de Wellington, jefe del Gobierno, para emancipar en el voto a los católicos, al temer guerra civil en Irlanda. A los quince días, insiste: «La raíz del mal está en nuestras escuelas».

Pide que enseñen sólo lo anglicano, como en King's College, Eton,...: vetaban a católicos.

4.2. (ENE. 1829 – DIC. 1829): RUPTURAS CON EL ALA CONSERVADORA

1829 tiene para Blanco una gran inflexión. Tomó conciencia de que la «liberal» Inglaterra vedaba derechos políticos a los católicos. El proyecto del Gobierno para cambiar eso divide, en concreto, a Oxford, y afecta mucho a Blanco. Otros entornos: Turquía reconoce la independencia de Grecia y Venezuela se separa de la Gran Colombia; en el de Ferdinand, la abolición de la quema de

viudas en la India no evita que siga, en secreto. En España, Cádiz será puerto franco, lo que acentúa la decadencia de Sevilla. La sucesión en España se complica al morir la tercera esposa del rey: éste, con más de cuarenta años y sin hijos, se casa a fin de año con María Cristina de Nápoles. Don Carlos, hermano del rey, era aún más absolutista. Eso preocupó mucho a Blanco, que previó guerra civil.

La revista de Senior y Blanco, entre el Oxford académico y el Londres político, duró dos números. Blanco no podía defender los valores eternos que lideraba Newman y la libertad del intelecto, que pedía Whately. De Blanco hay dos artículos: «El Curso del Tiempo» y «Poesía Española y Lenguaje».

De enero destaco la aparición de esa revista; y que el Duque de Wellington, entonces jefe del Gobierno británico, sigue su plan de reconocer por ley el voto a los católicos irlandeses, hacía mucho desposeídos de sus derechos políticos. Peel dimite como diputado por Oxford, pues se le eligió para lo contrario. Pero «sus amigos / volvieron a presentar su candidatura».

La posible reelección de Peel, dividió a los amigos de Blanco: los liberales (Whately, Senior, etc.), a favor; como Blanco, tras su amarga experiencia de la intolerancia anglicana; no cambió por política, sino por religión. Pero los conservadores se oponen: Newman afirma que el conservadurismo puede ser arma providencial contra liberalismo e infidelidad.

Iniciado febrero, expone a Newman la desagradable experiencia al cambiar de mentalidad:

No puedo evitar la sensación de ser como un hombre que al escaparse de una casa en llamas se refugia en otra que se estremera bajo sus pies y sobre su cabeza en cuanto ha entrado en ella. El protestantismo ha acabado en Inglaterra.

A los pocos días de esta carta, Blanco recibe una del Presidente del Comité pro reelección de Peel: lo anima para que vote a éste frente al conservador, su conocido Sir Robert Harris Inglis.

Resume en su *Diario* que Peel rectificó y pide derogar trabas a católicos, ante el riesgo del «uso de la espada». Se opone a la guerra: «Está en directa oposición al espíritu cristiano».

Concluye que cumplirá con su deber. Pero no sólo votará por Peel: expone razones en un Memorandum que aquél Comité publicó «con pocas alteraciones» del mismo Blanco, y se editó su decisión (traduzco): *Carta del Rev. J. Blanco White, M[agister] A[r]tis del Colegio Oriel, a un amigo en Oxford*. Le escribió a Bishop que su voto requería, en su caso concreto

una completa explicación de / puntos de vista y / motivos. Iré, no obstante mi delicada salud, si quieres darme a conocer el día.

Es probable que Blanco no deseara que trascendiera así su notorio cambio. Con documentos que prueban su derecho, vuelve a Oxford para votar a Peel. Los de Inglis iban a impugnarlo; pero sin base; y renuncian. Fue uno de los 609 que votó por Peel; 755 dieron el escaño a Inglis.

Blanco actuó de nuevo en conciencia, y contra el ambiente; pero atrajo muchas enemistades con su cambio de postura, coherente, pero, en muchos, recriminado. Durán resume:

En 1825 había tenido que acallar la noción de libertad y la tolerancia /, y romper relaciones con el círculo de Lord Holland para alinearse con los tories al proclamar que los papistas no podían tener los mismos derechos civiles que el resto de los ciudadanos. / Su liberalismo / seguía impregnando el fondo de sus convicciones.

Al día siguiente, Newman le escribe a su madre, sobre Blanco, quien, alguna vez, según me contó Murphy al enseñarme su casa de campo cerca de Oxford, la visitaba, con el hijo:

Estoy / afligido. / Conozco tan bien su manera de ser. / Se convirtió en la víctima de unas circunstancias electoralistas, con lo que se ha atraído toda clase de ataques.

Murphy da una muestra: un cartel de mofa anunciaba una 'muestra de animales' que incluía 'un camaleón, con su cuidador Blanco White', una exhibición de pinturas que mostraba 'una serpiente en la hierba (de la Catedral, Madrid)' y una obra de teatro cuyo reparto incluía 'Titus Oates, representado por Mr. Blank Whito'. Durán cita otra fuente satírica:

Alguien hizo publicar un panfleto / que parodiaba el programa de un concierto. / Apenas salen unos ocho nombres: O'Connell va acompañado de / adversarios de la Emancipación. / Los nombres / se deforman para darles aspecto italiano, que recuerdan a cantantes de ópera, pero también a la curia romana. Junto a Wellington, a Peel («Mr. Judas PEELigrini»), aparece / «Signor Blanco Whito». El pasado católico que dio valor a su obra en pro del anglicanismo, le pone bajo sospecha: / regresa / al redil papista.

Blanco, fracasada la reelección de Peel, dice que «la Iglesia de Inglaterra. retiene demasiado del espíritu papista». Él ha pasado, de rechazar a su católica España, como opresora, a apoyar a la católica Irlanda de sus antepasados, como oprimida por la, antes, para él, modélica Inglaterra. Hago aquí más unas palabras de su último biógrafo, al narrar esos hechos:

El lector me permitirá confesar mi respeto por un hombre que es capaz, no una sino varias veces, de sacrificar sus intereses / por seguir los dictados de su conciencia.

Newman le escribe a su hermana Jemima: «Mejor es ser conservador que oportunista».

En un discurso de cuatro horas al Parlamento, Peel, como Ministro del Interior, y pese a su derrota en Oxford, logrará el voto para los católicos; por razones políticas; en paradoja, provoca reacciones ‘religiosas’. Blanco ve que el *odium theologicum* no se limitaba a España.

De comienzos de abril es una carta de Blanco al hermano. Respondería a malas noticias que refleja aquí: «Tu bienvenida, aunque melancólica carta, me ha llenado de / turbación».

Quizás por no ahondar en problemas económicos, sólo añade cosas de la revista, a la que dice que accedió para pagar al hijo la graduación de teniente. Y cuenta el mal momento que influye en ésta; no aludirá a ataques personales, por no entristecer más al hermano. Dice que Ferdinand está en Nueva Holanda, norte de Australia, y dentro de pocos meses irá a la India.

Algo se ha roto en Blanco. Lo declara una carta de mayo, a Julia:

Abandonado el esquema de Oxford. / No deseo nada sino tranquilidad y paz, tras mi último desafortunado compromiso. / Espero estar pronto libre de la / *London Review*.

Tras un junio casi vacío, una carta de julio a Fernando deja entrever perspectivas peores sobre la revista, en la que tiene responsabilidad tras el balance, por supuesto, negativo. Dadas las circunstancias, deja al hermano la decisión de pedir o no dinero a Beck. Como hidalgo dice: «desdeño suplicar». Pero añade: «Han crecido mis dificultades pecuniarias».

Al final indica que el hijo escribió unas líneas de afecto para su tío y toda su familia.

Así como con *Evidence*, se atrajo la enemistad de los liberales, ahora, con lo de Peel lo rechazan los conservadores. Su situación en el Oriel College se hace cada vez más insostenible y acaba con su ilusión de que Oxford era refugio de tolerancia. Se vio siempre como ‘advenedizo’. Tras una discusión dirigió esta nota a un amigo:

«No intentes desvanecer la halagadora impresión que hace olvidar que no he sido educado entre ustedes».

Por brevedad, me fijo sólo en cuatro cartas del resto del año, con un Blanco oculto.

En agosto, se desahoga con Julia: traduce una Lógica: «el más seco trabajo que jamás haya sido escrito»; y lee, con la literatura griega e inglesa, la italiana. Alude a su pobre revista:

Me alegro de que a tu padre le agrade el segundo número de la *London Review*. Hay alguna consolación para mí en que ésta no muera sin ser añorada.

Sin documentos sobre Blanco en septiembre, octubre y noviembre, hay tres de diciembre.

Una carta vino de Buenos Aires: la esposa de un político llama a Blanco 'hijado' [sic] y toca el tema del violín. Lo pongo como muestra del eco que aún tiene él en Hispanoamérica, y como ejemplo de que mujeres de entonces, aún de familias prestigiadas, como probé en Doña María, mostraban mala formación lingüística. Subrayo errores: «Mi apreciado ahijado: Cuanto extrañara V_ esta carta / aber si esta tiene mejor suerte que las demas que les escrito».

Otra es de Blanco al célebre físico Miguel Faraday. Le pide datos para, según juzgo, una conferencia en la Asmolean Society. El dato es importante para fechar ésta. Parece, como mínimo, de finales de 1829.

Hay en Liverpool, catalogado como «circa 1828», un manuscrito de Blanco: «Sobre sonidos musicales». Parece decisiva para su fecha aquella carta, que le pide:

Me he tomado la libertad de molestarle para que pueda tener la libertad de informarme de si ha publicado algo sobre vibración de los sonidos musicales.

La última carta que cito de este año es del Obispo de Londres a Blanco, a quien solía tomar como intermediario para socorrer a sacerdotes refugiados políticos.

4.3. (ENE. 1830 - MAY. 1832): PENOSA ETAPA FINAL EN OXFORD

1830 es, para una biografía de Blanco, un año aún más oscurecido que los dos anteriores. No publica, y sólo comienza una *Autobiografía* muy incompleta que redactará hasta 1832, y se editará, póstuma. Y va completando tres series de apuntes conservados en Liverpool. Aparte, cartas, menos que en otras épocas; aunque de este año hay cuatro a su hermano: tantas como en los tres anteriores. En Inglaterra muere Jorge IV; le sucede Guillermo IV. Para la sucesión española, en estado la cuarta esposa de Fernando VII, se promulgará la derogación, hecha en 1789, pero no publicada entonces, de la Ley Sálica, ley que impedía reinar a las mujeres. El infante Don Carlos alegará derechos previos: más que eso, casi anecdótico, choques profundos, como previó Blanco en las dos Españas, explicarán las cuatro guerras civiles del XIX. En Francia, una revolución impone a Luis Felipe, el rey ciudadano; en el resto de Europa hay ecos como la independencia de Bélgica. Sigue el fragmentarismo que debilita a las nuevas naciones americanas: lo previó Blanco. En Sevilla cerrada la Universidad por política, se abre una Escuela... de Tauromaquia; y, tras 33 años, revive... el Santo Entierro.

Blanco sigue con sus estudios, pero sin cartas del hijo o del hermano, lo que le inquietaba. Las cuatro cartas conservadas de ese año a su hermano (todas del segundo semestre), están fechadas fuera de Oxford. Hay referencia a una visita reconfortante al amigo Bishop, no a Ufton, sino a Brighton. En Oxford seguía contando

con amigos, en especial el Dr. Whately, y formó parte de un cuarteto de violines en el que actuó Newman; éste, en su vejez dirá que Blanco tocaba a Beethoven como nadie. Se movía en círculos científicos, y dio conferencias que constan en sus papeles. De su influjo intelectual en Oxford quedará, por ejemplo, que le dan gran papel en las célebres *Bampton lectures* (1832) del Dr. Hampden, que le consultaba.

En enero, un emigrado español le pide trabajo. hay cientos allí; ahora también absolutistas carlistas. Inicia su *Autobiografía*. Cita, al acabarla en 1832, una muerte de 1830; pero su plan acaba en 1826.

Otra carta a Julia Moore da más indicios sobre ese posible amor latente de Blanco. Puede justificar su soltería —y ante Julia— la burla que hace de un amigo que se casa a los cincuenta:

Es para / lamentación no / llegar a sexagenario en compañía. Pero tomar / compañera lozana a los cincuenta, o emparejar reumatismo / con una belleza en sazón son locuras.

De febrero sólo hay dos cartas, ambas en relación con viejos amigos. De marzo, una al Vicecanciller de Oxford; y otra a Lord Holland, tras tres años. En abril predica ante la Universidad: «Sobre la regla cristiana de fe». El lema, tomado de S. Pablo, habla de división: «Es inevitable que llegue a haber partidos entre vosotros». Subrayo oyentes y contexto.

Matiza, muy en su estilo: «Que la Escritura sea infalible no implica que lo sea su lector».

De mayo recuerdo, ante la creación de la Escuela de Tauromaquia en Sevilla, que Blanco fue allí el mejor escritor taurino del XVIII. En junio, o al menos en las vacaciones de ese verano, debió de ser cuando Newman comparó, con Blanco, a un perro negro, al que halló enfermo y ladrando a todos. Dirá, cinco años después, que dijo eso porque Blanco parecía condenado a desorga-

nización sin esperanza. Eso indica cómo lo veían ya en Oxford en 1830.

Mediado julio, Blanco le escribe a su hermano. Indica su nueva dirección en casa de Senior, donde educa a un hijo de aquél, «para pagar deudas» (por la fracasada *London Review*), como informa en esa carta; pide que no se le mande nada «que no sea de fondos de la casa».

Y a finales de ese mes le escribe Charlotte Pope, hermana de la esposa de Whately y casada con otro gran amigo de Blanco, Baden Powell, profesor, más conocido hoy como padre del fundador de los Boys Scouts. Ese matrimonio seguirá siendo gran amigo de Blanco.

De agosto sólo queda un sermón en la apertura de una capilla temporal cerca de Hasting. Está de nuevo junto al mar, quizás por salud. En septiembre, viejos amigos piensan en una solución para él, como alma en pena Oxford, y con problemas económicos. Uno le anuncia a Allen, como vacante, la plaza de organista en Dullwich College, al sureste de Londres. El titular debe de estar inhábil. El puesto es ideal: Blanco domina piano, violín y flauta, no tendrá problemas para el órgano. Necesitan un músico caballero: un fellow.

En octubre nace una hija de Fernando VII; es declarara heredera. No lo admitirá el hermano del rey, con derechos adquiridos. Otra guerra civil se cierne sobre España. Blanco lo reflejará.

Muere Wilson, amigo de Blanco, que llevó su anillo, y escribe sin conocer aún esa muerte:

Mi amada J[ulia]: Tu carta me llegó cuando estaba a punto de dejar Kensington por esta ciudad [Oxford], donde voy a estar al menos unos cuantos días más. Desearía que estuvieras cerca de Piccadilly, porque / me podría dejar caer frecuentemente por allí /. Te entristecerá saber que mi amigo Wilson continúa peligrosamente enfermo. / Nada he oído de mi Fernando *indio*; de mi Fernando español tuve noticias hace dos meses. Temo que el estado de la Península le vaya a causar algún problema /.

A final de noviembre predica un sermón a una sociedad de viudas. En diciembre, le escribe a Fernando: sin carta de éste tras cinco meses; aunque acusa recibo de 70 libras en dos remesas. Y le escribe a Lord Holland; tras ello, nueva laguna. E insiste ante el hermano, que sigue sin enviar noticias. Le busca ser vicecónsul inglés en Sevilla, como el padre. Echa en cara al hermano, con un refrán, no darse más a apreciar: «Nunca Fray Modesto fue Provincial».

Nueva carta: falló el viceconsulado. Otro refrán: «Paciencia y barajar». Queja: el hijo, tras dos años en Nueva Holanda con una dama sin consentirlo el padre de ella (ni el de él), se fue a Bombay: Blanco, virgiliano, no comenta sobre aquella Dido. Termina felicitando las Pascuas.

De 1831 queda un artículo suyo y dos episodios importantes: su aspiración a organista de Dullwich College, y el reencuentro entrañable con Lista, que vino a visitarlo.

En Inglaterra, los wighs hacen reformas liberales, pero Francia aplasta la revolución obrera de Lyon, Rusia lo hace con la polaca, y Austria con la italiana. En España la represión lleva al garrote a Mariana Pineda y al fusilamiento de Torrijos y compañeros. De su patria chica le llega sólo una carta; poco correo, quizás por control militar; lo compensa la visita de Lista.

Iniciado enero, publica «Education in Spain»: pesimista visión de 'las dos Españas':

El sistema de educación español / amplía / la brecha que separa / el país en dos partes / inconciliables / [:] la educación establecida y la que / los españoles más lúcidos se procuran. / Si cualquiera de los dos bandos pudiese subyugar al otro, la fiebre / del país sería menos violenta; / pero la contienda debe prolongarse.

Blanco no quería sufrir más *odium theologicum* que el que asumía al cumplir su deber; dijo que de los dos artículos de ese tema en la misma revista ese año, sólo ese es suyo.

De febrero, sólo tengo una nota de Fernando, que parece de entonces. Iniciado marzo murió el organista del Dullwich College cuya vacante esperaban amigos de Blanco. John Allen, viejo amigo, Rector entonces de la institución, escribe el mismo día instándole a presentarse.

Querido Blanco: El pobre Lindley, 4^o *Fellow* y Organista de Dullwich College, murió esta mañana. Hace años pensó Vd. en ofrecerse para la situación. / Me apresuro a informarle del hecho, para que Vd. pueda presentarse como candidato / . Las cargas son tocar el órgano los domingos e instruir en música a los niños, doce en total. Los emolumentos / , unas 160 libras anuales, más apartamento, servicios comunes y vino. / En el mismo nivel que los otros *Fellows*, deseamos / un hombre de educación.

La oferta era excelente para él: vida resuelta, y en su mundo musical, lejos de su tenso ambiente en Oxford, y, al fin, *fellow*. Otro de los que debían proponer dos aspirantes (entre quienes decidiría la suerte, según lo habitual), le escribe ese día. Como Allen le instó a que decidiera pronto, dijo que el cargo lo haría feliz; objetaba que no era especialista en órgano:

Mi única dificultad es que, por el momento no me encuentro apto para acompañar los cantos de los Salmos. Pero, si Vdes. me permitieran por un tiempo pagar a alguien que pueda hacer eso y enseñar a los niños, juzgo que mi conocimiento de música me haría capaz en pocos meses de ejercer / de organista. Si no hay objeción a este plan, le pido que ponga mi nombre como candidato, y que me diga qué más debo hacer.

Allen le escribió de nuevo, a vuelta de correo, con sincera alegría, confiando en que Blanco estaría preparado mucho antes de

los meses que éste pedía. Añadía las instrucciones pedidas. Blanco las siguió; pero la saña de sus enemigos le acusó de haberse vendido al escribir en polémicas religiosas. Reacciona: ve a Allen; no contento con ello, le escribe el mismo día, con indignación ante el informe de que fue sobornado. Sobre el primer libro publicó no aceptar promoción eclesiástica; sobre el segundo, dio con fines religiosos lo que le correspondía.

Me retiraré / si sé que siquiera un miembro del Colegio no me dio pleno crédito.

La acusación provenía de la alta nobleza. Blanco siguió contundente, nada diplomático.

Pese a todo, fue uno de los dos elegidos para el sorteo. Pero ése no le fue favorable, lo sucedido le dolió, empeoró de salud y se sintió aún más a disgusto en Oxford a su regreso.

En ninguna otra fecha de este año constan ni un sermón suyo, ni una anotación de diario de tema religioso, contra lo habitual de años anteriores. Puede ser indicio de nueva crisis religiosa, pero creo más probable que eso provenga de una depresión ante los últimos hechos.

En adelante aparece huraño; con frecuencia, enfermo; al menos, encerrado en su cuarto.

De finales de ese marzo es una carta de su hijo, desde la India, que el padre debió de recibir bastante tarde. Por la costumbre de escribir perpendicularmente sobre renglones ya escritos, resulta hoy ilegible a simple vista. No hallo otra al padre hasta más de cuatro años más tarde.

De mayo hay una carta de Daniell sobre una conversión al catolicismo. Pongo esta carta, en la que Blanco no es ni remitente ni destinatario, porque se conserva copia de la que, sobre eso, escribió entonces Blanco al periódico *The Post*. No localicé el original; con esos documentos, hay otros que sugiero, junto a buscar más material, para una biografía crítica de Blanco.

En junio, éste busca refugio en Ufton junto a Bishop, con quien pasó tres semanas: luego volvió a Londres para seguir las clases con el hijo de Senior. A inicios de julio asistió a un inolvidable concierto del gran Paganini. Blanco lo cuenta en una carta, como buen experto:

Mi querida J[ulia]: Eres la más amable corresponsal que puede imaginarse. / Ayer oí a Paganini. La sala estaba tan llena que / hora y media hubimos de estar de pie /. Pero / Paganini es un maravilloso intérprete, sin rival, / un caso aislado en la historia de tocar el violín. / Estuve toda la tarde en un estado de exaltación.

Tras esa carta hay salto documental, en agosto y septiembre; seguía de tutor y lo atacó el llamado «cólera inglés». Tuvo una visita de Lista. Aunque Méndez Bejarano la pone antes, la creo en octubre. Fue tan cordial como podría esperarse tras veintidós años sin verse. Llorens habla de visita «fugaz»; Gil, último biógrafo de Lista, indica «quince días de convivencia», frente a las «cuatro horas silla a silla» que recuerda años más tarde el ilustre visitante. Pese a cambios de ideología siempre fueron fieles a su intimidad inicial. De regreso, Lista le escribe:

Es ya una necesidad para mí el continuar esta correspondencia contigo. Después de nuestra entrevista / paso la mitad de mis horas pensando en ti.

En noviembre, Blanco le escribe a Armstrong, de problemas para una intimidad con el Dr. Whately como arzobispo de Dublín, para cuya sede anglicana había sido nombrado.

Vuelve a escribirle a su amada Julia, en tono de humor:

No te ofenderás cuando te diga que escribir esta carta / es un hecho / conectado con el *cólera morbo*. Una joven dama

unida con tan horrible concepto. / El empeoramiento en mi mala salud en Kensington apresuró mi vuelta a Oxford. / Me dejó tan débil y nervioso que / nada había que hacer sino irse. Probablemente sabes que el Dr. Whately / ha sido nombrado Arzobispo de Dublín. / Eso es una gran pérdida para mí, por ser / muy íntimos amigos.

Le escribe a Fernando la única carta conservada de este año. Se muestra sorprendido: sin carta desde diciembre; y alude a la muerte de su querido amigo Christie. Aclara la duración de la visita de Lista: 21 horas; incluye el descanso del –entonces– fatigante viaje Paris-Oxford:

Lista vino desde París, pero estuvo sólo desde las cinco de la tarde hasta las dos del siguiente mediodía. Parece perfectamente feliz. Ha vuelto a París.

Del resto del año destaco, aparte otra dura represión absolutista, un borrador de Fernando, único documento [?] en cinco años sobre la comunicación de éste con el hermano.

1832 es, para Blanco, en sus cinco primeros meses, penoso final de su segunda etapa en Oxford, con violentos dolores, de día, y fiebre nocturna.

Le escribió a Fernando en enero, con nota en español para el hijo mayor, Guillermo, extensible al pequeño:

Te amo tiernamente como también a tu hermano José María. Aplícate mucho; / que cuando yo muera pueda haber otro Blanco White aficionado a los libros.

Alude en la siguiente a una de Fernando con envió de 50 libras, y dice que ha estado dos meses aislado por resfriado febril y problemas intestinales. Alude, tarde, a lo de Dullwich:

No era eclesial, pero la Providencia no ha querido concedérmelo.

En abril firma el final de su *Autobiografía*, cuyo manuscrito inició en 1830. Dije que de casi seis años de esa segunda etapa en Oxford, sólo habla, sobre ella, de la muerte de Wilson.

Poco después le escribe a la esposa del nuevo Arzobispo; se entreven sus sentimientos en la soledad en la que lo dejaron; ve que ha de ser cauto, al opinar sobre ciertos *piadosos* amigos:

Comprarán todas las existencias de la tienda del Papa, en el caso de que el mismo Papa se retirase de los negocios.

Murphy subraya que, «a modo de *post scriptum*, añadió proféticamente» sobre Hampden:

Está predicando un excelente curso de Bampton Lectures: lo pondrá en problemas.

The Life refleja una nota del *Diario*: «Desearía escribir una serie de sermones *Sobre el Mal*».

Reaparece este Guadiana de temas religiosos: parecía olvidado eso ante otros asuntos.

En otra carta más a Julia alude a su pasada enfermedad y habla ya de su paso a Irlanda:

Confinado, / mi ansiedad / ha sido compensada por tu muy amable carta. /

Mi estancia en Irlanda, a no ser que sea obligado a huir / , será más bien larga.

Tras veinte días sin noticias, ya en mayo, hay otra carta de Blanco al hermano:

Intento ir a Dublín dentro de pocos días, pese al cólera en ese país, / por invitación de mi íntimo amigo el / Arzobispo de Dublín. Tiene una casa de campo.

No olvida la carrera militar del hijo: «Espero que Fernando sea pronto Teniente».

Según narrará ya en Dublín, durante los seis últimos meses de Oxford estaba confinado por la enfermedad, lo que explica lagunas en noticias sobre él; y a finales de mayo, esperaba, con fiebre, y ansiedad por el viaje, la llegada de un cuñado del arzobispo que lo llevaría a Irlanda.

El 28 de mayo estaba mejor, aunque muy débil; llegó un hermano de la esposa del arzobispo, para acompañar a Dublín al convaleciente, en un duro viaje. Le habían ofertado ser tutor, allí, de Edward, de nueve años, único hijo varón del Arzobispo. El 29 estaba mucho mejor: podría ser «liberado».

Pese a sus males, no dudó aceptar: veía insoportable seguir en Oxford. Méndez Bejarano, sin citar fuentes, pero con acceso a muchas, cuenta:

En el Colegio se le manifestaba antipatía, hasta los criados le servían con afectada y compasiva deferencia, tan mortificante como el desdén. / Whately le había / sostenido; pero, faltar / de ese / apoyo, no veía medio de prolongar tan desagradable situación.

Salen el 30 de mayo por la mañana en silla de postas; pasan en Cheltenham la primera noche. Como aconsejan evitar la larga travesía desde Bristol, Blanco, aunque había querido evitar un largo viaje por tierra, propuso seguir hasta Liverpool. Describe con placer hitos de ese viaje, hasta su llegada a Shrewsbury, donde pernoctan. Con el final de mayo acabo este periodo. Queda para el siguiente la llegada de Blanco a Irlanda, y su estancia en ese país.

4.4. (JUN. 1832 – DÍAS DE 1835): EN DUBLÍN, CON UN AMIGO ARZOBISPO

Va a la tierra del abuelo paterno. Vivirá cómo una religión nacional no reconocida por el gobierno es una contradicción, y estará de parte de los católicos, aunque también intolerantes.

El 1 de junio prosiguen por Chester y cruzan en un vapor el río Mersey, bajo fuerte lluvia, que Blanco aguanta en cubierta: prefiere eso al olor de la cabina. En Liverpool, descansan en la hostería King's Arms. Blanco envía una nota a su amigo Clemente de Zulueta. Éste se presenta al día siguiente, desayuna con los viajeros y los lleva a lo que entonces era aún una novedad excitante en Liverpool: un paseo en el ferrocarril de la línea a Manchester.

Recorrimos más de treinta millas en dos horas. Yo estaba embriagado de placer.

Estos detalles, y otros más de sus siguientes próximas cartas, con la gran impresión que produjo en él esa experiencia, le inspiran un cuento que escribiré dos días más tarde.

A las cinco de la tarde salen para Dublín, en un vapor que vio confortable. Tras doce horas de viaje estaban en Irlanda. En su *Diario* se permite un poco de literatura. Parece hiperbólica:

Nada puede exceder la belleza de la costa irlandesa cuando ésta surge de la olas iluminada por el sol naciente /. Recibido muy afectuosamente por el arzobispo y Mrs. Whately, fui a la iglesia con ellos, pero / me encontré algo angustiado al volver. Permanecí lunes y martes quieto en casa. Escribí *Atmos el Gigante*, un cuento descriptivo del ferrocarril, del que di el original, y única copia, a Mrs. Whately.

Ese cuento se publicó con el título (traduzco) de «Atmos el Gigante, y sus relaciones». El nombre de éste, ‘vapor’, en griego, recuerda el interés por lo helénico en Blanco.

En Irlanda, Blanco se dedica, una vez más, a preceptor; esta vez sin las dificultades de antes. Anota, escueto, en su *Diario*: «Empecé a dar clase a Edward Whately».

Éste lo recordará con afecto en un libro, dice Murphy; aunque Durán aduce ahí una cita de Tuckwell sobre el Blanco maestro: «Impaciente, incapaz de penetrar las dificultades / que / nunca habían sido / para él. No obstante, estaba / encariñado con los niños y ellos con él».

Su tutoría le deja tiempo, aparte de para vida social tras su aislamiento final de Oxford (anota una agradable cena con invitados en Palacio), para escribir y publicar.

Empieza a traducir la *Geometría* y el *Álgebra* de Clairaut, para el nuevo sistema educativo irlandés. Esos libros pudieron tener para él finalidad religiosa, revivida su crisis en eso. En su etapa sevillana dijo a Lista que el binomio de Newton era para él la mejor prueba de que Dios existía. E inició una inconclusa *Historia de la Inquisición*. Se aparta cada vez más de lo que vio como el papado protestante, pese al prudente equilibrio de Whately, en su difícil cargo.

Blanco le escribe a Newman, amigo a pesar de las cada vez más apartadas ideas teológicas. Murphy ve el tono como eufórico: «Podría vivir el resto de mis días en este apartado lugar». En texto siete años posterior, evoca aquel ambiente, idílico por el contexto:

El cisne es para mí la poesía de las aves. El último cisne que ha deleitado mis ojos estaba / en Redesdale (la residencia campestre del actual Arzobispo de Dublín).

A comienzos de julio escribe, desde Redesdale, a Julia: explica la tardanza en hacerlo, y da datos de su viaje que no había anotado en su *Diario*, e incluso matices distintos:

Mi querida J[ulia]: He aplazado cuatro semanas completas el relato de mi llegada a este país, para darte alguna idea de los efectos del cambio.

Convenimos en marchar a Liverpool. En ferrocarril, / fuimos unas 18 [millas]. / El más alto gozo que he experimentado en muchos años.

La casa de campo del Arzobispo está sólo a escasas millas del lugar donde desembarcamos. Podemos ver la bahía de Dublín desde los dormitorios /, y una hermosa extensión de montañas y mar desde las habitaciones superiores. He estado sólo dos veces en Dublín. / Mi salud continúa muy precaria.

Apenas a veinte días de la anterior carta a su, pese a todo, gran amigo Newman, vuelve a escribirle a éste: un episodio en el que narra cómo le distrae la caza; le recuerda su juventud:

Cuando el sol está muy ardiente y siento la presión de la escopeta sobre mi brazo, me imagino por un instante a mí mismo de nuevo joven y en España.

A los pocos días de aquella carta a Newman, la segunda desde Irlanda, da más detalles de sus últimos meses, en otra a Lady Holland:

Una agravación / me había confinado en mis habitaciones de Oxford / cinco meses, cuando el Arzobispo de Dublín y Mrs. Whately se unieron en una invitación / a su casa. / Logré hacerlo /. El resultado ha sido / favorable para mi salud. Nuestra residencia actual está a cinco millas de la capital. / Di un paseo / en ferrocarril, y / me sentí veinte años más joven. / El arzobispo es amado en la medida en que es conocido.

En su 57º aniversario, da las habituales gracias a Dios. Luego, otra laguna de quince días con sólo dos notas. Una es: «Fatigado por una discusión, tras el desayuno, sobre los Padres».

Eso indica, aparte del uso reformista que evita el adjetivo ‘santos’, que se mantiene la familiaridad, la intimidad, no siempre el acuerdo, entre Whately y Blanco, y que éste sigue con su temperamento enfermizo. Al día siguiente no hace nada, bajo uno de sus ataques.

En agosto, el arzobispo, indispuerto, no podía ir a un sermón que atacaría la política del gobierno en educación. Él la promovía por unir católicos y protestantes, con la oposición de ambos sectores. Blanco fue, en el coche del arzobispo, justificando la ausencia de éste, como su portavoz. Recibido con cortesía, el predicador lo trató «con / un aire desdeñoso».

Juzgó el sermón, que minaba la labor arzobispal: «Nada puede ser más *incristiano*»:

Lo que más me disgustó fue la conclusión de un cuadro de la desorganizada situación de Irlanda: «Todo el conjunto de los políticos estaba ahora ansioso de aplicar sus remedios a este infortunado país; / era difícil decir qué sería mejor: que éste muriese de la enfermedad, o del curalotodo de los charlatanes políticos».

Por parte de Blanco, su conclusión ante tanta lucha política intolerante es fuerte:

Si no fuera por mi apego a los Whately y por la esperanza de que puedo ser útil en la educación de su niño, / yo abandonararía el país. Huiría / del papismo de los protestantes, como lo hice de los romanistas españoles. *Usquequo, Domine!*

Al día siguiente, en una larga anotación, empieza:

Las dolorosas impresiones que traje de la Iglesia alteraron mi descanso /. Indispuesto esta mañana. / Una religión nacional / que hace a / miembros de la nación de peor condición que otros, si no la profesan, es una persecución establecida.

Le escribe a su hermano, aunque, por cariño, le vela su dolor, en especial en lo religioso. Le cuenta que desearía que Guillermo (sobrino mayor de Blanco, al que llama Billy), se eduque en Inglaterra; añade que él quizás vaya en enero a Londres con el arzobispo.

En una reunión de los moravianos fue con el arzobispo. Guarda un grato recuerdo:

Nunca vi un encuentro más sereno y con más aspecto cristiano. / Puedo decir que nunca recibí más profundas impresiones de ninguna reunión religiosa.

También le escribe a Newman, al que quería pese a que sus ideas eran cada vez más opuestas. (En tensiones de Oxford, Senior miraba al futuro; Newman a San Atanasio, que defendió la divinidad de Cristo). Él dice que Atanasio le gustaba menos que Arrio. Añade:

El cuadrado de Oriel se muestra vívido a mi mente, y en medio de queridos amigos deja un anhelo por aquellos con los que he pasado horas tan deliciosas. Hay puntos oscuros en nuestra Universidad, hay hombres que me recuerdan / a / inquisidores, pero nunca menciono el lugar sin llamarlo *amado Oxford*.

En septiembre, Fernando VII se agrava mucho en el Palacio de La Granja, cuyo nombre denomina la crisis que brota entonces: el rey, presionado por *pacifistas*, deroga la *Pragmática* que permitía

reinar a su hija Isabel: eso favorece a Don Carlos; pero el 28, convaliente, y tras intervención «diplomática» de una hermana de la reina, repone lo derogado.

El último día de septiembre, Blanco le escribe de nuevo a su amada Julia: acusa recibo de la «amable carta» de ella; y se desahoga sobre el problema del ambiente político irlandés:

La violencia de partido en Irlanda es tal que resulta casi inconcebible. / No puedo formarme / conjetura de cómo este país puede ser restablecido en la paz. / Es muy probable que tenga el placer de encontrarte en Londres. El turno del arzobispo / en la Cámara de los Lores se acerca, y es probable que vayamos todos.

En España es cesado Calomarde por lo que firmó el rey. Le sucede Cea Bermúdez, que protegerá a Lista y Reinoso, íntimos de Blanco. El rey da poderes a su esposa, María Cristina, que, bien aconsejada, concede una amnistía a liberales, muchos, exiliados en Londres. Blanco sólo casi a mediados de noviembre vuelve a escribir en su *Diario*. Explica la laguna:

No me he encontrado inclinado a escribir nada en este libro hasta / que he acabado la traducción de toda la Geometría de Clairaut.

Tras dos días dice que volvieron a vivir en el palacio; comenta:

Todo ha ido hacia lo favorable: Edward adelanta visiblemente. / Mi salud es como habitualmente, pero, con la excepción de algunas noches de insomnio, no sufro congoja.

Y cuando el Arzobispo da una comida a seis obispos, Blanco es el comensal no prelado.

Me había propuesto no ser de la reunión, pero mis amigos me urgieron a hacerlo.

En diciembre hay casi otra laguna; y en *Life*, fuente segunda (que acaba ahí su primer tomo), un salto. Con gran desproporción, los otros dos (salvo apéndices y pocas páginas sobre años precedentes), son los escasos nueve años que quedan de los 66 que vivió Blanco.

1833 es un año de relativos cambios, y nueva polémica religiosa de Blanco. A mediados de enero vuelve a Inglaterra, a Tunbridge Wells, donde aún está cuando, en abril, le escribe a su hermano. Éste sólo responde en agosto, entre la jura como heredera a la futura Isabel II, y la muerte del Rey, la cual convierte en Regente a su cuarta esposa. Don Carlos había sido desterrado por negarse a aquel juramento. Lo apoyarán los conservadores y la Regente habrá de tender hacia los liberales. Admitirá muchas de las reformas que había propugnado Blanco; pero se produce la primera de las cuatro guerras, entre partidos irreconciliables como predijo.

En Inglaterra se da una ley antiesclavista que se aplica al año siguiente en sus colonias. Y se incuba el llamado ‘Movimiento de Oxford’, renovación religiosa en un romanticismo conservador; destacan ahí amigos aún de Blanco como Newman y otros del Oriel, frente a los teólogos liberales del grupo llamado «noético», también del Oriel, como Whately; Blanco iba aún más allá.

A mediados de enero, Blanco va, con su discípulo, a Tunbridge Well, donde vivía la familia de la esposa del Arzobispo. Atraviesan hacia Holyhead. Dirá que, al pasar el *Menai Bridge*, lo vio digno de un poema. Pasó desde su llegada un mes en su habitación, por un resfriado.

Mediado febrero le escribe a su hermano. Cuenta lo del catarro, que, con su renovada búsqueda interior, explica precedentes faltas de cartas suyas. Destaco dos frases: una sobre él:

Me encuentro más en casa en Irlanda que en Inglaterra.

La otra, sobre el hijo, ya teniente: «Es querido por todos sus compañeros oficiales».

Algo después, Fernando le envía otra carta; dentro, va una letra por 50 libras.

En marzo inicia largas reflexiones en su *Diario*. Evita el lenguaje teológico tradicional.

¿Qué es el Evangelio, la *buena noticia* de la gran alegría para todo el pueblo? / Redúcelo a práctica *espiritual* y te sorprenderás con la sublime simplicidad de la Doctrina Cristiana.

En Irlanda siguen las dificultades políticas, y en España aumentan las que veía Blanco: don Carlos se juzgaba el futuro rey; como eco, hay disturbios carlistas en Madrid. Aparte de esto, Cea hace a Reinoso Auditor suplente en la Rota Española; y le dará una prebenda acorde.

Alternando con esos hechos Lord Holland y Blanco intercambian cartas sobre la buena voluntad del arzobispo y las dificultades políticas que se le ponen.

Es probablemente de esa época, «The Bill of Belial», alegoría en la que, según un estudioso,

enfrentaba a los protestantes opuestos a Whately / que propugnaban la lectura escolar de la Biblia en su versión completa, con los partidarios / de / una versión selectiva de la Biblia con / lo compartido por todas las confesiones cristianas.

Una carta de marzo al hermano anima el futuro económico de éste, con plan de que venga a Irlanda. Con ella hay un borrador de respuesta que informa de los progresos en latín de «Bill».

En Pascua, Reinoso es nombrado Deán de Valencia, prebenda acorde con su auditoría... en Madrid. Lista será, como quiso, Director de la *Gazeta*. Blanco, aún ignora esos cargos, anota en su

Diario que se siente cada día más útil entre los Whately; y, pocos días después, en un diálogo sobre la Biblia, argumenta acerca del valor relativo de la Sagrada Escritura:

Hubo muchos cristianos antes / del Nuevo Testamento; y entre los gentiles convertidos pocos podían leer el Antiguo. / Los cristianos quedarían privados de una gran ventaja si no tuvieran las Escrituras. Pero la cristiandad no *depende* / de éstas.

Al fin del párrafo, niega, de paso, la infalibilidad papal, no declarada aún dogma; combatir lo, entonces, calificable en Teología como simple doctrina católica, era leve, comparado con negar dogmas básicos de la Teología cristiana: la Trinidad, la Redención, etc., desde 1818.

En los últimos días de abril, mezcla la historia de un resfriado con disquisiciones teológicas; y escribe un diálogo sobre la Iglesia: ve en la de Inglaterra lo que él criticó de la Romana. En mayo sigue anotando sobre religión; y le escribe a Fernando sobre un *Fellow* del Merton.

Preséntalo a nuestro amigo el Asistente. Estará hasta septiembre.

Sus males aumentan, con otras raras ideas religiosas, como falta de teología de las epístolas paulinas, comenta; y subrayo la relación: «Mi enfermedad ha crecido en 5 ó 6 días».

Hacia final del mes anota que estuvo con Mrs. Pope, a la que creo esposa de quien lo llevó a Dublín. Y comenta que ha acabado un sermón, que podría haber sido 'de encargo'. Durán ve probable que Blanco escribiera en esta época anónimamente, y para otros; había iniciado uno de sus intentos de continuar sus *Cartas de España: El regreso del desterrado*. Finge volver, desde Falmouth, donde desembarcó 23 años antes. Bajo el nombre de Mr. Neve (un

apellido de la madre) el cual, como él, toca el violín, defiende la libertad religiosa, frente a un clérigo, el Dr. Allcruste (Todocor-teza). Neve dice que en toda religión hay intolerancia. Blanco no concluyó ese intento, por nueva polémica religiosa. Ni otro del que hablaré dada la ocasión.

En esa primavera, el poeta irlandés Thomas Moore publica, con seudónimo, una obra no tanto contra el anglicanismo sino exaltando la religión de su patria: la fe católica que dio a Irlanda sobrevivir como pueblo. Traduzco: *Viajes de un caballero irlandés en busca de una religión*. Una de sus conclusiones afectaba al Blanco de entonces, que veía ya la Biblia sólo como humana. Decía Moore: «Los descendientes de quienes apelaban a la Biblia para todo habían llegado a degradar la Biblia a casi nada.» Se dio poca importancia a esa especie de novela de Moore; alguno intuyó escepticismo en él, y quizás nadie lo vio como teólogo; pero Whately recordó las polémicas religiosas de Blanco, y quizás por distraerle de su crisis, pensó en él como adecuado para refutar. Éste no estaba para defender el anglicanismo, pero ve ese libro como intento de aumentar el odio irlandés a lo protestante. Y escribe en junio:

He leído los *Viajes de un caballero irlandés en busca de una religión*, / del poeta Moore. / Su objeto es aumentar el odio de los irlandeses católicos contra los protestantes.

Resume en dos páginas los dos tomos de Moore; es tendencioso, y concluye:

Deseo y puedo escribir una respuesta a la obra en cuestión.

En julio sólo consta de Blanco, de paso por Londres, que es uno de los muchos comensales en Holland House. En Dublín, desde agosto, comenta a Fernando su viaje:

Con mi fiel sirviente, un excelente joven irlandés.

Y el descanso en el palacio arzobispal, en el centro de Dublín; alude a su emplazamiento:

Probablemente, Tom Beck recuerde St. Stephens Green.

Como dirá al reanudar su *Diario*, allí acabó el libro que había empezado 81 días antes; allí corregiría las pruebas de imprenta de ese libro contra Moore.

Las cuatro semanas que empleé por mi cuenta en el Palacio en Dublín fueron favorables a la terminación de la obra. Durante este tiempo escribí dos tercios.

Antepone el ordinal *Segundos...* al título de Moore, y mantiene la estructura del libro de éste; pero sin el anticatolicismo que, en 1825, mostró en *Evidence*: también vio dogmatismo y estructuras anquilosantes en la Iglesia en la que está *aún*. Hubiera deseado rehacer el libro, pero Moore no le dio pie, pues renunció a replicar. Muestro argumentos de Blanco, preludeo de su libro, *Sobre la Herejía y la Ortodoxia*, de 1835, y con matices antitrinitarios:

Ningún hecho histórico se halla mejor establecido que la / sistemática destrucción de cuantas obras se oponían a la ortodoxia, esto es, al partido predominante. / Desde el tiempo en que Constantino / dio la victoria / a la facción que sostenía la doctrina atanasiana sobre la Trinidad / los libros heréticos no podían ser preservados de las llamas sin peligro: / toda persona descubierta en posesión de uno de ellos era castigada con la pena de muerte. Y ¿quiénes eran herejes? Todos los que disentían de la facción proclamada ortodoxa por la ley. No es asombroso, pues, que el Caballero Irlandés no encuentre protestantes en la época que precede a establecerse la ortodoxia. Ésta no toleraba / obras que no coincidieran / hasta cierto punto con su credo.

Moore había dedicado su obra «al Pueblo de Irlanda como una defensa de su Antigua y Nacional Fe». Por eso, Blanco dedicaba la suya:

Al pueblo de Irlanda, cuya virtud, progreso y felicidad debe depender no de la / nacionalidad sino de la verdad de la religión que su gran mayoría profesa.

Cuenta una novelesca historia de amor en un viaje a Roma, que le sirve para hablar de la infalibilidad, la Iglesia de Inglaterra, la regla de fe, el cristianismo en Roma, etc. Al final pone una conversión, por amor, al protestantismo, que comenta así Méndez Bejarano:

Caso frecuentemente ridiculizado por el sagaz Erasmo, cuando dice que el protestantismo, igual que las comedias, termina siempre en casamiento.

En esa obra, Blanco cita ya la *Historia de la Iglesia y de la Religión Cristiana*, del alemán Neander, cuyo primer tomo había sido traducido al inglés. Para el resto, empezó a estudiar alemán como cuando, adolescente, aprendió francés, latín, italiano e inglés literario (el vulgar era el de su trabajo con ocho años); y, en exilio, griego y hebreo. Cruzó con Neander cartas en latín. Según Llorens, para éste no podía haber teología sin sentimiento: «Pectus est quod theologum facit». Por eso se llamó 'secta pectorista' a la que fundó, de influjo en Blanco.

En el último trimestre de 1833 no hallo noticias directas de éste, pero muchas de España le afectarán, en especial, una, muy triste, de su familia; aunque la sepa tarde. A final de septiembre muere el rey; la viuda empieza su Regencia, que apoyan liberales moderados, pero don Carlos proclama su derecho al trono: la guerra arderá pese a un Decreto de Amnistía.

Hay doce cartas, tres sin fecha, de José M^a Blanco Olloqui a su hermano mayor, de sólo doce años. Las nueve con fecha son

entre el 8 y el 30 de octubre. El 31 muere del cólera el destinatario, Guillermo. No veo carta familiar a o de Blanco hasta enero de 1834, y sólo en abril éste se hará eco de esa muerte. Las circunstancias de España antes apuntadas explican eso.

De noviembre destaco un ejemplo, muy aplicable, de la agudeza de Blanco. Resumo, por brevedad, de su *Diario*. Construye frases antitéticas del tipo: «Nosotros somos *ingleses*, pero ellos son *franceses* [con comentario negativo contra éstos]». Y otras, en las que invierte, cambia los conceptos que he puesto en cursiva. Concluye, contra la tesis usual, que el cambio no se debe a esos términos: «Es el vocablo ‘nosotros’ el que produce esos efectos».

En diciembre, España desea la paz que quiso Blanco, y, en Navidad, se amnistía a liberales. Muchos volverán a la patria. Pero Blanco, como tituló Murphy, es un *self banished*.

Es difícil establecer la evolución de su fe, pero vale para ese final de 1833 su afirmación:

No pertenezco a los unitarios. Tampoco a la Iglesia de Inglaterra como cuerpo. Creo que si fuese veinte años más joven estaría muy inclinado a abrir una capilla propia, y evitar darle cualquier denominación además de la de Cristiana.

Joaquín Lorenzo Villanueva había publicado ese año en Dublín sus *Poesías escogidas*. Blanco escribió sobre eso su artículo (traduzco) «Poesía española». Llorens cita como de entonces dos artículos más de Blanco, sobre eso. Los juzgo del año siguiente, y los incluyo en él.

1834 es, en Blanco, año de progresivo desarraigo de su status anglicano; el final lo aboca a la ruptura. En España, la Regente, apoyada en liberales, practica, en su Estatuto, ideas que defendió Blanco, pero en Sevilla se da garrote a dos borrachos por gritos carlistas.

Trabajos de este año son (traduzco): *Reconsideración de la Ley del libelo religioso*, y *Respuesta a ciertas amistosas anotaciones* [hechas a esa obra]. Transcribo cita del primero:

Ningún hombre tiene derecho a prescribir a otros qué proposiciones no deben atacar.

En ambas obras se ve, como en otras suyas, que la libertad de pensamiento y de conciencia, distinguir entre pecado y delito, y delimitar el poder estatal, es de lo que más domina Blanco.

En Dublín reeditan, muy corregido, su *The Poor Man's Preservative...*; aún así no le gusta.

Además, trabajó en su proyectado libro *Herejía e Inquisición*, continuó traduciendo la *Embajada al Gran Tamorlán*, de González Clavijo. Y empezó a escribir la historia de su vida espiritual en Inglaterra. En España trata sobre él Alcalá Galiano en *Literatura del siglo XIX*.

También ese año edita Lady Mary Fox, amiga de la esposa de Whately, e hija de Lord Holland, el cuento «Atmos the Giant». Y Blanco escribió dos reseñas que Llorens pone en 1833 (traduzco): «Sobre el libro de Guizot *Historia de la Civilización*» y «España, 1830», de Inglis. Es muy actual lo que dice éste, sobre todo en los problemas de Cataluña y del País Vasco, pero para que no se malinterpreten temas tan candentes hoy comentaré uno tan sevillano y de Blanco como los toros. Dice Blanco:

Los más absurdos errores prevalecen en cada descripción de una corrida.

Lo achaca a la rapidez con la que se ve algo nuevo excitante. Pone, por ejemplo, que, según Inglis, el picador «tira dardos». Y contra la idea de Inglis acerca de que la gente se deleita más cuando el torero falla, apela al aficionado sobre «la ansiedad / en extremo peligro».

Antes de retomar mi relato cronológico, quiero tocar otro punto general: la prensa irlandesa instiga al Blanco que atacó a Moore, y Armstrong lo defiende. Eso da ocasión a más cartas entre éste y Blanco, pero sólo en parte; para esa parte de la biografía, val-

dría lo que dice Méndez Bejarano: en ellas «se podría seguir / el proceso de su evolución religiosa».

A comienzos de enero comenta en su *Diario* que es el pueblo quien debe juzgar la respuesta que él dio a Moore. Blanco sabe que tiene en contra a los católicos, los pietistas de Dublín y el Movimiento de Oxford, al que llamó «Roma sin Papa». Le escribe a su hermano; aún no sabe, por las agitaciones de la primera guerra carlista, la muerte de Guillermo... en octubre.

Habla de cosas atrasadas: el viajero al que recomendó a Fernando, le trajo carta de éste, con semillas pedidas, y notas de los sobrinos, de los que Blanco pide fotos (el mayor de los dos que quedaban murió diez semanas antes). Más retraso tiene lo de Ferdinand, por el que agradece 40 libras que tardaron tres años hasta la India. Blanco pide sus libros de texto...

En España, tres jóvenes literatos entran en un baile con una letra a la espalda, y salen tras cambiar el orden: dicen: CEA CAE. Le sigue Martínez de la Rosa, cuyas obras reseñó Blanco.

Éste le escribe otra vez a su «amada Julia»:

Soy lo que he sido durante / años: un inválido sin ayuda. /
Pera la vejez me hace bueno. Soy más feliz /, porque estoy
más tranquilo bajo / la esperanza religiosa.

Y cierra ese enero con otra anotación religiosa en su *Diario*:

La religión en el sistema cristiano, no es un *empleo* ni una *ciencia*. Todos los errores entre los cristianos / han surgido por falso entendimiento en este punto.

En febrero va leyendo en alemán a teólogos radicales. Le escribe a Lord Holland en nombre del arzobispo; y le dice que trabaja sin mucha fatiga leyendo eso. Pero disentir en eso al vivir con un arzobispo le preocupa por el daño que puede hacer al prelado, amigo y protector.

El Lord lo cree autor de *Segundos viajes...*: «Si es usted, acepte mis / más cálidas gracias».

Blanco responde a los dos días, aunque en cama y con seria fiebre de origen biliar, de la que espera recuperarse. Agradece el elogio a la obra y explica su anonimato: «estaba respondiendo a una obra anónima, y / el tono estaba / apartado de la seriedad de la Teología».

Aún quedan diez días para que Fernando le escriba: refiere la muerte de su hijo mayor... en octubre; pero la respuesta de Blanco, que era de suponer inmediata tras la noticia, no será hasta abril; la siguiente de Fernando será de julio. La guerra debe de interponerse de nuevo.

Abril comienza con nueva anotación de teología radical en alemán, en este caso, de Nitssch:

¿Es el Evangelio una RELIGIÓN? No encontramos / palabra equivalente / aplicada al Evangelio en el Nuevo Testamento. / En mi opinión, Cristo vino para librar a la humanidad de *toda religión*, esa gran fuente de todas las maldades humanas. / Los / consagrados a una religión son esclavos. / y «la verdad os hará libres» (Jn. 8, 31s.)

Desemantiza conceptos como el de religión. Apartarse del cristianismo establecido, y cambiar el sentido usual de términos teológicos, se unen cada vez más en Blanco. En esa tesitura escribe la carta de duelo por Guillermo: «No tenía idea de que la pérdida de una persona a la que no había conocido podía traer un dolor tan profundo».

De su idea de 'religión', la auténtica, explica, no es la externa, ni la verbal, sino la espiritual.

Mayo es un mes vivo en su nueva religiosidad. En carta a Armstrong dice:

Estoy muy cerca de aprobar las negaciones precisas de las doctrinas trinitarias y las afirmaciones precisas que algunos unitarios sustituyen por esas doctrinas.

En esa misma fecha, escribe en su *Diario* otro pensamiento de demolición: «Nunca se establece la existencia de un milagro en el plano en el que eso es deseado».

Pocos días después intenta ilustrar la autoridad de la Biblia, que no su inspiración, con un cuento *alemán*, del anillo de la familia, con la moraleja del servicio a los demás, como lo más importante, que se dejará al heredero del anillo. Todos creen poseerlo, porque el padre, en secreto en cada caso, dio uno igual a cada hijo; el juez, al que acuden para que decida cuál es el auténtico, sentencia que cada uno debe probarlo siendo superior en el servicio.

Al domingo siguiente (nótese la abundancia de cartas, como, antes, de sermones, en ese descanso), Blanco vuelve a escribirle al hermano. Añade una nota para José María: se hace eco de la muerte del hermano de éste, hacía más de seis meses. Dice al sobrino:

Me conformo con la voluntad de Dios, que sabe mucho mejor que nosotros lo que nos conviene. Ahora / te miro con mucho más afecto. / Quisiera estar seguro de que el nombre de Blanco White continuase entre los literatos. Estudia mucho /. Dile al Sr. Mármol que me causa mucho placer el saber de él. / Me hizo tomar gusto a los libros.

En la aludida carta a Fernando no podía dejar de aludir a cómo sus ideas políticas, que tanto criticaron sus compatriotas, se van admitiendo entre éstos:

Aunque, *políticamente* hablando, ha muchos años que dejé de ser español, no así en mi corazón. Aun cuando no tuviera en España parientes tan amados, siempre desearía la felicidad de la nación. / El sistema que la reina ha empezado a establecer es / el que recomendé con mucho anhelo y por el cual sufrí indignidades por parte de españoles.

Al final indica hasta qué punto está preocupado con los estudios teológicos:

Quisiera / me enviases un Schram, la Teología que yo estudié en la Universidad.

Mediado junio, hay más de Religión en su *Diario*. Ironiza, del anuncio de Cristo: adorar «en espíritu y verdad»: «Pero nuestros sabios hombres de la Iglesia conocen [eso] mejor».

De esta etapa, que da sobradamente para una tesis en Teología, y que se irá complicando inenarrablemente en sus elucubraciones teológicas, anticipo algo clave: el arzobispo Whately, su amigo y hospedador entonces, y luego siempre su protector, alegrará, a la muerte de Blanco, ‘desarreglo mental’ de éste. No se puede negar la honradez y buena fe de ese prelado. Pero los acontecimientos se precipitan: Neander le envía a Blanco otra carta de Teología radical, también en latín; Keble pronuncia su Sermón sobre la apostasía anglicana al suprimir ésta sus obispados en Irlanda, sermón considerado inicio del llamado «Movimiento de Oxford». A los nuevos corresponsales teológicos se añadirán pronto Channing y otros de ideología claramente unitaria. Si a todo eso se junta el gran aumento de lectura de este tipo en Blanco, y los problemas de éste, se verán mejor las razones de la tesis ya expuesta de Whately, que concreto en temas teológicos, como le sucedió a Don Quijote en sus lecturas. Como dirá el citado Channing, «respeto demasiado al caballero [yo, también, a Blanco] para reírme de él».

Fernando le escribe al hermano: le manda libros que éste ha pedido; no halla el Schram; de los 13 tomos de los Santos Padres, pide confirmación: el porte es de mil reales. Para lo demás, aprovecha la ida a Londres de un «dependiente de nuestro escritorio». Se abre al hermano: «Desde que murió Guillermo he perdido el apego a las personas».

Por llenar en la cabeza el vacío del corazón se dedica a la botánica, y *también* al alemán.

A los pocos días de esta carta, Armstrong responde a Blanco, en general, a favor de éste, que le expone que el sistema escolástico de la Iglesia de Inglaterra es demasiado similar al de su propia educación, y le informa de sus graves limitaciones físicas, y del obsesivo trabajo que le ocupa: *Herejía e Inquisición*. Blanco responde a Neander, en latín y vuelve a escribirle a Armstrong, sobre el tema de los unitarios, a los que no niega el ser cristianos; y con arrepenimientos sobre ideas de sus obras polémicas:

Si la vida y las fuerzas / duran algún tiempo, me propongo examinar *Evidence* /, para / borrar todas las huellas de mi escuela teológica original.

Y tras afirmar que (*ya*) no se considera anglicano, ni (*aún*) unitario, reitera algo que ya dijo:

Creo que si fuera veinte años más joven, estaría muy inclinado a abrir una capilla por mi cuenta, y rechazar darle otra denominación. PS: No he leído nada sobre el Dr. Channing, excepto su Sermón sobre la Prueba Cristiana, que ha sido publicado en español por sugerencia mía.

Septiembre empieza bien para Blanco: recibe el envío de Fernando: constará en la carta a éste. Pero, justo a la semana, muere en Sevilla Polly, hija de una hermana de Don Guillermo y del antiguo socio Cahill, con la cual el citado padre de Blanco quiso casar a éste, en el XVIII: para que la firma volviera a ser sólo White. Balance tras casi 50 años: Lucas Beck, actual jefe de la casa comercial, se quedó con Polly y con *todo*. Blanco lo sabrá tarde. En otra crisis, escribe algo que supone conocer el libro de Jonás, y la mente de éste al final de la obra:

Me encuentro como Jonás bajo el ricino. Estoy casi al final de mi vida. Y ¿qué he hecho? / Mi excelente amigo, el

Arzobispo, probablemente por haber oído que mi quinta carta sobre Herejía e Inquisición es demasiado violenta contra el Sacerdocio, ha considerado su deber advertirme sobre eso.

Y unos días más tarde anota otra gran divergencia, lo que juzga como un deber:

Tras un largo y doloroso esfuerzo con las terribles dificultades de la doctrina teológica de la Inspiración, he rechazado totalmente tal teoría. Pero es trabajo del espíritu de Dios el que [esto] no me haya hecho ateo como en mi juventud.

Concluye: «No quiero más que lo que la Providencia de Dios ha intentado de mí»

Tras esos apuntes deja su *Diario* más de tres meses pero sigue, secreta, su crisis. De comienzos de octubre es un borrador de Fernando al hermano, que quizás no llegara a carta: tan poco legible como suelen ser esos borradores. Un domingo, Blanco le escribe al hermano con nota al sobrino. Ha comprado [casi a los 60] una colección de alemán elemental; explica que tardan las cartas: es difícil hallar comunicación directa Dublín-Sevilla.

En noviembre empieza su libro (traduzco el título que le puso Thom, al publicarlo) *Esbozo de su pensamiento en Inglaterra*: justifica sus cambios espirituales, aunque sólo llega hasta 1824 exclusiva (con anotaciones posteriores). De ese mes quedan, además, noticias de carta al hijo, cuya fecha se ve en respuesta de éste más de siete meses posterior; y otra de Armstrong le escribió: nótese lo intensidad de esa correspondencia, en nueva etapa de crisis.

A finales de 1834, Neander terminó el último tomo de su citada obra. Se lo dedicó a Blanco como a «presbítero de la Iglesia de Inglaterra». Pero al recibirlo, Blanco ya la habrá dejado.

Su relación fraternal con el arzobispo le impedía incluso enseñarle la traducción del ensayo de Neander sobre *La Libre*

Enseñanza de la Teología. No quería comprometer a su protector haciendo que compartiera sus secretos; pero Whately vio el folleto sobre Neander, le reprochó a Blanco ser tan radical, y le manifestó que no le gustaba que editara eso. Blanco consideró que no podía mantener una situación que implicaba daños a su amigo y protector: tenía que dejar el palacio. Hay en el resto del mes tres cartas a Armstrong, muy influyente entonces en cambios teológicos de Blanco. Una habla de «debilidad corporal»; de que escribe una historia de su pensamiento, y de que prueba que Cristianismo no es *Ortodoxia*. Otra dice:

En su excelente carta / hallo que / supone que yo mantengo ciertas doctrinas como la distinción de Personas en la Deidad, las cuales he descartado hace largo tiempo.

La disquisición que sigue ahí indica mente confusa. Al día siguiente escribe en su *Diario*:

Ayer escribí / que mis puntos de vista / han llegado a ser unitarios. Las luchas que mi mente ha tenido durante años / son indescriptibles. / Al dejar la casa del Arzobispo me encontraré privado de / comodidad. / Me encuentro obligado....

En Navidad, le escribe a Fernando: para que no sufra, le da la impresión de vida cotidiana:

Mándame garbanzas para que el Arzobispo pueda probarlas, y / chícharos.

Pero, angustiado, era de esperar en su caso una crisis de salud. El 29 escribe en su *Diario*:

Estoy muy enfermo. Aún así, no puedo omitir el registro de mis sentimientos.

Deseo / separarme de la Iglesia de Inglaterra. / Una Sociedad / para la que el Estado se apropia de una gran porción de la propiedad pública, a condición de que pueda mantener / doctrinas, como doctrinas del Evangelio, es un gran mal /. Declaro / que / estoy convencido de que la doctrina de la Trinidad no es verdadera.

La tercera de las cartas a Armstrong en ese mes cierra lo que escribió Blanco ese año:

Percibo más que nunca que las doctrinas trinitarias arruinan la Cristiandad. / Puesto que / deseo tener las observaciones de un hombre apto, sobre mis *Cartas sobre Herejía e Inquisición*, me tomo la libertad de enviarle mi manuscrito. Excuse cualesquiera faltas / en lo que he escrito / bajo extrema debilidad.

Subrayo esa debilitación, en lo físico y en lo espiritual; su gran amigo el arzobispo indicará también el deterioro mental de sus últimos años: ya parece iniciado.

1835 empieza con nueve días apenas, cruciales para Blanco; de angustiosa espera. Se arrancará, tras dolorosa decisión de conciencia, de la familia que lo acogió; e iniciará otra etapa muy insegura.

Ya el 2 de enero le escribe al arzobispo explicándole aquella decisión y la necesidad de abandonar su amable compañía. No puede olvidarse el sentido saludo inicial:

Mi querido Arzobispo: / Es mi deber publicar que soy un decidido antitrinitario. / La más inevitable consecuencia / es mi exclusión del seno de su familia. Para salvarle de cualquier duda entre su bondad y las exigencias de su situación en la Iglesia, pretendo cruzar a Liverpool, tan pronto como reciba una respuesta de mi amigo Zulueta.

Le dejo a Vd. comunicarle el contenido de esta carta a Mrs. Whately u ocultárselo por algún tiempo. En el segundo caso le diré a ella, con toda verdad, que el Dr. Field considera una excursión al otro lado del agua como útil para mejorar mi salud.

Esta carta es buena expresión de valentía, dolor y cariño; el prelado buscó una solución, pero Blanco no podía admitir acuerdos salvo el de volver en verano, por unos días. Ni creyó entonces conveniente aceptar ofertas que le hicieron: dañaría a la familia amiga.

No aparece la carta a Zulueta ni la respuesta de éste, pero, el próximo hospedaje en casa de ese amigo las confirma, y hay, de esos días, tres cálidos apoyo a Blanco.

Dos cartas desde Tunbridge Wells; y, Armstrong, que responde con más que una carta a ésta de Blanco:

El próximo viernes / pretendo / [irme] a Liverpool. / Dios, que conoce con qué dolor me desgarró de mis amigos, ve también cuán vehementemente he deseado pasar los últimos días de mi vida entre ellos. Pero / la Ortodoxia debe tener víctimas.

Armstrong respondió, como anticipé, con más que una carta:

Al recibir su carta / determiné al instante ir. / Preguntaré por Vd. en Palacio a las tres.

Habría un afectuoso adiós; en el *Diario* sólo consta, ese día, que el Dr. Field alivió una bronquitis, y diagnosticó que podría irse de dos días. Blanco expone sus sentimientos:

Profundamente afligido como estoy, me siento agradecido de veras de haber sido encontrado digno de sufrir por causa de la verdad y del género humano.

La víspera de la partida, critica con dureza el sermón de la mañana. Y el día de la nueva ruptura lo pasa con depresión. Escribe una línea (había que estudiar a fondo la psicología de Blanco, a juzgar por esa única línea), patética: «Esperando con angustia la hora de la partida».

Salió del Palacio, camino de lo que para él era como otro exilio: Liverpool.

4.5. (1835 Y 1836): DURO CAMBIO. *FELIZ*. OTRO BLANCO

1835, de cuyo triste inicio para Blanco hablé como final de su etapa anterior, empieza, para este periodo, el 9 de enero, en el que deja el Palacio, y, con él, tantas cosas. Vuelve hacia Liverpool, la ciudad desde la que llegó a Irlanda: la ha escogido como nueva residencia por no alejarse de los Whately, de los que, por encima de todo, se siente amigo; y por vivir en una ciudad con fama de liberal, sin los puntillismos de Londres y Oxford, que tanto le habían hecho sufrir.

Una comunidad de unitarios le acogió, y Blanco, pese al brusco pase a pobreza, y a su clara ruptura con la Iglesia de Inglaterra, vio ese año como remanso de paz en su vida; mas llega a casa de Zulueta y anota: «En toda mi vida no he vivido momentos más amargos».

En España se suceden los ministerios; y, a la oposición carlista, se une otra contra Mendizábal por sus desamortizaciones. En Hispanoamérica avanza el imperialismo yanqui.

Blanco, bien recibido por los unitarios, pasó pronto a un alojamiento que le habían arreglado las señoras de la comunidad. Escribe en su *Diario* una ambigua «Profesión de Fe»:

Creo que Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo de Dios; y por ello es mi firme determinación ajustarme a su voluntad, que es la voluntad de Dios.

Le encantó la sencillez de ritos en las dos capillas unitarias de Liverpool, frente a lo que juzgaba vacío ritualismo anglicano; aunque el anglicanismo le había sorprendido, hacía casi 25 años, por lo contrario de lo que en 1835 critica. Pese a eso, a sermones de Martineau, y a la amistad que le brindó Thom, el otro ministro, no quería llamarse unitario; quería que les llamaran 'cristianos libres'. Pensó: para rehacer el cristianismo hay que quitar lo anterior.

El 24 le escribe a Armstrong: en este caso propone algo razonable, por antisectario:

Como, desafortunadamente, el mundo cristiano está dividido en *Sectas*, esto es, escuelas teológicas, quizás fuera deseable / el nombre *Cristianos no sectarios*.

Un domingo, al regresar, muy gratificado, de la capilla unitaria de Paradise Street, escribe en su *Diario*, conmovido, en su intimidad, con alusión a una frase de Cristo a sus discípulos:

¡Qué / prejuicios se removerían si las personas / pudieran «venir y ver»!

Otro domingo reitera eso al pensar que sus amigos atribuirían a la música esa 'delicia':

La interpretación [musical] era sólo correcta, de modo que no malograrse el efecto general. ¡Oh, si fuese posible que alguno de estos amigos pudiera «venir y ver»!

Su nueva ruptura consternó a sus amigos de Oxford. Wilberforce dijo en carta a Newman:

La noticia me ha helado la sangre.

Newman y Pusey le escribieron a Blanco con dolor; exhortaban a rectificar. Él renunció al honor de pertenecer al Oriel: pidió a su Preboste, varias veces, que lo borrara de los libros.

Suscribí los 39 artículos, hace más de 20 años, con perfecta sinceridad. / En 1819 yo había llegado a ser tan unitario que, cuando mis amigos de Oxford habían pensado en obtenerme un grado honorario de Magister, le escribí a William Bishop, deseando que él detuviera los procedimientos. / No fue hasta más tarde cuando me convencí de que no era mi deber continuar externamente como miembro de una iglesia, muchos de cuyos artículos había rechazado. / Le pido que borre mi nombre de los libros del Colegio.

Por entonces no se le borró en Oxford: no querían concederle «ser mártir». Méndez Bejarano piensa que Blanco jamás se sintió más satisfecho que al romper con las religiones positivas, pero mostraré en él más expresiones de angustia que de felicidad, y dicho autor titula ‘Tristezas’ su siguiente capítulo.

Recibido el manuscrito que dejó a Armstrong lo matiza y cambia el título primitivo, *Herejía e Inquisición*, por *Herejía y Ortodoxia*. Por entonces, su hermano le envía cincuenta libras.

Hay gran ritmo en sus cartas *teológicas*: tres al Preboste de Oriel, en doce días; y cuatro a Armstrong en otros tantos: sigue con obsesión ante la ‘ortodoxia’, y contra la etimología.

La ortodoxia envenena a cada hombre, más, o menos, desde la cuna.

Escribe en su *Diario* sobre un hecho significativo, hablando de un no identificado visitante: «Vino [de Oxford] con la intención de efectuar un impacto de *miedo* sobre mi mente».

Comenta que ese *misionero* le arguyó por negar la autoridad de la Biblia, y él le replicó:

Usted asume autoridad similar sobre mí.

El preboste de Oriel, en nueva carta, sigue muy afectuoso, eludiendo ser el verdugo que reclamaba Blanco, y terminando con una frase piadosa: «Mis plegarias están con Vd.».

A final de febrero le escribe al sobrino superviviente, que aún no había cumplido doce años:

La virtud no consiste en mojigaterías, sino en una determinación firme de / hacer siempre lo que / la conciencia nos dice que es voluntad de Dios. / Mi única felicidad / ha sido aprender /, y esforzarme por hacer bien.

Después le promete juguetes, pero el tono no es el usual.

Seguirá en precariedad, pese a que Whately le asigna una renta anual de cien libras.

Marzo es otro denso mes. El domingo que lo inicia, va al rito unitario de la Cena del Señor; se considera «muy gratificado»; lo opone al ‘entusiasmo’, al que veía como «morbozo».

El 3 es el 22º aniversario de su exilio: «El primero que me ha encontrado / solitario, pero (en cuanto lo permite mi constante sufrimiento corporal y debilidad) / en paz».

Le escribe a Whately sobre el Prefacio de éste a *Herejía y Ortodoxia*. Y a la «amada Julia»:

Puedo imaginar tu sorpresa al encontrar que estoy / en soledad. / Incluso hombre tan liberal como el Arzobispo de Dublín no pudo urgirme a permanecer bajo su techo una vez que yo había declarado mis heterodoxas opiniones.

Siguen, en trece días, siete documentos secundarios. Luego, pone en el *Esbozo de su vida en Inglaterra* que, *entonces*, va escribiendo por 1818, fechas claves:

La peligrosa influencia de la Ortodoxia sobre mis / amigos me está ocasionando la más profunda angustia / . La Providencia / frustró que mi resolución de 1818 llegara a la luz. / Yo era / sincero en mi adhesión a la Iglesia [de Inglaterra] cuando / me indujeron a escribir contra el Papado, y mis obras atrajeron más atención.

Al día siguiente sigue anotando: «Me encuentro unitario / desde el final de 1818».

Inició en 1834 la historia básica de lo que cuenta ahí (el *Esbozo*) y pudo modificarla luego, pero la manipulación no encaja en Blanco, ni aun admitido cierto trastorno mental.

Le escribe, con afecto, su antiguo alumno Daniell.

Y Newman se entera de que su amigo Blanco se ha declarado unitario, y le manda una carta. Otros vuelven a escribirle. Comentaré:

He recibido esta mañana una muy melancólica carta de mi excelente amigo Newman. La carta es nada más que un lamento / desde el principio hasta el fin.

Blanco, tras estas palabras, dice que le respondió con otra carta. Extraigo de ella:

No puedo expresarle cuán fuerte y profundamente responde mi corazón a su afecto. No quiero molestarle con controversia, pero no puedo dejar sin respuesta su carta. [...] De acuerdo en las tendencias morales, / nuestros entendimientos han tomado caminos opuestos en la búsqueda de la divina verdad. [...] Debo seguir la luz que hay en mí. /

Estaremos unidos, fuera del alcance de la duda y la disensión, en un mundo mejor.

Abril empieza con noticias de Fernando: problemas para enviarle una letra de 20 libras con Juan Weterell: evita tomar «*papel de la Casa*» por temor a errores. La contabilidad se ve mal.

Blanco anota: desea acrecentar su deleite en los servicios religiosos unitarios. *Ahora* se regocija por el domingo; nunca vio nada tan sublime como la plegaria a la que se unía:

admirable comportamiento de la congregación: / No he visto nada / igual.

Le escribe el hermano. Primero, el niño le cuenta al tío que traduce del inglés la primera predicación evangélica, da dibujo con un profesor y traduce [de la Vulgata] lo de Benjamín.

Fernando anuncia que los Beck van al Reino Unido; y envíos rutinarios como «incienso...».

Un amigo le habla de uno de *su familia Christie*: «Tu protegido Albany está creciendo».

Blanco le escribe su segunda carta al arzobispo para el —problemático— prólogo al nuevo libro. También le escribe a Stuart Mill, el filósofo utilitarista; sobre literatura francesa, una muestra más de la amplia gama de intereses de Blanco, incluso en esta etapa 'teológico-cista'.

Y responde a Pusey, que le había advertido sobre los peligros del orgullo de la razón.

Yo pensaría muy desfavorablemente de cualquiera que pudiera ofenderse con la carta de V. / Pero lamento que el estado de mente que descubre es / melancólico para mí.

Ese día firma el Prefacio a su segundo intento de continuar sus *Cartas de España*: «Un librito español sobre España, o un compa-

ñero para las *Cartas de Doblado*, por el autor de esta obra». Se quedó en ese Prefacio, donde uno (Zulueta) elogia aquellas cartas y añade:

Estoy convencido de que usted haría un gran servicio a nuestro país si añadiera unos cuantos bocetos. / Le bastará con pensar en España. / Siempre que usted habla de nuestro país la narración más trivial da nueva vida a los tiempos pasados. / No puede nombrar el Guadalquivir sin encontrarse espiritualmente en sus orillas.

Habla de academias, y trata del fracaso de la Horaciana, y del secretismo en la suya sobre el *Quijote*. Pero no tiene tiempo ni energías para escribir sino los artículos de los que vive.

En ritmo intenso de correspondencia abrileña, le escribe al hermano, con nota para el hijo de éste. A Fernando le anuncia la ida a Cádiz de su amigo Clemente de Zulueta; al sobrino, el envío de los juguetes prometidos, tipos de trompos. También le manda un tintero para el latín.

En España, a final de ese mes, se firma el llamado Convenio Elliot, para humanizar la guerra civil; mostraré algunos detalles realmente «humanitarios». Blanco previó cosas así.

Y no vio bien que Lord Elliot, por Inglaterra, reconociera los derechos de don Carlos.

Como último documento del mes, hay una carta de William Bishop a Blanco, la primera, que yo recuerde, tras casi nueve años. Le aconseja en plan de afectuosa reprensión:

Que te hayas formado un código de creencia / me hace sentir / que deberías detenerte antes de que ofrezcas al público tus opiniones actuales.

En mayo, Blanco le escribe otra vez a su hermano; la carta se conserva con la respuesta de éste. Acusa recibo de las 20 libras, que

agradece. Le da consejos antes no usuales como «No te desanimes por hacer el bien», y le cuenta una oferta para bibliotecario en Londres. Ese día le responde a Pusey: reacciona más contra la relación entre error y debilidad moral.

Le escribe al hijo, a la India, una carta que parece perdida, y que se puedo datar por la respuesta. En una a Armstrong explica por qué rehusó al final ser bibliotecario en Londres. Las 120 libras anuales eran importantes para sus carencias, pero iba a estar entre dos fuegos:

Hay una formal separación entre los Disidentes [que se consideran ORTODOXOS (!)] y los Unitarios, y los primeros están determinados a disputar / cada actual posesión.

Da más datos de su nueva vida espiritual, alterna, cada domingo, las dos capillas unitarias:

Oigo Discursos que me instruyen y deleitan. Si por Fe se entiende un asentimiento a lo que es *increíble*, ciertamente no tengo esa fe.

A final de mayo le escribe a Stuart Mill, sobre un artículo que aquél le publicará, y a Lord Holland, acerca de haber decidido ser unitario, y de lo que cree error de Inglaterra:

El reconocimiento indirecto del derecho de don Carlos a la Corona ha dado aliento a todos los enemigos del progreso y la libertad en España.

Iniciado junio, Ferdinand recibe la carta del padre que cité como hoy perdida, con noticia del paso a Liverpool. Responde con cariño, aunque tras una laguna de casi medio año, y, tras noticias, lo alaba:

Querido padre: / Siempre lo he reverenciado, y venero / como un ejemplo a seguir su integridad sin temor y su honorables sentimientos de independencia.

Blanco anota que crece su enfermedad. Y escribe sobre la pregunta «¿Qué es la Verdad?», cuestión que le obsesiona cada día más. Opino que su mente queda implicada por sus sufrimientos, físicos y psíquicos, que se intensificarán. Escribe: «Debemos esforzarnos por hacer comprender al pueblo que hablar de la Verdad como una existencia externa es absurdo».

Y anuncia que su obrita [*Observaciones sobre Herejía y Ortodoxia*, una bomba contra la Teología de entonces], saldrá probablemente dentro de una quincena.

El carlismo inicia el sitio de Bilbao; ese día, Lord Holland, entonces en el Gobierno inglés, responde:

Mi querido Blanco: Estoy realmente avergonzado de haber dejado tanto tiempo sin responder su amable carta, y espero que atribuirá mi silencio / a excesiva fatiga ministerial /. Es casi absurdo suponer que los evangelistas intentaban ceder la interpretación / de lo que ellos oyeron / a / la desconocida persona que compuso el credo tan fraudulentamente llamado atanasiano que tres eran uno, y uno, tres.

Sic: Más extremista. Y Blanco responde a una nota de Stuart Mill con una pista sobre su enfermedad, en la que llamo la atención sobre aspectos psicológicos:

Este estado de sufrimiento es el resultado de un desorden / digestivo que he padecido durante años y de muchas angustias y ansiedades mentales.

En carta a una *teóloga* no identificada anuncia su *Herejía y Ortodoxia*; un *aperitivo*:

Recuerdo haberle oído decir a Coleridge, el poeta –aunque, probablemente él no diría eso en público–, que una de las calamidades de Inglaterra era su *Biblicalatria*.

A mediados de junio le escribe Fernando; deja el primer lugar a su hijo para que agradezca los regalos: «Mi querido tío: Cuando llegó a mis manos la carta de Vd. me volví loco».

Tras las gracias, el padre sigue, en inglés; intercala algo de alemán. Otra carta al hermano, desliza, de su nuevo pensamiento: «El teólogo / es veneno mortal para la felicidad humana».

Propone a su hermano algo que él juzga arriesgado, por tratarse del último hijo que le queda, y por la situación personal del tío, aunque haya «buenas escuelas en Liverpool»: enviar, con Zulueta, que estaba en Cádiz, a José María: «Si tú y tu mujer tenéis valor».

En julio hay noticia de triunfos liberales en España, pero de Blanco, por ahora, sólo veo tres cartas: una del hijo, otra a Armstrong y otra a la indicada teóloga. Miss L____.

Ferdinand le escribe al padre sobre su vida de cuartel y pregunta por «la hermosa Mary Carleton». Murphy lo presenta con «poca perspectiva de encontrar el dinero para comprar una capitancía / sin la cual se veía destinado a / soltería». Por eso quizás haya resentimiento en:

¿Se ha casado con el viejo noble rico que la mamá buscaba / para ella? Supongo que / los subalternos están aún solemnemente mantenidos lejos de ella.

Blanco envía a Armstrong ejemplares de sus Cartas sobre *Herejía y Ortodoxia* «como testimonio de gratitud». Dice que, aunque sin visitas tras las primeras de cortesía, se juzga feliz; que la nueva generación de unitarios «será más numerosa e influyente», y que «Los días de la Ortodoxia, / han pasado». (Tras casi dos siglos, aún no se ha cumplido, ni siquiera en lo que él llamaba así). El mismo día le escribe a esa *teóloga* sobre el crecimiento de católicos:

Los teólogos protestantes son los más efectivos misioneros de Roma.

En agosto hallo menos noticias, quizás por la atonía del estío. En Bombay, Ferdinand le escribe al padre, con la mala costumbre de hacer el reverso perpendicularmente sobre lo anterior; quizás por ahorrar gasto. Temas de cuartel, y de remitentes amigos del padre.

Newman, en carta a su hermana Jemima, a propósito de atacar a *Observaciones sobre Herejía y Ortodoxia*, hace un análisis de Blanco que, a mi juicio, aporta mucho sobre éste:

Evidentemente, desea ser atacado. Espero que, tanto cuanto sea posible, será dejado solo; esto le hará mucho bien. / Tiene mórbido placer en ser insultado.

El futuro cardenal veía posible incluso que Blanco retornara a la Iglesia Católica. Lord Holland dice estar deseando leer el [último] libro de Blanco:

Estoy más que medio convencido por anticipado de que Vd. tiene razón.

Blanco se queja a su hermano del correo y critica la elegía de Reinoso *En la muerte de Sotelo*: «Como los versos que acostumbraba a escribir cuando estábamos en la Academia». Era la de Letras Humanas, no la de Bellas Letras, aunque mencione ahí ésta, en otro olvido. Alude después a que ha recibido carta de Beck, el socio que ha dejado en la ruina a los Blanco. El mayor, con su ingenuidad en los negocios, dice: «Por el tono me inclino a él».

Le escribe Ferdinand; la carta tardará en llegar. Hoy es casi ilegible por lo antes dicho.

Blanco agradece a Lord Holland que elogie su *Herejía y Ortodoxia*. Dice de España:

El aborrecimiento del populacho contra los frailes es buen síntoma. Los excesos que tienen lugar, los lamento no sólo en el plano humano, sino en el político.

De pronto sorprende una frase de su *Diario* que muestra un rotundo cambio en su actitud psicológica de confesada máxima amargura en su vida, que anotó recién llegado a Liverpool:

Nunca / he tenido periodos de pura felicidad como en el presente.

Le escribe a Stuart Mill, alegre porque a éste le gustó *Herejía y Ortodoxia*; y ahonda en este libro sobre la falta de libertad religiosa, queja fundamental en el pensamiento de Blanco:

No puede Vd. concebir el grado de horror que me inspira la religión dogmática.

Pero su *Diario* amontona ideas sobre causas, deísmo, etc. Usaré una lítotes: no considero esas ideas lo claras que eran de esperar del Blanco que yo creía conocer bastante. Se queja al hermano de tres meses sin carta, y añade: «¡Qué melancólicas están las cosas de España!»

En septiembre, sigue la radicalización *hiper-racionalista* de Blanco. En carta a Neander le agradece el Tomo III de su *Historia de la Iglesia*, que le dedicó. Cuenta sus cambios:

Mi separación de la Iglesia de Inglaterra, mi declaración de Principios Unitarios, mi doloroso alejamiento del Arzobispo de Dublín / como una necesaria consecuencia.

En su *Diario*, en este mes anota sólo el último día; aunque mucho, y nada fácil de resumir, con citas racionalistas mezcladas con otras de Shakespeare, etc. Claro está que en su lucha, ya con-

tra toda Iglesia, usa el término 'ortodoxia' no en sentido etimológico, pese a su cultura helénica, sino en el peyorativo en el que, como perseguidora, la opone a la herejía, en su libro.

Otra carta de Ferdinand, aún fechada en Bombay, cierra las cartas del mes; se queja de no tenerla de los Moore. Y tras otra laguna en el *Diario*, hay en él citas más *racionalistas*. La conclusión ironiza sobre la idea de Tertuliano: «Credo quia absurdum». Sarcástico y mordaz, generaliza: «La cristiandad / es una escuela para la práctica de creer lo que increíble».

Y sin embargo, pretende seguir siendo 'cristiano', contra la opinión de los que llama, ya sin rigor etimológico, 'ortodoxos' y contra los otros 'disidentes'.

De octubre se acumulan al comienzo anotaciones como un proyecto, titulado «línea rectissima, brevissima», sobre una nueva edición de su *The Poor Man's*, que cambiaría el título a *The People's Perservative Against Superstition*; o sobre un sermón de Martineau.

La esposa de Whately, el cual daría a Blanco suficiente para primeros gastos en Liverpool, le escribe, con toda delicadeza, que el prelado ha puesto cien libras a su cuenta; Blanco responde. Amistad, más que íntima: «hermana y hermano», pese a tal divergencias de ideas.

Mientras en España Mendizábal suprime las órdenes religiosas, salvo las hospitalarias, Blanco no se hará eco de eso. Su *Diario* mezcla 'idolatría' y 'representación de Dios por imágenes' y afirma que quienes creen en el Hombre-Dios olvidan que «Dios es espíritu» (hace cita implícita: Jn., 4, 24): interpretación que niega la divinidad de Cristo, y típica del unitarismo. Reincide en iconoclasta; afirma: «He purificado mi mente de cuanto es idolatría».

Al Preboste de Oriel le agradece que se le borrase, al fin, del Colegio, como pidió en enero.

Aumenta mi aborrecimiento del sistema que nos obliga a esta separación. Gozo / de haber, mediante mi pronta peti-

ción a V., impedido el daño que ambos / hubiéramos sufrido si / le hubieran obligado a quitarme. / Mi afecto y gratitud hacia Vd. [etc.]

Cierra ese mes una nota en su *Diario*; supone una matización importante:

Todo error humano debe ser tratado por el filósofo cristiano con ternura, excepto cuando asume el carácter de santidad... [Ahí] es justificable procurar su exterminación.

Como era de esperar, distingue: ir contra el error, no contra las personas. Y usa el término ‘santidad’ en sentido peyorativo, como el que da a ‘ortodoxia’, y desde antes, a ‘religión’. Es injusto: pone tal ‘santidad’ en quien ataca, en nombre de la ‘religión’, de forma irreligiosa.

En noviembre hay bache en notas citables del *Diario*; y alguna carta; el hijo da una noticia que, cree, agrada al padre; es indirecta petición de ayuda, egoísta en las circunstancias:

Sir Henry Fain [?] me ha puesto como Ayudante; estará Vd. contento de saberlo. / Estoy muy / frustrado por conseguir dinero, caballo, casa, etc.

Una carta al hermano aclara su infancia: le dice que ha visto láminas de Sevilla; entre éstas menciona una que le evoca lo temprano de su afición taurina: la Plaza de Toros:

Me imagino, como niño, / con Tío Lope, o joven, en los / balcones de Diputados.

Alude a Don Lope de Olloqui, que llevaba al Blanco niño al palco de maestrantes. Fue antes de 1786, cuando Blanco tenía 11 años: se prohibieron las corridas hasta 1793. La segunda etapa que

evoca Blanco es desde 1796, año en el que, aún sin cumplir los 18, fue elegido Colacionero en Artes por la Universidad; o, al menos, desde el siguiente, en el que fue Diputado en dicha Facultad: los últimos años que Pepe Illo, al que vio, toreó en Sevilla.

La última carta de noviembre es a la *teóloga*, de gramática. Al final alude a problemas:

Me he visto obligado a cambiar de sirvientes y estoy justo al comienzo de un nuevo experimento: Espero que tendré algo de paz.

De diciembre hay un documento de gastos de edición; y una carta a Julia: recuerda una visita de ella a Oxford: Sorprendentemente, aunque no es la primera vez, insisto, comenta:

No he disfrutado de más grato periodo en Inglaterra que el de los últimos seis meses. Verdad es que los domésticos me han proporcionado algunos disgustos; pero gracias a / algunas señoras / me encuentro ahora muy bien /. Cuando vuelvo de mi paseo diario al Ateneo y lo hallo todo arreglado, / mi corazón se hincha de reconocimiento / . Además, me siento más libre de padecimientos. / Si no fuera por la creciente debilidad, podría decir que me sentía más joven; / pero lo más leve basta para trastornarme.

Y como final de este 1835 hay una carta a Blanco de una señora que le habla de un arzobispo católico que se ha hecho protestante, etc.

Al terminar la historia de este año de cambio, creo útil insistir en temas que hubieran complicado la línea cronológica. Confirmó su separación de la Iglesia Anglicana con *Herejía y Ortodoxia*, publicada ese año en Londres. No pude ver esta edición hasta haber tomado notas de la de 1839, pero, para lo que diré, no importa mucho. Insiste en su tesis de que 'herejía' fue

siempre la doctrina de los vencidos entre partidarios de tendencias opuestas; y 'ortodoxia', la de los vencedores; apenas alude al Catolicismo; ya que lo que excluye es cualquier tipo de ortodoxia; incluida la política. Son cinco cartas, tres apéndices (4 en la 2ª ed.) y dos notas (4 en la 2ª ed.). Indicaré el tema y la orientación general de cada carta:

1ª: Concepto de Herejía. Al principio era 'disensión'. Si la fe salvadora está en la 'ortodoxia', el cristianismo no puede ser verdad. Y no hay (según él) juez de la ortodoxia.

2ª: Contra injerencias interpretativas. El 'no entender' no es, moralmente, culpa. Cristianismo esencial: espíritu y libertad [regla de la conciencia].

3ª: Valor de la Escritura: su sentido en lo teórico no puede ser obvio. La Razón, derivada de Dios, es la Luz que ilumina (Jn., 1, 9) [?]. No nos juzguemos unos a otros (Rom., 14, 13).

4ª: Las ortodoxias, origen de intolerancia: Inicios en Act., 18, 24. Los primitivos cristianos toleraban; la tiranía, organizada por Obispos, fue pronto seguida.

5ª: Supremacía de la razón, criticada por los protestantes como pecado de orgullo de los que identifican su exégesis con la Palabra de Dios. La 'ortodoxia' es inseparable de la razón.

Pongo una muestra de la Primera Carta:

Viendo a los cristianos verter su sangre unos contra otros por / siglos e incluso / hoy, / a favor de doctrinas opuestas, a las cuales las diferentes facciones dan respectivamente el nombre de «verdad cristiana», tengo bases / para creer que hay / error grave en estas dos palabras. / ¿Qué entienden los teólogos por «verdad cristiana»? La respuesta / parece clara. «Verdad cristiana es la que / enseñaron Cristo y sus apóstoles respecto a la salvación mediante el Evangelio» / ¿Dónde la hallamos, fuera de nuestras mentes? / «En la Biblia». / Por 'sentido de la Biblia' queremos decir nuestro / sentido de su significado.

También publica ese año, en el periódico de los unitarios, *The Christian Teacher*, «Pensamientos sobre el Bautismo», y dos recensiones en la nueva *The London Review*: «Literatura Española reciente» (sobre la de Martínez de la Rosa); y «Sobre la vida y la obra de Crabbe» (clérigo inglés de la época, autor de poesías). Pongo algo del primer artículo:

Cada campesino español te dirá, con una profunda mirada, que ese país sería el primero del mundo sólo con tener un buen gobierno. La aparente jactancia sólo es un disfraz de la humillante confesión que se sigue de ella.

Añade que esa triste convicción aparece en los libros publicados en España: En la página previa a lo que cito, se refiere en 1835 a «los últimos sesenta años»: ¡su vida hasta entonces!

Otros títulos, en general significativos, como «Temor de ir demasiado lejos»; «La capilla eleuteriana»; y «Observaciones sobre Cervantes», pueden ser tenidos como de ese año: están con otros papeles de Blanco en Liverpool. Y entre los de éste en Oxford hay «Una Carta a Su Gracia el Arzobispo de Dublín...» con cambios sobre el prefacio *Sobre Herejía y Ortodoxia*.

1836 será, sobre todo en su primer semestre, un año de recaídas y de tristezas para Blanco. Empezó a corregir obras y escribió trece *Cartas Dominicales* para el semanario de Thom. Leyó, entre otras obras racionalistas, la *Vida de Jesús*, de Strauss, acristiana. En España, pese al humanitario Convenio Elliot, hay barbaridades que presintió, como fusilar a la anciana madre del carlista Cabrera, y la represalia de éste: a esposas de oficiales enemigos. La desamortización se amplía a otros aspectos antieclesiásticos; y, en La Granja, unos sargentos obligan a la Regente a jurar la Constitución de 1812. Eso, para Blanco, siempre contra ésta, será involución en la libertad religiosa que pidió. En la Sevilla de Blanco, y no con sólo ser de allí se asimila lo que eso implica para tal ciudad, se estrena el terno azul de la Inmaculada, por privilegio; y se

da el máximo de ejecuciones, once, de años en apariencia no represivos.

Blanco, tras cambio de palacio a pobreza en soledad, reitera en su balance anual:

El año / ha sido muy importante para mí. Durante su primera mitad he sufrido mucho, / pero los últimos seis meses han sido uno de los más tranquilos / de mi vida.

El Preboste de Oriol responde que lo pedido «no requirió una inmediata respuesta». En el *Diario*, Blanco hace una curiosa reflexión:

He repetido frecuentemente que las corporaciones humanas / como la clerecía, actuarán de acuerdo con las tendencias de la peor parte de sus miembros.

Pone el ejemplo del negro que, en Sevilla, oía de cada canónigo que aceptarían su deseo, pero el Cabildo no lo hacía. Blanco cita el comentario del negro, parodiando su habla:

Ninguna elección tuvo lugar en España, cuando yo vivía allí, que no diera ocasión a la / repetición del proverbio: *La canóniga, buena, la Cabilda, mala.*

En otra nota plantea si los milagros son necesarios. (Resalto que negó su comprobabilidad). Su respuesta era: lo serían para establecer el cristianismo, pero no para ser cristiano.

En este mes le escribe el Profesor Norton, de Harvard, que aumentaría el deterioro mental de Blanco. Éste le escribe de nuevo al hermano: el barco que llevaba un envío fue a Argelia, no a Cádiz. Ironiza: «Podíamos empezar por el principio: algo semejante me ha pasado a mí».

Cuenta que el capitán de otro barco se quedó con las naranjas, y expresa un deseo que implica inseguridad y añoranza: «El año que viene, si vivo, las quiero de Tablada».

Blanco informa a Lord Holland de que obtuvo las *Memorias* de Godoy para escribir de eso, y le han hecho cambiar: «Estoy determinado a quitar la falsa impresión que había sobre él».

Lo juzga de buen natural, y achaca a Caballero el odio a Jovellanos, cuya prisión se achacó a Godoy. Pregunta a Lord Holland por un indulto a un británico, condenado a muerte por rebelión con Tupac Amaru; tal perdón motivó, muerto Carlos IV, ofertar a Godoy refugio en Inglaterra. Lord Holland envía datos: «Un caballero inglés, / hijo del Jefe de Justicia (en Canadá)».

En carta a Stuart Mill, para cuya revista escribe sobre Godoy, Blanco comienza:

Tomo la pluma bajo un ataque muy doloroso de mi enfermedad.

Alude luego al padre del destinatario; y al libro de aquél sobre sensaciones (enfermizas, por el contexto) del canal digestivo, que tienden, según Blanco, «al desarreglo mental», e insisto en ello. Por el dolor, soporta sanguijuelas, *remedio* de entonces. Le escribe el Profesor Baden Powell, desde Oxford; y Blanco vuelve a escribirle a Stuart Mill, enfermo entonces.

Estoy realmente preocupado por su salud. / Espero, sin embargo, que su indisposición no sea seria. Hágame saber cómo sigue.

Bishop le escribe desde Ufton sobre una ‘donación en vida’, de cien libras, que le hace; y sobre dos enfermas de la familia. Hay un envío del Dr. Neander mediante el Dr. Sprague (de EE. UU.); y Blanco le responde al Profesor Norton, de Teología; agradece su carta y dice:

El retiro en el que vivo, los deprimentes sufrimientos a los que estoy constantemente sometido, cada circunstancia de mi situación presente, todo me predispone a mirar sobre mí mismo como sobre uno de los que la Providencia destina a rellenar la fosa sobre la cual individuos más capaces y afortunados tienen que pasar para la conquista.

Habla de su «inesperado y amistoso eco» en EE. UU., de que su segundo exilio es menos doloroso de lo que temía; de los libros como su único lujo; de sus obras; critica con dureza el «Movimiento de Oxford»; y de persecución a Hampden y a él.

El más grosero espíritu del Misticismo y el Papado ha revivido en Oxford, no sin persecución a los que, aunque débilmente, se aventuraron a oponérsele.

Le escribe el Dr. Channing, en adelante asiduo corresponsal; elogia *Heresy and Orthodoxy*:

Sus *Cartas sobre España* / me hicieron deseoso de ver cualquier cosa de su pluma.

Le manda un libro sobre la esclavitud, que revivirá en él ese tema. Y el 11 de marzo:

26º aniversario de mi llegada; / me siento, cada año, más agradecido a la Providencia.

Como en sus juveniles distinciones de silogismos, consideraba el término *a quo* (su España, a la que a pesar de todo, muestra gran amor), más que el término *ad quem* (su patria adoptiva, en la que llegó a sentirse incómodo al ver que ésta oprimía a tantos irlandeses).

Ese día le escribe Lord Holland sobre la historia de aquel indulto que concedió Godoy, y

la desvergüenza de los *Intolerantes* [que acusan a Hampden] en Oxford.

Y Newman, a otro de los aludidos por el Lord por perseguir a Hampden: Lord Holland lo defendía aunque era reputado ateo; y, Newman, que lo perseguía por unas *Conferencias* en las que influyó Blanco, era muy cristiano. Los tiempos eran, y en parte siguen siendo, *así*.

Blanco le agradece a Lord Holland su envío sobre Godoy, y espera que llegue a tiempo para su artículo, ya enviado a imprenta. Le dice que un ataque lo dejó casi confinado en casa; le obsesiona la persecución a Hampden; se queja de Pusey y sobre todo, de Newman.

La persecución en los protestantes me es / más odiosa que la Inquisición. / Fui / afortunado en / dejar Oxford; / allí, el pesar y la vejación me habrían matado.

Por lo que indica en su *Diario*, ha seguido enfermo algunos días: «Después de larga ausencia de la capilla, debido al aumento de enfermedad, me he aventurado esta mañana».

Comenta como interesante el sermón, antitrinitario; y como «monstruosas suposiciones» la divinidad de Cristo y la infalibilidad de la Biblia. Le angustia que persigan a Hampden; sabe que él mismo es juzgado más hereje. Y un periódico publicaba estos versos:

Entonces, Oxford, aclama el glorioso día, disfruta la exhibición:
¡En el gran auto-de-fe de Hampden revive la Inquisición!

En su *Diario* dice que creer en una vida tras la muerte es condición para ser cristiano; no ve esa vida como revelada. Acaba: «Mi amor por su Bondad es independiente de recompensas».

Abril empieza ese año con Viernes Santo. Participó en una reunión unitaria sobre una misión para pobres, en la que habló, aunque «en un estado de gran agotamiento y dolencia».

Respondió a Channing sobre la obra antiesclavista que éste envió, y la mala salud de ambos.

También le escribe a Stuart Mill, con ideas fijas como «El dañino sistema de la religión mantenida por el Estado; / a los teólogos habría que expulsarlos».

Recibe carta iniciada por el sobrino, de su estudio con Mármol; el padre ayuda. Sigue éste: un contable de Cádiz ‘aclara’ los ¡veinte años de atraso! en las cuentas de la sociedad:

El capital de Padre ha de aparecer nulo. / Habríamos tomado sin derecho alguno cuanto hemos recibido /. ¡Con cuánta razón repugné yo mi venida a España!

Aquello era esperable del largo embrollo de la sociedad; anunciaba otra ruina de los White.

Hace una de las anotaciones sobre el manuscrito del *Esbozo...*; insto a una edición crítica; aquí sólo dice que Bishop le ha hecho dos donaciones *inter vivos* de 50 libras cada una.

Tras dos semanas sin datos, escribe a la *teóloga* sobre... Gramática. Y a su hermano, con temas económicos muy serios; preocupado por la falta de noticias. La última carta no ha llegado aún. Escribe en español para que pueda leerla Juana, por si está enfermo, como teme el remitente. Dice que el hermano es su heredero y, si la cantidad mereciera la pena, envíe la mitad a Ferdinand. Habla de la falta de las 50 libras que recibe de Sevilla cada año.

Me he mudado a una casa más barata; / pero / como no puedo andar mucho, y no tengo a quién encomendar mis negocios, no doy paso sin que me engañen.

En su *Diario* arremete con dureza contra la nueva mentalidad de su amigo Newman; y rechaza que Dios revelara algo por encima de la razón; contra lo que predicó hacía 34 años.

A final de abril critica como *inquisitorial* el escrito de Newman y otros oxonienses contra Hampden, en cuyos discutidos escritos ya indiqué que influyó bastante Blanco.

[El escrito citado, —«petición para el castigo de Hampden»—] me inflinge un dolor más intolerable que cualquiera de las sentencias de la Inquisición española.

Una carta de Fernando salida el 7 de abril y llegada el 30, es respondida el 31 por Blanco:

Mi querido hermano: Te puedes imaginar la aflicción que tu carta / me causó ayer. / Dices que sale en claro que nuestro padre no dejó capital / y que todo lo que hemos tomado desde entonces pertenece a los otros socios. / Aquí / las ganancias y pérdidas se reparten según las proporciones estipuladas, hasta que la compañía se disuelve. Si la casa hubiera quebrado, todos los socios serían responsables. Lo que / dices / parece / delirio. Pero ¿qué importa[rá] lo que yo piense?

Lo que sigue subraya el realismo sólo *teórico* de Blanco y su amor por la familia:

Mi pérdida es poca; / pero cuando me imagino que tú te puedes hallar sin tener que comer, con tu mujer e hijo, apenas tengo fortaleza para tolerar tal idea.

Ante eso, y no obstante reconocer su gravedad, anima a Fernando con sensatez.

a pesar de mi agitación presente, mi corazón me dice que no es probable la total ruina que temes. / Tengo / confianza en la Providencia. Lo que lamento es que hayas pasado

veinte años a ciegas / pero la falta no es tuya, y / apenas puedo culpar a Lucas, que se ha hallado / a la cabeza de todos los negocios, / con más ocupaciones que fuerzas. Pero en todo caso es imposible que tenga derecho a lo que hemos tomado durante la compañía. Si la quería disolver debiera haberlo hecho inmediatamente. / Quiera Dios que sin pleitos y disensiones se puedan arreglar estos negocios. Por mi parte yo renuncio a todo interés en el caso presente. En mi última carta te hablé de las 50 libras. Pero veo que no hay que pensar en tal cosa. Lo que / deseo es que tengas pan que comer. / En cuanto pueda, cuenta con lo poco que tengo. Si hubiera temido estos desastres no / hubiera mandado dinero a Fernando para asistirlo en los gastos / de su Ayudantía. Pero me limitaré a lo más preciso.

El mismo día le escribió a otra nueva corresponsal, Mrs. Lawrence, sobre poemas de ella, con comentario sobre *La Celestina*; glosando la palabra 'azahar', dice, como poeta sevillano:

Para mí, en verdad, tal palabra está completamente perfumada por tal flor.

A inicios de mayo vuelve a escribirle a aquella señora: se queja de soledad.

Pasa día tras día en los que sólo cambio una palabras con el ama de llaves.

Y comenta literatura española, errores de Sir Walter Scott, amores de Goethe, con cita en alemán: más muestras de un mundo cultural amplio.

Le escribe a la *teóloga*, sobre Religión, con ideas como Biblicalatría; o los evangelios (con los problemas de un misionero en culturas con otros libros sagrados); etc.

Y en su *Diario* ataca a conocidos del grupo contra Hampden. Expone algo muy serio:

Por primera vez, desde mi llegada en 1810, he tenido esta mañana el impulso de abandonar este país. Lamento, en todo caso, haber dejado Irlanda. Prefería estar en país de católicos sometidos que en éste de los aún poderosos protestantes fanáticos.

En una nueva entrada, hace larga alusión al trastorno mental que vio en los que perseguían a Hampden: cita como ejemplo a Newman, y a Froude; éste, ya muerto.

He amado a ambos jóvenes / pero son, en especial, el superviviente, muy notables ejemplos de la venenosa naturaleza de la intolerancia.

Anota que ha recibido carta de la *teóloga*, que lo juzga excluido del mundo. Y una idea que suele verse en muchas cosas de su vida: «Estoy ansioso de ser útil, pero no veo cómo».

Omito no pocas cartas a él, ni de familia ni de teólogos *profesionales*. Bastantes, de mujeres.

Su *Diario* refleja que el Dr. Sprague, de Albany, Nueva York, le dio un autógrafo de parte de Neader con excusas por no escribirle. Un clima internacional *teológico* lo va envolviendo.

De inicios de junio queda una carta de Blanco a su hermano, tras la que hay un vacío documental, en esto, de casi diez meses. Refleja dos consecuencias de la última de Fernando:

Mi salud se ha empeorado, y / me hallo en / duda de si mi paga de medio año se ha perdido. / Por fortuna mi excelente amigo Mr. Bishop me había remitido 50 libras por herencia entre vivos, y el año anterior otro tanto. / Si tu desgracia se verifica y mi pensión no se desvanece, yo pien-

so retirarme a algún pueblo pequeño /, y mandarte lo que me reste. / Si la calamidad / cayese sobre nosotros vendería mi librería.

P. D. Valga lo que valiere, Padre me escribió poco antes de su muerte, que si me hacía falta dinero se lo pidiese: «Dios me ha favorecido mucho», o semejantes palabras.

Su sobrino José María, ajeno, por edad, a la crisis económica, le escribe de sus exámenes. En el de Lógica le pusieron S, y Már-mol le dijo que significaba «Salvaje». En *post scriptum*, Fernando se disculpa por la pena que le habrá causado con el estado del negocio.

Yo estoy más sosegado, aunque el resultado de las cosas no ha variado.

Historia la ruina: la proporción del capital social del padre con Beck, de 1/4 pasó a 1/10, y luego a 1/20. Los White no ganaban lo que gastaban, etc.

Mientras le narran eso, Blanco le escribía a Mrs. Lawrence: aclara puntos de léxico español, pero antes le expone su situación; confirma el deterioro que sospechaba ella en él:

Me encuentro peor de lo usual. He estado durante más de un mes en doloroso suspense sobre un tema, del cual depende / el bienestar de mi hermano. / La mente no tiene suficiente poder sobre el cuerpo, en especial cuando la constitución está debilitada por largo sufrimiento, para prevenir que la ansiedad aumente.

Vuelve a escribir a la *teóloga*, de religión: sobre el temor de ir demasiado lejos. Omito otras:

Como los compañeros de Colón, que, porque habían navegado una gran distancia hacia el este, estaban seguros de que habían ido demasiado lejos.

Y a Stuart Mill, sobre la muerte del padre de éste; y de cómo lo conoció.

En julio sale su 1ª carta dominical, sobre un cuáquero; en su 61º aniversario le sorprende seguir vivo, y le conforta la verdad. Días después añade: «Irlanda sigue ocupando mi mente».

Blanco está ahora claramente contra su *antes* amada y (para él) modélica Inglaterra.

Le escribe Norton, de «Bibliaatría [sic] cristiana»; juzgo eso como *contradictio in terminis*.

La 2ª carta dominical trata de Educación y Sacerdocio; de las pretensiones culturales del clero, y de la Religión en sentido peyorativo. Y la 3ª, sobre la visión mental del niño, que hay que respetar; habla de límites de los padres para educar; y aplica el tema al caso de Irlanda.

La 4ª es una plegaría social y habla del binomio Biblia-Religión: incide en la idea de Norton que criticué. Ardanaz transcribe de ahí lo que consideró *Diario* de Blanco:

Nuestros unitarios [los opone a los de fuera de Liverpool] son el único pueblo religioso / libre de / obstáculos para la reforma religiosa / : aptos para oír razones que no pueden oír los entusiastas; y deseosos de oír las razones que el ortodoxo no desea oír.

La 5ª carta dominical trata de los evangelios como el mejor soporte de la religión de Cristo. Comenta una cita de Strauss el racionalista; eso puede indicar su ambiente teológico.

La 6ª pone la Religión como instrumento del Gobierno contra minorías, en Inglaterra. La 7ª dice que el Cristianismo depende de documentos históricos. Narra un hecho que el padre creyó

milagro. Blanco no lo juzga comprobable, pero se ve cómo quería al padre.

El siguiente domingo, último de agosto, falta la carta dominical correspondiente, y Blanco permanece en casa, enfermo, con ayudas que él agradece como amables. De septiembre falta también la del primer domingo, otro indicio de que Blanco sigue con males. La 8ª trata de su mentalidad en los primeros años. La 9ª carta dominical trata del Presbiterianismo inglés. La 10ª critica el libro *El libro del niño sobre el alma*: «creará que él y su alma son dos». La 11ª el celo de los fanáticos; la 12ª argumenta la frase de Cristo «Dios es espíritu». La 13ª, no acabada por enfermedad, posible causa de cesar esa serie, acusa a la clase sacerdotal de 'superstición'. En los intervalos, fiebres, lecturas, dolores, cartas, etc. En noviembre parece seguir la crisis física, que, como muestra carta de diciembre influye en su ánimo. En una, alude a haber escrito a Julia. No hallo ésa. Le escribe de nuevo a la *teóloga*. Informa:

La continua sensación de debilidad que tengo cuando no tengo dolor, me quita todo ánimo / cuando deseo escribir sobre el importante tema de la investigación religiosa.

Hay en el *Diario*, demolida la idea de Religión, un concepto positivo de ésta:

habitual aspiración a la fuente eterna de / la parte intelectual y moral de nuestro ser.

Pero él no se modera, pues, tras alabar la muy racionalista *Vida de Jesús*, de Strauss, elucubra sobre cómo se compilan los evangelios con relatos sobre Jesús que resalten su mesianismo, y concluye: «Ese es el único elemento histórico del Cristianismo».

No he hallado nada especial de Blanco en los últimos días de 1836. Publica en dicho año dos artículos: sobre Lamb y sobre Guizot. Y luego, el «Godoy, Príncipe de la Paz», bastante pruden-

te sobre su debatido protector en el Pestalozziano. Hay reflejo de sus ideas en un artículo de Martineau; y Froude, amigo en Oxford, reseña de *Herejía y Ortodoxia*. En Dublín aparecen los *Elementos de Geometría* que Blanco tradujo de Clairaut, Thom publicó las 13 *Cartas dominicales* de Blanco. Resumí los temas: es doctrina radical, aunque elegante.

4.6. (1837 y 1838): GRAVE PARÁLISIS. VUELVE, AUNQUE POCO, EL HIJO

1837 supone hundimiento de salud en Blanco. Va quedando cada vez más limitado. En su entorno destaco el inicio de la época victoriana. En España llega a jefe de Gobierno Bardaxí. Se deshizo de Blanco cuando éste dudaba si quedarse para luchar por su patria. En Sevilla, por la desamortización, agrupan a monjas en menos conventos, que siguen como los que criticó Blanco. Las circunstancias de éste no favorecen hallar datos de él.

Destaco (mientras seguirá el ataque del fin de 1836) una carta a la *teóloga*, sobre la *Vida de Cristo*, de Paulus, en el racionalismo, que va influyendo mucho en la última etapa de Blanco.

Anota, al volver del único funeral al que asistió en Inglaterra, el de un ministro unitario:

He deseado en mi testamento ser enterrado en la Capilla de la calle Renshaw.

Suprimo datos que acumula *Life*, con detalles penosos: una frase de una carta a Armstrong resume: «Cada año / me reduce más a la vida eremita».

Una carta a Mrs. Lawrence recuerda datos de una Academia del Quijote a la que Blanco asistió de adolescente. Pero ahora dice

en su *Diario*; «De lo que principalmente disfruto es que estos placeres de mi vejez me llevan a Dios, y me llenan de creciente confianza en él».

A final de mayo vuelve a escribirle a Mrs. Lawrence, que le había dejado unas *Vistas* de Robert. Blanco las critica porque mezcla la arquitectura con entorno inapropiado, como que la Giralda de Sevilla esté rodeada de monjes, que ya ni estarían en los monasterios, tras tanta expropiación. Añade: «Intenté un paseo que me puso extremadamente enfermo».

En *post scriptum* alude a una versión alemana, que no he hallado, de poesía española, con alguna de la Academia de Letras Humanas. Incluirá, probablemente, más de una de él.

Del resto de junio destaco: se promulga una nueva Constitución de España de la que Blanco había dado ideas en *El Español*; y muere Guillermo IV; le sucede su sobrina la luego famosa Reina Victoria. De Blanco en esos días, sólo veo dos cartas: una, a Channing, que empieza: «Aunque muy agotado en cuerpo y alma». Y otra, el mismo día, y pese a eso, a Norton:

exhausto por el esfuerzo que he realizado para transmitirle el sincero estado de mi mente cerca del tema de la obra de Vd.

En julio sigue con ideas «religiosas», de este estilo:

tener que aceptar doctrinas como esencia de la religión es error popular.

(Puede aceptarse que la *esencia* de la religión no debe ponerse en aceptar doctrinas; quizás, añadido, debe tener como base el aceptar plenamente a Dios, y por tanto, su posible Palabra).

Encuentro luego una nueva laguna, de veinticinco días sin datos sobre Blanco, lo que parece confirmar su habitual mal estado de salud. Medita el dilema inmortalidad-aniquilación. La idea

de 'vida eterna' le produce tortura. Eso dice algo de su estado mental en sus años finales.

Agosto marca el cenit en la vida afectiva de Blanco en ese año. Tras escribir a un nuevo corresponsal, el Rvdo. Taylor, espera con emoción la visita de Mrs. Whately y dos hijas. Dirá:

Tuve la profunda alegría conmovedora de ver a esas queridas amigas.

Al día siguiente comenta esa visita:

Temí no poder conservar el dominio. / Cuando mi ahijada Blanca me escribió / y le envié / respuesta, su madre me dijo que [la niña] humedecía el papel con sus lágrimas.

De pronto, tras once años, Blanco reanuda sus versos en inglés, con tres poemas en tres días seguidos. Pongo el título y el primer verso de cada uno, en traducción de García Díaz:

«Para un álbum»: «¡Escribir en un álbum! ¡Qué penosa labor[!]»

«Pensamiento sugerido por la costumbre de escribir unos versos para que queden como recuerdo del poeta»: «¡Oh versos misteriosos. El corazón se calla»

«[E]lucubraciones sin sentido»: «¿Por qué esta desazón quemándome en el pecho?»

Ya sólo hará en inglés, un poema que es, con certeza, de ese año; otro, a Bishop, no fechado pero por lo que diré, no muy anterior al de la boda de la Reina (1840); y el de esa boda.

A inicios de septiembre escribe sobre la libertad civil como útil si hace que los individuos se respeten a sí mismos; y anota una visita: «Baden Powell vino a verme por la tarde».

El Dr. Channing le dice algo aconsejable a los Blanco White:

El temor de poner en circulación un error me ha hecho casi demasiado cauto acerca de exponer mi mente en público.

Un manuscrito de Princeton fecha un poema, sin título allí. En *Life* tiene éste (traduzco): «Líneas escritas en una hoja del álbum de Miss Rathbone, de Liverpool» (era hija de un magnate). Traduzco el primer verso: «Lector, estás leyendo una página estéril». La fecha que ponen dos autores es casi un mes posterior: cuando Blanco envía ese poema a Baden Powell. Pero, como se dice en el envío, Blanco le había leído esos versos a Powell. Con eso le adjunta una parodia de receta médica: los ingredientes son obras de conservadores. Es una dieta «teológica». Ironiza que debe acompañarla «una gran abstinencia del ejercicio de pensar». Un ingrediente es una serie de artículos periodísticos, llamados Tractos; dieron nombre a los *tractarianos*. Los inició Newman; dicen que Blanco no podía terminar su lectura.

Diez páginas de *Tracts* del *The Times*, para ser tomados antes del desayuno.

De octubre hay carta de un nuevo corresponsal de Boston, el Dr. Tuckerman. Será de interés investigar la 'conexión americana'. Y de noviembre, otra de Norton: dice que estuvo muy enfermo. El estado físico de estos corresponsales hace sus ideas poco asequibles.

El 16, Blanco le escribe a Stuart Mill, asegurándole que no le ofende la exclusión de un artículo, y, agradeciendo la última carta. Añade otra explicación para los baches que encuentro:

Mi salud es muy mala. No salgo. Mi único goce en la vida sale de mis libros.

Le escribe a la *teóloga* con consejos para leer autores latinos, otra alusión a la «miserable Bibliatría» y una de sus pocas referencias a su paisano el futuro Cardenal Wiseman, nacido en 1802 en

la casa familiar de la calle llamada hoy Fabiola, por su novela. «No he leído nada del Dr. Wiseman. Es / hijo de un irlandés amigo de mi familia».

Omito otras cartas por brevedad. De diciembre anota un caso en contraste con nuestro hoy: comenta, en más de seis páginas, el caso del marido maltratado por su mujer y desprotegido por la ley. Tras dos cartas más que omito, el 16 anota: «En cama todo el día». Añade:

Desastrosamente enfermo; y despierto, con dolor, toda la noche.

Y aunque ¡un domingo! traduce, algo, a Fichte, del que habría traducido la *Psicología*, dirá:

Me fui a la cama con un terrible catarro; mi pulso, a 104. El opio me hizo dormir.

Es medicación, pero se mencionará no poco. Ese lunes se juzga «muy enfermo». Empezó a escribirle al ya aludido Rathbone, Presidente de una asociación caritativa de unitarios; y lo visitan, hora y cuarto, el arzobispo Whately y su hijo Edward, del que Blanco fue tutor. Ha de estar mal, pues sólo comenta de eso la hora de llegada y la de irse; el 28 responde a Norton:

Su carta del 8 de noviembre último me encontró confinado en cama con un muy serio ataque de mi habitual enfermedad. Estaba tan enfermo que no podía leer.

Otra publicación de Blanco en este año es un artículo en *The Christian Teacher*: «Un fragmento de filosofía»; y tradujo en parte, *Filosofía del conocimiento*, obra en alemán por el célebre filósofo Juan Amadeo Fichte, padre de un corresponsal de la última etapa.

1838 traerá a Blanco la parálisis y el confinamiento a un sillón. Apenas escribe, y ese año no publica nada. No muestra interés por el mundo exterior, en el que sigue la guerra carlista; y en Méjico, la inestabilidad que pronosticó. Las nuevas naciones hispanoamericanas siguen en la inmadurez que diagnosticó en reparo a su independencia. Lista publica su artículo «De la moderna escuela sevillana de literatura», sobre la Academia de Letras Humanas, en la que brilló a fines del XVIII con sus amigos Blanco y Reinoso. En Sevilla sigue la represión: Pese al humanitario Convenio Elliot, fusilaron a dos borrachos sólo por su: «¡Viva Carlos VI!».

Blanco recibió el año 1838 con pesimismo. Su anotación del primer día dice:

Tengo la esperanza de que éste sea el último [año] de mi vida. No puedo esperar ninguna mejora segura en la salud. La lenta fiebre que ha estado sobre mí / más de veinte días debe de proceder de un total desarreglo de los órganos biliares, lo que / ha de incrementar mi / debilidad /. Mi soledad, junto con la condición de estar enfermo, hace intolerable mi vida. / Las esperanzas de utilidad han muerto en mí.

Pero, no obstante su patética visión, hace un balance honroso:

He trabajado en vano, pero en el campo de la Verdad. Mis ganancias han sido el dolor y la miseria; pero las prefiero infinitamente a las utilidades del deshonor.

Un domingo se halla «muy mal», pero medita todo el día. Luego hay otra laguna documental. Dos domingos después, en la última anotación del mes, dice:

Difícilmente puedo controlar mi impaciencia.

Otro indicio de que la enfermedad y sus secuelas van cambiando su carácter, y su mente.

Hay otra larga quincena sin noticias. En febrero escribe, pese a un «muy atormentador catarro», una breve carta, antes de acostarse: dice que no puede por las mañanas. Eso no obsta a que a los cuatro días le escriba a Baden Powell:

El primer uso / de mi poder, retornado, de atención / ha sido para leer su obra.

Escribe sobre... Filosofía. Al día siguiente anota: «Mucho mejor», pero añade: «Nadie vino».

Anota su gratitud a Mr. Studely Martin por su bondad durante los últimos males. Tiene fiebre, con taquicardia; el día de esa anotación llega a 120 pulsaciones por minuto; pero lee.

En marzo debe de seguir mal: omite el habitual recuerdo agradecido en el aniversario de su llegada; al día siguiente anota larga enfermedad, y sin poder leer:

exhausto por noches sin sueño, la mayor parte con violento toser, obligado a tomar / opio para tener la oportunidad de algún descanso.

Tras enumerar otras calamidades, que no pueden resumirse aquí, concluye:

Y aún hay gente que quiere que yo viva en tal situación.

Escribe una carta y se manifiesta exhausto, y, lo que ve peor para él, irritado. En otra, a la *teóloga*, dice que lo desvela un fuerte catarro, pese a fuertes dosis de opio; tras no poco sobre Religión dice: «Me encuentro muy fatigado y debo dejarla».

Piensa ir a una clínica de Hamburgo; su médico lo anima, pero insiste en la medicación.

El 19 de marzo, día de su santo en España, tuvo recuerdos de su niñez; anota:

Muy mal. [Pero] estoy contento porque ahora pienso que estoy en mi etapa final.

Le escribe a su hermano, tras casi dos años sin rastro de cartas. Se queja por fiebre, por los pulmones y por desamparo; desearía ver a Ferdinand pero no quiere que sufra al verle así:

Me ha sorprendido oír que Fernando viene por dos años. Se espera que el barco llegue al final de abril. Le he enviado una carta a Londres suplicándole que no venga.

Ironiza del testamento: «Espero que tenga bastante para pagar los gastos de mi funeral». Dos días después admite que, cuando el dolor lo domina, debe de ser penoso estar presente.

En abril, maldice que un visitante le hizo hablar hora y media, y le decía que mucho de su enfermedad provenía de la imaginación. Otro día se juzga feliz porque... los visitantes se mostraban convencidos de que no podía recuperarse. Y le escribe, parece que a Rathbone, que el médico dijo que, cuando estuviera próximo el fin, lo llevaran a casa de ese señor.

Creyendo cercano el final, regaló sus libros y escritos a Thom, que completará así *Life*.

En mayo, por la enfermedad, sólo hay tres cartas a Mrs. Lawrence, aisladas en Princeton, una de Channing sobre Teología, y otra de Blanco a su hermano, con macabro diagnóstico:

Reducido en cuerpo y mente. / Enfermedad en pulmones e hígado, que debe necesariamente terminar en muerte.

Habla de que Beck le envió 20 libras, y de esperanzas en vender sus memorias.

Tras dos meses sin cartas, veo su nota: «Parece no existir un final para esta pérdida de fuerza».

Norton teme por él, alaba su lucha por la verdad, y dice *adiós*, con fe: «no para siempre».

El 20, Ferdinand, vuelto a Londres, tras doce años fuera de Europa, le escribe al tío, no al padre (al menos, no consta). Luego hay semanas sin noticias de Blanco. En julio, en su 62 aniversario, anota: «Querría que fuese mi cumpleaños en otro estado de existencia».

Anota que el encargado temía mencionar la palabra 'testamento'. Blanco ha buscado hacerlo. Responde a Norton: disfrutó con sus pruebas de Dios e Inmortalidad. Y se describe:

Privado del uso de mis miembros inferiores, e incapaz de salir de mi silla por mis propios esfuerzos. Fácilmente agotado por hablar, y mucho más por pensar. / Incapaz de seguir cualquier lectura que requiera atención. Mis médicos me ha declarado hace tiempo su opinión de que no puedo recuperarme; declaración que me llenó de alegría.

Ese día testa a favor del hermano, con poderes. Le escribe a éste:

Que se aplique a cualquier propiedad que yo pudiera tener en España.

No olvida en eso al hijo, que viajaba por el Reino Unido, tras larga ausencia en la India, sin haber venido a ver al padre, que conste. Éste, en su penúltima carta al hermano, había escrito:

Todo lo que me pertenece en España te lo dejo. / Te pido que, *si la cantidad mereciese la pena* [mi cursiva, su realismo *idealista*], envíes la mitad a mi hijo.

Hacía años, sólo le quedaban a Blanco en España deudas de familia del tardío balance en la compañía; derechos de reclamación, que cobrará el sobrino, muertos ya los dos hermanos; y su parte en la finca de Tablada, que, como dote, se salvó en la quiebra anterior a nacer él. Hasta eso, pese a una advertencia de Fernando, pactará con Beck, por garantizar la compra de la capitania. Pero, frente al sombrío panorama de la carta citada de 1838, no sólo el hijo está ahora en Gran Bretaña, sino que la situación económica de Blanco en Inglaterra se alivia Según carta de Lord Holland: el gobierno de Su Majestad le concedió a Blanco un donativo de 300 libras; «verdaderamente regio», comenta Blanco en juego de palabras. Su honradez le hizo no aceptar ese año las cien que le había asignado el arzobispo Whately: le escribe de eso a la esposa del prelado. Y piensa en el hijo como posible receptor del reciente donativo.

He perdido toda mi energía. / Una cosa me consuela / beneficiosa para mi hijo. / Si no vivo muchos meses, le dejaré una hermosa suma.

Indica que necesita el opio para descansar algo, y se pregunta, por sus ataques de impaciencia, cómo hubiera sido un Sócrates inválido. Un domingo medita que morir con fe en Dios, sin *absurdas* pinturas de vida futura, es lo razonable. (Todo, siempre, según él).

Sigue con elucubraciones *teológicas*, que, *en esas circunstancias*, no puedo llamar propiamente Teología. Al otro día sólo escribe lo que cito a continuación; y ya el que anotara eso es una paradoja: «Sin energía para escribir».

Sólo un día más tarde, y en el sentido etimológico, aunque hoy lo contagian connotaciones ideológicas, escribió: «Que Dios me conceda la gran bendición de una Eutanasia».

Al día siguiente critica la norma de descanso dominical en su entorno, que nunca soportó:

Un domingo inglés es la verdadera imagen del aburrimiento; pero es dificultoso concebir sus depresivos efectos en un sufriente solitario como yo.

Del martes dice que fue un día de mucho sufrimiento y de poco pensar. Termina con una pregunta retórica, a Dios, en latín, que traduzco: «¿Hasta cuándo, Señor?». Y el día siguiente, acaba con una frase escalofriante, que resalto con cursivas:

¡Cuán *espantosamente* he sufrido *bajo* el apoyo *impasible* de los sanos!

Decaen las cartas; no hay huellas, ese año, de libros o artículos suyos; reseña uno de otro.

Ferdinand le escribe al tío; y éste al hermano, sin tiempo de recibir aquella carta, por lo que pregunta. Muestra sorpresa por el testamento. Siguen cuentas poco legibles, pero pésimas.

Aparece un simpático personaje que alegrará algo el cada vez más triste final. Blanco anota:

El peluquero me trajo un pequeño canario como regalo.

Dickey (pajarito), como se le llamará, tenía la puerta de la jaula abierta y revoloteaba por la habitación del enfermo, posándose a veces sobre él, y endulzando sus soledades.

Blanco considera su gran miseria en esos días. En él, pobre y casi solo, el polivalente término 'miseria' tiene más de un sentido. Anoto lo que apoya la tesis de deterioro mental:

Esta profunda debilidad interna impide todo ejercicio conectado del pensamiento.

No en lo lingüístico, pero parece que sí en lo teológico. Se queja, y se exhorta: «¡Paciencia!»

En septiembre hallo un bajón respecto a la densidad documental de agosto. Dice algo significativo sobre sus problemas de equilibrio intelectual:

Continúo bajo la misma mental inactividad. Se me ocurren pensamientos que llevan a útiles observaciones, pero caigo dormido cuando intento desarrollarlos.

Bien es verdad que, como buen andaluz, exagera: lo muestra el mismo *Diario*, y lo que sigue: dice que puede leer algo denso, y leyó a Thom un extracto de Jouffrey que lo avergonzó —a él— de su debilidad. Reconoce que se hunde más y más, que apenas puede actuar sin dependencia; le parece imposible continuar, conservando la razón: «Apenas tengo poder de autogobierno».

Al hermano le acusa recibo de una carta enviada a través del hijo mayor de Beck; necesita una gruesa cantidad para que Ferdinand pueda ser capitán; y confiesa lo que, aunque le duela al hermano, es casi imprescindible desahogo: «Sufro martirio día tras día».

Salto. Anota: Mrs. Lawrence trajo flores; él está algo mejor, pero las noches son muy malas.

Octubre empieza con otra quincena de laguna, inicio de que sigue esa crisis. El 18 escribe:

Ferdinand White llegó a las 10 de la mañana.

El 19 anota: «Hablé gran rato, sin mucho aumento de dolor. / Excitación / beneficiosa».

El 20, comenta sólo: «Con mejor ánimo, pero aún muy débil por la mañana».

Y el 22 (el 21 era domingo 'inglés'): «Empecé a leer italiano con Ferdinand».

Pero éste no lo acompaña demasiado. El día siguiente, el padre escribe a una dama, que le place [?] ver al hijo irse con el marido de ésta, o ir a verla a ella; en todo caso está contento de vivir para

verlo: objeto de su vida. Dice que le aqueja ‘fiebre nerviosa’. No hay más noticia de ese octubre sobre Blanco, quien escribe en noviembre, quizás pensando en que cuidó al hijo:

¡Qué profunda será la tristeza de un corazón culpable!

Otro salto. Anota: «Acabado un frívolo artículo para la Revista de Mr. Thom». Debe de ser el aludido en su balance del 1 de enero siguiente: la reseña sobre un libro de Hubner (traduzco el título que cita en alemán: *Bosquejos de España*).

Le escribe al hijo que se ofrezca a volver a la India; aunque él se vea solo ante la muerte.

Ese mismo día redacta una carta de presentación para su hijo, a Lord Holland. Éste sólo lo conocía, aunque mucho, de oídas, y de cartas. Blanco anota: «Me dejó para ir a Londres».

Sabe que no tardará la despedida definitiva. El pobre padre tiene síntomas de hidropesía; y su parálisis prosigue; aunque él se encuentra mejor y lee filosofía estoica. En diciembre anota que se ve «muy enfermo», y, aunque toca la flauta para luchar contra el mal hidrópico, dice que ese día no. El 8 escribe en su *Diario*: «Fernando volvió por la tarde».

Tras una laguna de 22 días, en la que Blanco, aún muy enfermo, parece dedicado sólo a su hijo, anota: «Mejorado por la compañía de Ferdinand».

4.7. (1839 - FEB. 1840): VISITAS DE SEVILLA Y VERSOS EN ESPAÑOL

1839 tiene en la vida de Blanco tres partes: 1) prolongación del final de 1838, hasta que el hijo vuelve a la India. 2) casi cuatro meses, solo. 3) visita, desde octubre, de familiares de Sevilla: reani-

mado y quizás por ilusión de volver, reinicia el español: versos y una novela.

Su obra inglesa sigue en escritos íntimos y en artículos para el periódico unitario. Inglaterra sofoca el sufragismo femenino; en España, el Abrazo de Vergara cierra en falso el problema.

Ese año, Sevilla revivirá en él con las visitas. No siempre debía ser recordada; por ejemplo, con la guerra carlista hay tanta fuga que a los capturados *sólo* se les «quinta»: eso llevó a fusilar a un loco: símbolo de la locura de las dos Españas que profetizó Blanco.

Enero comienza para Blanco con el usual balance del anterior; ya no el tradicional:

Mi vigor mental ha bajado mucho. Hace ahora más de seis meses desde / este absoluto confinamiento a un sillón. / Mi existencia es / dolor, / y deseo de Muerte.

Lee teatro de Schiller y, con su hijo, libros en italiano y obras de música. También irá preparando artículos muy diversos (traduzco): «Historiadores de Alemania»; «Las causas de celo más intenso en los fanáticos que en los liberales»; «Alemania en 1831»; «Los sonetos»; «Historias de la vida española»; «Signos mentales de los tiempos»; «El pictórico Shakespeare»; o «Notas sobre *Hamlet*». Más la novela que iniciará, y los versos en español.

Le escribe Lucas Beck, el socio capitalista de la aún, en teoría, existente sociedad *familiar*. Le visitará con los hijos; habla de encargos. No manda los chorizos; es temprano, sino vino.

Blanco anota que lee a Carlyle, *Revolución Francesa*, y practica música con su hijo. En febrero se fechan, en Princeton, versos suyos en español, con la nota tardía, «podían insertarse / en la precedente novela» (*Luisa de Bustamante* [...] Hay versión de otra fecha. Aplazo eso).

El carlista Maroto hace fusilar (eso sí, previo Consejo de Guerra *Humanizada*) a los generales de *su bando* que no aceptaban su plan de *cerrar* el conflicto entre las dos Españas.

El 3 de marzo anota: «Aniversario de mi llegada a Inglaterra». Del siguiente domingo comenta que fue tan aburrido como pudiera desear un partidario del descanso religioso total.

«Muy enfermo»; empieza a corregir *Herejía y Ortodoxia*. Prepara una segunda edición.

El 22, su hijo partió para Londres; el padre escribió, angustiando: «¿Lo veré más?»

En abril le escribe a su sobrino, quizás aceptando la idea de Fernando de buscarle una canonjía, parece animarlo al estudio en tal ambiente*: «Calonges et prestes son sabidores».

Reanuda un *Note Book* que dejó por la presencia del hijo, en cuya compañía no anotó ideas unitarias. Sigue, para el hermano (alude a Ferdinand), la carta que empezó para el sobrino.

Hallo otra laguna, hasta que anota que, según le informa el hijo por carta, piensan nombrarlo para que vaya a Bombay en junio al mando de *sus* soldados. Mientras Julia le escribe una de sus cartas que están en Oxford, Blanco cuenta que se divirtió al escribir un artículo de humor. El compilador de *Life* lo incluye «para mostrar todos los aspectos de su mente.» La titula (traduzco) «Controversia unitaria»; la dirige «Al editor del *Liverpool Albion*». Se presenta como médico, inventor de la ‘Bibliopatología’: estudio de las enfermedades a través de escritos. «El más amplio campo [para aplicarla] lo he hallado siempre entre el clero».

Días después desea escribir contra sermones antiunitarios «de un absurdo inconcebible»; otro día anota: «Muy mal. Me fui pronto a la cama, pero vi a Fernando cuando regresó».

En mayo ironiza, no poco irreverentemente, sobre un proyecto de léxico griego del Nuevo Testamento «según el uso que hace [de cada palabra] el Espíritu Santo» [sic]. La cita es del proyectista; Blanco ve muy superior el estilo de los clásicos griegos. Ironiza:

¡Cómo nos aventuraremos ahora a / acusar de mala gramática a San Juan! ¡Apartaos, Tucídides, Demóstenes, Platón...! ¡Vuestro griego no tiene aprobación divina!

Un domingo anota variadas lecturas, y algo de latín e italiano con el hijo. Nota cercana indica dolor: el hijo único, que se irá a la India, lo ha dejado para ver en Dublín a un amigo.

En junio pasan juntos las que sabe que serán las dos últimas semanas. Eso explica que no haya datos. Empleará todo el tiempo con Ferdinand, al que juzga que no verá más.

El 15, cuando se marchó, anota: «Me sentí como si se me estuviera rompiendo el corazón».

Fue duro; con tres consuelos: era el porvenir de su hijo; le evitaba su agonía; y una carta.

Contiene las únicas palabras de aliento que he recibido hasta ahora en mi profunda aflicción. / Esta separación me ha afligido más que cualquier otro suceso.

La autora de la carta ha de ser Julia Moore. Blanco se desahoga en la respuesta:

He endurecido mi corazón contra el dolor. Indiqué a Fernando que debe volver a la India: pensé que era lo mejor / pero al despedirme / sabiendo que posiblemente nunca más lo vería, / yo difícilmente podía contener la angustia.

Anota que, enfermo, no puede corregir la primera edición del *Quijote* en inglés, como quería. Sin técnicas del XXI, dice: «Necesitaba haber estado cerca del Museo Británico».

Queda quizás sin más compañía habitual que el canario; se cita una sirvienta, Margarita; luego, lo cuidará un hombre: los Bishop darán 30 libras al año para ayudar a pagarle.

Hay laguna: ¿agravado por la marcha definitiva del hijo? Luego, una dilogía sobre 'crear':

En ninguna materia necesita un hombre que le recuerden en qué cree, excepto en religión. / ¿Por qué el clero nos trae

un inventario? / No le preocupa nuestra creencia; / desea / asentimiento: / tenemos que asentir si queremos evitar las consecuencias.

Ahora no va contra la fenecida Inquisición, sino contra 'ortodoxos' anglicanos.

Un dato de cómo lucha su mente contra su mala salud (el contexto se refiere a la noche): «Leí desde la una hasta las ocho menos cuarto por insomnio, para escapar de la somnolencia».

Le escribe al Dr. Channing: excusa tardar, por males; lo llevan en silla de ruedas. Alude a la idea de suicidio, tentadora: «No sé cómo puedo soportar la tentación de autodestruirme».

La primera nota de julio es: «Violentas convulsiones, hasta alrededor de las seis de mañana».

Añade: «Lo que me oprime de esta prueba no es la severidad sino la lentitud».

Pero en polémica antirreligiosa propone escribir el *Diario secreto de un inquisidor español*. Un sacerdote católico es nombrado Inquisidor. Encuentra con peso las ideas de prisioneros protestantes contra Roma; pero defectuosa la parte constructiva del Protestantismo. Al final, escéptico, ama a una prisionera judía, pero el Cristianismo impide ese amor. Final trágico...

A los 64 años, escribe: 'desdicha'; añade: «Hay una infinita Sabiduría, a la que me someto».

Glosa lo que llama etapa de martirio; sigue con variadas lecturas, e incide en la persecución a Hampden: cita, de un prefacio a la *Apología* de Orígenes: «Hallarás muchos acusadores que ni lo leyeron». Comenta una carta del hijo, que zarpaba. Fernando le escribe, preocupado por lo que observa en las últimas cartas: «Me ha / inquietado porque la letra está muy torcida».

Le informa de que Lucas (Beck) va a su país, y le llevará las poesías de Lista.

Luego hay un salto de casi un mes en el *Diario*. En el intervalo empieza una carta a su amigo Thom, sobre sus no acabadas

memorias y, desde 1826, *Historia de su separación de la Iglesia de Inglaterra*: 34 densas páginas más tres de *post scriptum*, que pondrá Thom en *Life*. Blanco toca otros temas y acaba su larga carta «El peligro moral de la Ordenación en las Iglesias que, apoyadas por el Estado, piden suscribir artículos de Fe»; para un amigo:

Temo que pienses en recibir la ordenación / . Serás obligado a cegarte / no sólo para mantener / los Artículos / sino también el conjunto de ese complicado sistema.

Sigue, hasta poner el dilema, esperable en Blanco, de ‘o hipócrita, o mártir’.

Llama la atención el cambio de ritmo: acaba un examen de un libro de Historia, lee en francés sobre la libertad (interna) de un preso, y al final de ese agosto, anota que ha acabado los cinco primeros volúmenes de una obra de Michelet; los considera algo «admirable», y espera, pronto, más. Pero en su soledad, Blanco piensa en su familia y en su Sevilla: renace su viejo deseo de volver invisible, «con el anillo de Giges». En aquél «ahora» no lo reconocería nadie. Fernando y Lista desearán lo mismo. Lo visitarán parientes de allí: desea retener una o dos de sus sobrinas Beck. Busca cómo comprar la capitanía del hijo. Sigue con lecturas; y música.

Se le acumulan hechos: visita de su primo (político) Lucas, viudo de Polly y ocasión como mínimo, de la ruina de los Blanco; vuelta al español; y visita de sobrinos, hijos de aquél. Lucas llegó con su hijo Tomás, y le prometió dinero para la capitanía de Ferdinand, con compensación. Comenta: «El encuentro con Lucas Beck me afectó profundamente».

Al otro día anota insomnio inicial por la emoción, y despertar animado. Al siguiente, comenta la charla y el interés de Lucas por la capitanía. Tal visita ocasiona que Blanco vuelva a versos en su lengua materna. Los primeros en ese caso, son, frente al orden de Garnica-Díaz, los del soneto «A Lista». Blanco anota que Beck le

trajo poesías de aquél; añade: «He tenido que componer un soneto para él esta mañana».

Le escribe al hermano; contrasta con lo supponible entonces entre éste y Lucas: «Al verle me pareció que veía lo que yo había perdido. / Te ruego que arregles mis acuerdos con él».

Intuyo que Beck se lo ganó con treta de negociante: hasta el final no le dio la carta en la que Fernando le decía al hermano que no pactara. Beck debía de sospecharlo.

El 6 de octubre, Blanco anota sólo esto: «Empecé a escribir en español». Ese «empecé» excluye cartas, pero puede ampliarse al 30 de septiembre, fecha del soneto a Lista.

Inició una novela con versos: *Luisa de Bustamante o La huérfana española en Inglaterra*, que continuó el año siguiente, aunque quedó inconclusa: llegó al capítulo VI con la historia de la desgraciada Luisa: extrema pobreza, muerte del padre, protección de amigos que la acomodan con una señora que va a Bombay, embarque, incendio del buque, salvamento, e intrigas del repugnante Lord Ford contra la virtud de la joven... Da ocasión para descripciones muy de la época, como la miseria de la casa en la que malviven los Bustamante. Blanco, aparte de entrar en la acción como narrador-protector de éstos, introduce personas como Sotelo, su amigo de juventud, o la Malibrán, de trágica muerte: la famosa hija de «Manolito».

Pongo el ejemplo de Sotelo: El agonizante padre de Luisa habla con el narrador:

Temo que esta sea la última vez que pueda hablar ¿Conoció Vd. al señor Sotelo?

¡Sí lo conocí! —respondí yo saltándoseme las lágrimas—. Él fue uno de los más tiernos amigos que tuve en España. / Sé todos sus infortunios.

Dos poemillas intercalados en la novela están fechados en octubre de ese año. Son «Cancioneta», en versos de mucho artifi-

cio, y «Seguidillas», las populares con bordón. Además, traduce del latín dos versos de Lucrecio. Un manuscrito añade versos a su sobrina Cecilia: cita la presencia de una hermana de ésta, María Ana. La primera estrofa está en otro sitio. Una nota, en inglés: «Así va reviviendo mi español a medida que me voy muriendo».

Comenta que lee *Historia Universal*, y le escribe al Dr. Channing sobre la frialdad de los unitarios americanos; y a Fernando. Pese a volver al español, lo confidencial sigue en inglés:

Si Lucas no hubiera pospuesto hasta el último momento /
la entrega de la corta nota que le diste para mí, yo hubiera
declinado su amable oferta de prestarme el dinero.

A los dos días, Lucas, ya desde Falmouth, donde desembarcó, le escribe, comentando que lo vio agitado por el adelanto del dinero para comprarle el cargo al hijo.

Anota que Mrs. Whately le ha escrito, con noticia de su anual donativo. Y reconoce que por recuerdos de Sevilla, escribe dos seguidillas con ese título: aparecerán, con una más, en esa novela. Comenta ese impulso poético. Y hace otra alusión a la ya citada cantante Malibrán.

Al acabar *Nicholas Nickelby*, decide no leer más novelas: le apena un realismo que refleja su vida. Ésta será alegrada por otra visita de Sevilla: María Ana Beck avisó que llegaba con dos hermanos. Todos, hijos de Polly, la prima con la que el padre de Blanco pensó casarlo.

Noche sin descanso. Llegaron M[aría] Ana y sus dos hermanos.

Con ese 'sus' se refiere a Tomás, que ya estuvo con el padre, y Lucas Eduardo. Éstos vienen de paso; ella se quedará unos meses, cuidándolo: a esto alude su poema a Cecilia Beck.

Días tras esa llegada, anota: «Noche bastante mejor. Empecé a enseñar italiano a M^a Ana».

Y, al día siguiente: «Peor. Acompañé a María Ana un poco con el violín».

Al fin de ese denso mes, se fecha un borrador, autógrafo de Blanco, de otro testamento.

En noviembre evoca líneas del Preboste de Oriel, al que elogia como hombre bueno.

Cuando él me envió, durante lo peor de mi enfermedad, una larga carta llena de textos para probar la divinidad de Jesús, le recordé que esa era una 'persecución de bondad'. / Le envié *Herejía y Ortodoxia*, y / la halló muy *equivocada*.

Empieza nuevos versos en español, y lee a María Ana algo de la novelita que escribe. Insertará en ella la silva «Reflexiones nocturnas en alta mar», que evoca su viaje de exilio.

Sólo cinco días después, anota: «He acabado una / hermosa pieza de poesía española». Será la titulada «Diálogo a la vista de una muerte al parecer inevitable»: son 224 versos, marco de silva más apasionado dialogar en romance en coplas, y otra copla como aco-tación; en corto cierre, el relato vuelve a la silva, con pareado final. Curioso lapsus: una casada «se mira ya viuda» pues, según dice, no podrá... salvarse con su marido. Una muestra:

ESPAÑOLA: Ponte en mi lugar, no tardes yo en el navío me quedo:
tú ganarás en vivir, y yo en morir nada pierdo.

Aludiré a cartas. En una a Baden Powell «ve *claro* que las vanas disputas teológicas se basan en la *oscura* obstinación de mentes y corazones / pero nuestra *verdad* es la misma».

En otra, de Channing, éste se manifiesta en contra de que Blanco hable de la Religión sólo como producto de la Razón, y se muestre demasiado celoso, en eso, de la Imaginación.

En diciembre; Blanco anota que Abraham, en el mito hebreo [nótese lo avanzado de su concepción bíblica], busca la Verdad; y Dios es la verdad. Le avisa Mrs. Whately, por carta, de que un hijo suyo, de paso para Dublín, vendrá a verlo. Blanco dirá de su ex discípulo:

Edward Whately vino a verme. Ha progresado mucho. Su bondad me afectó.

El hijo le escribe desde Bombay. La carta es hoy casi ilegible, por las líneas cruzadas.

El día tras Navidad, anota que ha recibido carta del Dr. Channing (de la que hablé en su fecha, aunque en *Life* se encuentre antes de esta anotación). Blanco afirma al responderle:

La Imaginación tiene una poderosa y directa tendencia a la idolatría, lo que le impide ser una guía segura a la verdadera religión. / Diferimos en el uso de las palabras.

Querrá así suavizar su radicalismo, pero, en Teología sobre todo, no es raro que los términos tengan un sentido cada vez más peculiar en él. El último día del año anota:

La devoción usual (la dogmática) ha perturbado siempre mis pensamientos, y la filosófica los ha serenado. / Es locura esperar más de esta vida.

Sobre la 2ª edición, ese año, de *Herejía y Ortodoxia*, es demasiado complejo para este libro detallar cambios; las diferencias más visibles son que añade un apéndice y dos notas. De sus «Últimos pensamientos sobre Religión», hay un manuscrito radical, de cinco páginas, que empezó en julio y acabó en diciembre; «Una religión escrita / no puede ser universal: nunca puede abarcar a la Humanidad al ser expresada en los particulares límites del lenguaje».

Hay en otro manuscrito versos dramáticos: «Herminia y Leonato, o la ley ripuaria». Pueden ser de ese año. Una cita de Michelet, en *Orígenes del Derecho francés* aclara el tema:

Entre los [francos] ripuarios, la mujer libre que se hubiera casado con un esclavo contra / la familia debía escoger entre / espada y / rueca /: [matarlo, o esclavitud].

Blanco no llega a plantear el dilema. Deja la acción en el verso 115: escena entre un hijo del jefe ripuario, y hermano de Herminia, y Leonato, esclavo, esposo de ésta.

1840 tiene en Blanco dos densas semanas entre las primeras: siguen los versos en español.

El 1 de enero recapitula 1839, con dolor por vivir sin el hijo; agradece a Dios estar sereno, pero conoce su situación: «Requiere / autocontrol; de otro modo, me hundiría abatido».

El 2 comenta: «noche sin descanso»; carta de las Moore; que el Dr. Sutherland recomienda fricciones; y que le piden reeditar *The Poor Man's Preservative...*; pero cambió en ese tema.

Mis puntos de vista eran muy limitados cuando escribí eso.
/ No me gustaría morir dejando muchas partes de este trabajo / no desarrolladas.

Alude a que entonces atacaba a la Iglesia Católica; ahora, a toda «iglesia establecida».

Comenta una carta de Mrs. Whately: vio en ella «amarga superstición»: su angustia religiosa por causa de él. Añade que alguien le mandó un juego, lo usaron, y, aunque enfermo, se rió.

Hace una larga disertación sobre bufones y payasos en Shakespeare; y, otro día, concluye que no puede rehacer *The Poor...*: ese libro le avergüenza: lo que dijo contra la Iglesia Católica lo puede decir contra la de Inglaterra (y cualquiera otra). Como

alternativa, aunque muy fatigado, inicia *Sencillos diálogos sobre Religión*, con autobiografismos. Su conclusión:

Examinar / en el general sistema del Cristianismo todo lo que es prácticamente bueno / y / vivir de acuerdo con esta regla bajo los dictados de la conciencia.

En una segunda serie, insiste contra la idolatría. Un día anota que se levantó muy enfermo, pero recibió cartas del hermano, de Lista y de Reinoso. Al día siguiente le escribe a Fernando; hay tensión tras el pacto con Beck: «En justicia hacia mí no puedo confesarme culpable».

Blanco, conciliador, niega también toda culpa en el hermano, y concluye: «No permitamos que nuestro amor sufra perturbaciones. Ninguno de los dos tiene otro hermano».

Desde finales de enero continúa la rica veta de versos españoles en Blanco:

Escribe «Al joven D. José M^a Blanco White y Olloqui, su tío paterno». Inicio:

Verde rama de un tronco transplantado
desde la bella y generosa Irlanda
a la orilla del Betis (...)

Un manuscrito, en nota, alude al espíritu anticlerical del poema, sobre todo en su penúltima estrofa; la nota no es de Blanco; intenta suavizar aquellas ideas, para lectores españoles:

No le pasa al autor por la imaginación el atribuir individualmente al clero el espíritu antiliberal, mas / todo cuerpo sacerdotal, de cualquier religión /, propende a despotismo. En cuanto al celibato forzado, / es una institución funesta.

El 27 fecha el soneto «A su sobrina D^a M^a Ana Beck, que le había pedido unos versos».

Como ejemplo del tono, cito el final. Él teme tocar «un laúd que la edad ha destemplado».

El 28 data las 14 estrofas aliradas de «La voluntariedad y el deseo resignado».

El 29 fecha tres redondillas, tituladas «A un teólogo glotón. Diálogo», de sátira anticlerical:

Un lego pregunta por qué el pecado vino de comer una manzana, y dice, ante la respuesta de que el pecado da gusto: «debes ser gran pecador; / así lo dice el olor / que sale de tu cocina».

El 30, una silva de 48 versos: «La persecución religiosa»: Tal tema no pide aquí muestra.

Del soneto «Poder del recuerdo de mi amigo Lista» confesó que fue «escrito en medio de un gran dolor y abatimiento». Esas palabras figuran junto al título en las fuentes manuscritas, y confirman lo que el mismo Blanco anota en su diario el mismo día:

Una noche realmente sin descanso. Me levanté / con gran dolor, con el cual me puse a escribir un soneto /. No creía / que este dolor pudiera inspirar versos.

Éstos hablan mucho del estado de su autor; ejemplo, el final, contra su tentación de suicidio:

(...) un tierno amigo,
en imagen vivísima, a la puerta
se alza, y llorando dice: «No, detente».

Otro soneto, «La revelación interna», indica sus creencias a un año de morir. Final:

No abuses de los dones de mi mano.
 No esperes cielo para un alma impura
 ni para el pensar libre fuego eterno.

El 5 fecha 19 redondillas: «Recuerdos y esperanzas». Pongo de muestra la primera.

¡Qué dulcísima armonía
 percibo dentro del pecho!
 De noche la oigo en el lecho[;]
 por todas partes[,] de día.

Méndez Bejarano publicó «Muestra de la estancia [e]spenceriana en versos sin sentido». Hay nota atribuida a Blanco, de la dificultad, en español, de esa estrofa, por «escasez de consonantes no prosaicos». Complejo esquema, y argumento evasivo (quejas de un amante).

Un manuscrito fecha en febrero de 1840 los que se consideran últimos versos originales de Blanco en español: una traducción de 7 versos de Shakespeare, de *Twelfth Night* (I, esc. 1ª). Pongo como ejemplo el primer verso: «Mujer que corazón tan fino tiene».

Blanco interrumpe esa racha de versos en español para volver a su proyecto de obra nueva que rectifique sus *Poor Man's Preservative...* «Escribí algo sobre los *Diálogos*».

Hablé, al citar otro, de un epigrama a Bishop, posterior a 1837 pues responde a otro que cita a Hill, autor del sello de correos. Su último poema es «La boda de la Reina», la de la Victoria y Alberto. En su *Diario* dice: «fue escrito por el tiempo de la ceremonia».

Tras esos versos, otra laguna de días sugiere nueva crisis de sus males; un día anota «muchas convulsiones por la mañana»; la primera carta del hijo vuelto a la India lo excitó.

Comenta lo que llama «tristeza del Cristianismo». Como razón, alude al erotismo de los poemas bíblicos atribuidos a Salomón y lo contrapone a la interpretación de los teólogos, que,

según él, leen lo contrario. Pero algún problema les costó a Fray Luis de León y a San Juan de la Cruz, por citar dos clásicos, no pensar «lo contrario», como generaliza Blanco.

La Sociedad Antiesclavista de Liverpool lo nombra honorario. Él, que escribió, del tema, un libro hacía casi 30 años, acepta agradecido: «Sólo lamento que estoy bastante inútil».

Un mañana, anota «cuatro horas» de hemorragia nasal. Parece elevada tensión arterial, resuelta otras veces con ventosas o sanguijuelas. A los dos días comenta cómo se encuentra:

Débil y mísero; la cabeza en un estado como si tuviera congestión de sangre, en cada ocasión en la que la inteligencia es empleada activamente, como al escribir.

Al acabar estos dos meses de 1840 ha cesado la fuente de poesía en español, rebrotada tras largos años de lengua inglesa. En ese corto periodo debió de escribir sobre *El sueño de una noche de verano*. En los días finales de ese febrero, la enfermedad parece dominarle de nuevo; le va a atormentar con dureza en el tiempo que le queda de vida.

4.8. (MAR. 1840 - MAY. 1841): ÚLTIMA ETAPA Y MUERTE

Dejé los diez meses finales de 1840 como parte de este periodo: tras su última racha de poemas, se hace claro el declive final. Destacaré dolor y melancolía, que aumenta en agosto al irse María Ana. En el marco histórico, subrayo en España la crisis de los ayuntamientos: abdica la Regente y Espartero mandará en solitario; y en Estados Unidos, se forma el partido abolicionista: su idea fue una de las que más había defendido Blanco.

Iniciado marzo, Blanco alude a hemorragia en carta a la teóloga, y sigue con sus prejuicios sobre la educación 'ortodoxa'; y su obsesión de no buscar lo cómodo, sino la Verdad. Añade:

Continúo fijado a una silla, e incapaz de mantenerme en pie un solo momento.

Un día anota que pasó la noche insomne con agudo dolor en hombro y brazo. Persiste dos días; no parece un infarto con arreglo natural, sino dolor reumático. Pero se ve infeliz.

Amplía síntomas: «Mucho dolor en el brazo durante el día, y aún más durante la noche».

Pero el día siguiente sólo escribe que recuerda un epigrama que le hizo Bishop; y lo transcribe. Justifiqué ponerlo en el periodo anterior. Luego dice que se dedicó a un misterioso «escudriñar sobre cuerdas musicales»; después (hay saltos), que pasó la noche «como siempre», y que estuvo «muy enfermo por la mañana»; otro salto quizás por males, y escribe acerca de ingresar en un sanatorio. Recibe por correo el libro que escribió, hacía tantos años, contra el comercio con esclavos. Lo había pedido para regalarlo a la Sociedad Antiesclavista de Liverpool: Se conserva con su dedicatoria. Exhausto en mente y cuerpo, comenta una carta de trámites sobre el Sanatorio. De eso no hallé más pistas.

En abril, el dolor lo sigue cercando; hay menos cartas; y no escribe ninguna; recibe la que le envió el hijo, desde un campamento a catorce días de navegación de Bombay: no se hace eco de quejas del hijo por gastos de rango, o por la «abominable» vida en las tiendas de campaña.

«Febril como usual»; indica el influjo, no sólo cultural, que ejerce sobre María Ana. Blanco aporta un detalle primaveral: Mrs. Lawrence trajo la primera rosa.

El 20 de abril se ve muy enfermo; comenta que Baden Powell vendrá al día siguiente tras el mediodía. A su tiempo dirá que vino y él no se pudo sentar y hubo de volver a la cama; y en la visita del

amigo, con su esposa, lloró como un niño. Su hijo le escribe que pasa sus ocios con Boccacio, Dante y Ariosto (por influjo paterno, en italiano); y le ha escrito a Julia Moore.

El canario tiene nueva jaula, en la que parece más vivaz. Con hombre tan amigo de la libertad, 'jaula' sólo evoca la comodidad del pájaro, que solía revolotear por la habitación.

Recibe una carta que creo de Albany: «Le alegrará saber que he sido elegido en Oriel. Temo que Vd. debe haber considerado / ingrato que / no le haya escrito / He estado temeroso».

Blanco comentó, con su dureza generalizadora, antes de copiar esa carta en su *Diario*:

Una melancólica muestra de la influencia pervertidora de la ortodoxia.

El 1 de mayo alaba un libro sobre Jesucristo; conjetura que es de un judío francés, médico, racionalista, cuya familia procede de España. Luego, salto. Anota cosas que no aparecían hacía tiempo, aunque eran habituales: que tocó el piano, que meditó sobre la Verdad, y que el tema de España es tan melancólico como enorme. Poco después anota que pasó mal la noche y Mrs. Rathbone le instó a vivir una quincena en su residencia de Greenbank. Rehúsa, por entonces, el traslado, por no exponerse al aire tras casi cuatro años de confinamiento.

Reitera lo de la noche febril y lo de «muy enfermo por la mañana». Quizá por ello, laguna.

Junio se reduce a tres días, seguidos, de anotaciones en su *Diario*, y una carta. Lo visitan los Moore, de paso para Escocia. Se queja de su reuma, y de una inusual cefalalgia. Y anota que escribió a Mrs. Whately, y ha leído libros sobre 'Napoleón en el exilio'; condena la 'tortura' que, concluye, sufrió en Santa Elena su antiguo enemigo. Ese día le escribe su hijo, aunque la carta tardará como siempre: insiste en su deseo de capitania, y da recuerdos a Louise Moore.

Blanco da una clave: «No puedo leer sobre maldad social: me identifico con los que sufren».

Los Carleton le escribían desde Italia, recordando los tiempos felices de Little Gaddesden: evocarían a Blanco, el cariño de la familia, su impaciencia de tutor, y su dialéctica, que le recuerda ahora Francis con su cita en inglés del clásico griego: «Pega, pero escucha».

Tras otra laguna que supone agravamiento y dolor, hay una dura anotación el 11 de julio:

Mi maldito cumpleaños: 65, sin un lugar de descanso para morir allí.

Se queja de creciente dolor en el cuello, pero, en entradas posteriores comenta lecturas.

Al día siguiente le escribe su hijo: critica la guerra que vive: represiva contra tribus afganas; lee a Virgilio: la *Eneida*: un padre ora para que su hijo salga indemne de la batalla.

Blanco, después, retoma la frase del evangelio (Jn., 18, 34s) *¿Qué es la verdad?*, con Cristo y Pilato como paradigmas opuestos de la actitud del hombre ante ella.

Jesús declara que su misión es mantener la verdad: Pilato parece atribuirle poco o ningún significado a este nombre, y no quiere discutir sobre eso.

Cierra julio con otra de sus ideas, ésta, obsesiva: que el espíritu de la Inquisición vive aún; por ello, Blanco desea escribir una historia de ésta. En agosto ve en la prensa que el hijo figura en los ascensos a Capitán. Como ha sido por compra, teme que falte el dinero para eso. Por la noche no descansa, y se encuentra mal por la mañana. Escribe, inquieto a alguien, sobre el tema. Días después le habla a Lord Holland de esa deuda; de la oferta de Beck en su visita, y de que Lady Holland se ofreció a ayudar. A los dos días

anota que escribió que su parte en la finca familiar de Punta se transfiera a Beck; y se queja al hermano del tiempo sin recibir dinero; alude al ascenso de Ferdinand y a que «María Ana vuelve incomparablemente mejor».

Y el 19 escribe, disimulando su pena: «Esta mañana se fue María Ana. La echo de menos».

Se queda con Dickey, el canario y, no siempre, Margarita. Los amigos le procuran más ayuda, pero los últimos meses serán aún más duros. Le escribe al hijo, como a Capitán. La carta no aparece pero la refleja la respuesta. A fines de agosto preparan parte de su mudanza a un alquiler en el campo; anota que pasa mal todo el día, que el ruido de aquélla le molesta. El 2 de septiembre, tres hombres lo llevan a la nueva casa. Comentará que está bien, pero que llegó casi sin sentido, y que el canario pasó miedo aunque Margarita lo llevó en un carruaje. La casa era tranquila. Al día siguiente, aunque se sentía enfermo, la mañana estaba preciosa. A los tres días fue a verlo el que dueño, al que juzga buen granjero.

Tras una noche febril se decidió a tomar té; llevaba tiempo sin hacerlo, sin duda por prohibición médica. Y charló algo con Thom. Además, criticó, con sarcasmo, la *Summa Theologica*, sobre un inciso del libro de Job (1,13: «estaban los bueyes arando y las burras pastando»), y la interpretación de San Gregorio: si los bueyes representan al clero y la burras al pueblo, éste debe seguir a aquél. «¡En qué curiosas manos puso Dios su Iglesia infalible!»

Anota una noche «más bien sin descanso», y por la mañana, ¡136 pulsaciones por minuto! Y tres días después, con más reúma, añade: «Trajeron una silla de ruedas, por la tarde».

Otra anotación: noche tolerable, muy enfermo por la mañana, ventosas por la tarde, y mejoría. Al día siguiente se queja de soledad, no poder trabajar, y fatiga al cuidarse.

Ese día, y también el siguiente, le escribe al hermano, con la nueva dirección, aunque por los problemas expuestos, y por lo que dirá sobre su dificultad en escribir, es casi ilegible.

Hace un codicilo: «Memorial explanatorio de cualquier testamento que pueda hallarse».

A fines de septiembre, anota violentos dolores reumáticos en el hombro derecho. Y ya en octubre, pésima noche, dolor muy violento; y fracaso en escribir con la izquierda. Días después habla de noche tolerable e intento de cura con sanguijuelas. Y el hijo le escribe con recuerdos para Margarita, Thom y el médico; lamenta castigar a tribus nobles. Más tarde, Blanco habla de fuerte dolor, y de un nuevo fracaso en soportar las sanguijuelas.

Indica en el *Diario* carta del hijo. Creo que es la que alude a la plegaría en Virgilio: Murphy señala la de Evandro por su hijo Pallas: 'de los pasajes favoritos' de Blanco.

Blanco anota otra noche sin descanso, y que Julia Moore, de paso para Londres, estuvo hora y media con él; al día siguiente, que Margarita lo llevó en su silla de ruedas, a ver la casa: sorprende eso como novedad, tras cuarenta días allí, y casi un mes de tener tal silla.

En España: dimite la Regente, tras 13 gobiernos en apenas 7 años. Blanco previó ese caos.

Tras una noche sin reposo, y convulsión de piernas, responde a carta de Norton. Destaco el racionalismo en «No hay prueba histórica suficiente para determinar un milagro»; y que en las obras que éste pidió, Blanco omite su repudiado *The Poor Man's Preservative...* Eso es revelador, pues un P. S. añade sólo, como olvido, los *Segundos viajes...*

Blanco le escribe otra vez a su hijo: sólo queda de ello una alusión al responder éste.

Al día siguiente, anota un primer intento del canario por cantar, tras mudar plumaje, cree, en agosto. Eso implicaría que, ida María Ana, él había estado aún más en soledad y silencio.

Anota mucho dolor en la noche, y vértigos, con náuseas, por la mañana. Añade difíciles lecturas racionalistas, influjo notorio en escritos del último Blanco; con tantos dolores, queda la duda de su estado mental entonces, que su amigo el arzobispo Whately califi-

có como 'desarreglo'. Ese día dice: «La diferencia entre lo correcto y lo erróneo está en la conciencia».

(Aceptable como norma subjetiva, dijo San Pablo; es insostenible como criterio objetivo).

Sorprende que, tras la sintomatología que anoto durante tanto tiempo, y al confesar un sufrimiento horrible, diga que, por entonces, *empezó* a temer (con m) alguna enfermedad orgánica; es decir: pensaba que *quizás* sufriera algo más que un desarreglo funcional.

Una anotación dice que sigue peor todo el día, sin uso de la mano derecha. Pero luego, tras que el médico le recetara sangría de diez onzas, por ventosas, pudo tocar el piano mucho tiempo; no fue jugar con teclas: se divirtió interpretando *Partimenti*, de Fenaroli. Pero ese día tuvo una triste noticia, de la que le previno carta de J[ulia Moore]: la muerte de Lord Holland.

Anota: «Durante treinta y dos años ha sido un afable y afectuoso amigo para mí».

Envía su pésame al hijo mayor, Coronel Fox. Recuerda sus 32 años de amistad y pide:

Mencione mi profunda condolencia a Lady Holland.

Las palabras son adecuadas, como no dejará de serlo mi versión: 'condolencia', por 'sympathy'. Blanco emplea esta última en sentido etimológico; aunque en el usual no le era 'simpática' esa señora; pero él no estaba para una broma: sufre al perder al que le ayudó tanto.

Recibe otro aviso sobre la muerte de Lord Holland, esta vez de Louisa Moore, otra de las escasas cartas de esta época que escaparon al afán recolector de Thom para *Life*. Y contesta a Julia: no es la primera vez que busca desahogar en ella una pena. Dice que él apenas conocía [antes] cuánto quería a Lord Holland, y lo elogia. «El efecto de mi tristeza es visible en mí».

Adjunta carta a Fernando (es lógico que para el hijo, al que ella podría enviarla mejor).

El Coronel Fox responde, cortés, a Blanco, y adjunta respuesta de Allen a carta, perdida, de Blanco con aquel motivo. El antiguo consejero toca motivos por los que Lady Holland está exhausta; y termina con un desemantizado «Dios le bendiga»: era confesado ateo.

Blanco le agradece a Thom su nota y reitera su dolor por perder a Lord Holland. Se queja:

 Mi soledad en este mundo (no quiero indicar con eso la falta de compañía) aumenta en un grado muy melancólico. / Añada a esto el / agudo dolor que nunca me deja salvo pocas horas después de que pierdo / sangre; añade una imaginación llena de temores por la persona que más quiero, que está ahora rodada de peligros. / Fernando está en el avanzado cuerpo de tropas que marcha hacia el país de los insurrectos.

Añade: «Estoy escribiendo con dolor, y / mis dedos apenas obedecen a mi voluntad».

Al día siguiente habla de que le dan masaje con un guante áspero, que parece revivirlo; pero sorprende que lo compare con un 'cilicio de monje', él que tanto les manifestó oposición.

El final de octubre preludia el próximo agravamiento. Anota un día mísero:

 Cuando intentaba ponerme en la cama, la silla rodó lejos de mí; caí / de tal modo que mi cabeza chocó con el suelo. / Fui colocado en la cama, lleno de dolor y angustia.

Al día siguiente, 1 de noviembre, busca el remedio habitual: sanguijuelas. Fueron doce.

Recibe carta de los Carleton, ya en Little Gaddesden. Charlotte, en francés, con el afecto de siempre. De las pocas cartas de la época que omite *Life*. El hijo le escribe, de la capitania:

Mi corazón le muestra gratitud por el más grande beneficio terrenal / concedido.

Temo, por el contexto, que el hijo pensaba más en el préstamo de Beck (el «negociante»).

Blanco anota que no descansó por la noche y tuvo dolor por la mañana, pero que los Bishop ofrecen 30 libras anuales para que un enfermero lo atienda unas horas cada día. Rehúsa, pero ha de aceptarla tres días después, tras tres días en cama, con enorme dolor. El médico ordenó un corte en la hinchazón del cuello: Blanco no puede mover los brazos sin terrible dolor. Contrató a Watson, de 18 a 10; guinea y media a la semana. Y sigue técnica entonces nueva:

Mr. Archer aplicó electro-galvanismo con muy buen efecto.

Baden Powell alaba el éxito del regalo que Blanco le hizo a la hijita: un pequeño órgano. Eso resalta la faceta humana y el interés musical de éste. Hay respuesta.

Blanco se aplica una cita implícita de S. Pablo, sobre su próxima muerte.

En cuanto a mí /, digo alegremente: *he terminado la carrera.*

Un obispo le escribe como «viejo amigo» y le agradece una carta que no vi. Al otro día, Blanco anota inflamación y gran dolor que le hace anotar: «Creí que moriría en pocas horas».

Amigos de Liverpool sabrán de esa crisis: tras otra noche sin descanso, el enfermo enumera visitas. Pero al día siguiente, domingo, se ve solo, por el rígido precepto del descanso que criticó en el puritanismo inglés, y por vivir en las afueras: ante tal soledad, le pidió a Margarita que se sentara en la habitación. Sigue pensando en una muerte cercana.

Desesperadamente enfermo por la mañana, / di a Thom direcciones para el caso de mi muerte /. Mis médicos no la vieron inminente, pero yo estoy bastante preparado.

Pero sigue siendo rebelde: comunica al Secretario de la Sociedad Africana su baja como honorario. Prosigue la esclavitud: «Mi amor a la sinceridad no me permite continuar».

El 8 de diciembre, en una de las cartas no en *Life*, su hijo, que ejerce como Capitán White: comenta, con tristeza, una *hazaña*: capturar 1.500 ovejas, para causar hambre.

Dejo otras cartas, a Norton, a la *teóloga*, etc., de contexto entre religión y dolor. El 21 ironiza sobre el solsticio de invierno: «El día más corto / debería alegrarme.»

Ese día muere, en Sevilla, Mármol, con él en tantas cosas. Blanco no llegará a saberlo. Al siguiente, le escribe a Fernando: «Casi no puedo escribir. Miseria y sufrimiento / horrible».

Y tras Navidad, responde a una frase para consolarlo con que «al menos en Liverpool estará entre amigos». Le escribe a Mrs. Whately, autora de ese «consuelo», una amarga carta:

Está Vd. / equivocada: Sólo Mr. Thom ha obtenido mi confianza y afecto. Pero se casó hace tres años / y nuestra relación ha sido limitada /. De los unitarios / recibo más pruebas de indiferencia / que de afecto. Mr. Martineau / cortó toda relación conmigo tan pronto como se mudó. / Éste es el carácter de esta plaza: frialdad.

Anota que ha descuidado su *Diario*. Su médico le escribió a Mrs. Whately sobre trasladarlo; la respuesta fue un ofrecimiento del arzobispo a pagar los gastos. Blanco no quiere ir lejos. No sabe que Fernando y Lista pensarán en llevarlo a Sevilla; pero, por su estado, no podrán.

El año tan lleno de graves alarmas, se cierra, no obstante, con un detalle anecdótico de su orgullo de hidalgo: cuenta en su *Diario*

que, en un malentendido sobre una cubierta para el piano, cree que valía cinco chelines y la pide; al ver que son treinta y cinco, deshace el trato, tras excusarse; él, pobre hidalgo, da de propina una libra. Ese día le mandan sanguijuelas para lo que ya era llaga en el cuello; pero no mejoró. Y cierra así sus anotaciones de 1840:

Ha pasado este año de cruel dolor y miseria. / La única bendición que puedo esperar es la Muerte. Mi única plegaria, que ésta sea benigna.

Ese año sólo sale un artículo como suyo: «El sueño de una noche de verano», es del periodo de los dos primeros meses. Es de ese año el escrito que Thom publica en *Life* (traduzco): *El racionalista, un Kempis, o el religioso escéptico en la presencia de Dios*. Invoca al Gran Ser, en meditación y plegaria confiada; lo contrapone al Mal y al libre albedrío que corrompe al hombre. Denuncia el egoísmo basado en una religión pervertida; y la fe *en cuanto aceptada como salvadora*: la considera indigna de Dios y de los hombres. Al tratar de la Redención, la ve como contrato. Basa su espiritualidad en la revelación a cada hombre. Critica la humildad como degradante; busca oración no litúrgica, y tolerancia; acaba meditando sobre la muerte:

Siento mis fuerzas agotadas. Mi vida tiembla como vela exhausta. / Lo único que temo es el dolor / con esta angustia a la cual me predispone mi / sistema nervioso.

Aunque lo relativamente poco que escribió en lo aquí reseñadas, fue en inglés, dice:

Hasta mis sueños, que por muchos años habían sido, por decirlo así, en mi lengua adoptiva, comenzaron a mezclar con el otro idioma el español.

Pasa el final del año corrigiendo sus memorias, llenas de ideas religiosas.

1841 verá el fin de la lenta agonía de Blanco: España sufre la regencia de Espartero, y en Cuba se levantaron esclavos: no se había solucionado el problema que denunció Blanco.

Tras la reciente muerte de Mármol, morirá, con apenas un mes de anticipación a Blanco, su gran amigo Reinoso, tan unido con éste y con Lista. En el ambiente externo, Cook organiza el primer viaje turístico; digo esto con triste ironía: Blanco, ya inválido total, quería... irse a Jamaica. Con dificultad haría, si fue en 1841, estos artículos: «Sobre la regla cristiana para la fe», «Acercas de la Inspiración y los Milagros» y «El Argumento del Proyecto».

Sus anotaciones de ese año final comienzan el 1 de enero con una oración:

¡Dios mío! / Mi corazón está abierto ante Ti. / Confío en Ti.

El día 2 reconoce que está mucho peor, e «irritable en exceso», y que el médico lo disuadió de ir... a Jamaica. Esa irritabilidad que confiesa, y el contraste entre su mal estado corporal y su insensato proyecto *turístico*, son nuevos indicios del señalado «desarreglo mental» en la última etapa. Se queja de que sufrió cirugía menor en el cuello; como era domingo, comenta:

No vi a nadie. ¡Maldita ciudad!

El 5 se halla mejor, aunque inhábil: aún así, hace una crítica del *Aristófanes* de Mitchell.

El 6 comenta gran dolor en la espalda, tras noche tolerable; y estar en manos de asalariados.

El 7, el hijo acusa recibo de una del padre, del 5 de octubre: la creo perdida. Se queja de no tener carta de los Moore y del silencio de Albany; enfadado con éste, lo disculpa:

Tiene muchas excusas, por vivir en esa Sorbona de Oxford.

El 8, Blanco, ante el creciente dolor, piensa en los sufrimientos de los pobres, y se pregunta:

¿Acaso son menos hijos de Dios que yo? No. No puedo quejarme.

El día 9, como ve próxima su muerte, hace enviar sus memorias a Thom: espera que las publique con las correcciones que ha hecho, como autor; ya retocó sus principales obras.

Días después se manifiesta bajo de ánimo. Ha leído un libro sobre los Estados Unidos y ve mala moral, racista, en el país que juzgó modelo de libertad; hasta pensó en irse allí, de joven.

Cinco días más tarde se ve relativamente, bien; pero confiesa algo a lo que le tiene horror, y que, con lo que declaró de su gran irritabilidad, es muy importante para la tesis que apoya:

Ningún mal es tan importante como la pérdida del auto-control.

Lista le escribe desde Cádiz; le pide sus versos para el sobrino, José María Blanco Olloqui.

El 21 le escribe desde París el Secretario del Instituto de África, otra carta que no está en *Life*: sobre una de Blanco escrita 'con ansiedad profunda'; sin duda por quitar la esclavitud.

El 22, Blanco indica somnolencia, antes no rara; a veces, le impide escribir:

Me estoy durmiendo con la pluma en la mano, que dibuja líneas involuntarias.

El 24 se ve «mejor, pero en constantes sufrimientos, / con miseria corporal y mental».

Confiesa grandes esfuerzos para mantener el ánimo. Y dicta una larga carta, a Channing, sobre dos temas muy de Blanco: contra la esclavitud, y por la música. Le comenta que Inglaterra decae en bondad, y que «si no fuera por la Ortodoxia» le gustaría morir en _____ (creo que Dublín): «que pertenece al anterior estado de las cosas». Ya expuso no querer vivir en Liverpool, y su loco proyecto de Jamaica; otras veces, volver a su Sevilla. Para Irlanda y para España vale lo que añade, irreverente: «Pero la *Trinidad* se interpone en mi camino».

(Como es lógico, no se refiere ahí a la isla a la que quiso ir como misionero).

Su última nota de enero indica grandes dolores (le parecía «como si fuera a morir»). Febrero empieza aún peor: «Enfermo como para esperar morir en 24 horas».

Añade la ayuda de Thom. Tres días después acaba así su *Diario*: «Me levanté». Una línea, presumiblemente de Thom, como la narración de lo que resta, dice en *Life*:

[Estas palabras son la última entrada en su Diario]. [Sic].

Los restantes datos de su vida, aparte las cartas, se basan en esa narración, que resumo:

Cuatro días después le escribe su hijo la última carta que vi de ese bloque: dice comprender que el padre no pueda escribirle; lo ha hecho Luisa Moore. Alude al *Orlando furioso*.

De Blanco nada veo hasta el 23 (treinta años tras su exilio). Unos amigos organizan su traslado: «con dificultad, en una silla de manos, a la casa de Mr. Rathbone, Greenbank».

La residencia del magnate unitario estaba a las afueras de Liverpool. Luego, absorbida por su casco urbano es sede de la Universidad, que guarda muchos escritos de Blanco.

Por algún corto tiempo, sus ánimos parecieron revivir. /
Pero pronto apareció gran postración / y durante casi tres

meses / se consumió ante la faz de la Muerte / en la silla donde murió / pero tenía su ser en sus / pensamientos, y no podía hablar sino de éstos.

Thom parece aprovechar la ocasión para recoger pensamientos religiosos de Blanco en esos últimos meses, aunque dice que éste apenas podía hablar, y dictar cartas le suponía un gran esfuerzo. En marzo dicta un 'adiós' a su hermano. Indica de sí sólo un detalle:

Molesto a un amigo para que escriba. / Fernando, bien / pero la campaña es peligrosa.

Y le escribe a una señora a la que pretende consolar: ella, convencida de su fe, y él, del error de ella. «Sólo Dios conoce quién acierta».

Añade algo importante en su fe de entonces –aunque subjetivo–, al despedirse de ella:

Dios es mi Salvador. Que el Dios de la paz y el amor la bendiga.

Del 26 hay copia comprobada, de la última voluntad de Blanco.

Su hermano le había instado a volver a Sevilla, para cuidarlo en casa. Lista apoya el proyecto, y quita importancia a la reacción sevillana. Le escribe a Fernando el 29 de marzo:

En el caso que yo tenga que defender a Pepe no es aquí, sino contra las difamaciones [sic] que viertan contra él sus enemigos: temo que sean mayores / en Inglaterra.

Si él aceptara tu invitación ¡ojalá! / Los fanáticos nada pueden en el día, y los liberales de Cádiz han olvidado ya al Español [sic] / ¡Ojalá viniese!

Pero Blanco no estaba para hacer tan largo viaje; el proyecto no tuvo buen final. En su silla día y noche, se sumía en la idea de la muerte, sin ver claro sobre la inmortalidad.

En abril, la vida de Blanco se va apagando. En mayo sigue la falta de noticias sobre él, trece días más. Blanco era ya acompañado por más de uno, de noche. A las dos de la madrugada del 14, Thom anota que dijo ideas como: «Nunca dudé de la Providencia».

Ese día, Lista le escribía a Fernando, con dolor por la muerte de Reinoso:

Tampoco yo sé / lo que es[,] a la hora de ésta[,] de nuestro querido Pepe.

Omito referencias del editor citado: selecciona lo de carácter espiritual. Pongo algún ejemplo: en la madrugada del 15, les dijo a los presentes, entre otras ideas:

Dios, para mí, es Jesús, y Jesús es Dios; / no en el sentido de los teólogos.

Siguió con somnolencia. La mañana del 20 de mayo despertó, y exclamó: «Ahora muero». A las dos horas, y sin sufrimiento aparente, falleció rodeado de amigos.

Thom dejó constancia, en una nota de *Life*, sobre la apariencia de Blanco muerto:

la singular belleza y reposo de sus facciones, últimamente tan desfiguradas.

EPÍLOGO

FUNERALES, JUICIOS Y... CENIZAS

BLANCO tuvo los funerales el 24 de mayo, en la iglesia unitaria de Renshaw Street. El sermón, de Martineau, se publicará al reeditarse en 1877 *Sobre Herejía y Ortodoxia*.

Fue sepultado en el cementerio que había en el jardín de dicha iglesia; en la tumba se colocó una lápida con su busto y una inscripción en inglés, que traduzco:

JOSÉ BLANCO WHITE.
NACIDO EN SEVILLA,
EL 11 DE JULIO DE 1775,
MURIÓ EN GREENBANK, LIVERPOOL,
EL 20 DE MAYO DE 1841

Murphy recopiló reacciones inmediatas a la muerte de Blanco. En 1845, el Rvdo. Thom publica la *Vida* con muchas cartas y escritos; uno no nombrado ni fechado: el simbólico «La marca en la frente». Hay varias reseñas, y se han publicado cientos de escritos sobre Blanco.

Con esa capilla desapareció el cementerio anexo. Un templete, el Memorial Roscoe, lo recuerda. En él, una placa que la ciudad de Liverpool dedicó a Blanco, indica que ‘fue enterrado cerca’; una comisión de Sevilla puso, en 1984, unos azulejos. Ese memorial está en Internet, entre los monumentos de Liverpool. La lápida pasó a otra capilla unitaria de esa ciudad; está en una especie de

claustro junto a otros signos funerales; sobre la de su amigo Thom. En la sala de visitas hay un retrato de Blanco, vestido como Magister, en ambiente oxoniense. Pero la tumba de Blanco parece perdida en aquella remodelación urbana.

No tiene la suerte de Bécquer, cuyas cenizas reposan en el Panteón de Sevillanos Ilustres, frente a los sepulcros de su maestro Lista y de Reinoso, los dos íntimos de aquel Blanco.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO, EN SEVILLA,
EL 23 DE FEBRERO DE 2009,
CXCIX ANIVERSARIO DEL
EXILIO DE BLANCO WHITE

